



SOL OSCURO

El zigurat de Kalak

TROY DENNING

Lectulandia

El tirano Kalak ha regido durante más de mil años los destinos de millones de seres en Tyr. Los poderes que lo han hecho inmortal han corrompido y desecado las tierras y los bosques.

Ahora, Kalak quiere asombrar al mundo con sus Juegos. Hace capturar a las bestias más fantásticas y salvajes para ser los oponentes de sus esclavos gladiadores, y hará construir un colosal zigurat para colmar su megalomanía y sus ansias de poder.

Con este volumen se inicia la serie **El mundo del Sol Oscuro** , y en ella Troy Denning nos introduce en un universo espectacular, pleno de monstruos y acción desbordante.

Lectulandia

Troy Denning

El zigurat de Kalak

El Mundo del Sol Oscuro. Penta Prisma 1

ePub r1.0

epublector 14.01.14



Título original: *The Verdant Passage*

Troy Denning, 1991

Traducción: Gemma Gallart, 1992

Editor digital: epublector

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Prólogo

El enorme zigurat se elevaba sobre la miseria de la ciudad quemada por el sol. Cada nivel de la escalonada pirámide estaba recubierto de ladrillos barnizados de un color diferente: violeta refulgente en la base, luego añil, azul celeste, verde, amarillo, un naranja cegador y, por último, escarlata. En el centro de la gigantesca estructura, un par de colosales bastiones señalaba cada uno de los siete niveles. Estos bastiones flanqueaban una impresionante escalera que ascendía directamente de la base a la cima, intentando alcanzar las amarillentas lunas que flotaban sobre el arrogante remate del monumento e infundían al nebuloso cielo matutino un rubor ambarino.

Miles de esclavos pululaban por toda la pirámide. Cubiertos tan sólo con un taparrabos, se afanaban al ritmo del chasquear de los látigos, utilizando una telaraña de cuerdas y poleas para alzar cajas cargadas de ladrillos cocidos por las paredes verticales de cada una de las terrazas.

Al pie del zigurat se encontraba un hombre diminuto ataviado con una larga túnica morada, sobre cuya cabeza reposaba una diadema de oro: la corona del rey de Tyr. Un flequillo finísimo colgaba del dorado aro, pero su coronilla estaba calva y reseca a causa de la edad. Profundas arrugas de cólera y odio le cruzaban la frente, mil años de amargura ardían en su mirada, y una mueca de desagrado torcía sus labios secos y agrietados. La piel colgaba arrugada y pálida de sus mejillas y mentón, como si aquel hombre llevara cien años ayunando. Que los demás supieran, así era.

El anciano monarca iba acompañado por un hombre de aspecto inquieto que vestía la sotana negra propia de todos los templarios del rey, y llevaba los castaños cabellos recogidos en una trenza que le caía por la espalda. Sus rasgos eran enjutos, y su rostro lucía una nariz aguileña, unos labios finos y unos ojos pequeños, redondos y brillantes del color del hígado. Con una estatura de un metro setenta, el hombre se alzaba por encima del anciano rey de la misma forma en que los elfos se alzan por encima de los hombres, y eso lo ponía nervioso. Tithian de Mericles, Sumo Templario de los Juegos y único heredero del nombre de Mericles, se habría sentido muy feliz destacando por encima de sus semejantes, pero era demasiado listo como para que le gustase resultar más alto que el rey.

Al percibir que arrojaba una leve sombra sobre su señor, Tithian se adelantó para examinar los ladrillos de color violeta de la parte más baja del zigurat. Los adornaban unas baldosas de alabastro, cada una de las cuales llevaba esculpida la figura del dragón: una bestia inclinada hacia adelante que avanzaba erguida sobre dos patas enormes, y arrastraba tras ella una inmensa cola de serpiente. Una envoltura articulada de áspera quitina cubría el lomo y la cola del dragón. Los brazos eran dos tocones, pero las manos eran iguales a las de un hombre, y cada una sujetaba un bastón que lo ayudaba a sostener la parte superior del torso. Un collar protector de escamas en forma de hojas le cubría los hombros. De este collar surgía un cuello largo y poderoso que terminaba en una cabeza plana con ojos estrechos y alargados como rendijas, sin orejas, y con una boca inmensa llena de dientes afilados.

—Este trabajo es exquisito, rey Kalak —manifestó Tithian, sin apartar los ojos de las baldosas—. Es sorprendente la meticulosidad de todos los detalles.

Kalak levantó el brazo y posó la mano sobre el hombro de Tithian. Sus dedos retorcidos y sus articulaciones inflamadas le daban más aspecto de garra que de apéndice humano.

—¿Acaso te he traído aquí para que examines la labor artística?

Sin esperar una respuesta, el rey condujo a Tithian hacia una caja de ladrillos que estaba siendo izada hasta un nivel superior del zigurat.

Tithian hizo una mueca. Ésta era la primera vez que había visto al rey fuera de la Torre Dorada, y no tenía la menor idea de por qué se le había pedido que se reuniera con él a una hora tan poco civilizada. Por el tono agrio de Kalak, el sumo templario adivinaba que la reunión no resultaría precisamente agradable.

Cuando llegaron junto al cajón que se elevaba, Kalak agarró con fuerza la cuerda que colgaba de uno de los lados. De inmediato, los pies del rey abandonaron el suelo, y el monarca empezó a flotar hacia arriba. Tithian ahogó un grito al sentir cómo los afilados dedos de Kalak se hundían en su hombro. A los pocos instantes, los pies del templario dejaron también de reposar sobre el suelo, y se encontró balanceándose en el aire, sujeto por la poderosa mano del rey, mientras a sus pies podía ver las cabezas de los esclavos ocupados en cargar más cajones junto a la base del zigurat.

Los esclavos se quedaron estupefactos al ver a los dos hombres alzarse por los aires como volutas de humo, e interrumpieron su trabajo para contemplarlos boquiabiertos. Pero los capataces, templarios subalternos ataviados con sotanas negras similares a la de Tithian, no tardaron en devolverlos al trabajo mediante la aplicación de unos bien dirigidos trallazos de sus látigos de cuero y hueso.

Al llegar a la parte superior de la primera terraza, Kalak y Tithian se encontraron cara a cara con ciento ochenta kilos de pelo y músculo. El corpulento baazrag interrumpió la ardua tarea de subir los ladrillos, arrugó la inclinada frente clavando los ojos en los dos hombres, y luego ladeó, confuso, la penachuda cabeza. Pero,

cuando los ojos de la bestia se posaron en el vacío que se abría bajo los pies del monarca, las cavernosas narices se hincharon atemorizadas y su boca se abrió con expresión de sorpresa, mostrando cuatro afilados y amarillentos colmillos. El baazrag retrocedió y alzó los brazos en actitud defensiva, dejando escapar la cuerda que sostenía.

El rey tuvo el tiempo justo para poner los pies sobre la terraza y soltarse del cajón, evitando así precipitarse al suelo con él. Los ladrillos fueron a parar sobre un esclavo humano al que aplastaron, y toda la carga quedó pulverizada por la caída. Kalak se quedó junto al borde de la terraza, contemplando con enojo los escombros y sujetando la clavícula de Tithian con tanta fuerza que el templario temió que ésta se partiese en cualquier momento.

Cuando el rey alzó por fin la mirada, sus ojos llameaban furiosos. Localizó con la vista a un hombre vestido con la sotana de un templario, y lo llamó al tiempo que lo señalaba con el dedo.

—¡Tú!

El capataz giró en redondo y palideció al reconocer a la persona que lo llamaba.

—¿Sí, poderoso señor?

—¡Este esclavo acaba de dejar caer toda una carga de mis ladrillos! —le espetó Kalak, indicando al desdichado baazrag que se había espantado—. ¡Azótalo!

El capataz se encogió espantado, ya que la misma falta de inteligencia que convertía a los baazrags en buenos esclavos podía transformarse en un comportamiento asesino cuando se los azotaba. No obstante, el hombre desenrolló su látigo para obedecer, pues desafiar al rey significaría una muerte inmediata y atroz.

Antes de que Tithian pudiera ver qué sucedía con el castigo del baazrag, Kalak ordenó a otro de sus sacerdotes que le arrojara un cable, y dos esclavos tiraron con sumo cuidado del rey y de Tithian en dirección a otro cajón de ladrillos, que estaba siendo alzado hasta la siguiente terraza. Sin que su mano dejara de sujetar con fuerza el hombro de Tithian, el rey agarró la cuerda atada al cajón, y los dos hombres volvieron a ascender. Repitieron el mismo proceso varias veces, ascendiendo al zigurat nivel a nivel. A cada nuevo viaje, los capataces lanzaban gritos de advertencia a sus colegas de los pisos superiores en un intento de evitar que esclavos cogidos por sorpresa dejaran caer más ladrillos.

La mayoría de los esclavos eran humanos, enanos o semielfos, pero otras razas más exóticas dominaban algunas terrazas. En una de ellas trabajaba toda una cuadrilla de belgois, enjutos humanoides casi idénticos a los hombres, excepto por sus pies claramente palmeados, sus dedos parecidos a garras, y las bocas sin barbilla ni dientes con las que parloteaban.

En otro de los niveles trabajaban un centenar de giths, una grotesca raza humanoide que parecía medio elfa y medio reptil. Eran larguiruchos como los elfos

del desierto, con piernas largas y delgadas; pero las piernas sobresalían del cuerpo formando un ángulo recto como en los lagartos. Los giths estaban tan encorvados a la altura de la cintura que avanzaban siempre en cuclillas. Sus huesudas cabezas eran delgadas y triangulares como una punta de flecha, con ojos saltones y sin párpados que permanecieron fijos en Tithian y Kalak cuando ambos hombres pasaron flotando junto a ellos.

Cuando Kalak y su templario llegaron al sexto piso de la torre, el rey penetró en la terraza y soltó el dolorido hombro de Tithian. No podían seguir subiendo, ya que el séptimo y último nivel de la gran pirámide estaba rodeado todavía de andamios de madera. Por encima de estos armazones pululaban docenas de jozhals, pequeños reptiles de dos patas de colas sarmentosas, cuellos largos y flexibles, y hocicos alargados llenos de dientes afilados como agujas. Con sus pequeñas manos de tres dedos, los jozhals se dedicaban a cubrir el séptimo piso con ladrillos barnizados de color escarlata. Trabajaban a una velocidad sorprendente, corriendo arriba y abajo de los tambaleantes andamios como si se movieran por tierra firme.

Kalak se acercó al andamiaje y señaló con un dedo huesudo la terraza a medio hacer.

—¿Estará listo mi zigurat dentro de tres semanas?

Tithian atisbó sumiso por entre los andamios como si evaluara la marcha del trabajo, pero lo cierto es que no era él precisamente la persona más adecuada para responder a la pregunta. Como la mayoría de la gente, no tenía la menor idea de por qué el rey hacía construir un zigurat. Kalak no había dicho para qué lo quería, y aquellos que habían preguntado con demasiada insistencia estaban ahora muertos. La verdad es que Tithian sabía menos aún de construcción que del propósito del zigurat. Por lo que a él se refería, podían faltarle sólo tres días para quedar finalizada.

Aunque lo desconcertaba el interés del rey por su opinión, Tithian no pensaba permitir que su falta de experiencia influyera en su respuesta. Su contestación iría dictada por dos cosas: lo que creía que el rey deseaba oír y lo que mejor podía servirle a él políticamente.

Tithian consideró que le resultaría más útil una respuesta negativa. La Suma Templaria de las Obras del Rey, una mujer llamada Dorjan, era su mayor rival. Kalak parecía disgustado con ella, de modo que Tithian se dijo que allí tenía una oportunidad de perjudicarla.

—¿Bien?

El templario se volvió hacia el rey y se quedó anonadado. Hasta este momento no se había dado cuenta de lo mucho que habían subido, y, ahora, desde la elevada cumbre del zigurat, no pudo por menos que admirarse ante todo lo que abarcaba su vista.

Al pie de la enorme pirámide se extendía el suelo de arena del estadio de los

gladiadores que, visto desde aquella altura, no parecía mayor que el patio de la casa de un noble de poca importancia, mientras que las impresionantes gradas que flanqueaban el terreno de juego no parecían más altas que las paredes escalonadas de un jardín. Incluso la Torre Dorada del palacio de Kalak, que dominaba el otro extremo del estadio, parecía una torrecilla insignificante desde donde se encontraba Tithian.

Tras el palacio real se alzaba el barrio templario. En esa zona de la ciudad era donde se encontraban los palacios de mármol de los seis sumos templarios, las elegantes mansiones de los ayudantes de confianza, y los lujosos aposentos de los sacerdotes subalternos. Cientos de guardas patrullaban las calles de ese distrito de día y de noche, y un muro elevado coronado de afilados pedazos de obsidiana lo aislaba del resto de Tyr. Al otro extremo del barrio se hallaban las fortificaciones de la muralla de la ciudad, una barricada de ladrillos tan ancha que, por su parte superior, discurría una carretera militar, y tan alta que ni siquiera el dragón podía mirar por encima de ella.

Desde lo alto del zigurat, Tithian podía ver incluso más allá de la muralla. Allí estaban los campos de Kalak, un círculo de cinco kilómetros de arzollas azules, dorados zumaques y acebos enanos, convertido en terreno fértil gracias a la sangre y el sudor de una legión de esclavos. Al final de estos ubérrimos pastos se extendía el vasto territorio anaranjado que constituía el valle de Tyr, una gran extensión de polvoriento monte bajo, salpicado aquí y allá por bosquecillos gris verdoso de espesos tamariscos y larguiruchos pies de gato.

A través de la capa de polvo que flotaba en el aire, tiñendo permanentemente el cielo athasiano de un calidoscopio de tonos pastel, Tithian podía ver incluso los desnudos y cenicientos riscos de las Montañas Resonantes. Había oído que al otro extremo de aquellos picos infranqueables florecía una jungla, pero desde luego no tomaba en serio historias tan absurdas. Por lo que sabía, todo Athas se parecía a las tierras yermas del valle de Tyr, aunque puede que algunas regiones resultaran aún más desoladas.

Kalak interrumpió la ensoñación de Tithian con una concisa pregunta:

—Tithian, ¿qué hay de mi zigurat? ¿Lo terminará Dorjan a tiempo?

—Parece difícil, pero no imposible —respondió Tithian, evitando cuidadosamente un ataque directo a su rival—. Me desanima ver que queda tanto por acabar, pero quizá Dorjan lo tenga todo bajo control.

El rey no respondió. En lugar de ello, dirigió la mirada en dirección a una esbelta templaría que se acercaba desde el lado norte. Se trataba de Dorjan. Era una mujer hermosa, con una piel marfileña, nariz recta y pómulos bien marcados; pero, sin embargo, no resultaba atractiva, pues su austera personalidad y su cruel temperamento daban una angulosidad desagradable a sus facciones. La suma

templaría avanzaba con pasos decididos, su larga y sedosa cabellera ondeando al viento como un estandarte negro. Al ver a Tithian, sus ojos negros se endurecieron como los ladrillos del zigurat y los gruesos labios rojos de su amplia boca se curvaron en una mueca de soberbia.

Detrás de Dorjan aparecieron dos subalternos, hombres fornidos de rostros duros y mandíbulas cuadradas. Entre ambos, los hombres arrastraban a un esclavo demacrado de cabellos pardos y piel pálida. El esclavo acunaba los rotos brazos sobre el estómago. Uno de sus ojos estaba hinchado y cerrado; con el otro, contemplaba fijamente el suelo. El hombre respiraba afanosamente por entre unos labios ensangrentados, ya que tenía la nariz aplastada y desparramada sobre las mejillas como una máscara roja y negra.

—¿Qué tal van mis juegos, Tithian? —inquirió Kalak tranquilamente, con sus brillantes ojillos fijos en el esclavo.

—Si el zigurat quedara terminado hoy, podríamos celebrar los juegos mañana —respondió Tithian con orgullo—. Mis mejores entrenadores han atrapado a una nueva criatura que os sorprenderá.

—¿De veras? —El rey enarcó una ceja—. Eso ya *sería* algo.

Tithian se maldijo en silencio. Durante los mil años de su reinado, a buen seguro que Kalak había visto bestias más exóticas de lo que el sumo templario podría siquiera imaginar. Era una estupidez hacer concebir falsas esperanzas al rey por un afán de darse importancia.

Antes de que pudiera enmendar su error, Dorjan llegó junto a ellos. Haciendo caso omiso de su rival, la mujer se volvió hacia Kalak y le dedicó una reverencia. El anciano monarca extendió su apergaminada mano, y la templaría se inclinó aún más para rozar con los labios la marchita palma.

—¿Es éste? —preguntó Kalak, retirando la mano y señalando al esclavo.

Dorjan asintió; luego introdujo la mano en el bolsillo y sacó un amuleto de hueso cubierto de runas.

—Intentaba ocultar esto en el pasadizo interior —dijo, tendiendo el objeto al rey—. Las runas son para...

—Crear una pared invisible —gruñó Kalak, arrebatándole el amuleto de la mano y colocándolo ante las narices del maltrecho esclavo—. ¿Qué pensabas conseguir con esta chuchería?

—No lo sé —murmuró el esclavo con un hilillo de voz, encogiéndose de hombros—. Ella me dijo que lo colocara en el pozo principal.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó Dorjan, dirigiendo una sonrisa afectada a Tithian.

Antes de que el esclavo diera una respuesta, Tithian se dio cuenta de que los ojillos del rey se clavaban en su rostro.

—No sé su nombre —murmuró el esclavo sin dejar de mirar al suelo—. Es una semielfa propiedad del Sumo Templario de los Juegos...

—Sadira —lo interrumpió Tithian, dando el nombre del único semielfo femenino que poseía, antes de que el esclavo pudiera continuar—. Es una fregona de mi foso de entrenamiento particular. Estoy bien enterado de su asociación con la Alianza del Velo.

Dorjan miró a Tithian frunciendo el entrecejo.

—Supongo que también afirmarás estar informado de que intenta desbaratar los juegos que festejarán la terminación del zigurat...

—Desde luego, pero todavía no estoy seguro de la naturaleza exacta del plan de la Alianza —respondió Tithian, desviando la mirada hacia el andamiaje del séptimo piso para ocultar su sorpresa—. Por suerte, parece que tendré tiempo más que suficiente para completar mi investigación.

Sin dar la menor muestra de si creía o no a Tithian, Kalak miró a Dorjan.

—Sin duda, Tithian tiene aún varias semanas de tiempo para descubrir los planes de mi enemigo, ¿no es así?

Dorjan asintió de mala gana y mantuvo la mirada lejos de los ojos del rey.

—Así es.

—Eso pensé —dijo Kalak con una mueca de enojo, al tiempo que agarraba al apaleado esclavo por la parte posterior de la cabeza—. Veamos si podemos ayudar a Tithian en sus investigaciones.

—¡No! —El esclavo intentó desasirse y arrojarse por la terraza, pero la mano del rey lo sujetó con fuerza. Kalak cerró los ojos, y el hombre lanzó un alarido.

Tithian observó, sin demasiado interés, cómo el rey penetraba en la mente del esclavo, ya que él comprendía mejor que la mayoría lo que hacía el monarca. De joven, sus padres habían querido que estudiara durante un tiempo las artes paranormales, y le habían impuesto un régimen estricto de sacrificios y dolorosos rituales en nombre de un mejor aprovechamiento de los poderes mentales y físicos de su ser. Bajo la dura disciplina de su maestro, Tithian aprendió a utilizar estas energías para sondear los pensamientos de otros, mover objetos tan sólo con el poder de su mente e incluso ver mentalmente lo que había al otro lado de una pared. Pero el Sendero de lo Invisible, como su mentor denominaba a estas disciplinas, era un sendero difícil de seguir, y abandonó la escuela en cuanto tuvo edad suficiente para tomar sus propias decisiones, optando por la vida más cómoda y lucrativa de un templario del rey.

Una leve sonrisa apareció en los resacos labios de Kalak. El esclavo gorgojeó de forma incoherente y empezó a babear, el destrozado rostro contraído por la agonía y el terror. Entonces, sus mandíbulas se cerraron con fuerza, y un pedazo de lengua se deslizó por entre los hinchados labios para ir a caer al suelo.

Por fin, el rey abrió los ojos y apartó la mano del cuello de su víctima. El único ojo sano del esclavo se quedó en blanco, y su boca se abrió en un silencioso grito. Luego, el desgraciado se desplomó sobre los ladrillos de la terraza hecho un ovillo.

Sin prestar atención al moribundo, el rey dirigió una furiosa mirada a Dorjan y agitó ante sus ojos el amuleto de hueso.

—¡Hay otros dos en alguna parte de mi zigurat! —gritó.

Dorjan se quedó anonadada. Sacudió la cabeza negativamente, pero no pudo proferir una sola palabra.

—Los pensamientos del esclavo eran fáciles de leer y muy claros en lo referente a esta cuestión —dijo Kalak con suavidad.

La esbelta templaria retrocedió dos pasos, mortalmente pálida.

—Los tendréis al anochecer.

—No de ti —repuso el rey.

Dorjan desvió la mirada, evitando los ojos del rey en un inútil esfuerzo por salvarse.

—Poderoso señor, dadme...

Su súplica se interrumpió en mitad de la frase al clavarse en su rostro los ojos entrecerrados del rey. La fuerza del ataque de Kalak fue tal que el embate centelleó por un instante no sólo en la mente de Dorjan sino también en la de Tithian, que estuvo a punto de gritar al aparecer en su cerebro la imagen del cuerpo del dragón. La inmensa cola del animal se agitaba de un lado a otro enfurecida, y una nube de gas amarillo brotaba de sus fauces de dientes afilados. Los bastones de la bestia apuntaban hacia afuera como si se tratara de armas. En el extremo de uno de los bastones crepitaba una bola de rayos rojos; en el extremo del otro, una diminuta llama verde lamía la madera.

Justo cuando Tithian empezaba a temer que la cólera de Kalak fuera a destruirlo a él sin querer, el dragón desapareció de su mente. En ese mismo instante, Dorjan lanzó un alarido y empezó a sacudir la cabeza violentamente. Una oleada de asombrados murmullos recorrió toda la terraza mientras los jozhals y sus capataces interrumpían el trabajo para contemplar boquiabiertos el origen del angustiado chillido.

El sumo templario contempló la agonía de su adversaria con grotesca fascinación. Desde luego que se alegraba de verse libre de ella, pero su repentina defunción resultaba también un estremecedor recordatorio del precio que los sumos templarios tenían que pagar a veces por sus posiciones de poder.

El grito de Dorjan se transformó rápidamente en un débil lamento; luego la mujer calló de improviso y alzó la barbilla. Sus ojos se apagaron, aunque a Tithian le pareció ver por un instante unos relámpagos rojos centelleando en sus profundidades. Un humo amarillo empezó a brotarle de la nariz, y una gota de fuego verde surgió de su boca. El sumo templario se apartó atemorizado, escapando por muy escaso margen a

los efectos de la bola de fuego esmeralda que envolvió la cabeza de Dorjan.

La mujer se derrumbó sin vida sobre la terraza. Tithian contempló en atemorizado silencio cómo la cabeza se convertía en un montón de cenizas, hasta que Kalak desvió su atención del macabro espectáculo entregándole el amuleto de hueso.

—Felicitaciones. Te acabas de convertir en mi nuevo Sumo Templario de las Obras del Rey —anunció el monarca—. Acaba mi zigurat en tres semanas... y encuentra los otros dos amuletos.

1

El gaj

Rikus resbaló por la cuerda y se dejó caer en el foso de lucha, ansioso por terminar el combate de la mañana antes de que hiciera demasiado calor. El rojo sol apenas si acababa de alzarse en el horizonte y enviaba haces de luz rojiza que atravesaban la neblina aceitunada del cielo matinal, pero la arena de la pequeña pista empezaba a calentarse, y el olor rancio a sangre y vísceras putrefactas impregnaba el ambiente.

En el centro de la pista aguardaba el animal contra el que lucharía, una bestia que los cazadores de Tithian habían capturado en algún lugar de la zona desértica. La criatura estaba medio enterrada en la superficial trinchera que había cavado y sólo sobresalía de la arena la escamosa concha marrón anaranjado de casi dos metros de diámetro. Si aquello tenía miembros —fueran éstos brazos, patas o tentáculos— o bien estaban replegados dentro del caparazón o escondidos bajo la arena amontonada alrededor de su cuerpo.

Rikus vio cómo la cabeza de la criatura se levantaba de la arena. Sujeta a la parte delantera del caparazón, había una esponjosa bola blanca con una serie de ojos compuestos distribuidos en una hilera uniforme en la parte frontal. Tres antenas coronaban el pulposo globo, todas ellas dirigidas en dirección a Rikus. Por encima de la boca le colgaban seis apéndices parecidos a dedos, flanqueados por un par de mandíbulas tan largas como el brazo de un hombre.

Atrapado entre estas pinzas se encontraba el cuerpo destrozado de Sizzkus, un nikaal, guardián de la bestia, al menos hasta la noche anterior. Ahora el cadáver colgaba entre los terribles garfios del ser, medio cubierto de sangre y arena. La afilada barbilla de Sizzkus descansaba sobre el escamoso pecho, y unos ojos muertos y sin párpados miraban sin ver desde debajo de la negra pelambreira. Sus manos de tres garras colgaban sobre las pinzas de la bestia, que habían aplastado su brillante caparazón verde hasta convertirlo en un amasijo de fragmentos. Pedazos de intestino sobresalían de una media docena de heridas en el costado del nikaal. Rikus adivinó, por el gran número de heridas del cuerpo de Sizzkus, que éste no había muerto sin

defenderse.

El luchador se sorprendió de que el nikaal se hubiera visto obligado a pelear, pues Sizzkus siempre había tenido muchísimo cuidado con todas las criaturas nuevas del foso. No hacía mucho tiempo, el nikaal había explicado a Rikus que en el desierto se desarrollaban continuamente monstruos y también las llamadas «Razas Nuevas», pero que se extinguían con rapidez porque no eran lo bastante fuertes para luchar contra las otras criaturas de aquel territorio desolado. Por ello, los que sobrevivían eran los más terribles y peligrosos de todos, y cualquier guardián que se preciara de serlo haría bien en tener mucho cuidado con aquellos seres.

Rikus apartó los ojos del despedazado cuerpo y, quitándose la túnica de lana, dejó al descubierto un cuerpo atlético lleno de cicatrices cubierto tan sólo por un taparrabos de tosco cáñamo. Muy despacio, empezó a desentumecer los músculos, consciente ya, muy a su pesar, de que la juventud había quedado atrás, y sus músculos desgastados por innumerables combates eran ahora propensos a tirones y desgarros si estaban fríos.

Por fortuna para Rikus, su cuerpo no mostraba exteriormente tales señales de madurez. Lo enorgullecía que la pelada cabeza mantuviera la piel tensa y suave, las afiladas orejas siguieran pegadas a la cabeza, y los negros ojos continuaran claros y desafiantes. La nariz seguía recta y fina, y no existía el menor atisbo de piel flácida bajo las poderosas mandíbulas. Bajo el musculoso cuello, su cuerpo sin vello era una amalgama de gruesos bíceps, amplios pectorales y abultados muslos. A pesar de la rigidez inicial provocada por viejas heridas y mal soldados huesos, todavía podía moverse con la gracia de un funámbulo cuando quería.

Rikus había resistido sus decenios como gladiador sorprendentemente bien, y existía para ello una buena razón: era un mul, un esclavo híbrido criado expresamente para el combate en el estadio. Su padre, a quien jamás había conocido, le legó la fuerza y longevidad de los enanos, y su madre, una mujer demacrada que murió en las casas de esclavos de la lejana Urik, le dio la estatura y agilidad de los hombres. Los brutales adiestradores que lo criaron, a los que recordaba como tiranos odiosos y asesinos, lo habían entrenado en las implacables artes de matar y sobrevivir. Pero era el mismo Rikus el responsable de su mejor cualidad: decisión.

De niño, creía que todos los muchachos se preparaban para ser gladiadores. Daba por sentado que cada combate ganado los hacía subir de categoría hasta que al fin se convertían en entrenadores o quizá nobles. Tal ilusión le duró hasta que llegó su décimo aniversario, cuando el señor que era su amo llevó a su debilucho hijo a ver los fosos de prácticas. Cuando Rikus comparó su andrajoso taparrabos con los ropajes de seda del delicado niño, se dio cuenta de que por mucho que se entrenara y por muy bueno que llegara a ser, sus habilidades jamás conseguirían que ocupara la posición privilegiada en la que había nacido el otro. Cuando llegara a la edad adulta, el débil

muchacho seguiría siendo un noble, y Rikus quizá seguiría siendo su esclavo. Ese mismo día, Rikus juró que moriría siendo un hombre libre.

Después de treinta años y otras tantas breves escapadas, seguía siendo un esclavo, pero también seguía vivo. De haber sido cualquier otra cosa excepto un mul, a estas alturas ya habría estado muerto o libre, muerto como castigo por sus repetidas escapadas o libre por habersele permitido desaparecer en el desierto al resultar demasiado caro el ir tras él. Sin embargo, los muls eran demasiado valiosos para elegir cualquiera de estas opciones. Debido a que no podían reproducirse y a que la mayoría de las mujeres morían mientras llevaban en sus entrañas o daban a luz a aquellos bebés de huesos tan grandes, los muls valían más que un centenar de esclavos normales. Cuando escapaban, no se escatimaban gastos para recuperarlos.

No obstante, la situación social de Rikus estaba a punto de cambiar. Dentro de tres semanas lucharía en los juegos del zigurat. El rey en persona había decretado que los ganadores de las competiciones de aquel día serían liberados, y Rikus pensaba estar entre ellos.

Mientras terminaba los ejercicios de calentamiento, el mul volvió a dirigir la mirada hacia el cuerpo sin vida de Sizzkus, preguntándose cómo un adiestrador tan experimentado como él había sido víctima de lo que a primera vista parecía una bestia relativamente lenta y torpe.

—¿No pudo salvarlo nadie? —inquirió Rikus.

—Nadie lo intentó —respondió Boaz, actual entrenador del gladiador. Boaz poseía las cejas puntiagudas y los ojos pálidos de un semielfo, con facciones huesudas y afiladas que le daban el aspecto de un roedor. Como de costumbre, sus ojos azules estaban turbios e inyectados en sangre producto de una larga noche pasada en las tabernas de Tyr—. No estaba dispuesto a arriesgar a mis guardas por un esclavo.

El entrenador se encontraba, junto con una docena de guardas y otros cuatro esclavos, en la amplia plataforma situada sobre la pared de roca que rodeaba el foso de competición. La pequeña pista de entrenamiento se encontraba situada en un rincón aislado de la hacienda de lord Tithian, en medio de un grupo de celdas de adobe que servían de hogar a los cincuenta esclavos que se ocupaban del equipo particular de gladiadores del sumo templario.

—Sizzkus era un buen hombre —replicó Rikus, dirigiendo una mirada furiosa al semielfo—. Podrías haberme llamado.

—El gaj lo capturó mientras dormías —respondió Boaz, curvando los finos labios en una sonrisa de desprecio—. Y todos sabemos lo que sucede cuando un gladiador de tu edad lucha sin haberse calentado.

Los guardas rieron por lo bajo al escuchar el insulto del entrenador.

Rikus los miró con ferocidad, sin importarle que todos ellos fueran hombretones cubiertos con petos de cuero y armados con lanzas de obsidiana.

—Puedo matar a Boaz y a seis de vosotros antes de que consigáis hacerme un rasguño siquiera —rugió el mul—. Espero que no os estéis riendo de mí.

Los guardas callaron de inmediato, pues el mul ya había cumplido tales amenazas antes. No hacía ni dos meses que Rikus había matado a su anterior entrenador, y sólo el recuerdo de la amenaza recibida en esa ocasión mantenía ahora con vida a Boaz.

Tras la muerte del entrenador, lord Tithian visitó a Rikus en su celda acompañado por un joven esclavo y una oruga color púrpura. Dos guardas sostuvieron al joven en el suelo mientras Tithian depositaba la oruga con sumo cuidado sobre el labio superior del esclavo. En un santiamén, la criatura se introdujo en la nariz del muchacho, el cual empezó a gritar y a resoplar en un intento infructuoso de expulsarla. A los pocos segundos, empezó a manar sangre por la nariz del joven, y el desdichado se desplomó inconsciente.

—El gusano se está haciendo un nido en el cerebro de Grakidi —explicó Tithian—. Durante los próximos seis meses, el muchacho se quedará ciego, perderá la facultad de hablar, empezará a babear, y a hacer otras cosas demasiado desagradables para comentarlas. Al final, se quedará idiota, y algún tiempo después una polilla se abrirá paso al exterior a través de uno de sus ojos.

Tithian calló por unos instantes para dejar que Rikus contemplara al desvanecido muchacho; luego sacó del bolsillo de la sotana una pequeña jarra que contenía una oruga idéntica.

—No vuelvas a hacer que me enoje.

Tras esto, el sumo templario hizo soltar al muchacho y salió de allí sin decir nada más. Actualmente, Grakidi era ya cojo y ciego de un ojo. No podía ni pronunciar su propio nombre, y a veces se despistaba mientras iba de celda en celda vaciando los cubos de agua sucia. Pero, a pesar de ello, había siempre una sonrisa en su rostro y parecía feliz en la forma en que siempre lo son los idiotas. Sin embargo, Rikus no soportaba mirarlo, pues no podía evitar sentirse responsable de su estado, y había decidido matar a Grakidi en cuanto se le presentara la ocasión.

Respondiendo por fin a la amenaza del mul contra sus hombres, Boaz devolvió a Rikus la misma furiosa mirada.

—Yo pago a estos hombres, de modo que pueden reírse de mis chistes si lo desean —dijo—. No los amenaces, esclavo.

—¿Preferirías que me limitara a matarlos? —preguntó Rikus.

—Debiera haber sabido que no se puede razonar con un estúpido mul —replicó Boaz entrecerrando los enrojecidos ojos y apartando la colérica mirada de Rikus para posarla en los cuatro esclavos que lo acompañaban sobre la plataforma—. Uno de tus amigos pagará por tu falta de respeto. ¿A quién haré azotar? ¿A Neeva?

El entrenador señaló a la compañera de lucha de Rikus, una mujer rubia de sangre totalmente humana, que contempló fijamente a Boaz con ojos de un profundo color

esmeralda. Llevaba la capa abierta por delante, mostrando un cuerpo fornido casi tan musculoso como el de Rikus. Poseedora de unos gruesos labios rojos, un mentón prominente y firme, y piel pálida y sedosa, resultaba a la vez divina y mortífera.

Rikus tenía suficientes motivos para sentirse contento de que el aspecto de la mujer no fuera sólo fachada. Neeva y él formaban pareja, lo que significaba que, además de dormir juntos, luchaban en las competiciones contra equipos semejantes de combatientes. De hecho, la competición en la que esperaba obtener la libertad era un combate mixto.

Al ver que la única respuesta del mul a la pregunta de Boaz era una mirada amenazadora, el entrenador se encogió de hombros.

—¿Y qué hay de Yarig y Anezka? Son pequeños, de modo que tendremos que azotarlos a los dos —siguió, señalando a otra de las parejas mixtas de Tithian.

Yarig, que era el varón, contempló ceñudo e indignado al entrenador. Como todos los enanos, medía alrededor de metro veinte y no tenía un solo pelo de la cabeza a los pies. Sus facciones eran cuadradas y angulosas, con la característica cresta de duro cartílago de los enanos coronando la calva cabeza. El cuerpo achaparrado de Yarig era aún más musculoso y esculpido que el de Rikus. En más de una ocasión, el mul había pensado que su amigo se parecía más a un canto rodado que a un hombre.

—No eres justo, Boaz —dijo Yarig con firmeza—. El tamaño da lo mismo.

—No me interesa ser justo —le espetó Boaz, sin apenas dedicar al enano una mirada de reojo.

Pero a Yarig no se lo dejaba de lado con tanta facilidad.

—El tamaño no afecta a los azotes —insistió. Como era característico en un enano, se encontraba tan inmerso en los detalles triviales que no prestaba atención a las cuestiones de mayor importancia—. Cuando te azotan, duele lo mismo, sin importar lo alto que seas.

Anezka se colocó junto a su compañero e intentó alejar al enano de allí, sin dejar de mirar a Rikus con el entrecejo fruncido. Ya la habían azotado una vez como castigo a la actitud provocadora del mul, y no intentaba disimular su resentimiento contra él. De apenas un metro cinco de altura, era una mujer halfling del otro lado de las Montañas Resonantes. Parecía una niña delgaducha, pero su figura y su rostro eran los de una mujer. Los cabellos surgían de su cabeza en una maraña por la que jamás había pasado un cepillo, y sus astutos ojos marrones tenían un cierto aire enloquecido; debido a que le habían cortado la lengua antes de convertirse en esclava, nadie había podido determinar jamás si estaba de verdad desequilibrada, o sólo lo parecía. De todos modos, la mayoría de la gente no debatía aquella cuestión durante mucho tiempo, en especial porque a Anezka le gustaba comer su comida mientras ésta estaba todavía viva.

El obstinado Yarig se apartó de la halfling y avanzó hacia Boaz.

—Sólo deberías azotar a uno de nosotros.

Dos de los guardas de Boaz apuntaron sus lanzas contra el pecho de Yarig, impidiendo al resuelto enano seguir adelante.

—Boaz no va a azotaros a ninguno de los dos —observó Rikus.

—Entonces, ¿quién será? —inquirió Boaz, abriendo los labios en una cruel sonrisa—. Si no son tus compañeros de foso ni tu pareja en el combate, entonces ¿quizá tu amante?

Rikus gimió interiormente. No ocultaba a Neeva sus flirteos, pero una discusión abierta sobre sus aventuras románticas siempre la trastornaba, y, en aquel momento, lo último que deseaba era una compañera de lucha enojada.

Boaz señaló al último esclavo de la plataforma, una voluptuosa pinche de cocina llamada Sadira. Con la mano le hizo un gesto para que se acercara. Al igual que el entrenador, Sadira era semielfa, con puntiagudas cejas y pálidos ojos, pero aquí acababa todo parecido. Si las facciones del entrenador eran afiladas y toscas, las de la joven eran finas y atractivas; sus ojos eran tan claros y nítidos como una turmalina, y sus largos cabellos ambarinos le caían sobre los hombros formando gráciles ondas.

La joven llevaba una bata corta de cáñamo con un amplio escote que le dejaba al descubierto los hombros, y un deshilachado dobladillo que apenas si le cubría la mitad de los esbeltos muslos. La bata era la misma que llevaban todas las esclavas del recinto, pero en Sadira el sencillo atavío resultaba tan provocativo como el vestido más revelador de cualquier mujer noble.

Cuando la pinche de cocina llegó junto a Boaz, el entrenador posó una pálida mano sobre el hombro desnudo de la muchacha. Sadira se encogió sobre sí misma al sentir cómo los lascivos dedos del hombre se paseaban por encima de su piel, pero no se atrevió a protestar.

—Será una lástima estropear tanta belleza con las marcas de unos azotes, pero si eso es lo que quieres, Rikus...

—Eso no es lo que quiero y lo sabes —replicó Rikus, conteniéndose para no lanzar otra amenaza—. Si vas a azotar a alguien, azótame a mí. No me resistiré.

Con una sonrisa afectada ante la sumisión de Rikus, Boaz sacudió la cabeza negativamente.

—Eso no serviría de nada —dijo—. Estás demasiado acostumbrado al dolor físico. Si hemos de enseñarte algo, la lección ha de ser de un estilo diferente. Así pues, ¿cuál de tus amigos pagará por tu arrogancia?

Un tenso silencio siguió a sus palabras.

—No hay necesidad de tomar una decisión precipitada —siguió el entrenador, indicando el centro del foso de combate—. Puedes escoger después de luchar con el gaj.

Tras decidir que la concesión del otro le daría al menos algún tiempo para pensar,

Rikus se volvió hacia el centro del foso. El gaj agitó las antenas en dirección al mul; luego abrió las mandíbulas y arrojó a un lado el cuerpo de Sizzkus con un movimiento de cabeza. Al ver que el nikaal iba a caer a unos veinte metros de distancia, Rikus tomó buena nota de no colocarse en una posición que permitiera a la bestia arrojarlo por los aires de forma parecida.

—Guardaré tu capa —se ofreció Sadira, arrodillándose al borde del muro—. No querrás que se haga pedazos si la lucha se traslada hacia este lado.

Rikus recogió la túnica del suelo y la arrojó a la esclava.

—Muchas gracias.

Cogiendo la prenda al vuelo, Sadira musitó:

—Rikus, no me gusta la forma en que sonrío Boaz.

El mul sonrió, mostrando una hilera de blancos dientes.

—No te preocupes por él. Lo haré pedazos antes de permitirle que te azote.

—¡No! —siseó Sadira, alarmada, enarcando las puntiagudas cejas—. No es eso lo que quiero decir. Puedo soportar unos azotes si es necesario. Sólo quiero que tú tengas cuidado.

La reacción de la encantadora semielfa sorprendió a Rikus, quien habría creído que la joven sentiría terror ante la idea de verse desfigurada. Pero, antes de que pudiera hacer ningún comentario sobre su valentía, Neeva se colocó junto a la muchacha y le tiró del brazo para obligarla a ponerse en pie, al tiempo que decía:

—Dime qué armas quieres, Rikus. Nuestro amigo empieza a hacer castañetear sus pinzas.

—Ni objetos cortantes ni punzantes —interpuso Boaz, mirando a Rikus—. El gaj es una sorpresa especial para los juegos del zigurat. Tithian te venderá a las fábricas de ladrillos si lo matas.

El mul miró al gaj por encima del hombro. Las mandíbulas de la extraña criatura dejaron de entrechocar y se quedaron abiertas. Tras estudiar a su oponente durante varios segundos, el gladiador volvió de nuevo la cabeza hacia su entrenador.

—¿Te gusta apostar, Boaz?

—Puede.

Rikus dedicó al hombre su sonrisa más provocadora y señaló al gaj.

—Lucharé sólo con mis bastones silbadores. Si gano, me azotarás a mí en lugar de a cualquier otro. Si pierdo, nos azotarás a todos.

—¡Esas pinzas cortarán tus bastones como si fueran briznas de paja! —se opuso Neeva.

Rikus no le hizo caso y mantuvo la atención fija en Boaz.

—¿Aceptas la apuesta? —Al ver que el cruel entrenador asentía con una sonrisa, el mul volvió la mirada hacia su compañera de lucha—. Ve a buscar mis bastones.

Neeva se negó a moverse.

—Son demasiado ligeros para esa cosa —refunfuñó—. No quiero ayudar a que te maten.

—Estoy segura de que Rikus sabe lo que se hace —dijo Sadira, apartándose del borde del foso—. Yo iré a buscar los bastones silbadores.

Neeva hizo intención de ir tras ella, pero Boaz hizo una señal a los guardas y éstos la detuvieron con la punta de sus lanzas. A los pocos instantes, Sadira regresó con un par de bastones bermejos de unos dos centímetros y medio de diámetro y ochenta de largo. Esos bastones, hechos de una madera fibrosa que se contraía en lugar de romperse, eran sumamente ligeros y su poder como arma ofensiva se basaba más en la velocidad que en la masa. Estaban cuidadosamente tallados de modo que los extremos eran algo más gruesos que el centro, y un aceite especial hacía que fueran fáciles de sujetar.

Sadira dejó caer las armas, y Rikus recogió una con cada mano. El gladiador giró de cara al gaj, al tiempo que hacía girar los bastones formando un dibujo en forma de ocho. A medida que cortaban el aire, los bastones emitían el distintivo silbido al que debían su nombre. Aunque Rikus casi nunca utilizaba bastones silbadores en enfrentamientos a muerte, eran su arma favorita para entrenarse, ya que su eficacia dependía más de la habilidad y la coordinación que de la resistencia y la fuerza bruta.

Tras decidir que lo mejor sería atacar la cabeza de la bestia, Rikus empezó a andar, haciendo trinar los bastones mientras trazaba distraídamente en el aire toda una variedad de dibujos defensivos.

El gaj permaneció donde estaba, inmóvil, los ojos sin expresión e insensibles.

—¿Puede verme esa criatura? —inquirió Rikus.

La única respuesta fue una risita divertida de Boaz.

El gladiador detuvo su avance a unos cuantos metros de la cabeza del gaj. Un olorcillo dulzón y almizcleño flotaba en el aire, disimulando el hedor de las entrañas que todavía colgaban de las púas de las mandíbulas de la criatura.

Rikus dio un nuevo paso al frente, agitando los bastones frente a los ojos del gaj. Al ver que éste no reaccionaba, hizo como si fuera a golpearlo en la cabeza. Como seguía sin obtener una respuesta, se deslizó a un lado de las terribles mandíbulas, y, sosteniendo uno de los bastones listo para rechazar cualquier eventual ataque, acercó el extremo del otro a uno de los rojos ojos compuestos y lo golpeó ligeramente.

El gaj echó la cabeza a un lado, y el extremo exterior de su mandíbula se estrelló contra la cadera de Rikus, lo que lo hizo retroceder tambaleante. El mul se detuvo y contempló pensativo al animal, intentando descubrir qué lo hacía ser tan especial a los ojos de Tithian. No existía la menor duda de que la criatura era muy fuerte, pero de momento no se sentía demasiado impresionado. Si en lugar de bastones hubiera llevado una espada o alguna arma puntiaguda, el gaj habría muerto con su primer ataque.

—Algo le pasa —gritó Rikus por encima del hombro—. Los cazadores deben de haberlo dejado ciego al capturarlo.

Boaz estalló en un torrente de agudas carcajadas.

—¡Haz el favor de golpear a esa maldita criatura a ver qué sucede! —gritó Neeva.

Rechinando los dientes de furia ante el tono mordaz de su compañera, Rikus se volvió de nuevo hacia el gaj. Haciendo caso omiso de los inexpresivos ojos rojos de la bestia, se colocó a un lado de su cabeza y golpeó la blanca esfera con fuerza. El bastón chocó con ella con un golpe sordo, como si hubiera golpeado un colchón relleno de paja.

Una de las peludas antenas se lanzó velozmente hacia el bastón y, arrollándose a su alrededor, arrancó el arma de la mano de Rikus sin el menor esfuerzo. El asombrado mul saltó a un lado y dio una voltereta hacia atrás para poner más distancia entre él y el gaj. Mientras volvía a la posición vertical, los guardas y Boaz se echaron a reír llenos de regocijo. El mul frunció el entrecejo, tan furioso consigo mismo por dejar que el gaj lo sorprendiera como lo estaba con los guardas por reírse de su negligencia.

El gaj no se movió, aunque utilizaba la erizada antena para balancear el bastón de Rikus por el aire. Después de observar a la criatura durante unos momentos, Rikus comprendió que el animal realizaba una torpe imitación de una figura defensiva en forma de ocho: el mismo dibujo que él había trazado en el aire cuando Sadira le arrojó las armas.

En ese mismo instante, el mul se dio cuenta de dos cosas muy importantes sobre su adversario. En primer lugar, daba la impresión de que las antenas situadas sobre su cabeza eran más bien tentáculos, pues jamás había visto a ningún animal que utilizara una antena como órgano prensil. En segundo lugar, el gaj era mucho más listo y observador de lo que parecía a primera vista. La bestia imitaba un esquema de lucha oficial, y dudaba que se tratara de mera coincidencia.

—¿De modo que deseas una pequeña pelea de bastones? —rugió Rikus.

Empezó a hacer girar el bastón que le quedaba en una serie de dibujos cambiantes escogidos al azar, en tanto se acercaba al gaj protegido detrás del borroso y silbante escudo que creaba con los movimientos del arma.

Al aproximarse el gladiador, la parte delantera del caparazón del gaj se alzó del suelo unos sesenta centímetros, permitiendo que Rikus vislumbrara un cuerpo blanco y pulposo y una maraña de patas de articulaciones nudosas. Sin darle tiempo a más, la bestia introdujo la cabeza bajo el caparazón, llevándose el bastón con ella. El caparazón volvió a caer sobre el suelo; las dentadas mandíbulas del gaj, todo lo que quedaba visible de su cabeza, chasquearon una vez y volvieron a abrirse amenazadoras.

—¿Qué vas a hacer ahora, Rikus? —gritó entonces un guarda.

—¡Arrástrate allá abajo y lucha con él! —sugirió otro.

Enrojeciendo de vergüenza, Rikus miró por encima del hombro. Sólo el rostro de Neeva seguía serio. Incluso Sadira sonreía ante su situación.

—¡Esta criatura no quiere luchar! —dijo el mul a los que lo contemplaban—. ¿Por qué en lugar de hablar tanto no bajáis aquí tres o cuatro de vosotros?

El desafío provocó nuevas risas ahogadas por parte de los espectadores, pero nadie se ofreció voluntario.

Rikus sujetó el bastón entre los dientes y rodeó al gaj, hasta un lugar donde sus pinzas no pudieran agarrarlo. Acucillándose junto al caparazón, cogió la parte inferior del borde y tiró de él hacia arriba con todas sus fuerzas.

La concha se levantó del suelo, y algo castañeteó en su interior. Rikus tiró con más fuerza, levantándola aún más. Seis patas parecidas a bastones surgieron de improviso del interior y se clavaron con fuerza en la arena, tres a cada lado; eran de un negro brillante y casi tan gruesas como el antebrazo de Rikus, y estaban divididas en cinco segmentos por una serie de articulaciones nudosas. Cada pata terminaba en dos garras dentadas que en aquellos momentos se aferraban a la arena en un fútil esfuerzo por mantener el caparazón en el suelo.

Con el bastón silbador bien sujeto todavía entre los dientes, Rikus cambió la posición de las manos y agachó el cuerpo otra vez para poder voltear del todo el caparazón. Esta vez hizo falta un mayor esfuerzo para levantar la bestia. En el extremo opuesto de su cuerpo, el gaj había extendido las patas bien lejos del cascarón y las utilizaba para resistir los esfuerzos de su atacante, pero, a pesar de ello, Rikus iba consiguiendo poco a poco levantar el costado. Ni siquiera una criatura como el gaj podía vencer a la musculatura de un mul.

El caparazón se alzó un poco más, y las patas más cercanas a Rikus dejaron de reposar en el suelo. El mul vio que la parte inferior del cuerpo del gaj estaba dividida en tres secciones blancas: la cabeza, una estrecha sección media de la que surgían las seis patas y un abdomen hinchado en forma de corazón. En el extremo del abdomen se veía un anillo de músculos rojizos.

En el mismo instante en que Rikus conseguía poner el caparazón de tal forma que sólo un pequeño esfuerzo más conseguiría hacer que la bestia quedara patas arriba, el gaj curvó el abdomen hacia adelante de modo que el anillo de músculos apuntara directamente a su adversario. Los músculos se tensaron y se abrió una abertura del tamaño del pulgar del mul. Se escuchó un sonoro siseo, y un chorro de gas bañó el rostro del gladiador.

Rikus escupió al instante el bastón de combate que sujetaba entre los dientes, dejándolo caer sobre la arena al tiempo que soltaba al gaj. Girando en redondo, corrió unos pasos antes de caer de rodillas y empezar a toser como si se ahogara. Tenía la garganta llena de una hediondez tan abrasadora que apenas si podía respirar, y una

sustancia húmeda y maloliente depositada sobre su piel le producía un escozor terrible.

—¿Sigues creyendo que la criatura está indefensa, Rikus? —preguntó Boaz, dedicando una sonrisa irónica al maltrecho gladiador.

Rikus intentó responder, pero sólo consiguió aspirar unas cuantas bocanadas de aire fresco; luego, agarró un puñado de arena del suelo y se la restregó por el rostro, en un intento de eliminar de las mejillas la apestosa sustancia.

—¡Rikus, estás enfermo! —exclamó Yarig—. ¡Necesitas ayuda!

—¡No! —aulló el mul, que tuvo que hacer un gran esfuerzo para gritar su respuesta. Si quería ganar la apuesta a Boaz y salvar de los azotes a sus amigos, no podía permitir que el enano fuera al rescate.

Con la esperanza de impedir que Yarig corriera en su ayuda, el mul se puso en pie. Ante su sorpresa, se tambaleó y estuvo a punto de caer otra vez. Seguía sintiéndose mareado, y la cabeza le daba vueltas como si se hubiera bebido de un trago cinco litros de vino. ¡La criatura lo había envenenado!

Con ojos empañados, Rikus vio cómo sus esfuerzos no habían conseguido más que aumentar la determinación del enano. Yarig avanzó en dirección a la cuerda que colgaba sobre el foso, diciendo:

—¡Ahí voy, Rikus!

—¡Quédate donde estás, Yarig! —ordenó Boaz—. Yo decidiré cuándo debe abandonar Rikus el foso.

Desde luego, Yarig no mostró el menor deseo de obedecer, pero, por entre la neblina que oscurecía su visión, Rikus vio cómo Neeva le cortaba el paso. Aunque no podía competir con la fuerza del enano, la mujer consiguió detenerlo el tiempo suficiente para que un par de guardas colocaran las puntas de sus lanzas contra su garganta. El enano se detuvo de mala gana.

La visión de Rikus empezaba a aclararse cuando sus dos bastones de combate pasaron volando sobre su cabeza y fueron a estrellarse contra la pared de roca. El mul giró en redondo en dirección al gaj, mareado ante lo brusco del movimiento.

La criatura había salido de su refugio y, ahora, sostenida sobre sus seis patas, la cresta de su caparazón quedaba ligeramente por encima de la cabeza de Rikus. Él animal nacía chasquear las mandíbulas y agitaba los tentáculos que coronaban su cabeza, y tres de sus rojos ojos parecían estar clavados en el gladiador.

Sin apartar la vista del gaj, Rikus retrocedió tambaleante hacia la pared para recuperar los bastones. En la plataforma, sobre su cabeza, los guardas y Boaz hablaban en voz baja, pero Neeva y los otros esclavos permanecían en silencio.

El gaj avanzó con un rápido movimiento de patas, las enormes pinzas bien abiertas. Rikus, que no deseaba verse atrapado contra la pared, fue a su encuentro, haciendo silbar los bastones en el aire como si fueran látigos. El gaj contempló cómo

se acercaba, haciendo girar en pequeños círculos los pedúnculos de su cabeza como si fueran cuerdas.

Rikus lanzó un grito de batalla y corrió hacia adelante con toda la velocidad de que eran capaces sus temblorosas piernas. Levantó un bastón para golpear, al tiempo que colocaba el otro en posición defensiva; en ese mismo instante, el gaj dobló las patas bajo el cuerpo, y éste se hundió casi treinta centímetros.

Comprendiendo que la criatura iba a intentar cogerlo por sorpresa otra vez, Rikus se arrojó al suelo y cayó de espaldas cuan largo era con un ruido sordo. Justo en ese momento, el gaj saltó. El enorme cuerpo de la criatura cayó sobre él y las dentadas mandíbulas se cerraron sobre el lugar donde había esperado encontrarlo.

Empuñando los bastones como si fueran dagas, el mul los hundió contra la parte inferior del blando tórax de la criatura. Las puntas de los bastones se hundieron varios centímetros en el esponjoso tejido, pero Rikus no tenía forma de saber si había herido al gaj, ni si éste había al menos sentido los golpes.

El gaj alzó la parte posterior del caparazón, y el gladiador vio cómo el extremo del abdomen se curvaba hacia él. Rikus lo pateó con todas sus fuerzas y contuvo la respiración, mientras se dejaba oír un siseo junto a sus pies. El mul retiró los bastones y volvió a hundirlos tres veces más en el tórax del gaj; luego rodó sobre sí mismo, abriéndose paso a golpes por entre una maraña de patas que se agitaban furiosas para salir de debajo del caparazón.

Cuando los rojos rayos del sol cayeron sobre su rostro y se atrevió a respirar otra vez, Rikus vislumbró una breve imagen de Sadira y los otros esclavos de pie al borde del muro, justo encima de la cuerda que pendía sobre el foso. Los guardas que los rodeaban parecían más interesados en lo que sucedía en la arena que en vigilarlos.

El mul se incorporó rápidamente.

—¡Estoy bien! —gritó, retrocediendo vacilante al tiempo que utilizaba los bastones para rechazar una rápida serie de salvajes golpes procedentes de un par de articuladas patas negras.

El gaj giró sobre sí mismo para apuntar al gladiador con sus mandíbulas. Rikus fingió un ataque, y las pinzas volvieron a cerrarse en el vacío. El mul saltó al otro lado de la bestia y golpeó con los bastones la pulposa masa que era la cabeza a un ritmo rápido de golpes relámpago, doblando la muñeca al pegar para añadir velocidad al golpe.

El gaj lo azotó entonces con los peludos tentáculos. Trallazos de insoportable dolor recorrieron el pecho y los brazos del gladiador. Todo su cuerpo parecía arder de dentro afuera, y Rikus temió estar a punto de convertirse en una bola de fuego. El mul lanzó un alarido.

Intentó apartarse de un salto, pero sus débiles piernas se doblaron. Un dolor abrasador se apoderó de sus hombros y torso. Haciendo caso omiso del sufrimiento,

Rikus obligó al cuerpo a realizar su voluntad; éste lo obedeció a medias, y el mul sintió cómo se doblaba hacia atrás en una voltereta. Con un potente grito, Rikus ordenó a las piernas que lo recogieran. Parecía como si estuvieran hechas de piedra, pero obedecieron y lo depositaron firmemente sobre el suelo antes de que pudiera caer.

El gaj retrajo la cabeza y abrió las pinzas. Rikus retrocedió al tiempo que levantaba los adormecidos brazos. El gaj volvió a sacar la cabeza del interior del caparazón a toda velocidad, y sus mandíbulas se cerraron alrededor de la cintura del mul; las púas se hundieron en su abdomen con cuatro agudas punzadas.

Rikus no intentó luchar para liberarse. Incluso en medio del terrible tormento que padecía, se daba cuenta de lo inútil que sería luchar contra aquellas pinzas. En lugar de ello, sujetó los bastones como si fueran puñales y los clavó contra el par de ojos más cercanos. Al dar los bastones en el blanco, las rojas facetas de aquellos ojos compuestos se desplomaron hacia dentro, y un escalofrío recorrió el cuerpo del gaj.

Las mandíbulas se cerraron con más fuerza sobre Rikus.

En ese momento, Neeva apareció junto al mul, con la lanza de un guarda en las manos y comenzó a pinchar la cabeza del gaj con la punta. Rikus oyó vagamente cómo Boaz gritaba a la mujer, pero no entendió lo que decía. El arma de Neeva descendía otra vez cuando la criatura la interceptó con un cerdoso tentáculo, se la arrancó de las manos y la arrojó al otro extremo del foso.

Entonces hizo su aparición Yarig por el otro lado de la criatura, seguido de cerca por Anezka, quien, según sospechaba Rikus, debía de intervenir en el combate sólo para dar apoyo a su compañero. El enano lanzó todo el peso de su lanza contra la cabeza de la bestia como si se tratara de un garrote, mientras que la mujer halfling hundía la punta de su lanza bajo las mandíbulas del gaj, en busca de la parte inferior de la cabeza.

Ambos ataques dieron sobre el blanco elegido, y la lanza de Anezka se hundió hasta más allá de la punta de obsidiana; pero el gaj contraatacó utilizando el cuerpo de Rikus a modo de mazo, zarandeándolo de un lado a otro y golpeando a los que acudían a rescatar al mul con el poderoso cuerpo de éste. Los tres gladiadores rodaron por el suelo.

Rikus entrevió a Sadira que se deslizaba hacia uno de los costados de la criatura, armada únicamente con un puñado de arena.

—¡Apártate de ahí! —gritó a la joven, asombrado de que la muchacha arriesgara la vida para salvarlo.

Pero el gaj lo sacudía con tal violencia que sus palabras surgieron totalmente desfiguradas y resultaron ininteligibles. Rikus volvió a golpear los ojos heridos del gaj. Esta vez, dos de las antenas de la criatura interceptaron los golpes; los peludos pedúnculos se arrollaron a sus muñecas, y una oleada de dolor insoportable se extendió por ambos brazos, haciendo que los músculos del gladiador se contrajeran

hasta tal extremo que temió que fueran a aplastarle los huesos. Aulló con todas sus fuerzas e intentó arrancar de raíz los tentáculos, pero los brazos ya no le obedecían.

El tercer tentáculo lo golpeó en un lado de la cabeza y se enrolló en su frente. Tuvo la impresión de que la mente le estallaba y todo se volvía blanco. No veía, no oía. Sentía cómo el pecho se contraía y expandía al ritmo de sus gritos, pero eso era todo.

En el interior de su cabeza, un enjambre de escarabajos del tamaño de un pulgar surgió del vacío que ahora lo aislaba. Todos los escarabajos tenían el mismo aspecto que el gaj. Muy despacio, todos ellos empezaron a avanzar por el aire hasta alcanzar la superficie de su cerebro y, una vez allí, empezaron a mordisquearlo dejando tras de sí finísimos hilillos de dolor en su avance por el ondulado terreno. Poco a poco, los insectos fueron creando una red de insoportable tormento que envolvió toda la mente de Rikus.

La red empezó a cerrarse de forma inexorable, y el terror del mul, sus recuerdos e incluso su propia voluntad de luchar empezaron a desvanecerse. Pronto ya no pudo sentir nada excepto el horroroso fuego de su agonía, ni oler otra cosa que el amargo olor del propio miedo, ni saborear más que las frías cenizas de sus pensamientos al desaparecer.

Por último, incluso estas amargas sensaciones se esfumaron. El mul se quedó sin nada a lo que aferrarse e inició la larga caída en el abismo de la inconsciencia.

2

La hechicera

Rikus dejó de gritar.

Los bastones de combate del mul resbalaron de entre sus gruesos dedos. Sus hombros se derrumbaron, las nudosas rodillas se doblaron, y los negros ojos rodaron en sus cuencas hasta quedar en blanco. El gaj levantó las negras pinzas, mostrando el cuerpo inerte del gladiador como si se tratara de un trofeo. Uno de los peludos tentáculos permanecía arrollado a la frente de Rikus, sosteniendo en alto su cabeza, y los otros dos seguían sujetándole las muñecas.

Sadira se detuvo a unos diez metros del costado del gaj. La muchacha tuvo que hacer un gran esfuerzo para no vomitar al llegar hasta ella las últimas vaharadas de unos vapores fétidos. El cuerpo del mul colgaba flácido entre las negras mandíbulas de la bestia, y la sangre que manaba de las heridas producidas por las púas resbalaban por las piernas y goteaba al suelo desde los dedos de los pies.

A la izquierda del gaj, Neeva se incorporó y sacudió la cabeza con violencia para aclararla. En el lado opuesto de la bestia, Yarig se encontraba ya de pie y levantaba su lanza dispuesto a atacar. Anezka, cuya lanza seguía alojada en la cabeza del animal, se encontraba algo más atrás que Sadira, estudiando a la criatura con una expresión de desconcertada cólera.

Desde lo alto del muro que rodeaba el foso, Boaz gritó:

—¡Dejad morir a ese mul estúpido!

Pero, aunque ello significaría un severo castigo, ninguno de los esclavos obedeció al entrenador. Cuando el gaj golpeó al mul con los erizados tentáculos, el inusitado sonido de los gritos de Rikus y la visión de su huida habían dejado bien claro que éste tenía problemas. Al momento, Yarig había apartado de un manotazo las lanzas apoyadas contra su garganta y descendido por la cuerda para ir en ayuda de su amigo. Por lealtad a su compañero enano, Anezka lo había seguido casi al instante, al tiempo que Neeva arrebató las lanzas que sostenían un terceto de guardas y saltaba a la arena, sin utilizar siquiera la cuerda.

Ante el asombro de todos, excepto el suyo propio, Sadira se deslizó también por entre los guardas y siguió a los gladiadores al foso. Sin duda Boaz y los demás creyeron que había perdido la coquetona cabecita y corrido a la arena presa de pánico, pero no era así. Sadira había entrado en el foso de modo que pudiera estar lo bastante cerca para lanzar un hechizo si resultaba que no existía otra manera de salvar a Rikus.

En esos momentos, todo parecía indicar que el mul quedaría hecho pedazos antes de que los otros gladiadores consiguieran liberarlo de las pinzas del gaj. Para salvar al mul, Sadira tendría que utilizar su magia..., acción que sin lugar a dudas pondría su propia vida en peligro. En Tyr, al igual que en otras ciudades de Athas, sólo el rey y sus templarios podían utilizar la magia. Los que desafiaban esta ley eran ejecutados.

Más importante aún era que cualquiera algo versado en los rudimentos de la hechicería se daría cuenta de que Sadira no había adquirido tales poderes por sí misma. Tithian, su dueño y el hombre que probablemente la interrogaría, deduciría su conexión con la Alianza del Velo, la sociedad secreta de hechiceros cuyo empeño era derrocar al rey. Sin duda, también querría averiguar por qué la Alianza había reclutado a un agente en sus fosos. Si la capturaba viva, intentaría obligarla a responder mediante una tortura larga y terrible.

Pero, a pesar de todas estas consideraciones, Sadira no tenía otra elección que utilizar su magia. Rikus no lo sabía aún, pero la Alianza del Velo tenía planes para él durante los juegos del zigurat, y demasiadas cosas dependían de aquellos planes como para dejar morir al gladiador.

Preparándose para lanzar el conjuro, Sadira aspiró con fuerza y buscó con la mirada alguna indicación de que los luchadores estuvieran consiguiendo al fin llevar ventaja en su combate contra aquella criatura que parecía capaz de acabar con todos ellos. No la encontró. El gaj mantenía a raya a Yarig y a Neeva por el simple método de utilizar el cuerpo de Rikus a modo de gigantesco martillo, y Anezka parecía totalmente perdida sin su lanza.

—¡Neeva, Yarig, cubríos los ojos! —chilló Sadira.

—¿Qué? —inquirió Neeva, ceñuda.

—Confiad en mí —respondió Sadira—. Es por Rikus.

Sin esperar una respuesta, la semielfa bajó la palma de la mano hasta casi tocar el suelo y extendió los dedos. Tras apartar de su mente cualquier otro pensamiento, se concentró en la mano, invocando toda la energía que necesitaba para realizar el conjuro. El espacio comprendido entre la palma de su mano y el suelo empezó a relucir; luego, un chorro de poder apenas visible atravesó ese espacio, penetró en la mano y ascendió por el brazo.

Para el ojo inexperto, habría podido parecer como si Sadira extrajera la magia del suelo, pero no era así. Si bien era cierto que extraía el poder para su magia de la fuerza

vital del mismo Athas, al igual que todos los hechiceros sólo podía utilizar ese místico poder a través de las plantas. La fuerza que penetraba en su cuerpo provenía de los zumaques, las agujas de pastor, y los carpes que rodeaban el recinto de los esclavos de Tithian. El suelo no era más que un elemento transmisor.

Cuando Sadira hubo reunido poder suficiente para su conjuro, cerró la mano y cortó el flujo de energía. Si absorbía demasiado poder y demasiado deprisa, las plantas de las que sacaba la fuerza vital morirían y la tierra que envolvía sus raíces se volvería estéril y yerma. Por desgracia, pocos hechiceros eran tan cuidadosos con sus poderes, y era este descuido lo que había convertido Athas en un erial.

Ahora que había obtenido suficiente energía mística, la semielfa formuló el conjuro que daría forma y dirección a la magia, y arrojó un puñado de arena a su objetivo. Un cono centelleante escarlata y dorado brotó como un torrente de sus dedos y se lanzó hacia la cabeza del gaj en forma de resplandeciente rayo. Cuando alcanzó a la bestia, el raudal de luz se transformó en una efervescencia de burbujas de color esmeralda, que a su vez estallaron en un ramillete de luces rojas, azules, amarillas o cualquier otro de entre un centenar de vibrantes colores. Incluso para Sadira, que sabía lo que iba a ver, la exhibición resultó deslumbrante. El brillo de toda aquella variedad de colores hizo que sintiera vértigo, y sólo el hecho de saber por anticipado el resultado del conjuro evitó que el resplandeciente espectáculo la aturdiere.

Los tentáculos del gaj cayeron flácidos, soltando la cabeza y muñecas de Rikus, y los ojos rojos de la criatura adoptaron un apagado tono castaño. Luego ésta encogió las gruesas patas, y el escamoso caparazón cayó al suelo. Por desgracia, las pinzas siguieron cerradas, manteniendo el cuerpo inerte de Rikus bien sujeto entre las poderosas mandíbulas. La carne del gladiador mostraba rojos verdugones allí donde las antenas del gaj lo habían sujetado.

Tanto Neeva como Yarig pasearon la mirada de Sadira a la inmóvil criatura.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el fornido enano.

—Está atontado —explicó Sadira, avanzando en dirección a las mandíbulas de la bestia—. Le he lanzado un hechizo.

Ambos gladiadores se quedaron boquiabiertos.

—¡Eso significará tu muerte! —farfulló Neeva—. ¿Harías eso por Rikus?

—Ya lo he hecho —contestó Sadira.

—¿Qué le ha sucedido al gaj? —chilló Boaz desde lo alto del muro—. ¡Lord Turnan te cortará la cabeza!

La ayudante de cocina no le hizo el menor caso y se puso a tirar de las mandíbulas del animal. Pero éstas no se abrieron.

—Hemos de sacar de ahí a Rikus —dijo—. El gaj no tardará en recuperarse.

Neeva se colocó junto a Sadira e insertó una lanza entre las mandíbulas.

—Rikus no me dijo nunca que fueras una hechicera.

—Intento no revelar todos mis secretos —respondió Sadira.

Neeva apretó un pie contra la mandíbula e hizo palanca con la lanza; cuando las pinzas empezaron a abrirse poco a poco, Yarig soltó su arma y comenzó a tirar de Rikus para sacarlo. Las púas, clavadas todavía en el abdomen del mul, empezaron a desgarrar el estómago del gladiador.

—¡Aguarda! —indicó Sadira, posando una de sus suaves manos sobre el brazo del enano—. Neeva tiene que abrir un poco más las pinzas.

—No puedo —declaró la otra con voz tensa.

—¿Qué le estáis haciendo al gaj? —exigió Boaz desde la plataforma—. ¡Deteneos! No le hagáis más daño.

Los guardas avanzaron con desgana en dirección a la soga que pendía sobre el foso y empezaron a repetir las órdenes de su señor de que dejaran en paz al gaj, pero ninguno de ellos dio un paso más para hacerlas cumplir. Su indecisión no sorprendió a Sadira. Su destreza para la lucha no podía equipararse a la de los gladiadores, y ninguno de ellos se sentía ansioso por ser el primero en utilizar la fuerza contra los esclavos.

Yarig recuperó su lanza y la colocó entre las pinzas, junto a la de Neeva. Con la ayuda del poderío muscular del enano, la mandíbula se abrió lo suficiente como para que las púas soltaran el estómago de Rikus, y la sangre empezó a manar de las heridas.

Sadira agarró los gruesos hombros del gladiador y tiró de él, pero el mul resultaba demasiado pesado para sus fuerzas.

—¡Anezka, ayúdame!

La halfling se acercó despacio y tomó uno de los brazos de Rikus; entre las dos consiguieron arrancarlo de las pinzas.

Una vez que el inconsciente mul quedó libre, Neeva y Yarig soltaron las armas y dejaron que las pinzas volvieran a cerrarse. Sujetándolo entre ambos por los brazos, empezaron a arrastrar a Rikus en dirección al extremo del foso de combate. Sadira y Anezka los siguieron unos pasos más atrás, sin dejar de vigilar por encima del hombro a la aturdida criatura, en busca de indicios de que empezaba a recuperarse.

Cuando llegaron junto al muro, los tentáculos del gaj empezaban ya a agitarse. Yarig agarró la cuerda y empezó a trepar. Boaz lo esperaba arriba.

—Debería dejaros ahí abajo para que el gaj acabara con vosotros —siseó el entrenador.

—Entonces tendríamos que matarlo —se limitó a responder Yarig, deteniéndose al final de la cuerda—. ¿Vuelvo a bajar?

Boaz contempló al obstinado enano durante unos instantes, enojado ante su propia incertidumbre, pero acabó por hacerse a un lado.

—No. Ya se me ocurrirá un castigo más apropiado para vuestra desobediencia.

Cuando Yarig hubo trepado fuera del foso, Neeva levantó a Rikus y lo alzó todo lo que pudo. Yarig se volvió y, tendiéndose sobre el estómago, extendió los brazos para coger al mul, pero éstos eran demasiado cortos para cubrir la distancia que los separaba. Fue Anezka quien solucionó el problema, trepando hasta la mitad de la cuerda y alzando los pesados brazos de Rikus hasta su compañero.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Yarig, tirando con fuerza del mul para subirlo a la plataforma, mientras Neeva empujaba desde abajo.

Detrás de Sadira, en el centro del foso, el gaj hizo chasquear las pinzas y partió las abandonadas lanzas con una serie de agudos crujidos.

Neeva lanzó un gruñido e impulsó a Rikus por encima de su cabeza. Yarig aprovechó la oportunidad para ponerse en cuclillas y tiró del mul con renovada energía hasta llevarlo a la plataforma. Anezka no perdió un segundo y trepó rápidamente por el resto de la cuerda hasta aquélla. Sadira volvió la cabeza atemorizada. El gaj se había puesto en pie y apuntaba los peludos tentáculos en dirección al grupo.

—¡Hemos de darnos prisa! —gritó Sadira—. ¡Está despierto!

Apenas si había acabado de hablar cuando un par de poderosas manos la cogieron por la cintura y, antes de que la semielfa se diera cuenta de lo que sucedía, Neeva ya la había pasado a Yarig, quien la alzó sin el menor esfuerzo.

En cuanto Yarig la depositó en la plataforma, Sadira se volvió para mirar el foso. El gaj se deslizaba velozmente por el arenoso suelo y se encontraba ya a medio camino del muro. Neeva dio un salto en el aire y se agarró a la cuerda, pero Sadira dudó que la mujer tuviera tiempo de llegar arriba antes de que la criatura la alcanzara.

Puesto que ya había descubierto su condición de hechicera, Sadira decidió que ya nada podía perder si utilizaba de nuevo la magia para salvar ahora a la compañera de Rikus. Así pues, extendió los brazos en dirección al gaj y empezó a recitar un conjuro, preparándose para lanzar un rayo de energía mágica contra la cabeza del animal.

Pero, justo antes de que pudiera lanzar el hechizo, Boaz gritó:

—¡Detenedla!

Y el mango de la lanza de un guarda fue a estrellarse contra el antebrazo de Sadira, desviando el ataque. Un chorro de energía dorada surgió centelleante de las puntas de sus dedos y estalló en el interior del foso, a la izquierda del gaj. Una columna de arena se alzó unos nueve metros en el aire.

El gaj hizo caso omiso de la explosión y siguió adelante con su ataque, chasqueando las mandíbulas y agitando enojado las antenas. Una de las manos de Neeva coronó la pared, y Yarig le sujetó el brazo.

En cuanto el gaj llegó al extremo del foso, levantó la parte frontal del caparazón y empezó a arañar la parte inferior del muro en un inútil intento de ir tras la mujer. La cabeza de la criatura se encontraba sólo a unos metros de los tobillos de Neeva,

cuando la otra mano de ésta alcanzó también el borde de la pared, y la gladiadora empezó a alzarse fuera del foso.

El gaj lanzó entonces al frente uno de los tentáculos y lo arrolló a la pantorrilla desnuda de Neeva. La luchadora lanzó un grito de dolor y sorpresa. Sus dedos resbalaron de la pared, pero Yarig la agarró por el brazo y la sujetó con fuerza. Neeva volvió a aferrarse al borde con la otra mano y, sin dejar de aullar de dolor, intentó subirse a la pared.

La cerdosa antena de la criatura permaneció en torno a la pantorrilla, negándose a soltar su presa. Neeva tiró de la pierna hacia arriba, retorciéndola con violencia, hasta que, de improviso, el pedúnculo se separó de la cabeza del gaj con un sonoro chasquido. El animal emitió un chillido desgarrador, para después retirarse apresuradamente. A unos cuantos metros de la pared, la criatura encogió las piernas y la cabeza, y hundió a toda prisa el caparazón sobre la arena.

—¡Sacádmelo! —aulló Neeva, revolcándose en el suelo. Intentó alcanzar el tentáculo enrollado en su pierna, pero el intenso dolor hacía que piernas y manos se agitaran en terribles espasmos.

Sadira se inclinó para ayudarla, pero se encontró con la afilada punta de la lanza de un guarda.

—No intentes moverte —amenazó el hombre.

Sin hacer caso de la amenaza del guarda a la pinche de cocina, Yarig intentó ir en auxilio de Neeva, pero Boaz se interpuso entre él y la aullante mujer.

—No te he dado permiso para que le prestaras ayuda —dijo.

El enano le dedicó una mueca e intentó esquivar al entrenador, pero un guarda se lanzó hacia adelante y presionó la punta de su lanza contra las costillas de Yarig.

Mientras Neeva seguía revolcándose y chillando, Boaz volvió la vista hacia los hombres que rodeaban a Rikus, tendido aún boca abajo sobre la plataforma.

—¿Está muerto el mul?

Uno de los guardas movió la cabeza negativamente.

—Respira, pero eso es todo.

—Entonces ¡Intentad mantenerlo vivo! —ordenó Boaz—. No podemos dejar que nuestro campeón muera mientras duerme. A lord Tithian no le gustaría.

El guarda asintió y se dedicó a vendar las heridas del mul. A pocos metros de distancia, Neeva continuaba aullando de dolor, pero nadie fue en su ayuda.

Boaz dirigió entonces la mirada hacia Sadira.

—¿Qué vamos a hacer contigo, mi embrujadora jovencita? Estoy seguro de que ya sabes que el castigo por practicar la magia es la muerte.

La ayudante de cocina sostuvo con firmeza la mirada del entrenador, a pesar de que el corazón le latía aterrorizado.

—Lord Tithian querrá sin duda interrogarme antes de que me maten —repuso.

Fingiéndose una seguridad que estaba muy lejos de sentir, obligó a sus voluptuosos labios a exhibir una sonrisa—. Pero me parece que eso no resultará muy agradable para ti. Después de todo, lord Tithian no se sentirá muy feliz cuando se entere de que enviaste a su mejor gladiador a luchar contra el gaj armado tan sólo con un par de bastones silbadores.

—Así pues, ¿debo olvidar lo que vi? —inquirió Boaz, respondiendo a la sonrisa de Sadira con una mueca llena de cinismo.

—Eso te beneficiaría —respondió ella, cuidando de mantener un tono calmado.

—Nada tengo que temer de Tithian —declaró Boaz—. Para él, el mul no es más que otro esclavo.

Mientras el entrenador la estudiaba con la mirada, Sadira buscó cualquier señal de las dudas que esperaba estuviera sintiendo Boaz. Sólo su expresión concentrada le dio motivos para pensar que había tenido éxito. A pesar de lo que había afirmado el entrenador, Tithian se sentiría realmente molesto si se enteraba de como había sido herido Rikus, y Boaz sabía que la historia saldría a la superficie si entregaba a Sadira a su señor para que la interrogase.

—Quizá debería matarte ahora —gruñó Boaz—. Siempre podría arrojarte al gaj.

—Eso debes decidirlo tú —replicó Sadira con valentía—. Pero eso robaría a lord Tithian la oportunidad de interrogarme, y, más tarde o más temprano, se enteraría de que yo había utilizado magia. Aunque tus guardas no hablen, estoy segura de que estos gladiadores sí lo harán. ¿O es que también los matarás a todos ellos?

Mientras el entrenador consideraba su próxima respuesta, Neeva consiguió por fin arrancar la antena del gaj de su pierna y la arrojó al interior del foso. Sus angustiados gritos se transformaron en un gemido. La repentina calma pareció inspirar a Boaz.

El semielfo sonrió a Sadira apretando los labios.

—Tendré en cuenta tu consejo. —Deslizó la mirada de la esclava al guarda situado junto a ésta, cuya lanza estaba apoyada ahora contra la garganta de la joven—. Enciérrala en el Agujero.

Sadira se encogió sobre sí misma, acobardada. El Agujero era un viejo almacén con docenas de pequeños silos abiertos en el suelo. Se trataba del castigo favorito de Boaz. La muchacha no sabía a ciencia cierta qué horrores se ocultaban en el Agujero, pero existían muchos, muchísimos rumores. Lo que Sadira sí sabía con certeza era que ningún esclavo sobrevivía en el Agujero más de cinco días.

El guarda tomó a la joven por el brazo. Mientras se la llevaba de allí, la semielfa dirigió una última mirada a Rikus. Ahora eran dos los guardas que cuidaban de él. Habían hecho jirones la capa del mul y vendado su estómago con ellos, pero la sangre seguía rezumando por debajo de los vendajes a una velocidad alarmante. Sin embargo, Sadira se sintió contenta de ver manar sangre, pues era la única señal de

vida que se apreciaba en la inerte figura del mul.

Boaz hizo una señal al guarda que sujetaba a Sadira.

—Ocúpate de que esté atada y amordazada.

Esta última orden hizo que el corazón de Sadira diera un vuelco. Amordazada y con las manos atadas, no podía utilizar su magia. Resultaría imposible realizar los gestos ni pronunciar los conjuros de los hechizos que necesitaría para escapar.

El guarda asintió y apoyó la lanza en la espalda de Sadira.

—Ya sabes adónde vamos.

Seguida por el guarda, Sadira atravesó la plataforma hasta llegar a un corto tramo de escaleras. Justo enfrente de ellos había una docena de edificios achaparrados de paredes de ladrillos pardos hechos de barro, y techos cubiertos con pieles de animales. Por entre los edificios se movían, arrastrando los pies, un puñado de esclavos demacrados. Llevaban cubos de agua y comida a las celdas habitadas por los gladiadores de Tithian y, más importante aún, a los corrales que contenían los exóticos animales que sus cazadores habían capturado para los juegos del zigurat.

Detrás de los edificios se encontraba la muralla del recinto, una barricada de unos seis metros de altura hecha de ladrillos de barro, coronados por puntiagudos pedazos de obsidiana. En cada esquina de la muralla se alzaba una elevada torre de techo plano. Unas pieles recubiertas de escamas cubrían los techos de estas torres.

Una pareja de centinelas montaba guardia en cada una de las cuatro torres. No llevaban armadura, pues cualquiera que fuera cubierto de atavíos tan pesados no tardaría en desmayarse bajo el abrasador calor de un día athasiano, pero cada centinela iba armado con una ballesta, una pequeña cantidad de saetas de punta metálica, y una daga de acero.

Sadira sabía que las armas de acero eran más para intimidar que para ser utilizadas. En Athas, el metal era más precioso que el agua y tan escaso como la lluvia. Tyr era única entre las ciudades-estado de Athas por poseer el control de una mina de hierro todavía en explotación. Las demás ciudades, por su parte, tenían que depender de aguerridas bandas de rescatadores para conseguir metal. Estos audaces grupos de aventureros se dedicaban a buscar perdidos arsenales y cámaras del tesoro entre las antiguas ruinas enterradas por doquier bajo las arenas del desierto.

Que Tithian confiara a los guardas de las torres armas de metal era señal de la increíble fortuna de que era poseedor el sumo templario. Incluso en Tyr, donde el hierro abundaba, una saeta de metal resultaba más cara que un saludable esclavo de granja, y las dagas valían tanto como un buen gladiador.

El guarda que acompañaba a Sadira la golpeó en la espalda con la punta de obsidiana de la lanza.

—Deja de perder el tiempo.

Resistiendo al impulso de realizar un conjuro allí mismo, la semielfa descendió los

peldaños que conducían a la plataforma del foso. En esos momentos, Boaz y los otros guardas reaccionarían con rapidez al menor indicio de problemas, y Sadira sabía muy bien que no podía luchar contra media docena de guardas. Tendría que aguardar el momento oportuno; entonces el sigilo la ayudaría a conseguir escapar.

Sadira se dirigió hasta el Agujero, un pequeño edificio situado en el extremo más lejano del recinto. Allí un guardián la amordazó con un mugriento pedazo de tela y le ató las manos a la espalda con unas ligaduras que le cortaron la piel; luego la entregaron a un par de centinelas que estaban a cargo del Agujero, quienes la empujaron al interior. Nada más descender un tramo de escalones de piedra, la embargó el malsano hedor de la basura y el sudor humano. Se sintió a punto de vomitar, y casi se asfixió con la mordaza que le tapaba la boca.

Riéndose de su situación, los guardas la tomaron por los brazos y la arrastraron hacia adelante. Los rayos del rojo sol penetraban por el tejado de piel, iluminando el interior con un resplandor rojizo que hacía que el lugar pareciera todavía más perverso y repugnante.

El suelo de la cabaña era de piedra y estaba cubierto por pesadas losas de roca. Los guardas condujeron a Sadira al otro extremo de la habitación, y una vez allí empujaron a un lado una de las losas de piedra. Un siseo apagado, no muy diferente del susurro de la brisa, surgió del silo situado a sus pies. La celda estaba tan oscura como la obsidiana, pero Sadira pudo ver lo que sucedía allá abajo con la misma claridad que si hubiera estado iluminado por una antorcha. De sus antepasados elfos había heredado la infravisión, la habilidad de ver el calor ambiental cuando no existía otra fuente de luz.

El frío azul de las paredes de ladrillo del silo le permitió advertir a Sadira que se trataba de un agujero de algo menos de ochenta centímetros de diámetro y unos tres metros de profundidad. Había el espacio justo para permanecer de pie, pero no para sentarse o tumbarse.

La celda estaba ocupada de arriba abajo por la gasa verde de una sedosa telaraña, por la que se deslizaban docenas, quizá cientos, de reptiles rosados, que eran quienes producían el apagado murmullo al frotar las flexibles escamas contra la seda, las paredes, o entre sí. Eran casi tan largos como los dedos de la joven, con cuerpos blandos y tubulares, cabezas triangulares, diminutas orejas cuadradas, y ojos compuestos parecidos a los de un insecto. No estaba muy segura de si considerarlos lagartos o serpientes, ya que poseían unas patas minúsculas en la parte delantera del cuerpo, pero no en la posterior.

Uno de los guardas sujetó a Sadira por los sobacos y la balanceó sobre el pozo. La semielfa gimió asustada y apretó los pies contra los bordes del agujero. Sabía que era inútil luchar, pero la idea de verse arrojada a la hormigueante masa de allí abajo la llenaba de repulsión.

El compañero del que la sujetaba apartó a patadas los pies de la esclava de los extremos del pozo, y el que la tenía cogida la dejó caer. Sadira cayó en picado a través de la telaraña, arrastrando en su caída una lluvia de cuerpos viscosos e hilos pegajosos. Cuando golpeó contra el fondo, las rodillas se le doblaron y un hombro se estrelló contra el muro de ladrillo. Un dolor punzante se apoderó de sus tobillos y rodillas, y perdió toda sensibilidad en el brazo izquierdo. Se encontraba encajada en el estrecho silo con las posaderas apoyadas en los talones.

Escamosas tiras de carne empezaron a correr por sus piernas desnudas, sus hombros e incluso por su espalda. Sadira lanzó un grito ahogado de repugnancia y se puso en pie con un esfuerzo que provocó nuevas oleadas de dolor en sus tobillos y rodillas.

En la boca del silo, los dos guardas lanzaron una risita y volvieron a colocar la losa de piedra.

Sadira quedó sola en la celda, excepto por la presencia de las repulsivas criaturas que frotaban sus escamas contra su cuerpo y la golpeaban con sus rasposas lenguas. No estaba muy segura de si aquellas demostraciones eran una bienvenida a la colonia o simplemente se dedicaban a probar el sabor de la última captura de la telaraña. La hechicera se consoló con el pensamiento de que el mayor peligro que planteaban los reptiles era el de volverla loca. Dudaba que Boaz tolerase la existencia de aquellas criaturas si reducían el tormento de sus víctimas matándolas.

La joven semielfa no perdió mucho tiempo dejándose llevar por el miedo o lamentando su destino, pues sabía que éstas eran las reacciones que Boaz deseaba. Puesto que había nacido ya siendo esclava, Sadira había comprendido hacía tiempo que, aunque sus amos podían utilizar amenazas y violencia para esclavizarla físicamente, no podían controlar su mente ni sus emociones a menos que ella se lo permitiera. Mientras permaneciera firme y se negara a aceptar el derecho de aquellas personas a someterla, sería libre, aunque sólo fuera espiritualmente. Claro está que la libertad espiritual era un pobre sustituto de la auténtica, pero al menos mantenía viva la esperanza.

La hechicera había visto a demasiada gente renunciar a este último ápice de dignidad. La propia madre de Sadira, una humana de cabellos ambarinos llamada Barakah, había muerto pidiendo disculpas a su hija por los «crímenes» cometidos, crímenes que habían dado como resultado el que Sadira naciera esclava. De todos modos, la joven jamás consideró que las acciones de su madre hubieran sido crímenes.

Por lo que la semielfa había conseguido averiguar, de joven, su madre se había ganado la vida gracias a una de las pocas ocupaciones prohibidas en Tyr. El rey Kalak había declarado ilegal vender o comprar elementos mágicos, y, como es natural, ello dio origen a que en el conocido mercado elfo surgiera un próspero comercio en pieles

de camaleón, goma arábiga, polvo de mica, estómagos de culebra, y otros artículos difíciles de adquirir. Barakah se ganaba la vida como recadera entre la Alianza del Velo y los poco fiables contrabandistas elfos, pero cometió el error de enamorarse de un infame granuja elfo llamado Faenaeyon.

Poco después de la concepción de Sadira, los templarios habían realizado una incursión en la destartada tienda en que Faenaeyon vivía y realizaba sus transacciones. Este consiguió escapar y huyó al desierto, pero a la embarazada Barakah la capturaron y vendieron como esclava. La reacción de Faenaeyon fue desentenderse de su amante y del hijo que llevaba en su vientre, sin hacer el menor esfuerzo por comprar su libertad o ayudarlos a escapar. Pocos meses más tarde, nació Sadira en los fosos de los gladiadores de Tithian, y allí era donde se había criado.

Pero no era allí donde pensaba morir. Sadira concedió a los guardas unos cuantos minutos para que salieran, y luego se dedicó a la ardua tarea de intentar escapar. La mordaza resultó bastante fácil de quitar. La joven simplemente ladeó la cabeza y restregó la barbilla contra el hombro varias veces. El pedazo de tela que le rodeaba la boca se deslizó más abajo de la barbilla hasta reposar sobre los hombros y pudo escupir la bola de algodón que le habían introducido en la boca.

El paso siguiente fue intentar liberar las manos. De no habérselas atado a la espalda, habría sido una tarea muy simple roer las ataduras hasta poder romperlas; pero, para hacerlo ahora, primero tenía que conseguir llevar las manos al frente. Trató de deslizar las manos atadas por debajo de las piernas, pero sus brazos eran demasiado cortos. Sólo consiguió que le doliera más el ya dolorido hombro.

Comprendiendo que el reducido espacio en el que se encontraba no le permitiría jamás realizar esta maniobra, empezó a mover las muñecas en sentido contrario, arriba y abajo. Con el tiempo —y sospechaba que disponía de grandes cantidades de él— quizá conseguiría aflojar el nudo o tensar la cuerda lo suficiente para poder soltar una mano.

El repetitivo movimiento atrajo la atención de los reptiles. En cuestión de segundos, Sadira se vio cubierta de los viscosos animalillos desde los codos hasta los pies. Se retorcían sobre sus brazos presas de creciente excitación, con un roce de escamas que parecía el susurro de una brisa. La semielfa hizo caso omiso de ellos y continuó moviendo las manos.

De improviso, Sadira sintió una aguda punzada en el pliegue del codo, y, cuando notó que un hilillo de algo húmedo y caliente le corría por el brazo, se dio cuenta de que una de las criaturas la había mordido. Docenas de minúsculas lenguas rasposas se pusieron a lamer la sangre, y a poco sintió otra punzada en la parte exterior del antebrazo. Ambas heridas sangraban más abundantemente de lo que habrían debido, y la excitación de aquella especie de lagartijas aumentó, llenando el silo con un suave y continuado zumbido. La muchacha empezó a temer que sus esfuerzos por liberarse

estuvieran conduciendo a los reptiles a un frenesí alimentario.

Con un gran esfuerzo para dejar de lado su creciente repugnancia, Sadira continuó trabajando en el cuero de las ataduras. Consideró la posibilidad de utilizar a los lagartos para sus propósitos intentando conseguir que royeran las ligaduras. Por desgracia, los reptiles parecían más interesados en lamer sangre que en roer cuero.

Las muñecas no tardaron en escocerle allí donde las ataduras cortaban la carne, y una cantidad aún mayor de sangre caliente empezó a correr por sus manos. Los diminutos reptiles corrieron en tropel hacia el nuevo suministro de alimento. Unos cuantos incluso osaron introducirse en la estrecha hendidura que quedaba entre sus manos atadas. Llena de repugnancia, lanzó un gemido y, apretando las palmas una contra la otra, logró aplastar a un par de las repulsivas criaturas, cuyos cuerpos estallaron con un blando chasquido. Una especie de baba fría le cubrió las manos.

Al advertir lo resbaladiza que era aquella porquería, Sadira se dijo que le sería útil para liberar las manos. Así pues, los siguientes minutos los pasó restregando arriba y abajo las doloridas muñecas, y, a medida que éstas sangraban, permitía que más de aquellas criaturas se introdujeran entre las manos para ir las aplastando gradualmente. De vez en cuando, trataba de liberar una mano pero se encontraba con que las ligaduras seguían sin ceder. Los reptiles, entretanto, continuaban mordisqueándole los brazos y lamiendo las heridas alrededor de las tiras de cuero. Asqueada, aplastó varios de ellos contra la pared con el antebrazo. Muy pronto, tanto sus manos como sus brazos estuvieron empapados de una mezcla de su propia sangre caliente y las frías entrañas de las criaturas.

Sadira volvió a intentar soltar una mano. Esta vez, la mano izquierda se deslizó fuera del lazo. El breve grito de alegría resonó en las paredes de ladrillo del silo, pero dudó que lo hubieran oído en el exterior. La semielfa pasó inmediatamente las manos delante y se sacudió los reptiles de los brazos ensangrentados. A falta de otra cosa mejor, se limpió las manos como pudo en la bata que llevaba, para luego dedicarse a ir sacando los reptiles enredados entre sus cabellos. No se molestó en ocuparse de las criaturas que le corrían por las piernas, puesto que eran demasiado numerosas y ninguna parecía estar ocupada en morderla.

Por fin Sadira estuvo lista para lanzar el primer conjuro de su huida. En lugar de dirigir la palma de la mano hacia el suelo para llamar a la energía que necesitaba, la hechicera la dirigió a la pared. Puesto que ya se hallaba bajo tierra, no había necesidad de sacar la energía de abajo antes de conducirla hasta ella.

En cuanto sintió cómo la energía penetraba en su cuerpo, Sadira tomó una pequeña porción de tela de araña de la pared, hizo una bola con ella y se la colocó bajo la lengua. Luego pronunció un conjuro. Cuando la bola de tela de araña desapareció de su boca, supo que el conjuro había funcionado y que podría trepar por las paredes con la misma facilidad que los reptiles. La joven semielfa posó las yemas

de los dedos sobre la pared y se impulsó hacia arriba. Su cuerpo se levantó del suelo como si fuera tan ligero como un hilo de seda.

La hechicera ascendió rápidamente hasta la parte superior del silo, produciendo un nítido siseo con cada movimiento. Aunque las rodillas y los hombros le dolían de una forma terrible a causa de la caída en la celda, su cuerpo parecía tan ligero que su peso no le suponía un esfuerzo excesivo.

Una vez en la parte superior de la exigua cárcel, Sadira se detuvo para coger algunos reptiles de sus piernas, y luego se sacudió el resto. Colgada de la pared con la misma facilidad que si estuviera subida a una escalera, reunió la energía necesaria para un nuevo conjuro, aspiró con fuerza y empezó a empujar la losa que cubría el silo. No intentaba deslizarla a un lado. Más bien, la hechicera esperaba tan sólo atraer la atención de los guardas y convencerlos para que investigaran la procedencia del sonido.

No tuvo que aguardar mucho. En pocos segundos, la losa se desplazó a un lado y una rendija de luz rojiza apareció sobre su cabeza. Retrocedió un poco pared abajo y esperó a que la puerta se abriera del todo.

Lo primero que hizo su aparición en la creciente medialuna de luz fue la punta de obsidiana de una lanza. Aunque la luz le hería los ojos, la joven se obligó a no desviar la cabeza, y, cuando la vaga silueta de un guarda tomó cuerpo al otro extremo de la lanza, Sadira levantó hacia el hombre los reptiles que se había arrancado de las piernas, y lanzó su conjuro.

Lo terminó con un comentario dirigido a su víctima.

—Piensa en esto la próxima vez que arrojes a una muchachita aquí abajo.

Cuando liberó el hechizo, los convulsionados reptiles que sostenía se transformaron en tentáculos que se retorcían en el aire, cada uno de tres metros de longitud y tan negros como el silo del que surgían. Como oscuros relámpagos, los tentáculos saltaron de la mano de Sadira en dirección al rostro del guardián. Este soltó la lanza y emitió un alarido de terror, pero las negras cintas cortaron en seco el grito al arrollarse alrededor de su rostro y cuello. El hombre retrocedió tambaleante, entre boqueadas, intentando enloquecido arrancar aquellas cosas que le oprimían la garganta.

Si su mentor de la Alianza, un irascible anciano de nombre Ktandeo, la hubiera visto utilizar este hechizo, seguramente no lo habría aprobado, pues le tenía prohibido aprender o utilizar magia tan potente. Aquel tipo de hechizo requería la absorción de energía de un radio muy amplio; si el radio era demasiado pequeño, el follaje utilizado por el conjuro moriría. Ktandeo consideraba que la joven semielfa no dominaba todavía su arte lo suficiente para intentar tales proezas. Sadira opinaba muy diferente, de modo que, durante su última visita clandestina, había copiado en secreto el conjuro, junto con varios otros, del libro de hechizos del anciano. En esos

momentos, se alegraba de haberlo hecho.

La hechicera se encaramó por la pared del pozo. Un segundo guarda sacó la cabeza por el borde del silo, empuñando una afilada daga. No había tiempo para lanzar un nuevo hechizo; así pues, Sadira extendió la mano y lo agarró por el cuello del uniforme.

—Ven aquí —dijo, tirando con todas sus fuerzas de la camisa del hombre—. Hay algo aquí abajo que deberías ver.

El sorprendido guarda cayó hacia adelante, levantando el puñal para clavarlo en el brazo de Sadira. La muchacha lo soltó rápidamente y apartó el brazo de la zona de peligro, pero el contraataque no sirvió de mucho al hombre. Se encontraba ya tan inclinado hacia adelante que le fue imposible recuperar el equilibrio; lanzó un grito de alarma, y el puñal chocó contra el suelo. El guarda mismo no tardó en seguirlo, cayendo de cabeza a la oscuridad del pozo, mientras intentaba denodadamente asirse a los ladrillos en un inútil esfuerzo por detener la caída. Segundos más tarde, se estrellaba contra el fondo. El fuerte golpe y la serie de rápidos crujidos que sonaron en la base del silo informaron a Sadira que ya no tendría que volver a preocuparse de aquel guarda en concreto.

La joven trepó fuera del pozo y recogió la lanza que había soltado el primer centinela. Este seguía luchando con los tentáculos mágicos arrollados a su rostro. Aunque el hombre no se encontraba precisamente en situación de impedirle la huida, Sadira se colocó junto a él y apoyó la punta de la lanza contra sus costillas.

—Esto es por todos los esclavos que no consiguieron salir —dijo, apretando con más fuerza.

El guardián dejó de luchar y volvió la cabeza cubierta de tentáculos hacia ella.

—¡No! ¡Por favor! —jadeó, sin apenas poder articular las palabras—. Ten... tengo... hijos...

—También los tenía mi madre —respondió Sadira.

Apretó todo su peso contra la lanza y empujó la punta hasta clavarla en el corazón del hombre. Un breve grito de dolor surgió de los labios de éste y su cuerpo se estremeció; al cabo de un instante, se derrumbaba sin vida. Un chorro de sangre empezó a manar de la herida.

Tras quitar al cadáver del guarda la daga y el cinturón, Sadira arrastró el cuerpo hasta el silo, y lo arrojó sobre el de su compañero sin molestarse en retirar la lanza de su corazón ni los tentáculos de su cabeza. Mientras empujaba la losa de madera sobre el agujero del pozo, sus pensamientos estaban ya puestos en la fase siguiente de su huida.

La muchacha se sujetó la daga y el cinturón del guarda alrededor de la delgada cintura; luego tomó de sus ropas unos cuantos hilillos sueltos de la telaraña de los reptiles. Tras formar una bolita con estas hebras, se arrancó una pestaña y la introdujo

en la sedosa esfera. Colocando la palma de la mano en dirección al suelo, absorbió la energía necesaria para un nuevo encantamiento; esta vez, mientras pronunciaba las palabras del conjuro, la hechicera hizo rodar la bolita muy despacio entre los dedos.

La telaraña y la pestaña desaparecieron. La joven semielfa levantó la mano y la agitó frente a sus ojos. Al igual que el resto del cuerpo, la mano se había vuelto invisible.

Sadira se apresuró a abandonar el Agujero. No disponía de mucho tiempo antes de que el hechizo se desvaneciera, y, en ese poco tiempo, la muchacha tenía que deslizarse en su celda de ladrillos de barro y recoger su libro de hechizos de debajo de la losa suelta en la que lo ocultaba. Hecho esto, abandonaría la hacienda atravesando las puertas, pasando bajo las mismísimas narices de los guardas encargados de mantenerlos a ella y a los otros esclavos dentro del recinto. Esperaba estar bien lejos de los muros de los pozos de gladiadores de lord Tithian cuando se desvaneciera el efecto de su magia.

Aunque le habría gustado comprobar el estado en que se encontraba Rikus, sabía que tal acción implicaba demasiados riesgos, pues sin duda estaría rodeado de guardas y médicos. Tendría que confiar en la resistencia natural del mul y confiar en que sobreviviera el tiempo suficiente para que ella pudiera enviarle ayuda procedente de la Alianza del Velo.

3

Viejos amigos

En un remoto rincón de su hacienda, Agis de Asticles estaba sentado al borde del fangoso embalse que suministraba agua a sus reseca s tierras. En el extremo opuesto del estanque, una docena de esclavos daban vueltas sin descanso, empujando cuatro travesaños de madera que hacían girar una chirriante rueda de molino que llenaba el embalse con la helada agua de un pozo. Cada cincuenta vueltas, dos esclavos eran reemplazados por otros dos que habían estado descansando y bebiendo a la sombra de un pabellón cercano.

Dar vueltas a la rueda no era particularmente agotador para una docena de esclavos saludables, pero los colorados rayos del sol atravesaban la neblina de la tarde como flechas de fuego. Esa hora del día era un infierno insoportable, una hora en la que la gente se desmayaba sólo de andar y en la que un esfuerzo excesivo mataba a otros. No obstante, el agua tenía que seguir fluyendo, de modo que los esclavos no podían dejar de dar vueltas al engranaje.

Al contrario que los esclavos, Agis no tenía que pasar la parte más calurosa del día bajo la roja furia del sol. Sin embargo, así era como el robusto noble pasaba la mayoría de las tardes, sentado con las piernas cruzadas sobre el yermo terreno, con la larga cabellera negra agitándose bajo alguna fortuita ráfaga de aire. Por lo general, mantenía los ojos clavados en las oscuras aguas del embalse de riego, mirando desde debajo de las oscuras cejas con una misteriosa vacuidad. A menudo, el único signo de que estaba vivo era el continuado aleteo de las ventanas de la aristocrática nariz que le adornaba el rostro. El firme mentón jamás se encogía, los fuertes y sinuosos brazos jamás se crispaban, y el sólido torso no se agitaba.

Como todo estudiante serio del Sendero, Agis encontraba que las sensaciones físicas extremas, tales como soportar la agonía de una exposición total al sol del mediodía, ayudaban a sus meditaciones. Sólo cuando se hallaba al borde de un sufrimiento insoportable o de un placer inimaginable conseguía que su cuerpo, mente y espíritu se fusionasen; tan sólo en esos momentos sentía el inmenso poder de una

forma física y un intelecto fusionados con tal perfección que no tenía forma de saber dónde terminaba uno y empezaba el otro. Era entonces cuando comprendía realmente la gran verdad de la existencia: que la energía y vitalidad del cuerpo no podían existir sin la mente para que les diera forma y realidad, y sin el espíritu para dotar a todo de un significado más elevado.

Era este simple principio el que se encontraba en el fondo de todo poder paranormal. El individuo que realmente lo comprendía podía utilizar las energías místicas que inspiraban al propio ser y moldearlas como quisiera, adquiriendo así habilidades que resultaban tan increíbles como misteriosas.

Por desgracia, el Sendero no otorgaba sus dones con facilidad. Aquellos que lo utilizaban debían pagar un alto precio, tanto en devoción como en conocimientos. La iluminación solía llegarles a los estudiantes del Sendero cuando se encontraban en situaciones físicas extremas, como por ejemplo en períodos de agotamiento total o terrible aflicción. Así pues, al igual que hacían muchos practicantes de las artes paranormales, Agis pasaba varias horas del día en situaciones de considerable incomodidad mientras reflexionaba sobre la unidad del cuerpo, el espíritu y la mente. Por lo general, escogía realizar sus meditaciones en la lejana orilla de su embalse de regadío.

En ese día en concreto, su mente se encontraba concentrada en un lugar situado a cientos de kilómetros de distancia y a más de una década en el pasado, en un lugar que recordaba muy a menudo: un oasis que había visitado cuando era joven. En contraste con el fangoso embalse de sus tierras, las aguas del estanque del oasis centelleaban azules y transparentes, rodeadas por las ondulantes formas de ciruelos damascenos cubiertos de frutos y por las crujientes cañas de las juncias. Sobre el bosque colgaban las dos lunas doradas de Athas, Ral y Guthay, aisladas del sanguinolento esplendor del sol naciente por una nítida extensión de cielo aceitunado.

A pesar de estar a punto de iniciar la travesía de más de trescientos kilómetros de desierto total, Agis viajaba con poco peso. Colgado a la espalda llevaba un único odre de agua, en la mano sujetaba un bastón de madera, y de la cintura pendía una espada de acero con la empuñadura envuelta en cuero. Acababa de enterarse, por el conductor de una caravana con la que se había cruzado, de que su hermana mayor, heredera del apellido Asticles, había sido asesinada en Tyr.

Que los espíritus de la tierra te guíen, mi amor.

Quien hablaba era Durwadala, la mujer druida del bosquecillo. En realidad no hablaba, pues había jurado no interrumpir jamás la música del viento, sino que agitaba los cuatro brazos formando un complicado dibujo de gestos que servía de lenguaje entre ella y Agis. Medía más de dos metros, con un grueso caparazón pardo que le cubría todo el cuerpo, y un rostro pequeño y quitinoso, con ojos negros de

múltiples facetas; un par de pequeñas mandíbulas le servían de boca.

Has sido una maestra excelente, mi señora, respondió Agis, moviendo los brazos en una desgarbada imitación del lenguaje de Durwadala. *Tus palabras estarán siempre en mi corazón.*

Este es un lugar curioso para guardar palabras, Agis, observó la mujer. *Será mejor que las guardes en tu cabeza, donde puede que te sirvan de algo.*

Agis ahogó una carcajada, pues sabía que el sonido perturbaría a Durwadala. *Las guardaré en el corazón y en la cabeza,* prometió.

La druida estudió a Agis durante unos segundos, y luego le tocó el rostro con una de sus antenas.

Anda con el viento, dijo, antes de penetrar en el bosque. Su caparazón cambió al instante de color y dibujo para confundirse con los tallos negros y dorados de las cañas. *Los árboles te recordarán.*

Mientras Durwadala se desvanecía entre la maleza, Agis abandonó su meditación. Había una sensación serena pero hueca en el nexo de su ser, ese punto donde convergían las energías místicas de su mente, cuerpo y espíritu. El noble abrió y cerró varias veces los irritados ojos, tomando conciencia poco a poco de su inflamada lengua y del seco y amargo sabor de la sed. Como siempre, se sentía mareado y débil por los efectos de una incipiente insolación.

—¡Caro! —llamó Agis, contemplando de nuevo las lóbregas aguas del pequeño embalse—. Estoy listo para beber.

Volvió la cabeza por encima del hombro, esperando ver a su criado enano aguardando a poca distancia. Pero, en lugar del arrugado rostro del viejo servidor, Agis encontró a un hombre larguirucho ataviado con la negra sotana de un templario. Sus facciones eran afiladas y huesudas, y llevaba la larga cabellera castaña sujeta en una trenza. Había profundos surcos en su arrugada frente, y los labios eran gruesos e hinchados, lo que le daba el aspecto de encontrarse en un constante estado de enfurruñamiento.

El templario se adelantó, ofreciendo a Agis el agua que éste había solicitado.

—Y bien, ¿qué tal te va por el Sendero, viejo amigo?

—¿Tithian? —exclamó Agis.

Parpadeó dos veces y sacudió la cabeza, temiendo haberse perdido en sus meditaciones y estar imaginando cosas. Al comprobar que la imagen del sumo templario no se desvanecía, el noble se levantó y se volvió hacia él.

—¿Cómo me has encontrado? —exigió saber Agis. Sus ojos pasaron por encima de los hombros de Tithian, esperando ver un puñado de guardas avergonzados o al menos el preocupado rostro de Caro.

Tithian sonrió al ver la sorpresa de Agis.

—No culpes a tus esclavos —se apresuró a decir—. Utilicé mi cargo para

encontrarte.

Agis arrugó la frente. Ni siquiera Tithian debiera haber podido llegar hasta él sin que lo anunciaran. Hablaría con Caro sobre aquel desliz a la primera oportunidad.

—¿Cuánto tiempo te he hecho esperar?

—Demasiado —repuso Tithian, guiñando los ojos bajo la pálida neblina verdosa que cubría ahora el cielo—. Debes de ser muy experto en esto de viajar por el Sendero. Tu capacidad de concentración es impresionante.

—No se puede dominar la mente sin dominar primero el cuerpo —contestó Agis, tomando el agua que le ofrecía Tithian.

El sumo templario puso los ojos en blanco.

—Eso es lo que recuerdo haber escuchado una y otra vez —dijo—. Para mí, las artes paranormales resultan un esfuerzo excesivo. —Introdujo la mano bajo la túnica y sacó una garrafa de cerámica llena de vino—. Me tomé la libertad de pedir a tus criados que me facilitaran algo con que reponer fuerzas —explicó—. Espero que no te importe.

—En absoluto —respondió Agis, al tiempo que estudiaba el rostro de su visitante en busca de algún indicio que explicara su misión allí. Aunque él y Tithian se conocían desde jóvenes, no estaba acostumbrado a recibir la visita del sumo templario sin previo aviso, y menos aún durante sus meditaciones—. ¿No hace demasiado calor para estar dando vueltas por el campo, Tithian?

Pasando por alto la pregunta, Tithian bebió directamente de la pequeña garrafa y luego chasqueó los labios satisfecho.

—Esta mañana he presenciado la exhibición más impresionante de poder paranormal que he visto jamás. El rey ha descubierto que Aquellos que Llevan el Velo habían escondido un cierto número de amuletos en el zigurat.

—¿La Alianza del Velo? —inquirió Agis—. ¿Eran mágicos los amuletos?

—Sí, mágicos —dijo el sumo templario, malhumorado—. Supongo que su finalidad es conseguir que las obras del zigurat vayan más despacio, aunque no los pude ver tan de cerca.

—De todas formas, tampoco me lo dirías si lo hubieras hecho.

Tithian continuó su relato sin negar ni confirmar las palabras de Agis.

—El rey Kalak se puso furioso con Dorjan por ese motivo. —El templario calló unos instantes antes de añadir—: Por ese motivo, la incineró de dentro afuera.

—Ésa no es la manera en que debería utilizarse el Sendero —protestó Agis.

—Díselo tú a Kalak —sonrió Tithian—. Yo no pienso hacerlo.

—No soy más que un senador —repuso Agis, sonriendo a su vez mientras movía la cabeza de un lado a otro—. Tendrás que ser tú. Tú eres el sumo templario.

Tithian no pareció entender el chiste, pues hizo una mueca y contestó:

—Soy el sumo templario, como tú dices. Pero ahora no sólo soy el Sumo

Templario de los Juegos, sino también el de las obras del rey.

Agis frunció el entrecejo, confundido por la aparente infelicidad del otro ante lo que el senador suponía que debía considerarse como una buena noticia. Los templarios servían al rey a la vez como burócratas y como sacerdotes. Realizaban todas las tareas cívicas de Tyr, tales como cobrar los impuestos, patrullar las calles, supervisar las obras públicas, y mandar la guardia de la ciudad. También obligaban a la población a venerar a Kalak como a un rey-hechicero deificado, cuyo favor era el único motivo de que la ciudad siguiera existiendo. En recompensa por su veneración, el rey confería a los templarios la habilidad de utilizar un cierto grado de magia y les pagaba sueldos generosos, aunque ellos eran libres de aumentar sus ingresos mediante el soborno y la extorsión.

—Se trata de dos puestos de mucho poder —dijo Agis—. Creo que deberías estar encantado.

Tithian miró a Agis, y en sus ojos apareció el primer indicio de temor que el apuesto senador recordaba haber visto jamás en su amigo.

—Lo estaría... ¡Si no tuviera que terminar el zigurat en tres semanas, además de encontrar los amuletos que la Alianza del Velo ha escondido en su interior!

—Pero, seguramente, con la magia del rey a tu disposición no tendrás ningún problema para finalizar la tarea.

El sumo templario arrugó la frente malhumorado.

—¿Crees que es tan fácil? —le espetó—. ¿Se lanza un conjuro, y se encuentra un amuleto?

Agis capeó el temporal con semblante tranquilo, pues conocía a Tithian lo bastante como para saber que los arrebatos del templario sólo resultaban peligrosos para aquellos que se dejaban intimidar por ellos.

—¿No es así? —contestó el noble—. Creía que ése era el motivo por el que la gente recurría a la magia.

—Es más complicado de lo que parece —replicó Tithian con enojo—. Además, lo intenté. Los amuletos están protegidos por escudos paranormales y contrahechizos. Tengo a gente intentando romper los dispositivos de seguridad, pero, si fracasan, la única forma de encontrar los amuletos puede que sea desmontar el zigurat ladrillo a ladrillo.

—Pero acabas de decir que los amuletos no eran más que simples inconveniencias.

El sumo templario pareció a punto de querer decir algo, pero luego lo dejó correr.

Puesto que no tenía ninguna otra sugerencia que ofrecer, Agis permaneció en silencio, mientras intentaba descubrir por qué Tithian había escogido esa tarde para venir de visita. De haber sido el visitante cualquier otro amigo, el noble habría dado por sentado que éste había venido simplemente en busca de alguien a quien contar

sus cuitas. Pero el sumo templario era un ser solitario que jamás compartía sus problemas ni alegrías con los amigos. Agis sospechó que, si Tithian le contaba todo esto, era porque tenía un buen motivo.

—Si lo que deseas es que haga algo con respecto a los amuletos, tendrás que contarme algo más que eso —dijo por fin Agis, decidido a tratar de conseguir toda la información posible.

—¿Tú? —inquirió Tithian—. ¿Qué es lo que puedes hacer tú?

—¿No es por eso por lo que estás aquí? —quiso saber Agis—. Supongo que has venido aquí para discutir la posibilidad de pedir al senado que apoye una iniciativa contra la Alianza del Velo.

—¿Qué te hace pensar que a Kalak le importa el apoyo del senado? —rió el sumo templario.

La respuesta de Tithian tocó un tema delicado. El Senado de los Nobles era una asamblea de consejeros que, supuestamente, tenía autoridad para anular los decretos del rey. En realidad, el organismo no era más que una asamblea inoperante, pues todo senador que se oponía al rey sufría invariablemente una muerte prematura y misteriosa.

—Quizás el rey debería empezar a preocuparse por obtener el apoyo del senado —respondió Agis, hablando más abiertamente ante su viejo amigo de lo que habría hecho ante cualquier otro templario—. ¡Casi ha llevado a la ruina a los nobles con sus impuestos para construir su zigurat, y ni se ha molestado aún en informar al senado del motivo por el que lo está levantando!

El sumo templario volvió la cabeza y agitó la garrafa de vino en dirección al corazón de la hacienda de Agis.

—¿Podemos regresar a tu casa? No estoy acostumbrado a estar de pie bajo el sol. —Sin esperar una respuesta, empezó a andar con paso lento y uniforme.

Agis lo siguió, sin dejar de insistir.

—Los capitanes de las caravanas afirman que el dragón se dirige hacia Tyr, y el rey hace caso omiso de nuestras súplicas para poner en pie un ejército.

—No me digas que crees todas esas tonterías sobre el dragón, Agis...

El dragón era el terror de todos los viajeros, un horrible monstruo del desierto que, rutinariamente, hacía desaparecer caravanas enteras. Hasta hacía poco, Agis lo consideraba tan sólo un mito, descartando como meras creaciones de la fantasía popular las historias de que la criatura había devorado ejércitos enteros y arrasado ciudades. Sin embargo, había cambiado de opinión durante el último mes, cuando hombres de confianza y poco dados a fantasías empezaron a informar haberlo visto a distancias cada vez menores de Tyr.

—En mi opinión, el rey haría bien en tomar esta amenaza en serio —replicó Agis—. Debería dejar de malgastar su dinero y mano de obra en el zigurat y empezar a

preparar la defensa de nuestras tierras y su ciudad.

—Si creyera en la existencia del dragón, estoy seguro de que lo haría —respondió Tithian.

Se encontraban ya en la cima de la suave colina que ocultaba el embalse del resto de las tierras de Agis. A sus pies se extendían varios acres de tierra fértil cubiertos de altos pharos, los árboles de cacto enanos que muchos nobles de Tyr cultivaban para vender directamente en los mercados. El pharo era una planta casi tan alta como un hombre, que constaba de un puñado de escamosos troncos que se elevaban en el aire para terminar en una enmarañada corona de ramas cubiertas de agujas. Las plantaciones estaban entrecruzadas a intervalos regulares por toda una red de fangosas acequias de irrigación. En el centro de la hacienda se alzaba la mansión ancestral de los Asticles, cuya cúpula de mármol recordaba las redondeadas cimas de las lejanas montañas que rodeaban el valle de Tyr.

—¿Cuál es tu secreto, amigo mío? —preguntó Tithian, deteniéndose para pasear un ojo apreciativo por los fértiles campos de Agis—. Lo más que cualquier otro puede conseguir es producir unos cuantos cientos de fanegas de agujas al año, pero tu granja está cubierta por todo un bosque.

Agis sonrió ante el cumplido.

—No tiene ningún secreto —dijo—. Simplemente tuve a un druida por maestro.

—¿Y qué es lo que aprendiste? —quiso saber Tithian.

—Trata bien a la tierra y comerás bien. Maltrátala y pasarás hambre. —Agis señaló con la mano la rojiza llanura yerma de polvo y arena que se extendía a partir de los límites de sus tierras—. Si todo el mundo siguiera esa sencilla regla, el resto del valle de Tyr sería tan fértil como mi hacienda.

—Quizá deberías ir a explicar este descubrimiento tuyo a Kalak —sugirió Tithian, aunque el cinismo de su voz evidenciaba que encontraba difícil de creer lo que acababa de contarle Agis—. Estoy seguro de que se sentiría interesado por una maravilla como ésta.

—Lo dudo —replicó el noble—. El único interés que Kalak siente por el valle es en esquilmarlo de toda la energía vital que éste pueda proporcionar, sin importarle el efecto que eso tenga en la tierra.

—Ten cuidado de a quién dices tales cosas, amigo mío —advirtió Tithian—. Ese comentario raya casi en la traición.

Con la garrafa de vino todavía en la mano, Tithian empezó a descender por el estrecho sendero que conducía a la mansión de la finca. Mientras descendía por la ladera, Agis se sorprendió ante la total ausencia de esclavos en sus campos. Cierto que los hacía trabajar principalmente en las horas relativamente más frescas de la mañana y de la tarde, pero incluso en el calor del mediodía debería haber habido algunos hombres en los campos para controlar las acequias de riego y despejar las

obstrucciones. Tomó buena nota de hablar con Caro del asunto cuando regresara a la casa, y luego dirigió sus pensamientos a la tarea de ver qué podía sonsacar a Tithian.

—Hace una semana, el emisario de Urik amenazó con declarar la guerra si no volvíamos a iniciar los envíos de hierro —dijo Agis, sacando a colación un tema que sabía que el templario no pasaría por alto—. Pero no podemos hacerlo porque Kalak se ha llevado a los esclavos de la mina para que trabajen en el zigurat. ¿Cuánto tiempo cree el rey que puede seguir desatendiendo los problemas de la ciudad?

Tithian se detuvo y miró a Agis. En esos momentos se encontraban rodeados de enmarañadas ramas de pharo.

—¿Y cómo te has enterado de lo del emisario? —preguntó el templario, claramente sobresaltado.

—Si los sumos templarios tienen espías en el senado —contestó Agis sin inmutarse—, es evidente que el senado también puede tener espías en los departamentos de Estado.

La verdad era que el senado llevaba años intentando reclutar a un espía dentro de la burocracia del rey, que era donde, lo admitieran o no, se encontraba el auténtico poder político de Tyr. Por desgracia jamás lo habían conseguido. Agis se limitaba ahora simplemente a intentar confirmar un rumor que había escuchado de un mercader de una caravana. Si con ello causaba un cierto alboroto entre los templarios, tanto mejor.

—¿Cómo respondió Kalak a la amenaza de Urik? —siguió Agis.

Ante su sorpresa, Tithian lanzó un suspiro, bajó la mirada al suelo, y por fin respondió:

—Envió de regreso la cabeza del emisario, por medio de una caravana de mercaderes.

—¿Qué? —gritó Agis.

Tithian asintió sombrío.

—¿Es que *intenta* empezar una guerra?

—¿Quién sabe? —repuso el sumo templario encogiéndose de hombros—. Todo lo que puedo decir es que parecía muy satisfecho consigo mismo.

Agis se sintió casi tan conmocionado por el candor de Tithian como por la noticia en sí. Normalmente, un sumo templario, en especial éste, se mostraría discreto sobre estas cosas.

—¿Por qué me cuentas todo esto, Tithian? —inquirió el senador, suspicaz—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

Tithian pareció sentirse herido y no respondió de inmediato. En lugar de ello tomó un buen trago de la garrafa y luego estudió su contenido durante varios segundos.

—Supongo que merezco tu recelo, Agis —dijo al cabo, levantando los ojos—.

Debes saber que eres el único hombre al que siempre he considerado un verdadero amigo.

—Eso es muy adulador, Tithian —respondió Agis con cautela—, pero no se puede decir que tengamos la costumbre de compartir confidencias. Perdóname si parezco escéptico.

El sumo templario le dedicó una sonrisa.

—Me creas o no, no tiene importancia. Siempre ha existido un cierto vínculo entre tú y yo. Lo que es más importante, siempre me has tratado con consideración... aun cuando otros no lo hacían.

—Jamás pienso lo peor de nadie hasta haberlo visto por mí mismo —concedió Agis sin perder la reserva—. De todos modos, tendrás que admitir que ésta es la primera vez desde que éramos unos muchachos en que hemos hablado realmente de amistad.

Debido a que las haciendas de sus respectivas familias estaban cerca una de la otra, Agis y Tithian habían crecido siendo amigos. Incluso habían recibido instrucción juntos en el Sendero de lo Invisible, aunque Tithian no había sido un estudiante entusiasta. Desgraciadamente, su indolencia y rebeldía lo habían convertido en una especie de exiliado para con su maestro y condiscípulos, pese a lo cual la amistad de Agis se había mantenido firme.

Algún tiempo después, el padre de Tithian escogió a uno de los hermanos más jóvenes como cabeza de la familia Mericles, y Tithian se enfureció tanto que cometió la traición definitiva a los ojos de los de su clase: se unió a las filas de los templarios. La amistad de Agis tampoco flaqueó cuando el hermano menor falleció en extrañas circunstancias y todo el mundo sospechó —injustamente, creía el senador— que Tithian había cometido el asesinato para recuperar el control del patrimonio familiar.

Aunque su amistad jamás se interrumpió, los dos amigos se habían ido distanciando con los años. Tithian se había elevado cada vez más entre las filas templarias, Agis había heredado la hacienda familiar, y sus respectivos intereses se habían ido volviendo cada vez más opuestos. Al final, había resultado más sencillo dejar que su íntima amistad llegara a su fin que forzarla intentando pasar por alto sus opuestos intereses.

El templario tomó un nuevo sorbo de la garrafa. Al ver que no respondía a su comentario, Agis continuó con voz cautelosa:

—¿Qué es lo que necesitas de mí?

El rostro de Tithian se ensombreció de cólera. Durante unos momentos, contempló a Agis con una sonrisa despectiva en los labios, para, finalmente, arrojar la garrafa contra el suelo. El recipiente se rompió en una docena de pedazos al chocar contra el compacto suelo.

—¡Hablo en nombre del rey! —escupió el templario—. ¡Tengo el poder de *tomar*

cualquier cosa que desee de ti!

Tras dedicar una rápida mirada a la garrafa rota, Agis enarcó una ceja con calma.

—¿Por qué es nuestra amistad tan importante de improviso?

Tithian se pasó las suaves y enjoyadas manos por el rostro.

—Con todo lo que está sucediendo —dijo—, sólo quiero que sepas lo que siento.

Como avergonzado por aquella emoción, el sumo templario volvió a ponerse en marcha en dirección a la casa. Agis lo siguió, preguntándose en silencio si no habría tratado injustamente a su amigo de la infancia.

Al cabo de unos minutos, Tithian se detuvo en mitad del sendero. Con los ojos clavados en el pharo que crecía junto al camino, introdujo una mano bajo la capa en busca de su puñal. Siguiendo con la vista la mirada del templario, Agis descubrió una babosa de unos cincuenta centímetros de longitud que avanzaba muy despacio por uno de los troncos. Su cuerpo estaba cubierto por media docena de escamas verdes que le servían de excelente camuflaje, y tenía un cuello largo parecido al de una serpiente que terminaba en una cabeza estrecha con un pico tan afilado como la espina de un pharo.

Agis sujetó rápidamente la mano de su amigo.

—No hay necesidad de matarlo.

—¡Pero si es una plaga de la fruta!

—Puedo permitirme perder unas cuantas piezas de fruta.

Debido a que los árboles del pharo florecían sólo una vez cada diez años, cada una de las dulces frutas era un manjar casi tan valioso como el mismo árbol.

—Con esta forma de pensar tuya, no sé cómo puedes pagar los impuestos del rey —comentó Tithian, meneando la cabeza.

—Es precisamente porque pienso así que puedo pagarlos —explicó Agis—. Todas las cosas están unidas en la cadena de la vida. Si destruyes uno de los eslabones, la cadena se rompe.

Tithian lanzó una risa burlona.

—Antes alabaste mi huerto —agregó Agis—. ¿Te gustaría conocer una de las razones por las que crece tan bien?

El templario lo miró con curiosidad.

Agis señaló la babosa cubierta de escamas.

—Cuando el gusano se come la fruta, come también la semilla. Cuando la semilla pasa por su sistema digestivo, los líquidos del estómago deshacen la capa exterior negra. Las semillas sin la capa negra germinan mucho más fácilmente que las que tienen la capa.

—¿Cómo sabes todo esto? —quiso saber Tithian.

—Pasé una semana siguiendo gusanos —respondió Agis, dejando que una sonrisa avergonzada asomara a sus labios.

—Muy ingenioso —replicó el sumo templario—. Puedes estar seguro de que tu secreto está a salvo conmigo.

—Cuéntaselo a quien quieras. No afectará al precio de las agujas de pharo —aseguró Agis—. Demasiada gente prefiere vender su fruta hoy que cosechar las agujas mañana.

—Eso es totalmente cierto —asintió Tithian, sonriente. Devolvió la daga a su funda y reemprendió el camino hacia la casa.

Agis fue tras él.

—No has llegado hasta donde estás hoy en día sin ser tan inteligente como despiadado, Tithian —dijo el noble con diplomacia—. Así pues, estoy seguro de que ya tienes pensado cómo cumplirás con el plazo dado por el rey para finalizar el zigurat.

Tithian levantó la cabeza para poder mirar en dirección a la mansión de Agis.

—Pues sí, lo tengo pensado —contestó.

—De todos modos, puesto que has venido como amigo, no me parece fuera de lugar ofrecer un consejo de amigo —siguió Agis.

Tithian se detuvo sobre una pequeña losa colocada a modo de puente encima de una acequia de regadío, y miró a Agis por el rabillo del ojo.

—¿Y cuál es?

—Trata a tus esclavos como harías con tu propia familia —respondió Agis—. Aliméntalos bien y dales un lugar acogedor para dormir. De esta forma, no sólo estarán más fuertes, sino que trabajarán más duro.

—¿Por un sentimiento de gratitud? —Tithian sonrió con ironía. Sacudió la cabeza y reinició la marcha—. Si crees eso, entonces he escogido a un idiota por amigo.

—¿Lo has intentado?

—Agis, por tu propio bien, escúchame —dijo Tithian, hablando por encima del hombro sin detener el paso—. Por muy bien que se los trate, los esclavos odian a sus señores. Puede que no lo demuestren, y puede que ni ellos se den cuenta. Pero dales la oportunidad y nos matarán en cuanto puedan... por muy dóciles que parezcan mientras nosotros sujetamos el látigo.

—Si son asesinos, es porque sus dueños los convierten en eso —protestó Agis.

—Sí —repuso Tithian, llevándose un dedo a la frente—. Empiezas a comprender.

Agis se enfureció ante los aires de superioridad del templario.

—Mis esclavos...

—Tus esclavos querrían deshacerse de ti tanto como a ti te gustaría deshacerte de Kalak. La diferencia es que tú puedes ser lo bastante estúpido como para darles esa oportunidad —interrumpió Tithian—. Tendrás que tener más cuidado durante las próximas semanas.

—¿Que quieres decir con esto? —exigió Agis. Seguía hablando a la espalda de

Tithian, lo que aumentaba su enojo a cada paso que daba.

Tithian se pasó la mano por encima de la cabeza y acarició la trenza que pendía sobre su espalda.

—Nada amenazador —dijo con evasivas—. Las cosas se están poniendo difíciles en Tyr; tienes que estar alerta porque la traición puede aparecer en cualquier parte. Esta misma mañana, sin ir más lejos, he descubierto que uno de mis esclavos pertenece a la Alianza del Velo.

—¡No! —exclamó Agis, incapaz de ahogar una risita. La idea de que la Alianza pudiera operar justo bajo las narices de un sumo templario era demasiado para que pudiera soportarlo en silencio.

—Sí, divertido, ¿verdad? —La voz de Tithian tenía un tono agrio.

—Lo lamento —se apresuró a disculparse Agis, comprendiendo de repente el motivo del comentario de Tithian sobre los esclavos—. ¿Qué hiciste?

—Nada, todavía —respondió Tithian al tiempo que cruzaba la última acequia que separaba los campos de cultivo de la casa de Agis—. Aún no he podido regresar a casa para ocuparme de la cuestión.

Tithian salió de la zona plantada de faros y penetró en lo que era ya el jardín trasero de la mansión. Se trataba de una zona muy agradable diseñada para recordar a Agis el oasis de Durwadala. En el centro de aquel terreno acotado había un pequeño estanque de aguas azul celeste, bordeado por una orilla arenosa y unos cuantos metros de doradas juncias. Todo quedaba cubierto por las sedosas ramas níveas de una docena de sauces blancos.

Aunque Agis había concebido el jardín para utilizarlo como refugio cuando necesitase de un lugar tranquilo para retirarse, sintió cualquier cosa menos tranquilidad al entrar ahora en él. Hasta él llegó el apagado rumor de cientos de voces susurrantes que hablaban en el otro extremo de la mansión.

—¿Qué es eso? —quiso saber Agis, colocándose junto a Tithian.

—Quizá se trata de tus felices esclavos que se han reunido para saludar tu regreso —respondió el sumo templario sin que su rostro mostrara la menor emoción.

El tono burlón de su voz alarmó a su amigo.

—¿Qué sucede aquí?

Sin esperar la respuesta de Tithian, el noble cerró los ojos y concentró la mente en su nexo, ese espacio en el que las tres energías del Sendero —espiritual, mental y física— convergían dentro de su cuerpo. Levantó la mano y visualizó una especie de cuerda de hormigueantes llamas que surgía del nexo y atravesaba su torso para penetrar en su brazo, abriendo un sendero a las energías místicas de su ser.

A diferencia de la magia, que sacaba la energía de la tierra y la convertía en un hechizo, la fuerza que Agis iba a utilizar surgía de un lugar que, en realidad, no era Athas... aunque nadie sabía con exactitud cuál era ese lugar. Algunos practicantes

creían sacarla de otra dimensión. Otros afirmaban que los seres vivos poseían una cantidad de energía inimaginable, y que simplemente se limitaban a utilizar, de forma muy somera, sus propios recursos.

Agis creía que él mismo creaba el poder. Por su misma naturaleza, el Sendero era un arte enigmático e indefinible, que se basaba en la confianza y la fe en lugar de en el conocimiento y la lógica. En contraste con los meticulosos conjuros y las rígidas leyes del equilibrio que gobernaban la magia, lo que llevaba a Agis y a otros a considerarla más una ciencia que un arte, el Sendero era algo fluido y maleable. Con él, se podía realizar casi cualquier cosa, siempre y cuando se pudieran crear y controlar las energías necesarias sin destruirse uno mismo. Un practicante podía invocar el Sendero tan a menudo como deseara o convocar tantas partes de aquél como necesitara, sin temor a dañar la tierra.

En cuanto sintió que la energía que necesitaba penetraba en su mano, Agis se concentró en su espada. Era un arma magnífica tan antigua como la misma Tyr, con una hermosa cazoleta de cobre labrado en la empuñadura y su larga historia escrita sobre la curvada hoja de acero. Extendió el brazo en dirección a la espada y se vio a sí mismo sujetando la empuñadura. Recordó la sensación que producía sujetar la empuñadura envuelta en suave cordón, y luego sacó el arma de su vaina.

—Muy impresionante —comentó Tithian.

Agis abrió los ojos y vio, tal y como esperaba, que la espada se encontraba realmente en su mano. Gracias a la energía del Sendero, había salvado la distancia que mediaba entre ambos y la había cogido.

Agis avanzó hacia el templario.

—No has venido aquí como un amigo —dijo.

—La verdad es que sí —respondió Tithian, sin retroceder—. Estoy seguro de que te darás cuenta... si vas a la parte delantera de la casa.

Agis arrugó la frente, no muy seguro de si debía confiar en él.

—Ve delante —ordenó, indicando en dirección a la salida del jardín.

—Desde luego —sonrió Tithian.

El templario lo condujo por el lado oeste de la casa, pasando junto a una columnata de mármol donde Agis recibía a menudo a los invitados especiales. Al acercarse a la parte delantera de la mansión, Tithian ascendió por un corto tramo de escaleras a una galería que recorría todo el frente de la casa. Cuando volvieron la esquina, Agis se quedó de piedra.

El patio anterior estaba ocupado por quinientos esclavos, casi todos los que trabajaban para él. Los custodiaba el producto de un cruce mágico de gigantes con humanos, unos seres a los que se denominaba simplemente «semigigantes». Miembros de una raza tosca, estos guardas, que podían llegar a medir hasta tres metros y medio de altura, poseían facciones burdas, frente huidiza y una enorme

mandíbula colgante. Eran fornidos, casi fofos, con hombros caídos, estómagos protuberantes y colosales piernas arqueadas. Los semigigantes más próximos a la casa de Agis iban vestidos con pantalones de cáñamo y cubiertos con las túnicas púrpura de las legiones del rey.

La guardia personal de Agis, un centenar de hombres y enanos vestidos con corseletes de cuero, estaban sentados a un lado del patio con las manos sobre las cabezas. Los custodiaban una docena de los templarios subalternos de Tithian, que mantenían las manos extendidas hacia lo alto, dejando muy claro que estaban dispuestos a atajar cualquier resistencia mediante el empleo de los conjuros que el rey les había concedido la facultad de utilizar.

Caro, el criado personal de Agis, se encontraba a la cabeza de los esclavos, con la fofa barbilla apoyada sobre su pecho hundido y los empañados ojos clavados en el suelo. La calva cabeza y el rostro lampiño del anciano enano estaban cubiertos de arrugas dejadas por los años, y los negros ojos apenas si eran más que estrechas rendijas oscuras atisbando por debajo de unos párpados hinchados.

—Lo siento, amo —se disculpó en el torpe farfulleo de un anciano sin dientes—. Debería haberos avisado, pero estaba durmiendo la siesta.

—No es culpa tuya, Caro —repuso Agis.

—Lo es —sostuvo el enano—. Si hubiera estado despierto, nada de esto habría sucedido.

—¡Maldita sea, Caro, si digo que no es culpa tuya, no lo es! —le espetó Agis, perdiendo la paciencia con su testarudo criado—. ¿Está eso claro?

Caro miró ceñudo a Agis por unos instantes; luego desvió los ojos hacia el suelo y asintió.

—¿Qué es lo que sucede aquí? —inquirió Agis volviéndose hacia Tithian.

El templario aguantó sin pestañear la mirada del atezado noble.

—El rey necesita más esclavos para terminar su zigurat —contestó, dando a su voz un tono oficioso y autoritario—. Se te devolverán los supervivientes una vez que esté terminado.

Agis levantó la espada unos centímetros.

—Debería matarte ahora y acabar de una vez.

Tithian pareció sentirse herido por sus palabras, pero no retrocedió.

—¿He de hacer notar que estás amenazando a un representante legal de la Torre Dorada? Esto es un acto de clara rebeldía, senador.

—No tienes autoridad para confiscar mis esclavos —respondió Agis, bajando la espada de mala gana.

—El rey promulgó esta misma mañana un decreto que me concede esa autoridad —replicó Tithian.

—¡El senado vetará ese decreto!

—No, si sabe lo que es bueno para él. —La voz de Tithian se tornó menos solemne—. Si lo intentáis, Kalak se asegurará de que no asistan senadores suficientes para que exista quórum. —El sumo templario empezó a alejarse, pero se detuvo a medio camino para añadir—: Te dejaré a las mujeres y los niños para que trabajen tus campos. Es más de lo que le concedo a los demás, viejo amigo.

4

La ciudad de Tyr

Mientras se acercaba a las oxidadas puertas blindadas de Tyr, Sadira no apartaba la cautelosa mirada del templario situado tras la acostumbrada pareja de guardas semigigantes. Llevaba la sotana negra oficial de los burócratas del rey, pero incluso a la débil luz del crepúsculo la joven distinguía el destello del colgante metálico que pendía de su cuello. La joya daba a entender que se trataba de un hombre de considerable rango, pues los templarios corrientes no podrían haberse permitido poseer tanto metal.

Sin reducir la marcha en dirección a la ciudad, la hechicera examinó la zona situada justo en la parte exterior de las puertas, en busca de cualquier cosa que explicara la presencia del templario. Por lo que sabía de Tyr, no era normal que un oficial de alta graduación asumiera la rutinaria tarea de supervisar a los centinelas de la puerta.

En uno de los márgenes de la carretera, treinta mozos de cuerda descargaban una carraca de madera, uno de los carromatos fortificados utilizados por los mercaderes para acarrear cargamentos a través de los inmensos desiertos de Athas. El carro era demasiado grande para poder maniobrar por las calles de Tyr, de modo que tenían que descargarlo fuera de las puertas de la ciudad.

Los dos mekillots que arrastraban la carreta seguían sujetos a los arneses. Estos reptiles, casi tan largos como el mismo carromato, poseían unos gigantescos cuerpos semejantes a montículos cubiertos por un grueso caparazón que les servía a la vez de armadura y de sombra protectora. Sadira puso una buena distancia entre ella y las descomunales bestias, pues éstas eran famosas por proyectar al exterior sin previo aviso sus largas lenguas y tomarse como tentempié a transeúntes imprudentes.

El otro margen de la carretera estaba libre de carromatos y de cualquier otro tipo de caravanas. Existía una amplia parcela de terreno polvoriento donde las carretas aguardaban a que les llegara el turno de ser cargadas o descargadas, pero ahora se encontraba vacío. Más allá de este terreno yermo, docenas de esclavos famélicos se

dedicaban a esparcir los residuos procedentes de las alcantarillas de la ciudad sobre uno de los campos del rey. Con las manos desnudas, arrojaban puñados de aquel sedimento maloliente sobre las azules arzollas, o lo amontonaban alrededor de los tallos de los dorados zumaques que salpicaban el terreno, mientras sus enlutados capataces los azotaban sin compasión con látigos de nueve colas.

Después de que su furtiva investigación de la zona de las puertas no revelara una razón para la insólita presencia allí del templario, Sadira se echó sobre la espalda el enorme fardo de pedazos de madera y continuó la marcha con el mismo paso lento que hasta entonces. Aunque el templario le ponía nerviosa, no veía otra elección que seguir avanzando despacio y confiar en que su presencia no tuviera nada que ver con ella. Dar la vuelta ahora habría atraído excesiva atención y, además, estaba demasiado cansada y sedienta para pasar la noche en el desierto.

Tras la huida del Agujero, Sadira había recogido su libro de conjuros y escapado del recinto de Tithian utilizando su invisibilidad para cruzar la puerta principal sin que la vieran. El hechizo duró el tiempo suficiente para permitirle llegar a un grupo de rocas más allá de los límites de las tierras del sumo templario. Una vez allí, recogió el enorme fardo de pedazos de madera que ahora llevaba a la espalda, guardó el libro de conjuros en un morral que se colgó del hombro, y se puso una túnica deshilachada sobre la corta bata para intentar llamar la atención lo menos posible. Hecho esto, se dirigió a la carretera y se encaminó a Tyr con el paso lento y mesurado de una esclava leal que ha pasado la mañana registrando el campo en busca de mangos de madera para las herramientas de su amo.

El viaje resultó tan tranquilo como los otros viajes que Sadira realizaba periódicamente para visitar a su contacto en la Alianza del Velo, excepto que la carretera había estado más vacía de lo usual por tratarse de las primeras horas de la tarde, el momento más caluroso del día. Ahora, mientras se acercaba a la entrada oriental, el sol se hundía ya tras los quemados picos que se alzaban por el oeste. Llameantes filamentos de color fucsia y borgoña se desplegaban por el horizonte, y el atardecer arrojaba sus sombras púrpura sobre las ocres murallas de la ciudad.

En el centro de Tyr, el sol poniente depositaba un resplandor escarlata sobre la arrogante Torre Dorada, y hacía que el minarete pareciera bañado en sangre. Cerca del palacio se elevaba la mole del zigurat, su parte central ennegrecida por las sombras del crepúsculo. Bajo la luz cegadora que destacaba sus contornos, Sadira vislumbró miles de siluetas diminutas corriendo de un lado a otro por la enorme estructura, y comprendió que los esclavos de Kalak seguían trabajando.

Considerándose afortunada por no estar entre ellos, la muchacha se encorvó un poco más bajo la carga de maderos; clavó los ojos en la polvorienta carretera y penetró en la lóbrega entrada, con la esperanza de que, si no prestaba atención a los centinelas de la puerta ni a su supervisor, éstos tampoco le prestarían atención a ella.

Un medio gigante le cortó el paso, y Sadira se encontró cara a cara con un par de pies peludos calzados con sandalias. Durante un instante, la muchacha permaneció inmóvil, estudiando los enormes dedos de uñas negras del guarda, mientras repasaba mentalmente todos los conjuros que conocía, intentando decidir cuál resultaría más útil en esta situación.

Al ver que el guardián no se apartaba, Sadira alzó los ojos despacio. Aunque no particularmente musculosos, cada uno de los muslos del semigigante eran tan gruesos como el tronco de un árbol y probablemente más pesados. Sobre el voluminoso estómago, que era sólido y poderoso a pesar de su aspecto, el centinela llevaba una túnica púrpura blasonada con la estrella dorada de Kalak. Entre los brazos, apoyado sobre este mismo estómago, sostenía un formidable garrote de hueso pulido, que quedaba más o menos a la altura de los ojos de la joven semielfa.

Dejando sobre el suelo la carga de pedazos de leña, Sadira echó la cabeza hacia atrás y miró a lo alto. Los hombros del semigigante medían tanto de ancho como ella de altura. Sobre el grueso cuello reposaba una cabeza enorme de mandíbulas entreabiertas y abultados ojos tristes.

—¿Sí, Hombre Montaña? —inquirió la muchacha, dedicándole una sonrisa encantadora.

En lugar de responder, el semigigante miró en dirección al templario. Pese a que los ojos de Sadira permanecieron fijos en el guarda, su mente se concentró en el burócrata que montaba guardia a un lado del camino. Se trataba de un hombre corpulento de cabellos pajizos, mejillas protuberantes y labios tirantes y apretados. Los ojos enrojecidos del hombre estudiaban a la semielfa con expresión despreocupada y autoritaria. La hermosa hechicera se dijo al momento que se trataba de un hombre solitario y amargado, justamente la clase de persona que podía ser presa de sus encantos.

—Pregunta a la chica a quién pertenece —ordenó el templario con exagerada arrogancia. Aunque Sadira desde luego no era ninguna criatura, era costumbre en Tyr dirigirse a los esclavos como si fueran niños.

Sin aguardar a que el semigigante repitiera la pregunta, Sadira volvió la seductora sonrisa en dirección al templario.

—Pertenezco a Marut el fabricante de herramientas —dijo con voz suave.

La hechicera dejó que sus ojos recorrieran el cuerpo del templario hasta encontrarse con su mirada. Cuando el templario enarcó las cejas, intrigado por su interés, Sadira desvió la mirada con timidez y fingió sentirse turbada; un leve rubor se extendió por sus suaves mejillas.

—Aquí llevo mangos para las hachas de Marut —explicó.

Sadira no tenía la menor idea de quién era Marut, o de si tal persona existía en realidad. Todo lo que sabía era que su contacto en la Alianza del Velo le había

ordenado responder de esta forma si le preguntaban. En las pocas ocasiones en que los guardas la habían interrogado con anterioridad, la respuesta siempre había conseguido que la dejaran pasar.

—Marut se sentirá feliz de prestar su esclava al rey. —La voz del templario era fría e impasible, pero sus ojos estudiaron las bellas facciones de la joven e inspeccionaron con aire codicioso la esbelta figura semioculta por la andrajosa túnica—. Quizás incluso te presente yo mismo a su majestad, chica.

Ambos semigigantes lanzaron una risita lasciva, y el que se encontraba detrás de la hechicera avanzó para sujetarla.

Sadira esquivó la mano que iba a cogerla.

—¡Os lo suplico, apuesto señor! ¡Se me ha hecho ya tarde y mi amo me azotará!

La hechicera cayó de rodillas ante el gordinflón oficial, a la vez que entreabría subrepticamente la andrajosa túnica para dejar ver la reveladora bata que llevaba debajo, aunque teniendo buen cuidado de no abrirla tanto que quedara visible la daga robada que llevaba sujeta a la cadera. Al mismo tiempo, apoyó en el suelo la palma de la mano que no sujetaba la madera, para absorber la energía necesaria para el hechizo que esperaba la salvaría. El poder subió por su brazo y se acumuló rápidamente en su interior, pues la cercanía de los campos del rey facilitaba la acumulación de energía.

Sin que la oyeran, la muchacha musitó el conjuro que daría forma al hechizo, disfrazando los movimientos místicos con una profunda inclinación de cabeza y hombros. Era arriesgado emplear la magia contra los templarios pues siempre existía la posibilidad de que se dieran cuenta de que se lanzaba un hechizo y lo interceptaran.

Una mano enorme sujetó el hombro de la muchacha.

—Ven aquí, esclava, o ni siquiera conseguirás llegar a los corrales del rey.

Mientras el guardián la levantaba del suelo, Sadira clavó los ojos en los del templario, y lanzó el hechizo por el sencillo método de fruncir los labios como si le lanzara un beso.

El hombre entrecerró los brillantes ojillos y arrugó la frente; luego se pasó una gordezuela mano por el rostro y meneó la cabeza, pero, cuando volvió a mirar a Sadira, existía un ardor en su mirada que no había estado allí antes. El hechizo había funcionado. Ahora el templario desearía ayudarla, siempre y cuando eso no significara un riesgo para él. Todo lo que ella tenía que hacer era encontrar las palabras apropiadas para convencerlo de que nada malo le sucedería si lo hacía.

Con los pies colgando sobre el suelo, Sadira le suplicó:

—Por favor, al menos dejad que lleve estos mangos a Marut. Estoy segura de que me permitirá regresar con vos.

El templario se mordió el labio inferior, indeciso, y meneó la cabeza con testarudez.

—No conozco a ese Marut. No tengo ningún motivo para creer que te enviará de

vuelta.

—Marut es un hombre digno de confianza, un súbdito leal del rey —contestó Sadira, haciendo una mueca a causa del dolor que le producía la férrea mano del semigigante.

El templario miró furioso al guardián que sujetaba a la esbelta hechicera.

—¡Si haces daño a la chica, te haré cortar la cabeza!

Estupefacto, el semigigante estuvo a punto de dejarla caer. Su compañero, situado junto al templario, abrió la boca como para decir algo y la volvió a cerrar.

Mientras el que sujetaba a Sadira volvía a depositarla sobre los adoquines, el templario continuó:

—No pienso dejarte ir. Tengo que confiscar todos los esclavos que pasen por esta puerta.

Sadira comprendió entonces que el temor del templario a su superior era mayor que el deseo que sentía por ella. La semielfa apenas si podía creerlo, pero decidió que sería más sensato presionar en otro sentido. Señaló el montón de madera que había dejado caer al suelo.

—Si no entrego estos mangos a mi amo esta noche, Marut no podrá fabricar los picos que tiene que entregar en el Ministerio de Obras Públicas mañana.

—Dijiste que los mangos eran para hachas —tronó uno de los semigigantes.

—Por lo general fabrica hachas —se apresuró a explicar Sadira, sin apartar los ojos del regordete templario—, pero el ministerio necesita más picos para los fosos de ladrillos.

—Eso he oído decir —repuso el templario con gran alivio por parte de la joven.

—Sin las herramientas de mi amo, el ministerio no tendrá suficientes ladrillos —siguió ella, clavando los azules ojos en los del corpulento templario—. Quizá vos deberíais escoltarme hasta la tienda de Marut. Luego me traeríais de regreso aquí una vez que hubiéramos entregado los mangos. Estoy segura de que vuestro superior se sentiría muy satisfecho por vuestra iniciativa, y yo también.

Dedicó al gordezuelo oficial una sonrisa prometedora, pero no dejó que ésta permaneciera demasiado tiempo en sus labios. La clave para conseguir que cayera por completo bajo su influencia era hacer que creyera que ella se sentía realmente atraída por él, lo que no sería demasiado difícil dado que era algo que él deseaba creer de todos modos. Todo lo que debía hacer era tener buen cuidado de no ponerlo en guardia sobre sus intenciones exagerando la nota.

—¡No la escuches, Pegen! —advirtió el semigigante situado junto al templario—. Puedes hacer lo que quieras con la chica, igualmente.

Sadira enarcó las puntiagudas cejas y abrió mucho la boca como si sintiera miedo.

—¿Qué quiere decir, Pegen? —preguntó, apartándose del templario—. ¿Qué vais a hacerme?

La táctica funcionó a la perfección. El templario dirigió una mirada furiosa al semigigante, enojado porque la atracción que sentía Sadira se hubiera convertido de repente en repulsión.

—¡Silencio o te dedicarás a arrastrar ladrillos en el zigurat mañana por la mañana! —Se volvió luego hacia la joven semielfa—. No te preocupes. No voy a hacerte nada.

Sadira retrocedió otro paso.

—No comprendo lo que dicen —dijo, dirigiendo una mirada de soslayo a los guardas—. ¿Qué es lo que piensan que una pequeña esclava como yo puede hacer a un hombre fornido como vos?

Montando en cólera ante el supuesto insulto, el templario contempló malhumorado a los dos brutos.

—Cerrad la puerta cuando anochezca —ordenó—. Luego esperad mi regreso.

—Pero...

—¡Haced lo que digo, Tak! —los conminó Pegen, con una mirada colérica al reticente centinela—. ¡No quiero más discusiones!

Una vez que hubo terminado de reprender al semigigante, Pegen hizo un gesto a Sadira con la cabeza.

—Ve tú delante, chica. Espero que la tienda de tu amo no esté muy lejos.

Sadira recogió el fardo de pedazos de madera y se lo cargó a la espalda. Con Pegen andando justo detrás de ella, atravesó las oxidadas puertas y descendió por el suave declive del túnel que pasaba bajo las murallas de la ciudad. En el otro extremo del túnel, a uno de los lados de la boca, había un gigantesco bloque de granito. Cada uno o dos años, cuando otra de las ciudades de Athas se quedaba sin comida y enviaba un ejército a saquear lo que pudiera de los pobremente abastecidos graneros de Tyr, un templario de alta graduación hacía levitar la roca y se la colocaba de modo que obstruyera el túnel hasta que la guerra terminara.

Nada más atravesar la barrera, la semielfa descubrió que el interior de la ciudad resultaba más sorprendente si cabía que la presencia del templario ante las puertas. En contraste con el bullicio de carretas chirriantes y voces estridentes que le habían dado la bienvenida en visitas anteriores, Tyr parecía ahora tan silenciosa como el desierto. La gran avenida que circundaba el perímetro interior de la muralla estaba vacía a excepción de un puñado de artesanos y engalanados mercaderes que pasaban corriendo con la vista fija en los adoquines del suelo. Las tiendas de licores y comida situadas frente a la muralla de la ciudad, que por lo general estaban iluminadas por antorchas y lámparas de aceite hasta altas horas de la noche, aparecían uniformemente oscuras. Tampoco se percibía ninguno de los ricos aromas que recordaba: rotgrubs fritos, valeriana roja picante, néctar de kank fermentado. En su lugar, sólo olía el fétido aroma de los excrementos de animales y el humo acre producido por la combustión de roca negra.

Sadira giró a la izquierda por la gran avenida, siguiendo una ruta que no había recorrido más que dos docenas de veces en toda su vida. Pegen andaba a su lado, las pesadas botas marcando una cadencia uniforme sobre los adoquines. Al cabo de unos minutos, cuando la noche empezaba a caer sobre la ciudad, Pegen posó una mano sobre el hombro de Sadira, e indicó una avenida que discurría entre dos hileras de edificios de adobe de tres pisos.

—¿No nos dirigimos al distrito de los comerciantes?

Sadira se detuvo y contempló la avenida. Era una calle ancha, bien iluminada por antorchas de llama vacilante. La joven no tenía ni idea de adonde conducía la avenida.

—La tienda de Marut no está en esa dirección —dijo; luego, indicando la avenida por la que andaban, agregó—: Está más al final de esta calle.

—Si tú lo dices... —repuso Pegen con el entrecejo fruncido.

Tras recorrer unos trescientos pasos más, Sadira se detuvo y miró en dirección a una oscura callejuela que se introducía en una zona desvencijada de viviendas lúgubres y chabolas medio desmoronadas. Aunque las ventanas y puertas de los edificios de adobe no mostraban ninguna luz, los ojos de elfa de la joven esclava le permitían ver a los siniestros residentes que vigilaban el callejón desde cada cuarta o quinta casa.

—¿No lleva esto al mercado elfo...? —preguntó Pegen.

—Mi amo vive un poco más abajo de este lugar —le informó Sadira, y penetró en el oscuro callejón antes de que el templario pudiera poner ninguna objeción.

La muchacha no había dado más que unos pasos en el interior de la calleja cuando oyó cómo Pegen tropezaba con uno de los adoquines sueltos de la calle. El templario posó una mano sobre el fardo que cargaba la joven y tiró de él.

—¡Aguarda!

Sadira obedeció al instante, dejando caer el fardo a sus pies. Su mano se deslizó bajo las ropas y sacó la daga de obsidiana robada al guarda en el Agujero. El templario, incapaz de ver en la oscuridad, tropezó con los pedazos de madera y cayó. Sadira giró en redondo, levantando el puñal para acabar con él.

El templario cayó de cara sobre el montón de madera, mascullando maldiciones e intentando volver a incorporarse, lo que hizo comprender a Sadira que le resultaría muy fácil aprovechar la ocasión para desaparecer por el laberinto de chabolas que ocupaba aquella parte de la ciudad. Desde luego, eso era lo que la Alianza del Velo habría querido, ya que su contacto le había dado instrucciones muy precisas de no enfrentarse jamás a los burócratas del rey si no era realmente necesario.

—Ayúdame a levantarme, chica torpe —ordenó Pegen—. ¡Podría hacerte azotar por esto!

—No debieras haber dicho eso —contestó la joven semielfa, decidiendo que «necesario» era un término relativo.

Con la mano que tenía libre, Sadira sujetó el colgante de bronce del hombre, y tiró de él de modo que la cadena levantara el doble mentón y dejara al descubierto el corpulento cuello. Los ojos de Pegen se abrieron de par en par y miraron en dirección a su rostro, pero no podían verla en la oscuridad y se llenaron de terror.

—¿Qué es lo que estás haciendo? —exigió con voz jadeante.

—Comprobar si este cuchillo es lo bastante afilado como para atravesar tu rolliza garganta —respondió Sadira, colocando el filo del cuchillo sobre los gruesos pliegues de su papada. Tuvo que apretar con fuerza, pero la hoja sí era lo bastante afilada.

Sintió el contacto de la sangre caliente sobre su mano. Pegen lanzó un gorjeo y se llevó las manos a la garganta; luego rodó fuera del montón de madera y quedó tendido en el suelo boca arriba, con la vida escapándosele por entre los dedos y los asombrados ojos clavados en el cielo nocturno. Sin aguardar a que muriera, Sadira limpió la hoja del cuchillo en la sotana del oficial, y echó a correr a toda velocidad por las oscuras callejuelas.

La muchacha no aminoró el paso hasta que, tras dejar atrás una callejuela flanqueada por dos edificios, fue a parar a una plaza a la que iban a dar cinco calles. La plazoleta estaba bañada en una brillante luz amarilla, pues la rodeaban seis tabernas, dos burdeles y una casa de juego, en cuyas puertas ardían brillantes antorchas. Apoyados contra las paredes de los edificios se veía a hombres adormilados, en su mayoría humanos y elfos, mientras que mujeres semidesnudas paseaban de un lado a otro en busca de alguien que deseara compañía.

Sadira se detuvo en un extremo de la plaza y se quitó la capa salpicada de sangre que llevaba. Con el revés de una de las mangas, se limpió el polvo y el sudor del rostro, e introdujo la prenda como pudo en el morral donde guardaba el libro de conjuros. Hecho esto se pasó los dedos por los ambarinos cabellos en un intento bastante infructuoso de desenredarlos. De todos modos, sabía que, por mucho que se esforzara, no conseguiría un aspecto ni remotamente parecido al de sus mejores momentos. La reciente carrera había dejado su pecho jadeante y las delgadas piernas temblando de fatiga. No obstante, una vez que hubo hecho todo lo posible por aparecer presentable, cruzó la plaza en dirección a una taberna cuya entrada estaba adornada con el dibujo de un gigante borracho.

Dentro, tras un mostrador de mármol, un hombre musculoso con una incipiente calvicie y una descuidada barba roja servía leche de cabra fermentada a tres clientes de ojos nublados utilizando un cucharón de hueso cincelado. Al entrar en el establecimiento, Sadira clavó la mirada en el tabernero para atraer su atención, y, de forma disimulada, se llevó la mano a la boca de modo que cubriera sus gruesos labios y delicada barbilla. El hombre indicó con un movimiento de cabeza el fondo del local, y musitó algo a uno de sus clientes. El hombre se levantó al momento y salió tambaleante de la taberna.

Sadira se dirigió al fondo del establecimiento y se acomodó sobre un pequeño banco de granito, tras colocar el morral bajo éste. Para su sorpresa, el barbudo tabernero le llevó una jarra de vino agrio de savia. Cuando se le acercó, la joven sonrió y dijo:

—Ya sabes que no tengo dinero.

—Lo sé, pero me doy cuenta de que necesitas algo de comer y de beber —respondió el musculoso tabernero.

—¿Cómo es eso? —quiso saber Sadira, sintiéndose desconcertada. Se llevó los dedos a las mejillas, temiendo de improviso haber dejado sobre ellas alguna mancha de sangre—. ¿Le sucede algo a mi rostro?

El hombre lanzó una risita y meneó la cabeza.

—No, sólo tienes cara de estar sedienta —dijo, indicando a los dos borrachos sentados ante el mostrador—. Al menos eso es lo que esos dos se deben de haber imaginado. Son ellos los que pagan.

Sadira dedicó a los dos hombres una sonrisa seductora, y vació de un trago la jarra de resina de árbol fermentada. Mientras la fuerte bebida hacía su efecto, la muchacha cerró los ojos mostrando las largas pestañas que adornaban sus párpados y sacudió la cabeza. Devolviendo la jarra al tabernero, anunció:

—Tomaré otra.

—Creo que lo mejor será que eche un vistazo a sus bolsas —rio el tabernero, tomando la jarra. No obstante, antes de regresar al mostrador su rostro adoptó una expresión seria y preguntó—: ¿Tienes problemas?

Aunque la semielfa y el hombre de la barba roja se conocían de vista, la muchacha no sabía cuánto podía revelar. Lo único que sabía de él era que podía comunicarse con su contacto en la Alianza del Velo. Aparte de esto, tanto él como ella evitaban deliberadamente sostener conversaciones prolongadas, pues en el caso de que los hombres del rey capturasen a uno de ellos, cuanto menos pudiera revelar sobre el otro mejor.

—Un templario intentó arrestarme para el zigurat —contestó, limitándose a dar una explicación sencilla.

—Han estado confiscando esclavos todo el día —asintió el hombre—. Las patrullas de enganche han pasado hoy tres veces por aquí para arrestar borrachos. Es por eso que la plaza está tan silenciosa esta noche. —Fue a buscar más vino agrio para Sadira, y al regresar inquirió—: ¿Debo esperar la aparición del templario que te quería atrapar?

—No —respondió la semielfa, sacudiendo la cabeza—; hasta que los muertos puedan andar.

El hombre exhaló un suspiro, con el alivio reflejado en el rostro. Tras llenar la jarra de Sadira, dejó la garrafa junto a la joven.

—Correré la cortina para más seguridad. Si vuelcas el banco, abrirás un túnel de huida. Utilízalo si oyes algo anormal aquí afuera.

Sadira dirigió una rápida mirada al asiento de piedra.

—¿Adónde conduce?

—A la Tyr subterránea —repuso—, y a un templo de los antiguos.

—¡No! —jadeó Sadira. Sabía muy poco sobre los antiguos templos, excepto que habían sido construidos antes de que Athas se convirtiera en un desierto. Según los rumores, la mayoría estaban repletos de enormes cantidades de preciado metal defendidas por los fantasmas de aquellos que habían adorado a dioses olvidados o muertos hacía tiempo inmemorial—. ¿Debajo de esta taberna?

—No directamente debajo —la corrigió él—. Pero si sucede algo y utilizas el túnel, no tengas prisa por encontrar ese templo. Por lo que he oído, saldrías mejor parada si te entregases a los templarios de Kalak.

Tras estas palabras, se apartó y corrió una cortina a lo largo del fondo del local. La cortina estaba hecha por completo de escamas de serpiente agujereadas y ensartadas unas con otras. Cada una de las escamas había sido recubierta de un esmalte brillante para preservar y aumentar su color natural, con lo que el resultado era una cortina centelleante de muchos colores diferentes: amarillo arena, naranja quemado, verde cactus, y media docena más.

Sadira bebió la segunda jarra de vino de savia más despacio, obligándose a sorber la fuerte bebida. Aunque sentía el impulso de vaciar de un trago la jarra para saciar la sed, dudaba que le llegaran más suministros con la cortina corrida. La resina fermentada era la más horrible de las bebidas que podían obtenerse en las bodegas de Tyr, pero ello no importaba a la semielfa, que habría deseado seguir saboreándola; en la hacienda de Tithian, todo lo que le daban para beber era agua.

Mientras sorbía los últimos restos del vino, un anciano apartó la cortina y pasó al otro lado. Poseía unas facciones orgullosas y llenas de vigor, con una frente amplia acentuada por gruesas cejas blancas, una larga nariz aguileña bien plantada entre unos astutos ojos castaños, y una boca enérgica. La barba era larga y nívea. Llevaba un tabardo que le llegaba hasta la rodilla, y sobre sus hombros colgaba una esclavina de color marfil sujeta alrededor de la garganta por un cierre de cobre. En una mano sostenía una jarra llena de espeso vino marrón, y en la otra un delgado bastón de madera oscura. El pomo del bastón, una bola de reluciente obsidiana, resultaba a la vez insólito y sorprendente. A Sadira le costó apartar la mirada de la hermosa esfera negra, pero lo hizo, pues sabía que a su propietario no le gustaba que la gente la mirara con tanta atención.

El anciano tomó un buen trago de su jarra, mientras estudiaba a la semielfa con atención. Por fin, le apuntó con el bastón e inquirió:

—¿Qué haces aquí, muchacha? No te he hecho llamar.

—Yo también me alegro de verte, Ktandeo —dijo Sadira con una radiante sonrisa. Se puso de pie y rodeó al hombre con sus esbeltos brazos.

—¡Cuidado con mi bebida! —le espetó él, apartando la jarra del cuerpo al ver que se derramaban algunas gotas de su contenido—. Este es del bueno.

Sadira no se dejó intimidar por el malhumor del anciano. Lo conocía tan bien como cualquiera y sabía que bajo aquellos modales hoscos se escondía un corazón tierno.

A los pocos días de haber cumplido Sadira los doce años, Tithian había contratado a un arisco anciano domador de animales para que preparara a las bestias para los combates. Ktandeo, que había solicitado el puesto para poder encontrar un espía entre el servicio del sumo templario, escogió entonces a la jovencita para que fuera su ayudante. Durante el año siguiente, se dedicó a examinar el carácter de Sadira, planteándole sutilmente dilemas morales y pruebas de valor. El ejemplo más vivido que ella recordaba era la vez en que el anciano la encerró «sin querer» en la jaula que contenía un takis hambriento para comprobar si se dejaría llevar por el pánico. Mientras él intentaba descorrer el pestillo, ella había permanecido inmóvil y permitido que aquella criatura de aspecto similar al de un oso la olfateara de la cabeza a los pies con la babosa trompa. Ktandeo no abrió la puerta hasta que el enorme animal no mostró los afilados colmillos en forma de puñal y empezó a golpear el suelo con la huesuda cola que utilizaba también a modo de mazo. La única vez en la vida que Sadira había visto reír a su mentor fue durante la enfurecida reprimenda que ella le dedicó tras conseguir escapar de la jaula.

Poco después, una mañana de Sol Nuevo, tras haber enviado el lote correspondiente de animales a los juegos que celebraban la llegada del año nuevo, Ktandeo fue a ayudarla a limpiar los corrales vacíos. Fue entonces cuando le preguntó si quería aprender magia. En el transcurso de pocas semanas, ya le había enseñado a llenar el aire con luces danzantes, pero cuando ella le pidió que le enseñase otro conjuro, él vaciló, diciendo que ya le había enseñado demasiado. Sólo tras semanas de ruegos por parte de la muchacha accedió él a enseñarle otro hechizo. Pero en esta ocasión puso una condición a su regalo: ella tendría que unirse a la Alianza del Velo y servirla sin importar lo que ésta le pidiera que hiciera.

Desde luego, Sadira había aceptado, pues veía en la magia una vía para escapar a su esclavitud. Durante los cuatro años siguientes, Ktandeo le enseñó muchos hechizos, pero también le inculcó un sentido a su vida que iba más allá de la simple huida. Empezó a hablar de revolución, de derrocar al rey y dar a los esclavos su libertad. No pasó mucho tiempo antes de que Sadira compartiera su sueño y se dedicara en cuerpo y alma a la liberación de todo Tyr.

Cuando Sadira cumplió los dieciséis y empezó a alcanzar la plenitud como mujer, Ktandeo llevó a su «hija» a vivir con él. Catalyna era cualquier cosa excepto una figura

filial, con ojos provocativos, una sonrisa coqueta, y un cuerpo bien proporcionado. Bajo su tutela, Sadira aprendió a sacar todo el provecho posible a su propia belleza, y no tardó mucho en conseguir una ración extra de gachas de agujas de pharo o un poco de agua extra, utilizando tan sólo el guiño de un ojo y una sonrisa afectuosa.

En cuanto finalizó su preparación, Ktandeo la había ayudado a salir del recinto sin ser vista, para luego conducirla a Tyr y mostrarle cómo encontrarlo yendo a esa taberna. Poco después, tanto él como Catalyna desaparecieron de la hacienda de Tithian, y Sadira se quedó allí, espionando discretamente a los habitantes del recinto durante los cinco años siguientes. Sus obligaciones consistían sobre todo en utilizar las técnicas enseñadas por Catalyna para aflojar las lenguas de guardas y capataces; luego, dos veces al año, se aventuraba a ir a Tyr para informar sobre lo poco que había descubierto y aprender uno o dos hechizos nuevos.

Finalmente, la joven hechicera se había decidido a preguntar si no habría algún lugar en el que pudiera ser más útil. Fue entonces cuando Rikus hizo su aparición en los fosos de los gladiadores; fiel a su deber, la joven no tardó en informar a Ktandeo de la presencia del mul. Al poco tiempo, el anciano le hizo llegar el mensaje de que intentara «intimar todo lo posible» con el nuevo mul, sugiriendo que la Alianza necesitaba la cooperación del luchador en un proyecto muy especial. Algún tiempo después, la joven averiguó que el proyecto especial era hacer que Rikus atacara a Kalak con una lanza mágica durante los juegos del zigurat.

Con un carraspeo, Ktandeo se sentó sobre el banco de piedra y cruzó las manos sobre el pomo de su bastón.

—¿Bien?

Sadira permaneció de pie.

—Rikus está herido —contestó, con un ligero temblor en la voz—. Puede que no sobreviva.

El rostro del anciano se ensombreció.

La muchacha tomó asiento y relató a su contacto todo lo ocurrido desde la mañana, omitiendo tan sólo su utilización de los tentáculos mágicos en el Agujero contra el primer guarda. Cuando llegó a la descripción de su intento de hechizar a Pegen, y su huida final, los efectos del vino ya habían desaparecido.

Durante varios segundos, Ktandeo permaneció sentado con el entrecejo fruncido, pensativo. Por fin, levantó la cabeza, los castaños ojos llenos de indignación, y golpeó con fuerza los nudillos de la muchacha con el negro pomo del bastón.

—Estás jugando a un juego muy peligroso, muchacha.

Sadira se quedó boquiabierta ante el tono acusador de su maestro.

—¿Qué? —exclamó, frotándose la dolorida mano.

El anciano la miró con una mueca de reproche.

—¿Tan bueno es tu control que puedes lanzar media docena de hechizos al día,

todos ellos bajo tensión, y sin embargo mantener el equilibrio? Cualquiera con el doble de tu experiencia no se atrevería. Me estremezco sólo de pensar en todo el daño que has causado.

Sadira se alegró de no haber mencionado el hechizo de los tentáculos al hablar de los otros. Lo más probable es que Ktandeo la hubiera declarado una profanadora, una hechicera que maltrataba la tierra. Según las tradiciones de la Alianza del Velo, los miembros que se convertían en profanadores eran ejecutados.

—¿Y era realmente necesario asesinar a tres...?

—¡Un templario y dos guardas de esclavos! —objetó Sadira.

—Seres humanos de todos modos —replicó Ktandeo—. Parece como si te sintieras orgullosa de ti misma...

—¿Y qué si lo estoy? —exclamó la joven semielfa, poniéndose en pie—. Cualquiera de ellos me habría azotado, violado o asesinado en un instante. Por lo que a mí respecta, acabé con ellos antes de que acabaran conmigo. ¿Por qué no debería estar orgullosa?

El anciano también se levantó.

—¡Escúchate a ti misma! —le soltó, agitando el bastón con furia por encima de la cabeza de la joven—. ¡Hablas como un templario! ¿Cuál es la diferencia entre tú y ellos?

—La misma que la que existe entre tú y Kalak —contestó ella—. Si *tú* vas a asesinar al rey, ¿por qué no puedo *yo* matar a esos hombres?

—Kalak es la fuente de todos nuestros males. Es él el que ha proscrito la magia, el que profana la tierra, el que ha convertido la esclavitud en una forma de vida, el que gobierna a sus súbditos a base del asesinato y el terror...

—¡No creerás que, en cuanto Tyr se deshaga de él, sus templarios y nobles se convertirán de improviso en servidores del bien!

—Claro que no —respondió Ktandeo, sacudiendo la cabeza con energía—. Pero Kalak es la base. Derríbalo y el resto de la estructura se desmoronará.

—Incluso sin Kalak, no conseguirás hacer caer a la burocracia y la nobleza sin derramamiento de sangre —argumentó Sadira—. Así que no veo qué hay de malo en luchar ahora.

—No hay nada de malo en luchar, ni siquiera en tender emboscadas y asesinar... siempre y cuando con ello liberes a un grupo de esclavos, destruyas una fábrica de ladrillos, o sirva para conseguir otro objetivo importante. Pero matar por odio... — Ktandeo no terminó la frase—. No es digno de ti, chica.

Sadira extendió uno de los delgados brazos y barrió con él las jarras fuera del banco. Los recipientes se estrellaron contra la pared y se rompieron en mil pedazos.

—¡No te dirijas a mí como a una esclava! —escupió, los pálidos ojos llameantes de cólera—. Y no me juzgues. ¿Qué sabes tú de lo que es ser un esclavo? ¿Has sentido

alguna vez el contacto del látigo sobre la espalda? —Tras una pausa tensa, siguió—: Eso es lo que pensaba.

El hombre de la barba roja surgió de detrás de la cortina, con un par de jarras en las manos y una pequeña cachiporra introducida en el delantal.

—Me pareció oír caer una jarra —comentó, contemplando los pedazos de barro cocido del suelo—. Aquí tenéis más suministros. —Dirigió una mirada significativa a Ktandeo y añadió—: Intentad no derramarlo.

—Fíjate en lo que has hecho —dijo el anciano cuando el tabernero se hubo marchado. Su voz era más amable que momentos antes. Volvió a sentarse y colocó el bastón con cuidado sobre sus rodillas para así no verse tentado a blandido de un lado a otro—. Ahora que te has descubierto —siguió—, tendrás que irte a otra ciudad.

—No me voy —respondió Sadira, haciendo un gran esfuerzo para no levantar la voz—. No estoy dispuesta a abandonar a Rikus.

—¿Rikus? ¿Qué pasa con él? —inquirió Ktandeo, tomando un buen trago de su jarra.

—No le he pedido que arroje la lanza —respondió Sadira—. La verdad es que todavía no sabe que pertenezco a la Alianza del Velo.

—Al menos has seguido esas instrucciones —suspiró el anciano.

—*Intento* hacerlo bien.

Sadira notó cómo una lágrima le corría por la mejilla y se volvió rápidamente para secarla. Ktandeo era lo más parecido a un padre que había conocido, y, aunque consideraba que se mostraba demasiado susceptible con respecto a los guardas que ella había matado, el enfrentamiento con él la angustiaba más de lo que le gustaba admitir.

Cuando devolvió su atención a Ktandeo, los ojos castaños del anciano tenían una expresión más afable, pero el rictus de la boca seguía denotando enojo.

—En cuanto Tithian se entere de cómo ayudaste a Rikus, sabrá que llevas el velo. Removerá todo Tyr para encontrarte.

—Pero, si yo me voy, ¿quién pedirá a Rikus que arroje la lanza? —objetó ella.

—En estos momentos, ni tan sólo sé si va a haber una lanza que arrojar —dijo Ktandeo—. No la he ido a buscar y, tal y como están las cosas, no podré hacerlo.

—¿Por qué no? —quiso saber Sadira, alarmada.

Ktandeo se pasó una mano llena de manchas oscuras por la arrugada frente.

—El rey ha emprendido una guerra sin cuartel contra nosotros —explicó—. De momento, sus hombres ya han asaltado las casas y tiendas de quince miembros. Al defenderse, esos miembros han matado cincuenta templarios y una docena de semigigantes, pero el enemigo intenta capturar con vida a nuestra gente. Cada vez que lo logran, los doblegadores de mentes del rey consiguen averiguar uno o dos nombres más, y queda al descubierto un poco más de nuestra organización. Más tarde o más

temprano, capturarán a un gran consejero. Cuando eso suceda...

Sadira resistió la tentación de preguntar qué podía ser más importante que matar a Kalak, pues, si existía una respuesta válida, sería mejor no conocerla si la capturaban. En lugar de ello, dijo:

—Yo te traeré la lanza. Cuando regrese, las cosas se habrán calmado y podré hablar con Rikus entonces.

Ktandeo negó con la cabeza.

—La lanza la está haciendo un jefe halfling. Si envío a cualquier otro a recogerla, lo matará.

—Me arriesgaré —se ofreció ella—. Tú procura un médico para asegurarte de que Rikus esté vivo cuando yo regrese.

—No pienso mandarte a una muerte cierta; te voy a enviar a un lugar seguro —respondió Ktandeo, extendiendo la mano automáticamente para coger su bastón. Golpeó el suelo con la punta, antes de añadir—: ¿Y por qué esta adoración por Rikus? Hay muchísimos otros gladiadores.

—No como Rikus.

Ktandeo enarcó una ceja.

—¿Y qué es lo que hace tan diferente a ese mul?

Sadira notó cómo la sangre fluía a sus mejillas.

—Es un campeón —repuso, tras tomar un trago de vino y depositar la jarra de nuevo sobre el banco—. Es el único gladiador del que puedes estar seguro que vivirá lo suficiente para poder atacar al rey durante los juegos.

—Encontraremos otro momento y otro lugar para atacar —arguyó Ktandeo, volviendo el rostro con expresión despreocupada.

—Si eso fuera posible, ya lo habrías atacado —dijo Sadira, comprendiendo que Ktandeo jugaba con ella, probablemente en un esfuerzo por decidir el alcance de su atracción por Rikus. Se puso en pie, añadiendo—: Tú fuiste quien me dijo que intimara con Rikus y lo hice. Si eso te disgusta, lo siento. No cambia el hecho de que lo necesitamos. Tú has de enviarle ayuda, y yo he de quedarme aquí hasta que recupere el conocimiento.

—¡No! ¡Dejas que las emociones enturbien tu buen juicio! —refunfuñó Ktandeo, incorporándose también—. ¡Piensa! Si te quedas en Tyr y Tithian te localiza, ¿qué es lo que puedes decirle? ¡No sólo puedes descubrirme a mí y a esta taberna, sino que además puedes describirle todo nuestro plan!

—¡Entonces asegúrate de que no me cojan! —respondió Sadira.

—Eso sería imposible, en especial teniendo en cuenta la forma en que has estado hablando esta noche —le espetó Ktandeo, golpeándola en el pecho con la punta del bastón—. En cuanto a Rikus, si le envío un médico y lo capturan, lo que es muy probable, Tithian sabría entonces que tenemos planes para el mul. Adivinaría de qué

se trata al instante, y entonces nuestro plan no serviría de nada.

El anciano calló para dedicar a Sadira una mirada huraña. La muchacha sintió que los labios le temblaban, pero no supo cómo contestar a Ktandeo. Lo que decía tenía sentido, pero no podía aceptar la fría lógica de su mentor. Rikus era algo más que una enorme acumulación de músculos en los que ellos confiaban para matar a Kalak, y ella era algo más que una marioneta sin vida a la que podían desechar cuando ya no les fuera de utilidad.

—¡No nos tratáis mejor que nuestro amo! —exclamó Sadira. Luego introdujo la mano debajo del banco y sacó el morral—. ¡No voy a irme de Tyr hasta que Rikus esté bien y le haya hablado!

Antes de que el anciano hubiera podido hacer el menor movimiento para detenerla, la semielfa apartó la cortina a un lado y se dirigió a toda velocidad en dirección a la parte delantera de la taberna. Mientras se abría paso por entre los dos clientes que le habían pagado las primeras dos jarras de vino de savia, Ktandeo tronó:

—¡Vuelve aquí!

Haciendo caso omiso de él, Sadira salió a la plaza y, sin pensarlo, tomó por la misma calle por la que había venido. No había dado ni tres pasos, cuando vio a varios semigigantes que cerraban el paso por el callejón unos metros más allá. El jefe del grupo llevaba un casco con una enorme pluma de color púrpura, un peto hecho con la escamosa parte inferior de un mekillot, y un cinturón muy ancho del que colgaba una espada de obsidiana. En las manos sujetaba un par de correas.

Un par de cilops tiraban del otro extremo de las correas. Los gigantescos ciempiés eran tan altos como Sadira y medían más de cuatro metros de largo. Sus cuerpos planos estaban divididos en una docena de segmentos, cada uno sostenido por un par de delgadas patas. Sus cabezas ovaladas poseían tres juegos de mandíbulas parecidas a pinzas, un único ojo compuesto, y un par de antenas prensiles que se movían de un lado a otro sobre el suelo delante de las criaturas.

Sadira retrocedió al momento fuera del callejón, pues los cilops eran la peor pesadilla de un esclavo fugado. Había oído decir que aquellas criaturas horribles habían conseguido seguir la pista de fugados a través de veinte kilómetros de terreno rocoso... más de una semana después de que los esclavos hubieran pasado por allí y un vendaval hubiera cubierto sus huellas con una buena capa de polvo.

—¡Ésa es la chica! —gritó la familiar voz de un semigigante—. ¡Ella es la que ha matado a Pegen!

La primera intención de Sadira fue correr en dirección a la taberna antes de que el semigigante soltara a los cilops. Al girar en dirección a ella, vio a Ktandeo y al tabernero de la barba roja que la observaban desde la puerta, sin que sus curiosos rostros denotaran el menor signo de conocerla.

—¡Detente, esclava! —ordenó el semigigante que iba a la cabeza—. ¡Detente o

soltaré a mis niños!

Sadira comprendió al momento que no podía regresar al establecimiento con sus perseguidores pisándole los talones. No sólo podría delatar el lugar como punto de encuentro de la Alianza, sino que podría provocar la captura de Ktandeo. A pesar de lo enojada que estaba con él, sabía que ése era un riesgo que no podía correr.

Así pues, dio la espalda a la taberna y echó a correr por otra calleja oscura. No existían muchas probabilidades de que consiguiera escapar, pero sabía que su mejor posibilidad estaba en atraer a los cilops al laberinto de callejuelas de aquella zona de la ciudad e intentar confundirlos cruzando y volviendo a cruzar sobre sus propios pasos.

A su espalda el semigigante gritó:

—¡Es tu última oportunidad!

Sadira miró por encima del hombro y vio que el jefe del grupo y sus animales de presa habían penetrado en la plaza. Bajo el rótulo de El Gigante Borracho, Ktandeo y el tabernero seguían observando lo que sucedía con tranquilas expresiones de curiosidad en sus rostros, aunque el anciano golpeaba ansiosamente el suelo con la punta del bastón.

—¡Por aquí, muchacha!

Cuando Sadira devolvió la atención a la calle por la que corría, vio a una figura de más de dos metros que sacaba su larguirucho torso y demacrado rostro por un portal abierto. Tenía una piel pálida y amarillenta, cabello oscuro y orejas puntiagudas, con unas mejillas y labios suaves, casi femeninos. La capa de lana que llevaba tenía el aspecto de ser cara, al igual que la llamativa gorra de la cabeza.

—Maldita sea mi suerte —masculló Sadira.

El elfo le dedicó una amplia sonrisa y sacó un frasco de debajo de la capa.

—Esto conseguiré que incluso los cilops pierdan tu rastro —anunció—. Lo prometo.

Sadira volvió a mirar por encima de su hombro, considerando cuáles eran sus posibilidades de escapar sin la ayuda del elfo. El semigigante había dado unos cuantos pasos más hacia el centro de la plaza y empezaba a soltar las traillas de las simpáticas criaturas. A su espalda, los dos guardas de la puerta y varios otros semigigantes salían a la plaza procedentes de la oscura callejuela.

Sadira corrió en dirección al elfo, musitando:

—Sé que me voy a arrepentir.

5

La Plaza de las Sombras

El anciano se detuvo en la entrada de la oscura callejuela y atisbó por el lúgubre pasillo como considerando la posibilidad de que lo atacaran allí dentro. Agis alcanzó al individuo y lo tocó ligeramente en el hombro. El hombre giró en redondo, alzando el bastón de madera como si fuera a golpearlo con su pomo, una extraordinaria bola de brillante obsidiana.

—¿Qué? —interrogó el anciano, apuntando al pecho del noble con el bastón. Poseía unas facciones robustas y orgullosas, con una nariz ganchuda y una larga melena de niveos cabellos.

—Perdonadme —dijo Agis. Levantó las manos para dejar bien claro que no tenía intención de realizar ningún acto violento—. No estoy familiarizado con las calles del mercado elfo. ¿Serías tan amable de indicarme dónde está un mesón llamado El Kank Rojo? Se encuentra en la Plaza de las Sombras.

El anciano frunció el entrecejo.

—¿Qué es lo que quieres de un lugar como la Plaza de las Sombras?

Agis enarcó las cejas, pues el mercado elfo no era la clase de lugar en el que se hacían preguntas a los desconocidos.

—Lo mismo que cualquier otro que va allí —respondió evasivo.

Aunque el noble no tenía una idea muy precisa de por qué iba la mayoría de la gente a la Plaza de las Sombras, ésa era la única respuesta que podía dar. No tenía la menor intención de decir al anciano el auténtico motivo que lo llevaba a El Kank Rojo, que era reunirse con un grupo de influyentes colegas senadores. Querían discutir la respuesta del senado a las confiscaciones de esclavos de Kalak, y todos habían estado de acuerdo en que lo mejor sería reunirse en un lugar que no era probable que frecuntaran los espías templarios.

El desconocido estudió a Agis por unos instantes sin responder. El aristócrata estaba a punto de irse cuando el hombre dijo por fin:

—Lo más sensato sería que no fueras a la Plaza de las Sombras. No es lugar para

alguien de tu clase..., en especial si va solo.

—Agradezco vuestra preocupación —respondió Agis—. Si me indicáis cómo llegar a El Kank Rojo, dejaré de estar solo.

El anciano meneó la cabeza con resignación.

—Espero que tus acompañantes tendrán más sentido común que tú —gruñó, señalando con el bastón al final de la calle—. Sigue por esta calle hasta que llegues a la casa de empeños, y toma la callejuela de la izquierda. Va a dar a la Plaza de las Sombras.

—Muy agradecido —respondió Agis, dirigiendo la mano hacia su bolsa de monedas.

El hombre se lo impidió, golpeándole la mano con fuerza con el bastón.

—No quiero tu moneda, hijo —anunció—. Si esperas salir con vida del mercado, es mejor que no vayas mostrando por ahí tu oro.

Agis apartó la mano de la bolsa, sin hacer caso del dolor que sentía en los nudillos.

—¿Algún otro consejo?

—Sí —contestó el hombre de canosos cabellos; movió el bastón hasta colocarlo en la espalda del noble, y golpeó ligeramente la daga oculta bajo la capa—. No importa lo que suceda, mantén eso en su funda. Vivirás mucho más.

A la luz del anterior consejo del desconocido de mantenerse alejado de la Plaza de las Sombras, este último comentario parecía deliberadamente siniestro.

—¿Existe alguna razón por que intentéis mantenerme alejado de la Plaza de las Sombras?

—No en realidad —respondió el anciano—. No me importa si vives o mueres. —Dicho esto, dio media vuelta y penetró en una calleja cercana.

Agis frunció el entrecejo ante las palabras de despedida del extraño; luego hizo una señal a Caro para que se reuniera con él. Había ordenado al enano que aguardara algo más atrás para que el anciano no se asustara ante la presencia de dos desconocidos, y, tras los golpes recibidos en nudillos y pecho, se alegraba de no haber asustado al viejo más de lo que ya lo había hecho.

Mientras su criado se acercaba cojeando, Agis volvió a maravillarse ante la forma tan ingeniosa como había conseguido escapar el anciano enano de la patrulla de enganche de Tithian. Un Caro sediento y magullado había regresado a la hacienda de los Asticles la misma tarde en que el sumo templario había confiscado todos los esclavos varones de Agis. Según lo relatado por el enano, éste fingió desmayarse al cabo de unos cuantos kilómetros de marcha, y, cuando los templarios empezaron a darle patadas y azotes para obligarlo a volver a andar, Caro se negó a moverse o a levantar la vista siquiera. Por último, Tithian, cansado, ordenó que abandonaran al enano en la carretera. Una vez que la columna hubo desaparecido de su vista, Caro se incorporó y regresó a la hacienda.

A Agis lo sorprendió que un plan de huida tan simple hubiera funcionado, pero no el regreso de Caro. El viejo esclavo había dedicado toda su vida a servir a la familia Asticles y, según la característica forma de ser de los enanos, estaba dispuesto a soportar cualquier dificultad antes que romper su compromiso.

Cuando Caro llegó junto a él, Agis señaló el callejón.

—El anciano me advirtió que no fuera a la Plaza de las Sombras —dijo—. ¿Has oído alguna vez que sea un lugar particularmente peligroso?

—No, pero dudo que vuestros amigos hubieran sugerido encontrarse allí si fuera así —respondió Caro, mirando de reojo a Agis.

Una de las arrugadas mejillas del enano mostraba un cardenal amarillento del tamaño de un puño, y, ocultas bajo la túnica, había marcas similares y algunas heridas de látigo. Aunque la evidencia del maltrato sufrido por el criado encolerizaba al aristócrata, se sentía aliviado en cierto modo de ver que no había sufrido daños mayores. Por la brutalidad descrita por Caro, Agis había esperado encontrar a su esclavo con un número indeterminado de huesos rotos y tremendos cardenales por todo el cuerpo de la cabeza a los pies. De todos modos, el senador sabía que cualquier herida de poca importancia podía resultar muy dolorosa, e incluso peligrosa, para alguien tan anciano como el criado.

—Sólo han transcurrido dos días desde tu fuga —dijo Agis—. ¿Estás seguro de estar en condiciones?

—¿No dije que lo estaba?

—Sí, pero ya sé cómo sois los enanos —replicó el aristócrata—. Preferiríais morir antes que reconocer que necesitáis descansar.

—Estoy perfectamente bien —aseguró Caro—. Sigamos.

Agis se introdujo en la atestada calleja, con su criado andando un paso por detrás para vigilar la presencia de rateros. A pesar de que el sol del mediodía podría haber cocido ladrillos, el calor no obstaculizaba la bulliciosa actividad del mercado elfo.

La calle estaba flanqueada por edificios de dos o tres pisos que nadie se había molestado en encalar o pintar, por lo que lucían el color marrón grisáceo natural de los ladrillos cocidos. El primer piso de cada edificio contenía una tienda con una puerta amplia y un mostrador de ala abatible que daba a la acera. Los astutos y curtidos rostros de los mercaderes elfos miraban de soslayo desde ventanas y puertas, invitando a los transeúntes a examinar las exóticas mercancías que sus tribus habían llevado a Tyr: cuerdas irrompibles de cabellos de gigante procedentes de Balic, collares de huesos de dedos traídos de Gulg, escudos de impenetrable madera de agafari hechos en Nibenay, incluso lana de las legendarias islas Silt.

A veces, un elfo estiraba el delgado torso sobre un mostrador para tirar de la manga de un humano bien vestido o para robar la bolsa de un paseante incauto. También podía suceder que uno de los tenderos de dos metros de altura se plantara

delante de un cliente intimidado, farfullando con voz melodiosa las innumerables cualidades de cualquier baratija.

Entretanto, hombres y mujeres de todas las razas deambulaban por el centro de la calle en un tumultuoso río, las manos aferradas a las bolsas y los ojos bien abiertos. Aquí y allá, el río se dividía temporalmente al encontrarse con un montón de basura o un par de ojos pendencieros, que sin duda servían de señuelo para los carteristas que se movían entre la multitud.

Agis bajó por el centro de la avenida, pues no estaba interesado en nada de lo que ofrecían los elfos. La mayoría representaban a tribus nómadas que compraban grandes cantidades de género en una ciudad y lo acarreaban luego a través del desierto para venderlo en otro lugar donde tales artículos fueran escasos. En teoría, esto era lo que hacía cualquier mercader, pero los taimados elfos casi nunca se sentían satisfechos con una ganancia honesta. Las tribus elfas solían comprar mercancía de baja calidad y venderla a precios exorbitantes, o asaltaban a mercaderes legítimos en pleno desierto y luego vendían el cargamento robado como si fuera propio.

Tras varios minutos de abrirse paso por entre la muchedumbre, Agis llegó al lugar indicado por el anciano: una casa de empeños desvencijada, identificable por las tres esferas de cerámica que colgaban sobre la puerta. El aristócrata se salió de entre el gentío y avanzó en dirección a la calleja, tras detenerse para asegurarse de que Caro lo seguía.

—¡Eh, amigo!

La voz pertenecía a un elfo de cabellos dorados que se apoyaba contra la pared justo a la entrada de la callejuela. Más alto que la mayoría de los de su raza, el elfo llevaba una chilaba rojiza sobre el desgarrado cuerpo y poseía un rostro bronceado y curtido por el sol con unos nebulosos ojos azules.

—¿Buscas ingredientes mágicos? Tengo gusanos de luz. Tengo madera de olmo. Incluso tengo hierro en polvo.

—¿No va todo eso en contra de las leyes del rey? —inquirió Agis con la esperanza de hacer callar al buhonero.

—¿Eres un templario? —quiso saber el elfo, alzando la puntiaguda barbilla.

—No.

—Entonces, ¿qué te importa? —Volvió la cabeza indignado, ofreciendo al aristócrata la visión de una oreja afilada llena de suciedad.

Agis penetró en el callejón seguido por Caro. Los altos edificios proporcionaban una ligera protección de los rayos solares, pero no mitigaban en gran cosa el opresivo calor del mediodía. No obstante, varios pobres y mendigos habían ido a refugiarse a su sombra y se alineaban a ambos lados del estrecho pasillo. Todos extendieron las huesudas manos cuando Agis empezó a abrirse paso con cuidado por entre sus piernas, y la calle se llenó con sus desesperadas súplicas de dinero y agua.

Resistiendo la tentación de desprenderse de un puñado de monedas, Agis volvió la cabeza sobre su hombro para mirar a Caro.

—Esto es lo que sucede cuando un rey se preocupa más de la magia que de sus súbditos —dijo malhumorado—. Si Kalak no hubiera rechazado mi propuesta de crear granjas de beneficencia fuera de Tyr, esta gente hoy tendría comida, agua y un lugar donde dormir.

—Son libres —repuso Caro—. Al menos poseen eso.

—La libertad no les humedecerá la garganta —le espetó Agis—. Tú has sido un criado casi toda tu vida. Sabes que ese servicio significa que siempre tendrás comida y bebida suficiente, y una cama blanda sobre la que descansar.

—No me importaría pasar hambre y sed durante unos cuantos días a cambio de mi libertad —respondió Caro, colocándose junto a su amo.

—No has dejado de hablar de esto desde que escapaste de esa patrulla de enganche. ¿Por qué? —quiso saber Agis—. ¿Necesitas algo? Sólo pídelo y ya sabes que te lo daré.

—Necesito mi libertad —contestó Caro con obstinación.

—¿Para poder reunirte con esos desgraciados? No pienso hacerlo. Estás mucho mejor como mi siervo. —Agis abarcó con la mano la calleja repleta de desechos humanos—. Todos estarían mucho mejor como esclavos míos.

—Pero...

—No quiero discutirlo más, Caro —interpuso Agis, en tanto alcanzaba el extremo de la maloliente callejuela—. No vuelvas a sacar a relucir el tema.

—Como deseéis —repuso el enano, colocándose de nuevo un paso por detrás de su amo.

La callejuela daba a una plaza, tal y como había asegurado el anciano. El panorama de la Plaza de las Sombras parecía más caótico aún que la zona de comerciantes de la que venían, pero Agis no vio en ella nada particularmente peligroso. La ocupaban docenas de tiendas de campaña montadas por elfos demasiado pobres o demasiado miserables para alquilar la parte delantera de una tienda. Estos elfos se dedicaban a abordar sin éxito a los innumerables semielfos, enanos y humanos que transportaban grandes vasijas de cerámica al centro de la plaza.

Allí, un templario y una pareja de guardas semigigantes cobraban un módico impuesto a los portadores de las vasijas por el privilegio de llenar una jarra en la fuente pública. Era un proceso lento y pesado, que producía una larga cola, pues la fuente consistía en un único chorrito de agua que manaba de la boca de una estatua de piedra. El artista había modelado en la piedra un braxat, una enorme criatura jorobada que parecía un cruce entre un baazrag y un camaleón cornudo. El ser andaba sobre las patas traseras y poseía un grueso caparazón que le cubría la espalda y

cuello. Agis no podía ni imaginar el motivo por el que los escultores del rey habían escogido un animal tan grotesco para una fuente, a menos que se debiera a que los habitantes de la ciudad siempre sentían curiosidad por esas criaturas raramente vistas que vagaban por las tierras yermas.

Apartando la mirada de la fuente, Agis deambuló por el borde de la plaza, estudiando con atención los símbolos pintados sobre los dinteles de las puertas. Ninguna escritura acompañaba a los símbolos, pues en Tyr, como en la mayoría de las ciudades athasianas, sólo a los nobles y a los templarios se les permitía leer o escribir.

Por fin, Agis llegó junto a un letrero rojo en el que aparecía un hombre montado sobre un kank, una de las clases de insectos gigantes que los conductores de caravanas utilizaban a menudo como bestias de carga. Del abdomen del insecto colgaba un glóbulo de miel. Decidiendo que había encontrado El Kank Rojo, Agis penetró en el mesón, seguido por Caro.

Iluminado sólo por unos pocos ventanucos estrechos, el interior del local aparecía sumido en una semipenumbra. Agis se detuvo en la puerta para dejar que sus ojos se adaptaran a la poca luz, y el murmullo de voces del interior se apagó rápidamente.

Una vez que sus pupilas se adaptaron a las sombras, el aristócrata comprobó que se encontraba en una pequeña habitación cuadrada, con docenas de elfos malhumorados que lo contemplaban con expresión intolerante, las manos fuertemente cerradas alrededor de sus jarras de néctar de kank fermentado, conocido popularmente como broy.

Un hombre corpulento que llevaba un mugriento delantal de hilo levantó el pulgar en dirección a un tramo de escaleras.

—Vuestros amigos están arriba, mi señor.

Tras dar las gracias al propietario con un movimiento de cabeza, Agis ascendió los peldaños y fue a salir a un mirador del segundo piso que daba a la Plaza de las Sombras. A lo lejos se alzaba el gigantesco zigurat de Kalak, que proyectaba su sombra sobre la plaza como una nube siniestra.

Cuatro nobles, fácilmente identificables por su porte altivo y cuidadoso acicalamiento, ocupaban una mesa situada al borde del balcón. Al igual que Agis, todos ellos eran senadores, cada uno el cabecilla extraoficialmente reconocido de una facción diferente. Una criadita semielfa de cabellos llameantes y corpiño muy escotado se encontraba junto a la mesa, riendo sin pudor un chiste obsceno.

Se dirigía Agis hacia la mesa, cuando un hombre de piel clara y mandíbula cuadrada observó su llegada.

—¡Bienvenido, Agis! —saludó Beryl—. Dime, ¿conseguiste llegar con todas tus monedas?

Agis se llevó una mano a la cadera y palpó la bolsa que seguía colgando del

cinturón.

—Lo cierto es que sí.

—¡Estupendo! —rugió Dyan, un noble de rostro mofletudo y figura voluminosa—. ¡Tú pagarás!

Un hombre larguirucho de larga cabellera dorada ofreció a Agis un taburete a su lado.

—Será mejor que gastes tu dinero aquí, amigo mío. Jamás abandonarás el mercado elfo con los cordones de tu bolsa intactos. —El tono de Kiah era cordial, como siempre que gastaba el dinero de otros. Era el jefe de una asociación de nobles dedicados a los negocios.

Agis aceptó el asiento y ordenó una jarra de broy, dejando que Caro permaneciera de pie a su espalda. No había otros criados presentes, sin duda porque Tithian los había confiscado todos.

Tan pronto como la criadita se hubo marchado en busca de la bebida de Agis, Dyan indicó a Caro con un gesto de la cabeza.

—Puede que fuera más sensato enviar a tu chico abajo.

Agis comprendió que los otros nobles se sentirían más cómodos discutiendo la delicada agenda del día sin la presencia de un esclavo, así pues se volvió hacia Caro.

—Espera abajo —le indicó—. Pide lo que quieras de beber y comer y que me lo carguen a mí.

El anciano enano inclinó la cabeza y se marchó sin pronunciar palabra.

—Eres demasiado bueno con tus esclavos —opinó Kiah—. Eso los convierte en insolentes.

—Al contrario —replicó Agis—. Los vuelve leales. Puedo garantizar que Caro no abusará del privilegio que acabo de concederle.

—Empecemos con lo que nos ha traído aquí mientras la camarera no está —interpuso Dyan—. Mirabel puede que no sea amiga de los templarios, pero tampoco es amiga nuestra. No creo que fuera a hacer ascos a ganarse una moneda o dos a cambio de informar de lo que escuche de nuestra conversación.

Agis fue el primero en abrir fuego.

—Todos estamos de acuerdo en que Kalak está llevando a Tyr a la ruina. Cerrar la mina de hierro ya resultó bastante malo, pero al confiscar a nuestros esclavos ha condenado al hambre a toda la ciudad.

—¿Qué es lo que propones? —preguntó Jaseela, la única persona que aún no había hablado.

Jaseela era una mujer de sensual belleza con una sedosa melena negra que le llegaba hasta la cintura, un cuerpo bien proporcionado, y un rostro regio dominado por unos enormes ojos de color avellana. Los discursos de Jaseela no solían gustar demasiado en la cámara del senado, ya que a menudo rozaban lo sedicioso. No

obstante, incluso sus más encarnizados rivales admiraban su valor al hablar con tanta firmeza en contra de Kalak.

—Dado que los intereses de todos en este asunto son similares, pensé que podríamos unirnos en busca de una solución —dijo Agis—. Entre nosotros cinco, poseemos influencia suficiente para asegurar que cualquier resolución se apruebe en el senado sin apenas oposición.

Los otros tres hombres asintieron, pero Jaseela hizo girar sus ojos de color avellana y miró en dirección a la plaza.

—Convoquemos una sesión de urgencia al amanecer —continuó Agis—. Copatrocinaremos una resolución que exija que el rey devuelva nuestros esclavos y reabra la mina de hierro. Con nuestra influencia, seguro que obtendremos un apoyo total. Ni siquiera el rey podrá hacer caso omiso de nosotros.

—No, no hará caso omiso, eso es cierto —repuso Dyan—. Hará que nos asesinen a todos.

—Incluso aunque sobrevivamos —terció Beryl—, desde hace mil años Kalak no ha escuchado al senado en ningún asunto en el que tuviera un interés particular. ¿Qué te hace pensar que empezará a hacerlo ahora?

—Si no lo hace, no pagaremos nuestros impuestos. Quemaremos nuestros campos —declaró Agis con entusiasmo—. ¡Nos rebelaremos!

—Nos suicidaremos, querrás decir —protestó Dyan, sacudiendo la cabeza—. Dices locuras. No podemos obligar al rey a hacer algo que no quiere hacer. Nos matará a todos.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —exigió Agis.

Beryl volvió la mirada en dirección al zigurat.

—Nada. Kalak lleva cien años construyendo el zigurat. Nuestros abuelos y nuestros padres consiguieron sobrevivir a su mala administración, y nosotros también lo haremos. Ahora que a la torre le falta menos de un mes para quedar terminada, seríamos unos estúpidos si nos opusiéramos a ella.

—Dentro de un mes, mi pharo estará seco y muerto —objetó Agis—. Sin esclavos que hagan funcionar mis pozos y rieguen la tierra, mis campos se asan al sol. Vosotros debéis de estar aun peor que yo.

—¿Y eso qué? ¿Nos vamos a morir de hambre? —inquinó Dyan, encogiendo los rechonchos hombros—. Yo, desde luego, no tengo la menor intención de arriesgar la vida para alimentar a esclavos y pordioseros.

Kiah posó una mano sobre el hombro de Agis.

—Estás exagerando, amigo mío —dijo—. Si lo miras desde un cierto punto de vista, la situación es incluso ventajosa para nosotros. —Hizo una pausa y sonrió a los otros nobles—. Estoy seguro de que todos tenemos cosechas almacenadas para casos de escasez. Así pues, en cuanto los efectos de la confiscación se hagan patentes, esas

cosechas almacenadas valdrán diez veces más de lo que valen ahora. Si conseguimos llegar a un acuerdo entre nosotros y los otros nobles, puede que incluso podamos elevar aún más el precio.

Agis se sacudió la mano de Kiah del hombro con un violento gesto y se puso en pie.

—¿Es que no nos interesa otra cosa que el oro y proteger nuestros rechonchos cuellos? —rugió—. ¡Por las lunas, no puedo creer lo que oigo!

Mirabel apareció entonces en la puerta con el broy de Agis. Éste regresó rápidamente a su asiento, fingiendo reír de alguna broma subida de tono. En cuanto la muchacha colocó el viscoso líquido ante él, Dyan le entregó a ésta su jarra vacía y pidió:

—Sé una buena chica y tráeme otra jarra de vino de leche.

En cuanto Mirabel regresó al mesón, Agis continuó con su discurso.

—Si permitimos que nuestro miedo a Kalak nos intimide, no somos mucho mejores que sus esclavos.

—Si me ofreces una línea de acción que vaya a funcionar, te seguiré —dijo Dyan—. Pero no arriesgaré mi vida y mis tierras apoyando una resolución sin sentido a la que Kalak no hará ningún caso de todos modos. —Meneó la cabeza para dar más énfasis a sus palabras.

—Tiene razón, Agis —remachó Beryl, sin apartar la mirada de su jarra—. El senado no puede hacer nada.

—Quizá tengamos que hacer algo fuera del senado —comentó Jaseela, atrayendo la atención de los senadores al volver a hablar tras su largo silencio.

—¿Como qué? —preguntó Kiah.

—Matarlo.

Todos los presentes en el balcón quedaron mudos. Finalmente, Dyan inquirió:

—¿Matar a quién, exactamente?

—*Sabéis* de quién hablo —replicó ella, clavando los ojos en cada uno de ellos por turno.

—¿Regicidio? —exclamó Dyan con voz ahogada, apartando su taburete de la mesa—. ¿Estás loca?

—Es demasiado poderoso —objetó Beryl.

—¿Qué sería de la ciudad? —dijo Kiah, señalando con la mano los almacenes de los mercaderes situados al otro lado del zigurat—. La estructura política y económica de Tyr se derrumbaría. No podríamos ni vender nuestras cosechas.

Agis permaneció pensativo, intentando decidir si Jaseela podría estar acertada. Quizá la única forma de salvar Tyr era matar al rey. Era algo difícil de aceptar para él, pues significaba destruir las bases del antiguo orden social de la ciudad. Aunque no podía negar que había muchas cosas malas en la ciudad —la corrupción de los

templarios, la pobreza de las masas, la injusticia de las leyes de Kalak— siempre había creído que tales cosas podían corregirse trabajando dentro del orden establecido. No estaba seguro de estar preparado para abandonar esa idea.

Jaseela, en cambio, estaba totalmente decidida.

—Caballeros, todas vuestras objeciones pueden solucionarse —anunció, clavando los codos sobre la mesa—. La pregunta es: ¿dejamos que Kalak arruine nuestra ciudad o no?

Kiah negó con la cabeza.

—No. La situación es más complicada que eso. ¿Qué sucede con los templarios? ¿Cómo reaccionarán si se mata a Kalak? ¿Cómo...?

—La pregunta a la que nos enfrentamos es muy simple —lo interrumpió Jaseela, poniéndose en pie—. ¿Somos nobles o somos esclavos?

Como nadie respondió, la aristócrata volvió sus ojos de color avellana hacia Agis.

—¿Qué dices tú? —inquirió—. Tú eres el que quería oponerse al rey. ¿Está limitado tu valor a la cámara del senado, o estás dispuesto a luchar por lo que crees?

Agis aguantó su inquisitiva mirada con expresión tranquila.

—He pasado diez años luchando en el senado...

—¿Puedes señalar una sola resolución que hayamos aprobado en ese tiempo que haya convertido a Tyr en un lugar mejor para cualquiera que no sea nosotros mismos? —lo cortó Jaseela.

Agis meditó la pregunta durante unos instantes, y luego clavó los ojos en su jarra de broy.

—Claro que no —dijo ella por él—. Los templarios están corrompidos, el senado está corrompido, y también la nobleza.

—Así pues, ¿lo destruimos todo y empezamos de cero? —preguntó Agis—. ¡Empiezas a hablar como si pertenecieras a la Alianza del Velo!

—Ojalá perteneciera —respondió Jaseela con amargura, volviéndose para marcharse—. Al menos le han creado a Kalak problemas suficientes como para atraer su atención.

Agis se puso en pie para detenerla, pero antes de que pudiera abandonar la mesa percibió un tumulto en la plaza que se abría a sus pies.

—No te vayas ahora, Jaseela —rogó al tiempo que se acercaba a la baranda del balcón—. Algo sucede en la plaza.

Jaseela y los otros nobles se reunieron con él. Docenas de mendigos penetraban en la plaza desde las estrechas callejuelas que partían de ella. De los tenderetes de los elfos se elevaba un murmullo de voces asustadas mientras los comerciantes empaquetaban sus mercancías de cualquier forma. Residentes aturdidos arrojaban a un lado sus recipientes para el agua e intentaban abrirse paso por entre la masa de pordioseros que inundaba la plaza.

Kiah escudriñó el cielo por encima de las viviendas que rodeaban la plaza.

—No se ven señales de humo —comentó—, así que no creo que se trate de un incendio.

Los cinco aristócratas contemplaron la escena en silencio unos minutos más. El pánico y la confusión eran cada vez mayores, con mendigos y pordioseros fluyendo sin cesar desde todas direcciones. Muy pronto, cientos de personas se apiñaban en la pequeña plaza, la mitad de ellas apretándose en dirección al centro y la otra mitad intentando llegar a los edificios que la rodeaban. La mayoría de los elfos habían envuelto ya sus mercancías en sus tenderetes y, en grupos de dos y de tres, se abrían paso a empujones por entre la muchedumbre.

Agis se volvió para mirar en dirección al callejón que discurría junto a El Kank Rojo, y se encontró cara a cara con un semigigante, cuyos amenazadores ojos eran tan grandes como platos. Bajo los ojos, una nariz inmensa descendía hasta casi tocar una boca deforme de gruesos labios.

—¡En nombre del rey, apartaos del parapeto! —ordenó el semigigante, echando la cabeza sólo unos milímetros hacia atrás para mirar a Agis.

Agis obedeció y se acercó a la mesa para coger su jarra de broy. El guarda devolvió entonces su atención a la callejuela y se dedicó a patear alegremente a los mendigos para arrojarlos al interior de la plaza.

En cuanto el semigigante hubo pasado junto a El Kank Rojo, Dyan, Beryl y Kiah desaparecieron en el interior del mesón. Agis y Jaseela permanecieron donde estaban para observar los acontecimientos.

De cada callejón surgió un enorme soldado del rey, que, utilizando los pies y un mazo de brillante hueso, empujaba delante de él a un pequeño grupo de mendigos aterrorizados. Tras los semigigantes venían templarios armados con látigos y largas cuerdas negras. Mientras Agis y Jaseela observaban, los templarios se colocaron en el extremo de la plaza y empezaron a separar a la gente en dos grupos. Soltaron a uno de ellos, permitiéndole abandonar la plaza, y luego sujetaron las manos de los que quedaban en unos lazos que pendían de las negras cuerdas. Por lo que Agis pudo descubrir, lo único que determinaba que los templarios soltasen o atasen a alguien en la cuerda era si el prisionero podía o no ofrecer un soborno.

—Desde luego, Tithian es un tipo listo —comentó Jaseela, sarcástica—. Jamás se me habría ocurrido solucionar la escasez de mano de obra esclavizando a los mendigos.

—Me pregunto si se le habrá ocurrido a Tithian que los semigigantes del rey podrían resultar mucho más efectivos en el zigurat que nuestros esclavos o estos mendigos —dijo Agis, dirigiendo una rápida mirada a Jaseela.

—Estoy segura de que sí lo ha pensado, pero ¿has oído alguna vez que un semigigante haya trabajado honradamente un solo día de su vida? —replicó Jaseela—.

Además, si convirtiera en esclavos a la guardia del rey, ¿quién mantendría a raya a la Alianza del Velo?

Bajo el balcón de El Kank Rojo, un pordiosero consiguió desasirse de la cuerda de esclavos y se lanzó a toda velocidad en dirección al callejón. Uno de los semigigantes echó a correr pesadamente en pos del fugado, rugiendo con entusiasmo. El guarda alcanzó al infortunado frente al mesón y aplastó al famélico pordiosero contra la pared con un certero golpe de su garrote de hueso.

El semigigante se detuvo a unos centímetros del balcón y levantó los ojos en dirección a los nobles.

—Buen golpe, ¿eh? —dijo con una risita ahogada, mostrando el ensangrentado garrote.

En ese momento, un relámpago plateado centelleó detrás del guarda y un trueno retumbó en la plaza. Agis volvió la mirada en dirección al lugar del que había surgido el ruido y vio cómo uno de los otros semigigantes se desplomaba sobre el pavimento, con un humeante agujero abierto en plena espalda.

El guarda situado frente a El Kank Rojo se volvió despacio y escudriñó la plaza.

—¿Qué sucede?

Un murmullo de alarma recorrió toda la plaza, y los hombres del rey dejaron de reunir esclavos para mirar a su camarada caído. De improviso unos dorados rayos de energía surgieron de los escaparates de las tiendas y de los callejones que partían de la plaza, y acertaron a templarios y semigigantes con desconcertante puntería. Varios enlutados burócratas cayeron; otros desaparecieron entre la multitud. Algunos de los semigigantes aguantaron los ataques sin caer, limitándose a rugir de dolor y a sujetarse las terribles quemaduras que señalaban los lugares en que los dorados rayos habían hecho blanco.

El guarda situado frente a El Kank Rojo permanecía de espalda a los nobles, paseando la mirada de un lado a otro de la plaza.

—¡Mira! —Jaseela señaló una figura que se encontraba de pie detrás del mostrador de una tienda cercana.

La figura llevaba una túnica azul con un velo blanco que le tapaba el rostro. Por debajo del velo sobresalía un pequeño tubo amarillo, dirigido directamente a un semigigante herido situado a mitad de camino del otro extremo de la plaza. Mientras los nobles observaban, un puñado de bolas centelleantes surgió del tubo, para estallar en una lluvia de refulgentes llamas nada más alcanzar al guarda herido. El semigigante cayó al suelo sin lanzar un grito.

El guarda que se encontraba ante el mesón alzó su garrote y empezó a avanzar en dirección a la figura, pero se detuvo cuando Jaseela gritó:

—¡Ahí hay otro!

La mujer indicó en dirección a un callejón cercano, donde una chisporroteante

llamarada surgía de los dedos extendidos de otra figura vestida de azul para ir a abrasar la cabeza de otro guarda.

—¡Hechiceros! —exclamó Agis—. ¡Tiene que tratarse de la Alianza del Velo!

Un templario situado no muy lejos de allí recogió tres piedras del suelo, y se dispuso a lanzarlas.

—¡En el nombre del poderoso Kalak, que estos proyectiles maten a los enemigos del rey! —entonó.

El templario arrojó las piedras al hechicero que atacaba con el torrente de fuego. En cuanto las soltó, las tres salieron despedidas por los aires como flechas y se estrellaron contra la frente del hechicero. Éste se desplomó, rociando las paredes del callejón con grandes gotas de resplandecientes llamas.

El semigigante situado frente al mesón dio un paso en dirección al hechicero que se había mostrado primero. En ese mismo instante, Jaseela sacó un estilete de acero de debajo de la capa.

—¿Qué haces? —preguntó Agis.

—Unirme a la lucha —contestó la mujer—. ¿Y tú?

Dicho esto, saltó sobre el parapeto y se arrojó contra la espalda del guarda. Nada más aterrizar, la aristócrata pasó el brazo libre por encima del hombro del semigigante hasta llegar al grueso cuello, y enterró el puñal en la blanda garganta del hombre.

El semigigante rugió de furia. Tras arrojar al suelo su garrote, intentó agarrar la cabeza de Jaseela con una gigantesca mano y el estilete con la otra.

Agis contempló el ataque de la mujer sin salir de su asombro. En solo unos instantes, Jaseela se había declarado abiertamente en rebeldía contra Kalak. Si alguien la identificaba más tarde como participante en la emboscada, cosa que parecía probable dado el número de personas presentes en la plaza, se confiscarían sus tierras y se daría orden de que la mataran nada más verla.

Jaseela esquivó la torpe mano del semigigante y se deslizó espalda abajo, sin soltar la daga. La hoja abrió una larga herida en la garganta del guarda, para luego quedar libre. La aristócrata cubrió de un salto la distancia que le quedaba hasta el suelo, el brazo empapado de oscura sangre.

El semigigante giró en redondo. Se llevó una mano a la enorme herida de la garganta, pero le fue imposible detener la hemorragia. Brillantes burbujas rojas se escaparon por entre sus dedos. Farfulló una amenaza ininteligible y levantó la otra mano para golpear.

Comprendiendo que incluso un semigigante herido podía aplastar a la mujer con un solo golpe, Agis aspiró con fuerza y se dispuso a ayudarla. Con un poco de suerte, podría utilizar el Sendero para salvar a Jaseela y nadie lo sabría jamás.

El noble concentró la mente en su nexa de energía, al tiempo que cerraba la mano

en un puño y volvía los nudillos en dirección al pecho del guarda. Mentalmente, imaginó una mística cuerda de energía fluyendo del nexo a su brazo, y transformó con la mente la energía obtenida hasta darle la forma de un puño enorme; luego echó el brazo atrás e hizo como si golpease al guarda, a la vez que lanzaba su ataque paranormal.

El invisible puño golpeó a su blanco justo en el centro del pecho. El semigigante se balanceó hacia atrás sobre sus enormes talones, pero no llegó a caer. En lugar de ello, frunció las poderosas cejas e, inclinándose sobre Jaseela, la golpeó con la palma de la mano. Un grito de sorpresa escapó de los labios de la aristócrata cuando el golpe la envió contra la pared del mesón. Se derrumbó en el suelo, y el semigigante se agachó para cogerla.

Agis se maldijo a sí mismo por actuar de forma vacilante y sutil cuando debiera haber sido osado. Había utilizado el Sendero no porque fuera el mejor método de salvar a Jaseela, sino porque temía involucrarse abiertamente en la revuelta. Jaseela no había mostrado tales vacilaciones. Había visto lo que era correcto y había actuado al instante.

Los dedos del semigigante se cerraban ya alrededor del cuerpo inerte de la mujer, cuando Agis desenvainó su daga y se subió al parapeto del balcón.

—¡Aquí arriba! —gritó.

El semigigante levantó la cabeza, la sangre manando todavía por entre los dedos que sujetaban su garganta, en el mismo instante en que Agis saltaba desde el balcón. El aristócrata cayó sobre el hombro del guarda y hundió el cuchillo en el ojo de su enemigo con todas sus fuerzas. La daga se hundió hasta la empuñadura. El semigigante lanzó un alarido y empezó a girar sobre sí mismo; Agis salió despedido y cayó al suelo junto a Jaseela. La enorme bestia se arrancó la daga del ojo y se alejó tambaleante, aturdida y llena de dolor, para derrumbarse finalmente, unos pasos más allá.

Agis se volvió hacia Jaseela. Los ojos de la aristócrata permanecían cerrados y su respiración era apenas perceptible. Le pasó la mano por la nuca y palpó un enorme bulto que empezaba a formarse allí donde había golpeado contra la pared. Estaba cubierta de sangre, pero no podía decir cuánta de ella era suya y cuánta del guarda muerto.

Agis introdujo la cabeza en la oscura entrada de El Kank Rojo.

—¡Caro! —gritó—. ¡Te necesito!

Aunque no tenía la menor duda de que los otros tres nobles estaban también dentro del mesón, no se molestó en llamarlos. Si se sentía disgustado consigo mismo por haber dejado que Jaseela atacara sola, más disgustado se sentía con ellos por haberla abandonado por completo a su suerte. Además, a él y a Caro les resultaría más fácil sacar a la mujer del mercado elfo si había más de un grupo de nobles que los

codiciosos elfos y los vengativos templarios pudieran seguir.

Cuando Agis se apartó de la puerta de El Kank Rojo para volver junto a la mujer, vio que los mercaderes elfos se habían lanzado contra los templarios. Sabía que los elfos estaban más interesados en robar las repletas bolsas de los burócratas que en enfrentarse a la opresión de Kalak, pero se alegró de la distracción. Cuanto más caótica se volviera la situación en la Plaza de las Sombras, menos posibilidades existirían de que los informadores de los templarios se fijaran en él y en Jaseela.

Agis tendió con cuidado a la aristócrata sobre los adoquines del suelo y, arrodillándose junto a ella, buscó señales de heridas. Por lo que pudo ver, toda la sangre parecía provenir del semigigante.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Caro, saliendo del mesón.

—No hay tiempo para explicarlo ahora —respondió Agis—. Te voy a necesitar para evitar que golpeen a Jaseela mientras salimos de aquí. ¿Te encuentras lo bastante bien como para repartir unos cuantos empujones y codazos?

—Haré todo lo que pueda —asintió el enano.

Sin más comentarios, Agis colocó las manos sobre el suelo junto a la mujer, y utilizó sus poderes paranormales para crear un lecho invisible de energía pura bajo ella. Empezó a sentir un hormigueo en dedos y manos, y el cuerpo de Jaseela se alzó del suelo. Colocó entonces una mano sobre el estómago de la aristócrata para mantenerla estable y utilizó la otra para cogerle la mano; luego empezó a avanzar en dirección al callejón por el que había penetrado en la plaza, confiando en tener fuerzas suficientes para mantenerla levitando hasta que abandonaran el mercado elfo.

Agis alzó los ojos del cuerpo inconsciente de Jaseela para estudiar el camino, y se halló frente a frente con un hombre alto vestido con una túnica azul, que llevaba un pañuelo blanco cubriéndole la mitad del rostro. Los ojos marrones que lo contemplaban por debajo de las blancas cejas parecían tan viejos como los de Caro, pero había una profundidad y una energía en ellos que Agis encontró a la vez alarmante e impresionante. En una mano, el hechicero sostenía la daga ensangrentada del aristócrata, y en la otra el bastón de puño de obsidiana que Agis reconoció como perteneciente al anciano que le había informado cómo llegar a la Plaza de las Sombras.

La figura ofreció la daga a Agis sin decir palabra.

—¿Tú? —exclamó el noble.

Haciendo caso omiso de la pregunta, el hechicero colocó la daga en la mano de Agis, y se volvió para alejarse. El senador lo sujetó por el hombro.

—Espera. Ahora formamos parte de esto. Queremos ayudar.

El hechicero apartó la mano de Agis con un golpe de bastón.

—No necesitamos vuestra ayuda.

Tras estas palabras, se alejó un paso del aristócrata y, ante los asombrados ojos de

Agis, el cuerpo del anciano se volvió traslúcido y se desvaneció de su vista.

6

Deuda de honor

Rikus se encontraba de pie sobre una plataforma que sobresalía de un acantilado de pizarra de color naranja. Una brisa fresca le acariciaba el rostro, y altos y finos bastoncillos de tallos de espino de color rubí le arañaban los desnudos hombros. A su espalda se extendía una enorme planicie de rojizo desierto, salpicado por delicados macizos de blancos matorrales de ramas quebradizas y verdes esferas de rodantes bolas de espinos. Ante él no había más que el vacío que llenaba una neblina inmóvil y grisácea que, desde la base del acantilado, se desplegaba hasta el horizonte.

El mul llevaba bastante tiempo intentando penetrar aquellas tinieblas grises —no podía precisar si eran minutos, horas o días—, esperando poder vislumbrar lo que se ocultaba al otro lado. Hasta ahora, el velo no se había desvanecido, y empezaba a pensar que contemplaba el mar de Silt.

Rikus no recordaba haber cruzado el desierto que se extendía tras él, y no tenía la menor idea de cómo había ido a parar a ese acantilado. Lo último que recordaba era haber visto a sus amigos correr en su ayuda mientras el gaj le abrasaba el cerebro. Temía que aquel fallo de su memoria se debiera a lesiones provocadas por el ataque de la criatura.

A la derecha del mul, la neblina gris empezó a agitarse, removiéndose hasta convertirse en un remolino oval del tamaño de una persona. Rikus retrocedió y alzó los puños en posición de ataque, dispuesto a defenderse. El remolino siguió girando sobre sí mismo.

—Entra —dijo una voz detrás de Rikus. Poseía un timbre suave y melodioso que no era ni masculino ni femenino.

El mul se dio la vuelta. Junto a él se encontraba una forma vagamente humana. La figura llevaba una chilaba gris con la capucha echada sobre la cabeza de modo que ni el rostro ni los ojos resultaran visibles. Tenía los brazos cruzados ante ella y las manos introducidas en las aberturas de las mangas.

—¿Quién eres? —preguntó el mul. El corazón le latía de improviso con fuerza,

lleno de confusión y temor, y no le gustaba aquella sensación.

—Nadie —fue la respuesta. La figura levantó un brazo y señaló en dirección al remolino; no había ninguna mano al final de la manga—. ¿Qué estás esperando?

—Nada —respondió Rikus, con los ojos fijos en la manga.

—En ese caso lo has encontrado.

Rikus dio un paso en dirección a la figura.

—¿Qué es lo que sucede aquí?

—Nada —fue la respuesta.

El mul arrugó el entrecejo y atisbo bajo las sombras de la capucha. Al no encontrar más que un negro vacío, extendió la mano y echó la capucha hacia atrás.

La figura carecía de cabeza. Incluso el cuello de la chilaba estaba tan vacío como las mangas y la capucha.

Sobresaltado, Rikus se dio cuenta de por qué no recordaba haber cruzado el desierto.

—¿Es eso? ¿Estoy muerto? —inquirió, agitando una mano ante la cortina de color gris—. ¿Es esto en lo que acaba toda una vida de dolor y esclavitud?

—Esto es en lo que acaba todo —repuso la figura; la suave voz surgía del espacio vacío situado sobre el cuello de la túnica. Con la vacía manga, hizo un gesto en dirección al remolino.

—No es suficiente —dijo Rikus, negando con la cabeza—. No para mí. —Y, volviéndose hacia la planicie desértica, empezó a andar.

La figura gris se desvaneció para volver a aparecer delante de él.

—No hay nada más —anunció, alzando las vacías mangas para impedirle el paso—. No puedes escapar.

—Puedo intentarlo —siseó el mul, extendiendo la mano para asir la túnica—. Además, ¿qué me lo va a impedir? —Hizo un ovillo con la vacía prenda y la arrojó por encima del hombro—. Nada.

Anduvo durante kilómetros primero, y cientos de kilómetros después. El terreno jamás cambiaba, excepto que la cortina de niebla gris situada a su espalda estaba cada vez más lejos. Ante él, una llanura interminable de pizarra naranja se perdía hasta la línea del horizonte, su triste monotonía era rota tan sólo por los blancos grupos de matorrales arbustivos, las manchas verdes de las bolas de espinosas, y los estériles tallos de los espinos de color rubí que se agitaban bajo la brisa.

Finalmente, las piernas de Rikus empezaron a dar síntomas de agotamiento. El mul se sentó para descansar; se le escapó un bostezo, y advirtió que no recordaba la última vez que había dormido. Se tumbó de espaldas, sin importarle los afilados bordes de los pedazos de pizarra que se le clavaban en los hombros y las costillas. No brillaba ningún sol en el firmamento amarillo, únicamente una neblina etérea de la que emanaba un fulgor ambarino. Rikus cerró los ojos.

Cuando despertó, ya no se encontraba en el desierto. Se hallaba en el centro de una habitación cuadrada. Sobre su cabeza pendía un artesonado hecho con costillas de mekillot, atadas unas con otras de modo que formaran una reja dividida en cuadrados. Más allá de la reja de huesos, las lunas gemelas, Ral y Guthay, brillaban a través de las escamas de una piel tensada que servía de cobertura al techo, inundando la habitación con una tenue luz amarillenta.

Las paredes y el suelo eran de piedra maciza, a excepción de una gran puerta de barrotes de hierro en una pared. Cuando se la abría, la puerta se alzaba verticalmente mediante una resistente cuerda de cabello de gigante y unas poleas situadas fuera de la celda.

—¿Qué hago aquí? —preguntó Rikus, sin dirigirse a nadie en particular.

Estaba tumbado sobre un montón de harapos sucios que le habían servido a modo de lecho. La celda apestaba a excrementos y a sudor, y por las rejas de la puerta se colaban los rugidos, chirridos y gritos de una docena de bestias diferentes.

Rikus se sentó sobre los andrajos y sacudió la cabeza, lo que envió oleadas de un dolor punzante a toda su cavidad craneana. Su espalda, brazos y piernas estaban entumecidos y doloridos, y el abdomen le ardía allí donde las dentadas mandíbulas del gaj habían atravesado la carne.

El mul lanzó un gemido, al tiempo que paseaba la mirada con atención por todo el recinto. En una esquina, Yarig y Anezka yacían enroscados el uno en el otro. Junto a Rikus, tendido sobre el suelo de piedra, se encontraba el fornido cuerpo de Neeva, cubierto únicamente por la pesada capa de la luchadora.

—Estoy vivo —dijo Rikus.

—Eso parece —respondió una sarcástica voz familiar—. Qué pena.

Rikus alzó los ojos en dirección a la reja. Boaz lo contemplaba desde el pasillo situado al otro lado. El semielfo llevaba una esclavina de seda azul y sostenía una garrafa abierta de vino de leche. Sus ojos estaban empañados, y parecía tener problemas para sostenerse derecho, como si fuera a caer hacia adelante en cualquier momento. De su cintura pendía un aro con llaves y un puñal de acero.

—¿No hay guardas? —preguntó Rikus. Mentalmente, el mul volvió a ver al entrenador de pie sobre la pared del foso de entrenamiento, interesado en saber cuál de los amigos del gladiador debía ser azotado como castigo a la falta de respeto del mul. El recuerdo llenó el corazón del luchador de amarga cólera—. Te estás volviendo muy descuidado, Boaz.

—Estoy totalmente a salvo con esto entre nosotros —contestó el semielfo, indicando con la mano la reja de hierro. Hablaba con dificultad, como si le costara articular las palabras—. Además, todos mis guardas han perdido el sentido. No hay nada que hacer en este aburrido recinto, así que beben en exceso.

—Si no hay nada que hacer aquí, ¿por qué no estáis todos en Tyr? —quiso saber

Rikus, acercándose a la reja.

Boaz se llevó la garrafa a los labios, y luego escupió el vino de leche al rostro de Rikus.

—Por culpa tuya..., tuya y de Sadira —repuso el entrenador, tomando la precaución de colocarse fuera de su alcance. A su espalda, algo se removió en la jaula situada frente a la de Rikus—. Me ocuparé de que te castiguen por la mañana.

—¿Por qué motivo? —inquirió Rikus, limpiándose la blanca espuma del rostro.

Incluso aunque hubiera podido coger a Boaz, dudaba que lo hubiera matado en ese momento. Hacerlo habría significado renunciar a la posibilidad de ganar la libertad, y no estaba dispuesto a hacerlo por un escupitajo de vino.

Boaz volvió a llevarse la garrafa a los labios. Rikus se apartó de la reja por si acaso, pero esta vez el único vino que abandonó la boca del semielfo fue el que le resbaló por la barbilla. Con una perorata casi incoherente, el entrenador contó a Rikus cómo Sadira lo había salvado del gaj por medio de la magia, y cómo luego había matado a dos guardas para huir del Agujero.

—Lord Tithian estaba tan furioso conmigo y mis hombres —terminó Boaz— que nos confinó a todos en los fosos.

—Mientes —dijo Rikus—. Sadira jamás...

—No miente —lo interrumpió Neeva; se acercó a Rikus y apoyó el cuerpo contra la puerta, envuelta en la misma capa que había utilizado como manta—. ¿Qué parte es la que no crees? ¿Que Sadira es una hechicera o que te ha abandonado?

—Que me salvara una pinche de cocina —respondió Rikus.

—No es una esclava vulgar —aseguró Neeva, dirigiendo al mul una sonrisa sarcástica—. Me sorprende que sea yo quien te lo tenga que decir.

Boaz lanzó un bufido ante el ataque de celos de la luchadora.

—¿Qué le ha sucedido? —quiso saber Rikus, haciendo caso omiso del entrenador—. ¿Dónde está ahora?

—¿Qué importa eso? —replicó Neeva, entrecerrando los ojos, de color esmeralda—. No estabas enamorado de ella, ¿verdad?

—Claro que no. —Rikus volvió la cabeza y vio que Yarig y Anezka también habían despertado. El enano y su pareja halfling intentaban no tomar parte en la conversación—. Tengo una deuda de honor con ella. Eso es todo.

—Ha habido otras esclavas y nunca me has mentado —dijo Neeva, golpeando a Rikus en el pecho con el pulgar—. ¿Por qué empezar ahora?

Rikus descubrió que no podía mirar a los ojos a su compañera de combate. Así pues, lanzó una significativa mirada a Boaz y preguntó:

—¿Hemos de hablar de esto aquí?

—Desde luego —repuso Boaz con una risita—. Lo mejor es ventilar estas cuestiones de inmediato. Los resentimientos ocultos han destrozado a más de una

pareja.

—¿Y bien? —interrogó Neeva—. ¿Es Sadira tan diferente de las otras?

Rikus se obligó a sostener la mirada de su compañera. La verdad es que el mul no sabía si lo que sentía por la muchacha era gratitud o algo más profundo, y la incertidumbre lo incomodaba.

—Sadira arriesgó su vida para salvar la mía. Imagino que eso la hace diferente.

Neeva se volvió, con los ojos llenos de lágrimas. Rikus la sujetó por los hombros.

—Mis sentimientos por Sadira, sean los que sean —dijo—, no tienen nada que ver con nosotros. Sólo necesito saber qué le ha sucedido.

Neeva se desasíó de sus manos y fue a refugiarse en un oscuro rincón de la jaula.

—Ojalá pudiera ayudaros, pareja de enamorados —se mofó Boaz—. Por desgracia, nadie sabe qué le ha sucedido. Lo que imagino es que cualquier día la encontraré en el mercado elfo. En un burdel, sin duda.

Rikus proyectó el brazo por entre los barrotes de hierro, en un intento de agarrar al semielfo. Boaz contempló cómo los dedos del gladiador se cerraban a pocos centímetros de su objetivo.

—Anezka pagará muy caro por esto —aseguró con una risita.

Apenas había acabado de hablar el entrenador cuando Rikus recibió en plena espalda el impacto de una vasija de barro. Miró por encima del hombro y vio cómo Yarig sujetaba a la halfling, que en aquellos instantes intentaba coger un recipiente de madera para arrojarlo también. El enano se encogió de hombros, pero no se disculpó por el comportamiento de su compañera.

Rikus sacudió la cabeza y volvió a mirar a Boaz. Antes de que pudiera decir nada, escuchó una voz muy tenue dentro del cráneo.

Miente.

—¿Qué? —inquirió Rikus, llevándose las manos a los oídos. Se volvió hacia Neeva—. ¿Has oído eso?

Como ella no le hizo caso, Yarig preguntó:

—¿Una voz dentro de tu cabeza? —El enano aún mantenía a Anezka bien sujeta.

Rikus asintió.

—No, no la he oído ahora —respondió Yarig con guasa—. Pero lo he hecho estos últimos días.

Rikus arrugó la pelada frente.

—Si...

Boaz se echó a reír al observar la confusión del mul.

—Es el gaj, payaso. Te hablaba a ti.

—¿Me hablaba a mí? —exclamó Rikus, entre disgustado y asustado. Los punzantes tentáculos del gaj y la forma en que le habían abrasado la mente estaban frescos en su memoria.

Sí. Estoy aprendiendo a hablar bien, declaró el gaj.

Boaz miró en dirección a la jaula situada frente a la de Rikus. La bestia de su interior se había colocado frente a la reja, y las puntas de sus pinzas sobresalían por entre las barras de hierro. Rikus apenas pudo distinguir la bulbosa cabeza blanca del gaj en el interior del lóbrego corral.

—Hemos aprendido muchas cosas sobre el gaj durante los últimos dos días, ¿no es así? —comentó Boaz—. No come cuerpos, come mentes. —Dio un paso en dirección al corral.

La criatura retrocedió fundiéndose con las sombras.

Boaz conoce a un elfo llamado Radurak, dijo el gaj en la mente de Rikus. *Radurak tiene a tu mujer.*

Rikus se volvió hacia Yarig.

—¿Oíste eso?

El enano hizo un gesto negativo.

—Sólo habla con una persona a la vez —explicó.

Boaz dirá a Tithian dónde encontrarla.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Rikus.

Está en sus pensamientos, repuso el gaj.

En el pasillo, Boaz tomó una piedra suelta del suelo y la arrojó a la jaula del gaj.

—¿Cómo es que ya no me hablas a mí?

Rikus estaba aturdido. ¿Debía creer al gaj, o era esto algún truco por parte de Boaz para conseguir que revelara lo que sabía de Sadira? Rikus había oído hablar del Sendero, claro está, y sabía que podía utilizarse para la comunicación telepática. Lo que le costaba aceptar era que una chinche demasiado desarrollada como el gaj pudiera poseer la inteligencia suficiente para utilizarlo. No obstante, no tenía más alternativa que creer lo que oía dentro de su cabeza.

Boaz apuró los restos del vino de leche, y luego arrojó la garrafa contra el gaj.

—¡Bestia estúpida! —Empezó a dirigirse a la salida del cobertizo de los animales con paso tambaleante.

—Dime, Boaz, ¿crees que hablar a Tithian sobre Radurak conseguirá que el sumo templario te perdone? —gritó Rikus.

Boaz se detuvo en seco.

—¿Dónde has oído el nombre de Radurak?

Cualquier duda sobre lo que le había dicho el gaj desapareció de la mente de Rikus.

—No creo que te ayude —continuó el mul, pasando por alto la pregunta del entrenador—. Lord Tithian te seguirá culpando por no haberte dado cuenta de los poderes de Sadira, y también por dejarla escapar.

Rikus oyó moverse a Neeva en el oscuro rincón al cual se había retirado. Le dirigió

una rápida mirada y vio que, aunque seguía mirándolo con resentimiento, había dejado que la capa le cayera de los hombros y lo observaba con atención. El mul lanzó un suspiro de alivio. No sabía qué iba a suceder, pero lo alegraba ver que ella lo apoyaría.

Boaz regresó y se detuvo frente a la celda de Rikus, poniendo buen cuidado en mantenerse fuera de su alcance.

—Será mejor que desees que levanten mi confinamiento —declaró el entrenador.

Aunque apestaba a leche fermentada, el semielfo parecía de improviso casi sobrio, y Rikus temió que le resultaría difícil atraerlo lo bastante cerca de la reja para poder atacar.

—La vida empieza a volverse aburrida en esta hacienda —continuó Boaz—. Cuando me aburro, me vuelvo irritable. Las cosas podrían volverse muy desagradables para ti y tus amigos si Tithian no se siente indulgente.

—Quizá debería hablar en tu favor ante el sumo templario —ofreció Rikus, sarcástico.

Detrás de Boaz, el gaj avanzó también, empujando las pinzas por entre los barrotes de su jaula en un esfuerzo por enganchar al entrenador. Las mandíbulas eran demasiado cortas para alcanzar al semielfo, pero a Rikus le dio la idea de que a lo mejor podría matar a Boaz y salvar a Sadira sin sacrificar su sueño de libertad.

El entrenador respondió a la oferta de ayuda del mul con una mueca de desprecio.

—Dudo que te deje vivir lo suficiente para poder hablar con lord Tithian.

Gaj, si quieres a Boaz, esto es lo que hay que hacer, transmitió mentalmente Rikus, con la esperanza de que el animal pudiera escuchar sus pensamientos de la misma manera que había escuchado los de Boaz. El mul le expuso un sencillo plan.

Tiene que estar vivo, fue la respuesta que recibió. *Si muere antes de que mis antenas toquen su cabeza, su mente ya no me servirá de nada.*

Sí, accedió Rikus.

—Cuando sea libre —le dijo a Boaz, aferrando con fuerza los barrotes de la puerta de su celda—, lo primero que haré será buscarte en una calle oscura...

El mul no tuvo tiempo de finalizar la amenaza; detrás del entrenador, el gaj escogió ese momento para lanzarse contra los barrotes de su jaula. Al chocar contra los barrotes de hierro, el caparazón de la bestia produjo un tremendo estrépito que resonó por todo el cobertizo de los animales, lo que desencadenó un inmediato coro de asustados chillidos y rugidos procedentes de las otras jaulas.

Tal y como Rikus esperaba, el sobresaltado entrenador saltó fuera del alcance del gaj, para ir a caer en los abiertos brazos del mul. Rikus agarró a Boaz por el cuello de la túnica y arrastró al semielfo en dirección a la reja. El asombrado entrenador hizo intención de gritar pidiendo ayuda, pero Rikus le aplastó una de sus enormes manos contra la boca.

—¡Rikus! —exclamó Neeva—. ¿Qué haces?

—Devolver a Sadira el favor de salvarme la vida —respondió el mul—. Coge sus llaves y abre la puerta.

¡*No lo mates!*, instó el gaj, retrocediendo en su jaula.

—Lo tendrás vivo... más o menos —contestó Rikus, apretando la boca de Boaz con todas sus fuerzas. Percibió una serie de satisfactorios crujidos a medida que los dientes delanteros del semielfo se rompían a la altura de las raíces.

Boaz gimió de dolor, al tiempo que intentaba coger el puñal que pendía de su cinturón. Rikus sujetó la muñeca del entrenador con la mano libre.

—Movimiento equivocado —anunció, haciendo pasar el brazo culpable por entre los barrotes. Apretó el antebrazo contra una de las barras hasta que escuchó un fuerte crujido; un lamento ahogado escapó de los labios amordazados de Boaz.

—Harás que nos maten —sentenció Neeva, colocándose junto a Rikus y sacando el llavero del cinturón de Boaz.

—No, si mi plan funciona —replicó Rikus, dedicando a su compañera de combate un guiño confidencial—. Pensarán que lo ha hecho el gaj.

—Será mejor que así sea —declaró Neeva, acercándose a la cerradura de la puerta e insertando diferentes llaves en ella en busca de la correcta.

Rikus miró al enano, que seguía sujetando a Anezka, aunque ya no parecía que hubiera que sujetarla.

—Yarig, será mejor que levantes la puerta para que Neeva se deslice por debajo.

—No me gusta —refunfuñó el enano—. No deberías haber hecho algo así sin preguntarnos antes.

Boaz intentó desasirse, y Rikus lo aplastó de nuevo contra la puerta sin desviar los ojos de Yarig.

—¿No te parece que preguntar habría estropeado la sorpresa?

—Eso no importa —repuso Yarig, tozudo—. Esto nos afecta a todos. No me importa si tú eres el campeón. No puedes tomar decisiones como ésta tú solo.

Rikus hizo girar los ojos y soltó la muñeca rota de Boaz.

—Tienes razón —concedió el mul—. Lo dejaré ir.

Anezka negó frenéticamente con la cabeza.

Neeva hizo girar una llave en la cerradura de la puerta y un sonoro chasquido resonó en la celda.

—Decide de una vez, Yarig —dijo la mujer.

—Empujaremos a Boaz hasta el gaj, nos volveremos a encerrar, y arrojaremos las llaves frente al corral de la bestia —explicó Rikus, aplastando otra vez al semielfo contra la puerta..., esta vez sólo porque le apetecía hacerlo—. Todo el mundo pensará que estaba borracho, que deambulaba por aquí, y se acercó demasiado a la jaula.

Yarig soltó a la halfling y levantó la reja despacio. Cuando consiguió alzarla lo

suficiente para que Neeva pudiera arrastrarse por debajo, ésta pasó al pasillo y sujetó a Boaz desde fuera mientras Rikus abandonaba la jaula.

El largo pasillo estaba flanqueado a ambos lados por puertas de metal semejantes a aquella bajo la cual acababa de arrastrarse el mul. En algunas de ellas podía ver zarpas o tentáculos o manos vagamente humanoides que sobresalían de entre las rejas, pero aparte de esto cada jaula resultaba idéntica a las demás.

Mientras Rikus salía al pasillo, Neeva empujó a Boaz hacia una jaula situada a poca distancia. Un potente olor acre salía de ella.

—Rikus, a lo mejor podríamos arrojar a Boaz a un raakle en lugar de al gaj — sugirió la mujer.

¡No, Rikus!, gimió el gaj. ¡Lo prometiste!

El entrenador se echó hacia atrás, y sus ojos se vidriaron de espanto. Rikus no lo culpó por sentir miedo. Los raakles eran aves de brillantes colores del tamaño de un semigigante, pero sus bocas eran unos cortos picos tubulares no más anchos que el dedo de un hombre. Para digerir a sus presas, estas criaturas las sujetaban primero con sus poderosas garras de tres dedos, para luego escupir sobre ellas una especie de ácido pegajoso. Este líquido convertía tanto huesos como carne en un limo pulposo que el pájaro chupaba mediante su pequeña boca.

Aunque le habría gustado escuchar los gritos de Boaz al padecer la terrible agonía de ser digerido vivo, Rikus sacudió la cabeza negativamente.

—Di mi palabra —explicó—. Además, ser comido por un raakle no puede compararse al dolor que el gaj provocará al cerebro de Boaz.

—Si tú lo dices... —Neeva empujó a su prisionero hacia la jaula del gaj.

Rikus posó una mano sobre el hombro de su compañera y meneó la cabeza.

—Yo lo llevaré —anunció. Sustituyó con su mano la que Neeva había utilizado para mantener cerrada la sangrante boca de Boaz—. Quiero el placer de entregarlo al gaj yo mismo.

El gaj proyectó las mandíbulas hacia el pasillo tanto como pudo, mientras Rikus se acercaba a la jaula.

Boaz farfulló algo al mul. Aunque el entrenador hacía todo lo posible por parecer amenazador y seguro de sí mismo, el terror y el pánico le ablandaban las afiladas facciones.

El gladiador apartó la mano que cubría la boca del semielfo lo justo para poder oír lo que éste tenía que decir.

—No os saldréis con la vuestra —siseó Boaz—. Tithian averiguará lo sucedido, y Neeva será quien pagará por ello.

—Tú eres el único que va a pagar —lo interrumpió Rikus, aplastando un puño contra la caja torácica del semielfo. Boaz lanzó un grito y empezó a respirar con dificultad.

¡Por favor, Rikus!, suplicó el gaj. Entrégamelo ahora.

Boaz intentó pedir ayuda, pero, con las costillas y los dientes rotos, sólo brotaban murmullos incoherentes de sus labios. Rikus sonrió y empujó al semielfo al otro lado del pasillo. Las dentadas mandíbulas del gaj se cerraron sobre el abdomen del entrenador, y un par de antenas en forma de látigo surgieron de la jaula para enrollarse alrededor de la frente de su víctima.

A pesar de sus heridas, Boaz encontró las energías suficientes para gritar.

7

La subasta

En cuanto Agis penetró en el improvisado corral de esclavos, sus ojos fueron a posarse en un hombre de blancos cabellos que se encontraba en medio del grupo de nobles allí reunidos. Aunque el anciano era tan sólo unos centímetros más alto que los que lo rodeaban, destacaba en medio de la vociferante muchedumbre en virtud de su silencioso comportamiento. Una esclavina de color marfil le cubría los hombros, y en la mano sujetaba un bastón con un puño de obsidiana que despejó cualquier duda que pudiera tener Agis sobre su identidad: se trataba del hechicero que le había devuelto la daga en la Plaza de las Sombras.

—¿Qué hace en una subasta de esclavos? —murmuró Agis.

—Comprar esclavos, sospecho —respondió Caro, sarcástico—. ¿No es eso lo que se hace en estos inicuos asuntos?

—Fuiste tú quien pidió venir, Caro. Si no piensas comportarte, quizá debería enviarte a casa —replicó Agis.

Agis y Caro se encontraban, junto con otros cincuenta nobles y el hechicero, bajo la sombra del puente del Elfo, una antigua construcción que atravesaba el polvoriento lecho del río Olvidado. Según la leyenda, el fastuoso puente había cruzado en una ocasión un ancho estuario de aguas perezosas y brillantes. Ahora, la construcción no era más que una reliquia inútil, pues todo lo que quedaba debajo era la corta curva de un barranco reseco cerrado a ambos lados por montañas de escombros. Las únicas señales de agua en el lecho del río eran blancas costras de cal y lodo de dos décadas de antigüedad que todavía eran visibles en las bases de los pilares, restos de la última vez que había llovido en Tyr.

En esos momentos, una emprendedora tribu de elfos utilizaba la zona de debajo del puente como corral de esclavos. Habían formado una pequeña plaza por el sencillo método de alzar cuatro paredes de sucio cáñamo e invitado a un selecto grupo de nobles a asistir a una subasta ilegal. A juzgar por las abultadas bolsas que colgaban hoy de los cinturones de los nobles, los elfos cerrarían buenos tratos en esta

ocasión.

Agis volvió su atención al anciano.

—Ven, Caro —indicó, empezando a cruzar la plaza—. Vayamos a hablar con nuestro amigo.

En los días que siguieron a la revuelta de la plaza, no había habido la menor indicación de que los templarios supieran de la participación de Agis en el asunto. Tampoco habían interrogado a Jaseela. Agis podría haber desterrado el recuerdo de su implicación en todo el asunto, pero no quería hacerlo. Al matar al semigigante, había cruzado una línea intangible. Ahora, para bien o para mal, era un rebelde.

Seguido de cerca por su anciano criado, el noble se abrió paso por entre la muchedumbre. Varios conocidos lo invitaron a detenerse y chismorrear un poco, pero se arriesgó a parecer maleducado devolviéndoles respuestas concisas y siguiendo su camino.

Cuando consiguió llegar junto al hechicero, una pareja de elfos de más de dos metros de altura se encontraban ya en el interior de la improvisada plaza. Con suma educación, los dos recién llegados despejaron un espacio en el que pudieran exhibir a los esclavos.

—Volvemos a encontrarnos —saludó Agis, sonriendo al hechicero.

El anciano le dedicó una mirada sin expresión.

—¿Te conozco?

Aunque Agis estaba seguro de que el hombre lo reconocía, decidió seguir su juego.

—Hace algunos días tuvisteis la amabilidad de indicarme la forma de llegar a El Kank Rojo.

El rostro del anciano mantuvo su expresión agria y desinteresada, pero respondió:

—Veo que sobreviviste a tu pequeña expedición.

—Sí, gracias —repuso el noble, tendiéndole la mano—. Me llamo Agis de Asticles.

El hechicero hizo caso omiso de la presentación y volvió la cabeza.

—No me des motivos para lamentar lo que hice por ti.

—Me sorprende veros aquí —observó Agis con tranquilidad, pasando por alto la afrenta.

—Los nobles no son los únicos que necesitan esclavos —comentó el anciano.

—No creía que la Alianza del Velo tolerase la esclavitud.

—Me has confundido con alguna otra persona —dijo el hechicero enarcando una ceja y, sin esperar respuesta, se introdujo entre la gente y se alejó de Agis.

Por un momento, el noble consideró la posibilidad de seguir al anciano para abordar el tema de una coalición entre él y la Alianza del Velo. Por desgracia, sospechaba que insistir en aquella cuestión en un lugar público haría que el hechicero se sintiera menos inclinado aún a escuchar. El noble se dijo que, si el anciano asistía a

una subasta de esclavos, debía de ser por una buena razón. Por lo tanto, si observaba con atención, quizás averiguaría algo que le permitiera acercarse a la Alianza del Velo, y en mejores circunstancias.

Un elfo de piel blanquecina y cabellos negros penetró en la plaza. En lugar de la típica chilaba del desierto que prefería la mayoría de elfos, éste vestía una elegante esclavina de lana cardada. El elfo levantó las manos para hacer callar a los presentes.

—Caballeros y damas, bienvenidos. Soy vuestro anfitrión, Radurak, y es un gran placer para mí presentaros una colección de esclavos traídos desde la lejana Balic...

—Tu tribu no ha salido de Tyr en seis meses —gritó un noble.

Radurak inclinó su sombrero ante el noble.

—Los incursores de Guthay tienen muchos guerreros —respondió con una sonrisa maliciosa—. Unos cuantos de nosotros hemos estado en Balic más recientemente de lo que pensáis.

Varios nobles mostraron su claro escepticismo ante esta declaración. Aunque fuera verdad lo afirmado por Radurak, habría resultado muy difícil mover a un número considerable de esclavos a través de tal distancia con tan sólo unos cuantos guerreros. Lo que parecía más probable era que los elfos hubieran robado los esclavos a tratantes legítimos. De no haber sido por la presencia del anciano y su propia desesperada necesidad de esclavos, Agis se habría marchado en aquel mismo instante. No le gustaba tener tratos con ladrones.

—Doy por sentado que toda la mercancía que ofreces procede de un depósito legal de esclavos —gritó otro noble.

—Desde luego —respondió Radurak—. Por desgracia los sellos de propiedad fueron robados por bandoleros, a menos de un kilómetro de Tyr. Tenéis mi palabra de que cada uno de los excelentes ejemplares que vendo es propiedad de mi tribu.

La afirmación provocó un estallido de carcajadas por parte de los escépticos aristócratas. Por fin, una voz se hizo oír por encima de las risas.

—¡Empecemos de una vez! Quisiera tener a mis esclavos bien guardados en mi mansión antes de que anochezca.

Agis miró en dirección al que hablaba y descubrió que se trataba de Dyan. Decidió no saludar al corpulento noble, pues ya no sentía ninguna afinidad con los cobardes que los habían abandonado a él y a Jaseela en la plaza.

—Sea como pides —dijo Radurak con una profunda inclinación.

Durante el resto del día, Radurak y sus elfos presentaron una variopinta colección de pordioseros, borrachos y cretinos que habían reunido para la subasta. Pasada la primera hora, Agis ya no tenía dudas de que todo aquel grupo había salido de las callejuelas del mercado elfo. En un momento de la subasta, el anciano hechicero alzó una mano para secarse el sudor de la frente, y Agis vislumbró una gruesa bolsa que colgaba del cinturón bajo el blanco capote. Desde luego, el hombre había acudido a

comprar algo, aunque Agis no se imaginaba qué.

A medida que transcurría la tarde, los nobles empezaron a refunfuñar sobre la calidad de la mercancía y a quejarse con amargura de que la mitad de los esclavos morirían aun antes de llegar a las haciendas. Radurak aceptó las protestas con tranquilidad y siguió sonriendo, y con razón. Se estaba pagando por los esclavos diez veces más de lo que valían. Algunos nobles desesperados pujaban incluso por hombres tan débiles que tenían que ayudarlos a entrar en el cercado.

Por fin, cuando empezó a oscurecer y la plaza se llenó de oscuras sombras, los elfos dejaron de traer más esclavos al interior del improvisado patio.

—Me temo que habéis agotado mis existencias —anunció Radurak.

Un murmullo de desilusión recorrió el recinto. A pesar de lo malos que eran los esclavos del elfo, eran lo único que había podido conseguirse en Tyr desde que Tithian había iniciado las confiscaciones.

El pálido elfo les dedicó una cálida sonrisa, y alzó las manos.

—Como una forma de daros las gracias por vuestro mecenazgo, os tengo un regalo especial.

Radurak dio dos palmadas. Al momento, una pareja de elfos escoltó a una esbelta mujer semielfa al centro del patio. En consideración a sus clientes humanos, los elfos sostenían un par de antorchas que arrojaban una seductora luz amarilla sobre la esclava. Agis pudo apreciar que era tan hermosa como cualquier aristócrata, con una figura esbelta y facciones elegantes. La larga cabellera ambarina le caía sobre los hombros en sedosas ondas, y sus pálidos ojos azules eran tan transparentes como la más delicada de las piedras preciosas. Si Agis hubiera sido del tipo de hombre que toma concubinas, ésta era la mujer que habría querido tener.

Radurak había vestido a Sadira con una túnica de gasa que dejaba entrever lo suficiente de sus encantos como para que cualquier hombre quisiera ver más, pero ella se movía con una torpeza deliberada que esperaba la haría parecer incapaz y estúpida. No la ilusionaba en absoluto ser vendida en la nefanda subasta de Radurak, y estaba decidida a hacer todo lo posible para conseguir que pagaran por ella un precio muy bajo.

Había sido Radurak quien le había ofrecido refugio a Sadira en su huida de los hombres del rey tres noches atrás. En cuanto la semielfa traspuso la puerta desde la que el elfo la había llamado, éste vació un frasco de líquido ponzoñoso en el umbral, que llenó el aire de unos vapores insoportables. Se habían alejado de la puerta justo antes de que los cilops llegaran a ella, pero Sadira pudo oír cómo los animales lanzaban terribles chillidos de dolor. Al cabo de unos instantes, toda la plaza se llenó de gritos de miedo cuando las bestias empezaron a correr como locas por todas partes, atacando todo lo que encontraban.

Radurak aprovechó la confusión para conducir a Sadira a través de un laberinto

de salas y habitaciones, hasta salir por fin a una callejuela situada al otro lado del edificio. Nada más salir la hechicera por la puerta, varios de los miembros de la tribu del elfo se apoderaron de ella, y la ataron y amordazaron. Poco después, Radurak descubrió la existencia de su libro de conjuros y se lo quitó, amenazando con destruirlo si la muchacha le causaba problemas. También ofreció devolvérselo si no intentaba escapar antes de ser vendida. Sadira aceptó estas condiciones de mala gana, pues los conjuros eran demasiado valiosos para perderlos, aunque tenía sus dudas sobre si el elfo mantendría o no su palabra. Si no era así, ya se le ocurriría a ella una forma de hacérselo pagar.

—Yo, personalmente, compré a esta esbelta belleza en los mercados de esclavos de Gulg —mintió Radurak—, donde se decía que es la hija de un caudillo de la gran tribu sari...

—Señor, me habéis confundido con alguna otra —interrumpió Sadira, sonriendo con dulzura y mirando al repulsivo elfo con un coqueto parpadeo—. Jamás he salido del valle de Tyr.

Su interrupción provocó un torrente de carcajadas entre los nobles reunidos allí, pero Radurak no lo encontró divertido. Se acercó a ella y, abofeteándola con el dorso de la mano, siseó:

—Acuérdate de tu libro, muchacha.

Antes de que Sadira pudiera responder, la voz de Ktandeo preguntó:

—¿Cuánto?

—Cincuenta en oro —respondió Radurak.

Era costumbre entre los elfos celebrar las subastas marcando un precio y vendiendo al primero que lo pagara, o, si eso no sucedía, a quien más se acercara.

—Los pago —replicó Ktandeo.

Sadira lanzó un suspiro de alivio. Sin duda Ktandeo la había visto aceptar la ayuda del elfo, de modo que no la sorprendía que el anciano la hubiera localizado. Tampoco la sorprendía que acudiera en su ayuda, pues, como él mismo había dicho, sería desastroso si caía en manos de los templarios. La hechicera se asombró, no obstante, al verlo aceptar el precio del elfo, pues siempre le había parecido una persona más astuta que eso.

Radurak sonrió al anciano.

—Sois un caballero que aprecia la calidad, señor.

Un murmullo de estupor recorrió a los allí reunidos, ya que el precio era cinco veces mayor que lo que se había pagado por cualquier esclavo aquel día. En esos momentos era ya demasiado oscuro para que Agis pudiera ver la expresión del hechicero, pero no tenía la menor duda de que la joven esclava era el motivo de la presencia allí del hombre.

—Pagaré cincuenta y cinco en oro —anunció Agis, rompiendo el protocolo

establecido para las pujas. La excitación se apoderó de la multitud.

—Habéis caído muy bajo, amo —siseó Caro.

—No la quiero para mí —explicó Agis, indicando al enano que permaneciera en silencio.

—Sesenta en oro —dijo el anciano, con voz firme.

Radurak paseó la mirada de uno a otro hombre; luego se encogió de hombros y sonrió.

—Parece que he subestimado el valor de mi mercancía. Mi tribu está abierta a cualquier oferta.

Agis hizo intención de volver a hablar, pero entonces cambió de idea de improviso. De repente, pujar contra el anciano parecía algo estúpido. Empezó a pensar que ya poseía cientos de esclavos y que ésta no era en realidad tan especial como parecía. También le pasó por la mente la idea de que Radurak había esperado hasta el anochecer para ocultar algún defecto que resultaría muy visible al día siguiente por la mañana.

—¿Quiere volver a pujar el caballero de la derecha? —inquirió Radurak—. Esta muchacha es una auténtica belleza. Estoy seguro de que no lo lamentaréis.

Las palabras del elfo devolvieron a Agis a la realidad, y se dio cuenta de que los pensamientos que le habían pasado por la mente no eran suyos en realidad; una influencia externa los había colocado allí. Gracias a su formación dentro de las técnicas del Sendero supo que la influencia no podía ser de naturaleza paranormal. Habría percibido cómo entraba en su mente, de ser así.

No sin cierto sobresalto, Agis comprendió que el anciano lo había hechizado. Iba a quejarse, pero se dio cuenta de que en una subasta celebrada en un sitio como ése por una tribu de elfos, su protesta parecería absurdamente cándida y cómica. Así pues, dijo:

—Sesenta y cinco en oro.

Agis se volvió a Caro para musitarle:

—Mantén la puja. Haz lo que sea, pero no dejes escapar a la semielfa.

—Pero si es sólo...

—¡Hazlo! —ordenó Agis—. Ya comprenderás el motivo más tarde.

El noble cerró los ojos y visualizó una sólida pared de árboles de pharo surgiendo del suelo para rodear su intelecto, con sus ramas cubiertas de espinos tan densamente entrelazadas que era imposible que nada, ni aun del diminuto tamaño de un gusano-aguja, pudiera arrastrarse por entre el seto sin quedar hecho trizas. Esta barrera viviente siguió creciendo y se arqueó por encima de su mente como un emparrado, protegiéndolo tanto de ataques que llegaran por arriba como por los lados. Mentalmente imaginó las raíces de los árboles penetrando en lo más profundo de su ser, absorbiendo su nexo de energía en busca de la fuerza que convertiría en

resistentes sus defensas. La barrera no era impenetrable —nada lo era para un maestro del Sendero—, pero Agis sabía que al hechicero le costaría conseguir introducir cualquier otro hechizo a través de ella.

Una vez que tuvo la mente bien defendida, Agis se dispuso a atacar la de su oponente. Por lo general, no se habría rebajado a utilizar el Sendero para ganar una subasta, pero, si el anciano recurría a la magia, Agis no veía nada deshonroso en utilizar sus habilidades.

El senador abrió los ojos y miró al otro lado del patio. Aunque estaba muy oscuro para ver el rostro del hechicero, Agis se representó mentalmente los astutos ojos castaños del anciano. Cerrando su mente a cualquier otra cosa que no fueran esos ojos, reunió la energía paranormal suficiente para crear un mensajero psíquico, en este caso una lechuza. Dio a la lechuza plumas del mismo color que los ojos del hechicero y la envió volando silenciosamente hacia su oponente. Cuando el ave llegó a su objetivo, las marrones plumas desaparecieron en los dos iris de los ojos del anciano, para luego deslizarse al interior de lo que se encontraba más allá de ellos.

Agis, que había enviado un fragmento de su intelecto junto con la lechuza, se sintió anonadado al penetrar en la mente del hechicero. La actitud brusca y la constante expresión huraña del viejo habían hecho pensar al aristócrata que encontraría un lugar turbulento y áspero, tan violento como el mismo desierto athasiano, con ardientes fogonazos de cólera y fríos relámpagos de desprecio moviéndose en todas direcciones. En lugar de ello, se encontró con lo que más bien parecía un oasis feliz en una noche en calma, una charca llena de aguas azules rodeada por un bosquecillo de árboles robustos capaces de resistir cualquier viento. Agis quedó tan sorprendido que vaciló antes de hacer descender a su lechuza para reclamar el control del lugar.

En ese momento, el anciano advirtió que invadían su cerebro, y, de improviso, un millar de alcaudones blancos surgieron de los árboles y volaron en dirección a la lechuza de Agis. Cada una de las pequeñas aves lanzó un agudo y ensordecedor chillido de advertencia. El noble plegó las alas de su rapaz y descendió en picado en dirección a la charca, pero los alcaudones atacaron, desgarrando las plumas de la cola del ave y picoteándole los ojos.

Agis se disponía a cambiar su sonda por algo menos sutil pero más poderoso, cuando los alcaudones acabaron finalmente con la lechuza. El aristócrata tuvo una fugaz visión de un pico y un puñado de plumas cayendo sobre la charca del oasis, y luego se encontró de nuevo mirando a su oponente desde el otro extremo del oscuro patio.

El noble tardó unos segundos en recuperar el aliento, pues la batalla y la pérdida de la lechuza le habían costado una cantidad considerable de energía. No obstante, aunque dudaba poder volver a penetrar en la mente del hechicero, le quedaba aún

mucha energía y existían tantas formas de utilizar el Sendero como hombres andaban sobre la superficie de Athas. Encontraría otra forma de atacar y lo intentaría otra vez.

—¿Cómo está la puja, Caro? —preguntó.

—Setenta y uno en oro.

Desde el otro extremo del recinto, la voz del anciano gritó con fuerza:

—¡Setenta y cinco!

—Ochenta —respondió Agis sin reflexionar.

Un murmullo recorrió el patio. Se podían conseguir gladiadores mul por ochenta piezas de oro.

No llegó ninguna respuesta desde el otro lado. La joven esclava contempló a Agis con sus transparentes ojos, y enseguida los volvió en dirección al anciano.

—¿Habéis terminado de pujar? —preguntó Radurak, dirigiendo su mirada al anciano.

—Retiro mi oferta.

Ante la sorpresa de Agis, la voz había surgido de un lugar muy próximo a él. ¿Había hablado Caro? Agis bajó los ojos y vio un par de labios que se habían formado sobre el polvo a sus pies. No se veía ni nariz, ni barbilla, ni ningún tipo de rostro: sólo una boca.

Mientras el noble los contemplaba, los labios se abrieron y dijeron:

—Retiro mi oferta.

El rostro de Radurak expresó una tremenda desilusión al mirar a Agis.

—¿He oído bien?

El senador colocó una bota sobre la boca del suelo y negó con la cabeza. La boca intentó volver a hablar, pero todo lo que consiguió salir de ella fue un ahogado murmullo incoherente. Cuando estuvo seguro de que los labios mágicos del hechicero no lo interrumpirían de nuevo, Agis anunció:

—He querido decir ochenta y cinco en oro.

—Una maniobra atrevida —dijo Radurak con una sonrisa de alivio, volviéndose en dirección al anciano—. ¿Podéis mejorar su oferta?

Esta vez, el noble estaba listo para pagar al hechicero con la misma moneda. Utilizó el Sendero para crear un túnel invisible que terminara exactamente en la boca de su adversario. Cuando el anciano habló, Agis formó en silencio las palabras que quería que salieran de los labios de éste.

—No tengo tanto.

La voz era la del viejo, pero las palabras eran de Agis. El noble se sintió orgulloso de la forma en que la voz se quebró llena de desilusión.

—Qué mala suerte —gorjeó Radurak, compasivo, antes de hacer una señal a Agis para que se adelantara.

El anciano fue a protestar, pero una vez más Agis plantó sus propias palabras en la

boca del hechicero.

—Quizá me fiaríais el resto...

Esto provocó grandes carcajadas en todos los reunidos bajo el puente. El hechicero dirigió una mirada amenazadora a Agis, pero el noble hizo caso omiso de él y avanzó, desatando la bolsa que pendía de su cinturón. Sus dedos temblaban de agotamiento mientras deshacía el nudo; el enfrentamiento con el hechicero estaba afectando a sus fuerzas.

La esclava lo miró con una expresión de desprecio en el rostro. Murmuró algo por lo bajo e hizo un gesto a Agis para que regresara a su lugar.

—¡Jamás me pondrás las manos encima, engendro de mekillot mal nacido!

El pie de Agis tropezó con un obstáculo invisible, y se encontró cayendo de bruces sobre el polvo. Apenas si tuvo tiempo de volver a guardar la pesada bolsa de dinero antes de que su cuerpo chocara contra el duro suelo.

Varios de sus colegas efectuaron comentarios obscenos sugiriendo que Agis debería concentrarse en lo que hacía y esperar hasta llegar a casa para pensar en lo que iba a hacer con su trofeo. El noble se incorporó, aceptando las chanzas con buen humor.

—He encontrado unas cuantas monedas más, Radurak —se dejó oír la voz del hechicero—. Aumento mi oferta a noventa en oro. —El anciano dirigió una rápida mirada a Agis, haciendo un gesto en su dirección como si lo invitara a alejarse.

Agis permaneció donde estaba, y gritó:

—¡Noventa y cinco!

La oferta provocó una mirada de sorpresa en Radurak. El elfo arrugó el entrecejo y preguntó a Agis:

—*¿Habéis visto alguna vez a Ral y Guthay bailando una giga de dos tiempos?*

—¿De qué estás hablando? —inquirió el noble.

Esta vez el elfo lo miró furioso y respondió:

—*Deberíais andar sobre vuestras manos hasta Gulg.*

Con el corazón encogido, Agis comprendió que el anciano le había lanzado un nuevo hechizo. Cualquier cosa que se le dijera llegaba a sus oídos bajo la forma de algo totalmente disparatado, y, a juzgar por la expresión de Radurak, sus propias palabras se convertían también en incoherencias.

El elfo indicó a Agis que regresara a su lugar e invitó al hechicero a acercarse. Al ver que el noble no obedecía al momento, dos largiruchos compatriotas del elfo se dispusieron a avanzar para hacer valer la orden de su jefe. Agis decidió que nada conseguiría discutiendo en su estado actual..., excepto, quizás, iniciar una pelea. Retrocedió de mala gana, y se quedó mirando al anciano mientras éste avanzaba despacio.

Cuando el hechicero se situó bajo la luz de las antorchas, Agis vio el bulto que

hacia la bolsa del anciano bajo el capote, y esto le dio una última idea desesperada. Deslizó su mano vacía bajo la capa e imaginó que desaparecía del extremo del brazo, llamando en su ayuda al Sendero para conseguir que esto sucediera. Sintió un agudo dolor circundando su muñeca, y luego ya no notó nada más allá de ésta.

El anciano se detuvo frente a Radurak e introdujo la mano bajo su capote. Sin sacar el muñón de su brazo de debajo de la capa, Agis extendió la mano en dirección al oro del hechicero. Con la ayuda, una vez más, del Sendero, visualizó su mano bajo las ropas del anciano, agarrada a la bolsa. De improviso sintió la pesada bolsa en su mano, como si ésta siguiera sujeta a su brazo, aunque existían varios metros de insensibilidad entre el antebrazo y los dedos.

El hechicero desató los cordones de la bolsa, momento que Agis aprovechó para dar un tirón del saquito de piel, dando por terminado al mismo tiempo el gasto de energía paranormal que mantenía su mano separada de su muñeca. La sensación en la muñeca regresó a la normalidad, y ahora sujetaba en la mano ceñida un pesado saco de monedas de oro.

Al sentir que le arrebataban la bolsa de la mano, el anciano giró en redondo y señaló a Agis con un dedo rechoncho.

—*¡Descubriréis que el agua del pozo negro es la que sabe mejor!* —rugió.

Agis se encogió de hombros ante aquellas palabras tan disparatadas. Sin dejar de sujetar la bolsa del otro bajo la capa, miró a Radurak enarcando las cejas. Antes de que el elfo pudiera responder, el hechicero le dijo algo, indicando al noble con un dedo acusador.

Mientras el anciano permanecía de espaldas a él, Agis aprovechó para colocarse pegado a Caro y entregar al enano la bolsa que acababa de robar.

Desde luego, lo que el anciano decía no tenía el menor sentido para Agis, estando como estaba bajo los efectos del hechizo, pero contaba con la legendaria codicia de los elfos para que discutiera por él. Puesto que no había oro en las manos del anciano, el noble esperaba que Radurak lo despacharía rápidamente.

Tal y como había pensado Agis, el cabecilla elfo se encogió de hombros ante las quejas del hechicero, e hizo una señal a Agis para que se acercara.

—*¡Traedme los pulmones y riñones de vuestra cabra favorita!*

Sin arriesgarse a contestar, el noble se colocó junto al elfo y contó las noventa y cinco monedas mientras los otros nobles abandonaban el lugar con sus adquisiciones. Una vez que Agis hubo abonado la cantidad exacta, Radurak hizo que sus ayudantes trajeran a la esclava al frente, y ofreció su mano al noble con estas palabras:

—*Llevad a esta mujer a la cima de la montaña más próxima. La luz de la luna beneficiará su piel.*

La semielfa dedicó al hechicero una mirada llena de desaliento; éste, por su parte, contempló a Agis furioso durante algunos segundos, antes de volverse hacia la esclava

y decir:

—*En los campos de pharo están batiendo ventanas enormes.* Por el momento estarás bien con él.

Agis lanzó un suspiro de alivio al ver que la segunda parte de las palabras del anciano sí tenían sentido. Al parecer, el hechizo era de duración corta y ahora podía oír y hablar con normalidad. Avanzó hacia el anciano.

—Antes de que os vayáis...

El hechicero interrumpió a Agis clavándole la punta del bastón en el pecho.

—La respuesta es no —escupió, tras lo cual dio media vuelta y salió del improvisado corral de esclavos.

Haciendo una señal a Caro para que se acercara con la bolsa del hechicero, Agis hizo intención de seguirlo.

—Escuchadme al menos.

La recién adquirida esclava lo detuvo.

—Me llamo Sadira —dijo, colocándose frente a él.

Agis intentó rodearla, pero ella siguió impidiéndole el paso. Con los fríos ojos azules clavados en él, la joven añadió:

—No sé por qué me has comprado, pero te aseguro que has desperdiciado tu oro.

8

El tesoro de Kalak

Tithian y tres subalternos se encontraban en la habitación más baja del zigurat, contemplando una trampa de hierro que había estado oculta hasta entonces bajo dos capas de ladrillos. La habían descubierto los templarios subalternos unas horas antes, cuando buscaban el último de los amuletos escondidos por la Alianza del Velo.

—Empezad —ordenó Tithian, indicando la puerta.

Uno de los subalternos, un semielfo llamado Gathalimay, se arrodilló sobre la puerta y liberó la palanca que mantenía cerrada la trampa circular; ésta se abrió hacia adentro con un sonoro chirrido. Gathalimay tomó una antorcha y atisbo en el oscuro agujero.

—¡Es un túnel! —exclamó.

—Lo mejor será que veamos adonde conduce —dijo Tithian.

Tras ordenar a uno de los templarios que se quedara de guardia, descendió al interior del túnel acompañado por los otros dos. Encontraron un pasillo circular, del tamaño de un hombre, que discurría hacia el este por debajo del estadio de los gladiadores. Estaba revestido de ladrillos de obsidiana negra que daban al extraño corredor un sobrenatural aspecto tenebroso y siniestro.

—¿Quién excavó esto, la Alianza del Velo? —preguntó Stravos, un humano enjuto y fuerte, de cabellos canosos.

—No tardaremos en saberlo —repuso Tithian, indicando a sus dos ayudantes que fueran delante.

Llevaban algún tiempo andando por el misterioso pasillo, cuando Gathalimay se detuvo y miró a lo alto. Sobre su cabeza se alzaba un pequeño pozo, revestido también de obsidiana. El semielfo levantó la antorcha cerca de la cavidad pero no pudieron ver dónde terminaba.

—¿Adónde da esto? —inquirió.

—Sólo hay un lugar al que pueda ir a parar —respondió Tithian—. Estamos debajo de la pista de combate del estadio. Debe de conducir a una trampa oculta

bajo la arena.

El semielfo miró a su alrededor.

—¿No estamos cerca de la habitación que guarda los enseres para los juegos?

Tithian negó con la cabeza.

—Hemos andado demasiado. Esas habitaciones y los conductos que conducen a la arena están más cerca del centro del campo.

—¿Para qué querría la Alianza del Velo construir un pozo como éste? —se extrañó Stravos.

—¿Qué te hace pensar que lo construyó la Alianza? —replicó Tithian, indicándole a él y a Gathalimay que siguieran adelante—. Vamos en dirección al palacio de Kalak.

Algo más allá, llegaron al final del túnel. En él descubrieron otra trampilla con un bajorrelieve de la cabeza del dragón forjada en ella. Los ojos hundidos de la bestia parecían clavados en el rostro de Tithian, y el hocico de afilados dientes estaba abierto como dispuesto a atrapar a cualquiera que intentase abrir la puerta.

A pesar de su curiosidad, Tithian se sintió tentado de dejar la trampilla cerrada. No le cabía la menor duda de que se encontraban en algún lugar debajo de la Torre Dorada de Kalak, lo que significaba que el túnel no podía ser otra cosa que un pasadizo secreto que conectaba el palacio con el zigurat. Dudaba que al rey le complaciera saber que lo habían descubierto.

Por desgracia, él y sus hombres sólo habían recuperado uno de los dos amuletos que seguían ocultos en el zigurat, por lo que no podía permitirse el lujo de desechar la posibilidad de que el otro hubiera sido colocado en ese túnel o al otro lado de la trampilla. Además, Tithian sentía curiosidad. Como Sumo Templario de los Juegos y de las Obras del Rey, le parecía sospechoso que Kalak no hubiera mencionado ese pasadizo secreto. Deseaba averiguar todo lo que pudiera sobre él.

Tithian se apartó un poco e hizo una señal al semielfo para que se acercara.

—Gathalimay, ayuda a subir a Stravos para que pueda abrir la puerta.

El enjuto rostro de Stravos palideció.

—Echaremos una mirada y lanzaremos unos cuantos conjuros de detección —dijo Tithian, más para darse confianza a sí mismo que al templario humano—. Si el último amuleto no está aquí, cerraremos la puerta y olvidaremos haber visto este lugar.

Gathalimay formó un estribo con las regordetas manos; Stravos tragó saliva y se subió en él. Tras un corto forcejeo, el canoso templario descorrió el pestillo, y la oxidada puerta se abrió hacia abajo con un chirrido discordante. Una tenue luz blanca iluminó el túnel.

Tithian indicó al hombre que subiera; luego le entregó su antorcha y lo siguió. Mientras Stravos se inclinaba para ayudar a Gathalimay a pasar a través de la trampilla, Tithian levantó los ojos para examinar lo que los rodeaba.

Descubrió que habían ido a salir frente a la pared de una oscura sala. De improviso, apareció ante sus ojos un globo del tamaño de un melón que despedía una luz de un amarillo verdoso. La esfera flotaba a menos de metro y medio del suelo. Era una bola borrosa y ondulante rodeada de una neblina fosforescente cuya forma recordaba vagamente a una cabeza calva con bolsas de piel flácida junto a la barbilla.

—¿Lord Tithian? —preguntó la voz temblorosa del anciano criado de Agis, Caro.

Tithian maldijo en voz baja la inoportunidad del espía.

—Estoy ocupado. Ponte en contacto conmigo más tarde.

La esfera cambió de tono hasta volverse más verde y borrosa.

—Ésta es la primera oportunidad que he tenido de escabullirme en tres días y puede ser la última hasta dentro de otros tres. Tendréis que escucharme ahora o arriesgaros a esperar hasta mi próxima comunicación, si se realiza.

Tithian suspiró, maldiciendo la combinación de la tozudez enana y la indulgencia de Agis que hacían que Caro se mostrara tan insistente. Había convertido al anciano criado a su causa después de confiscar los esclavos de su amigo. No le fue difícil socavar la lealtad del enano para con la familia Asticles, pues el sumo templario comprendía el poder de la esclavitud y de la libertad como muy pocos hombres libres lo hacían. Cuando le planteó al enano la opción de morir en las canteras de ladrillos del rey o ganar su libertad espionando a Agis, Caro optó por la libertad.

—Aparta el cristal de tu rostro —ordenó Tithian—. Así podremos vernos las caras.

Había entregado a Caro un cristal mágico de olivino que el enano podía utilizar para comunicarse con él. Este cristal permitía que él pudiera ver a Caro bajo aquella luz fantasmagórica, y a la vez que el espía lo viera a él reflejado en la cristalina superficie. Al mismo tiempo, la magia del cristal aseguraba que las palabras de Tithian no fueran más que un débil murmullo a los oídos de cualquiera excepto la persona que sujetara el cristal.

Caro obedeció, y los profundos surcos de la arrugada cara del enano se destacaron con claridad. El anciano esclavo miraba a las profundidades del cristal con ojos semientornados, la arrugada frente fruncida en profunda concentración y la desdentada boca entreabierta.

—¿Qué sucede? —inquirió Tithian.

El sumo templario escuchó con impaciencia el relato de Caro sobre el encuentro entre Agis y los otros cuatro nobles, así como el ataque en el que Jaseela había resultado herida. Tithian no se sorprendió de nada de lo que le contaba el enano, pues ya esperaba que su amigo respondiera a las confiscaciones de esclavos cometiendo alguna estupidez.

Cuando el enano relató la historia de la compra de Agis en la subasta de esclavos, la impaciencia de Tithian se trocó en interés.

—¿Cómo se llama la chica? —inquirió, olvidando por un momento dónde se encontraba.

—Su nombre es Sadira.

—¡No la pierdas de vista! —exclamó Tithian, haciendo un gesto a Stravos para que se pusiera en pie—. ¿Dónde estás? Enviaré a alguien a vigilarla de inmediato.

—Eso no servirá de nada —respondió Caro—. A los pocos minutos de haberla comprado, lord Agis le entregó una bolsa de oro y la dejó en libertad. Le dijo que quería ayudar a la rebelión y que se pusiera en contacto con él cuando Aquellos que Llevan el Velo necesitaran su ayuda.

—¡Tengo tanta suerte como un corredor ciego en el desierto! —gruñó Tithian—. ¿Qué aspecto tenía el otro postor?

El sumo templario escuchó con creciente contrariedad la descripción ofrecida por el enano, la cual, a excepción del bastón con el puño de obsidiana, podría haber correspondido a la mitad de los artesanos de Tyr. Cuando Caro finalizó su descripción, Tithian lo interrogó brevemente sobre la subasta y los elfos que la habían celebrado.

—No tardarás en ser un hombre libre —declaró Tithian, cuando la conversación tocó a su fin—. Además, con tu ayuda, me resultará mucho más fácil evitar que Agis se meta en problemas. Haces un gran servicio a la familia Asticles.

—Sé perfectamente lo que estoy haciendo —repuso Caro, las negras pupilas clavadas en el rostro de Tithian—. No intentes engañarme fingiendo que es otra cosa que pura y simple traición.

—Considera tus servicios como te parezca —dijo Tithian, encogiéndose de hombros—. Si vuelves a ver a Sadira, ponte en contacto conmigo al momento. Obtendrás tu libertad el mismo día que la capture.

—Lo haré —contestó Caro. Cerró los dedos sobre el cristal, y el arrugado rostro se esfumó.

Tithian se volvió a sus subordinados.

—Olvidad lo que habéis oído.

Apenas si había acabado de dar esta orden cuando se preguntó si habría sido necesaria. Ni Stravos ni Gathalimay parecían haber prestado la menor atención a la entrevista. Ambos permanecían inmóviles, contemplando boquiabiertos la habitación en que se encontraban. Tithian se reunió con ellos para inspeccionar el lugar.

Habían penetrado en una inmensa cámara situada en la parte inferior de la Torre Dorada. Unos cabios chapados en cobre atravesaban el techo sobre sus cabezas, y en los ángulos rectos que formaban las vigas estaban cinceladas unas imprecisas figuras de animales que Tithian no reconoció. En los extremos del techo, unas estriadas columnas de granito sostenían los dorados cabios. Entre estos pilares podían verse hilera tras hilera de estanterías de madera, muchos de cuyos anaqueles estaban vacíos,

excepto por unas cuantas urnas de cerámica y cajas de metal llenas de monedas y centelleantes joyas. En unos pocos lugares, el oscuro perfil de una antigua espada de metal o hacha de combate ocupaba lo que de otro modo habría sido una estantería vacía. En una estantería podía verse una armadura completa cubierta de polvo.

Un translúcido panel de alabastro a través del cual se filtraba una diáfana luz blanca proporcionaba la única iluminación de la sala. Bajo el panel de alabastro se alzaba una pirámide de vidrio negro más alta que un gigante y con más de doce pasos de ancho en la base. Toda la estructura estaba tallada de un único bloque de obsidiana, con la superficie pulimentada hasta quedar tan lisa como la de un bloque de hielo. Tithian tuvo la impresión de que contemplaba el corazón mismo de las tinieblas, y sintió aún más curiosidad por averiguar el significado del pasadizo de obsidiana.

La parte superior de la pirámide era plana, y formaba una plataforma lo bastante grande como para que pudieran permanecer varios hombres de pie en ella. A lo largo del borde de la plataforma se veían dos docenas de bolas —también de brillante obsidiana— cuyos tamaños iban desde el de una fruta al de la cabeza de un semigigante. A pesar de lo curiosos que resultaban, no fueron estos globos los que llamaron la atención del sumo templario. Un magnífico trono plateado ocupaba la parte delantera de la plataforma.

Sobre los brazos del trono había un par de cabezas humanas que lucían moños de largos y ásperos cabellos, sus rostros vueltos en dirección a una figura diminuta sentada al borde mismo del trono. Tithian sólo pudo distinguir los destellos de una diadema de oro que ceñía la cabeza del anciano y las profundas arrugas que la edad había dejado en su rostro marchito. El sumo templario no tuvo la menor duda de que contemplaba a Kalak.

De pie junto a Tithian, Stravos lanzó una exclamación ahogada al volverse y descubrir quién los observaba. El maduro templario se volvió de inmediato en dirección a la salida, pero la trampilla se cerró de improviso con un siniestro sonido metálico, encerrándolos a todos en la cámara con Kalak. Stravos se volvió hacia el rey y cayó de rodillas, acción que fue rápidamente imitada por Gathalimay.

—Poderoso señor —empezó a decir Stravos, inclinando la cabeza en dirección a Kalak—. Perdonad nuestra intrusión...

—¡Silencio! —ordenó Tithian, abofeteando al templario. No tenía la menor idea de cómo iba a responder Kalak a su presencia allí, pero no deseaba enojar al rey permitiendo que sus subordinados actuaran de forma irrespetuosa—. ¿Cómo te atreves a hablar sin permiso?

Tras un corto silencio, Kalak hizo girar una de las cabezas de modo que mirara en dirección a los tres templarios.

—Mira, Wyan. Intrusos.

Tithian sólo pudo distinguir que el rostro de Wyan era de piel cetrina y facciones hundidas. Sus labios correosos estaban curvados en una mueca siniestra, que mostraba todo un conjunto de dientes rotos y amarillentos. Clavó los grises ojos en el trío, y dijo:

—Sucios asesinos que han venido a asesinar a su rey, ¿no te parece, Sacha?

—¿Por qué piensas siempre en el asesinato, Wyan? —preguntó la otra cabeza—. Puede que se trate de ladrones codiciosos que han venido a robar lo que queda de nuestro tesoro.

—¡Mi tesoro! —vociferó Kalak, barriendo a Sacha fuera del brazo del trono.

La cabeza rodó pirámide abajo y aterrizó frente a los intrusos. Estaba grotescamente abotagada, con las mejillas abultadas y los ojos tan hinchados que no eran más que unas oscuras y estrechas rendijas. Miró a Tithian lanzando un espantoso gruñido.

—Nuestro tesoro —insistió Sacha al sumo templario—. Kalak lo gastó todo en su zigurat. Un milenio de prudencia y ahorro, despilfarrado en un simple siglo.

Tithian estudió aquella cosa con aterrado asombro. Existía un destello de inteligencia en sus ojos sombríos, y la expresión malévolamente viva y animada como cualquiera que hubiera visto jamás en el rostro de un templario. Se dio cuenta de que las cabezas no eran meros zombis a quienes Kalak había animado para su propio entretenimiento. Estaban vivas, al menos en cierta forma.

Kalak agarró la cabeza de Wyan por el moño y, dirigiéndose al borde de la pirámide, descendió por su lisa superficie con la misma facilidad que si se moviera por un suelo plano. A medida que el rey se acercaba, Tithian pudo ver que la piel del desaparecido cuello de Wyan estaba recogida debajo de la mandíbula y cosida con pulcritud en una perfecta sutura en línea recta.

Cuando Kalak llegó al pie de la pirámide, arrojó a Wyan junto a Sacha. Las dos cabezas empezaron a discutir sobre si los tres intrusos eran asesinos o ladrones, y el rey se acercó a Gathalimay.

—Éste pensaba en robar —afirmó el vetusto monarca.

—No, poderoso señor —respondió Gathalimay, sin atreverse a levantar los ojos del suelo—. Me sentía simplemente asombrado...

—¡No mientas a tu rey! —le espetó Kalak, mirando colérico al semielfo.

—Lo siento, magno monarca —se disculpó Gathalimay con voz temblorosa—. La idea pasó por mi mente, pero yo jamás...

—Lo que hubieras hecho no importa —interrumpió el rey-hechicero.

Kalak se colocó detrás del arrodillado templario y sujetó la barbilla de Gathalimay con una mano mientras colocaba la otra en la nuca del semielfo. Tiró de la barbilla hacia un lado y empujó hacia adelante la base del cráneo, hasta partir el cuello con un chasquido. El cuerpo se derrumbó sobre el suelo, hecho un ovillo.

La pérdida de su subordinado no produjo en Tithian ninguna otra emoción que no fuese miedo, miedo por su propia seguridad. Parecía totalmente posible que el rey lo matara también a él.

Kalak se acercó después a Stravos.

—Este tiene miedo.

—¡Mátalo! —instó una de las cabezas.

—Por favor, poderoso señor... Sólo abrí la puerta porque el sumo templario lo ordenó —dijo Stravos con voz trémula—. No he hecho nada malo.

—¿No me tienes miedo? —quiso saber Kalak.

—De... desde luego, magno monarca.

—Eso no está bien —declaró Kalak—. Eres mío. Si escojo matarte, deberías sentirte alegre porque ésa es mi voluntad. No deberías sentir miedo porque tu insignificante existencia esté a punto de finalizar.

—Sí, mi rey, ahora lo comprendo —repuso Stravos.

—Veamos si es así.

El rey se inclinó y, extendiendo una mano en dirección al cinturón de Stravos, sacó la daga del templario. Una sonrisa le iluminó el rostro al ver que la hoja era de obsidiana.

—Alimenta la daga —le ordenó, entregándole el arma.

El templario contempló el cuchillo con horror, pero no hizo intención de seguir las órdenes del rey.

—Alimenta la daga —repitieron a coro Sacha y Wyan, sus hinchados ojos grises centelleando de excitación.

Mientras observaba la escena, el temor de Tithian por su propia vida se acentuó, al tiempo que también lo hacía su interés por el comportamiento aparentemente insensato del rey-hechicero. La obsidiana era tan común que se utilizaba para fabricar armas y joyas de poco precio, por lo que le sorprendía ver que Kalak y las dos cabezas trataran aquel material como si poseyera propiedades mágicas.

Por fin, Stravos dirigió la hoja hacia su corazón, pero se detuvo allí. Sus labios empezaron a temblar y las lágrimas se agolparon en sus ojos.

—Mi rey, apiadaos de vuestro desdichado súbdito.

—Ya me figuraba esto —dijo Kalak con desprecio, clavando los negros ojos en la daga.

Stravos se aferró de improviso a la empuñadura. Los músculos de sus brazos se tensaron mientras luchaba contra la mente del rey.

—¡No, por favor!

La hoja estaba cada vez más cerca del pecho, a pesar de los esfuerzos del templario por sujetarla.

Una sonrisa perversa apareció en los labios del rey. La empuñadura se deslizó por

entre las manos de Stravos y se hundió profundamente en su estómago. El canoso templario se agarró a la daga y, doblándose hacia adelante, rodó de costado. Se quedó tumbado sobre el suelo de mármol gimiendo de dolor, faltó de la energía necesaria para arrancarse el puñal del vientre.

—Deberías haberlo hecho tú mismo —comentó Kalak con una risita—. Podrías haber escogido morir de una forma mucho más rápida.

Tithian contempló cómo un río de sangre brotaba de la herida y se extendía sobre el suelo de mármol. El rey se volvió entonces hacia él.

—No he llamado a mi sumo templario —dijo—. ¿Qué es lo que hace aquí?

—Robar —contestó Sacha.

—Espiar —afirmó Wyan.

Pese a que no se le había concedido permiso para hablar, Tithian decidió explicarse antes de que las dos cabezas convencieran a Kalak para que lo ejecutase. Intentando evitar que se trasluciera su temor, el sumo templario miró al rey a los ojos.

—Poderoso señor, buscábamos el último amuleto de la Alianza del Velo cuando descubrimos el pasadizo secreto entre el zigurat y vuestro palacio. Sólo abrimos la puerta para asegurarnos...

Kalak enarcó una ceja.

—¿Cree él realmente que Aquellos que Llevan el Velo han podido ocultar un amuleto en mi cámara del tesoro, Wyan?

—Tenía que estar seguro —se apresuró a declarar Tithian antes de que las criaturas semivivas pudieran hablar.

—Se muestra irrespetuoso —opinó Sacha.

—Mátalo también a él —añadió Wyan.

La cabeza de ralos cabellos de Kalak se movió negativamente.

—No a Tithian —manifestó—. Lo necesito.

Tithian suspiró aliviado.

—¿Tithian de Mericles? —inquirió Sacha—. ¡Este gorgojo de cara de serpiente no puede ser descendiente mío!

Tithian se quedó boquiabierto, y contempló anonadado la hinchada cabeza.

—¿Quién eres?

Con una risita divertida, Kalak levantó a sus compañeros sin cuerpo sujetándolos por los moños. Acercó a Sacha al sumo templario y le tendió la cabeza. Tithian la sujetó con ambas manos, y se sorprendió al comprobar que la cabeza parecía tan caliente como cualquier cuerpo vivo.

—Te presento a Sacha *el Abominable*, progenitor de la noble familia Mericles —dijo el rey a Tithian—. Sacha y Wyan eran los dos caudillos que me acompañaban cuando conquisté Tyr.

—Querrás decir los caudillos que la conquistaron para ti —escupió Sacha.

Kalak hizo caso omiso del comentario y se inclinó sobre la gimiente figura de Stravos para extraer la daga de la herida del templario. El desdichado lanzó un alarido de dolor cuando la sangre empezó a manar como un torrente del destrozado estómago.

Tithian contempló con atención la cabeza que sujetaba entre las manos. No sentía más que repulsión hacia su antiguo antepasado, y le costaba aceptar que la sangre de aquella criatura corría por sus venas.

Kalak se colocó junto a Stravos y depositó a Wyan frente a la herida del templario. La cetrina cabeza extendió la cenicienta lengua y empezó a lamer la sangre.

Kalak entregó entonces la daga a Tithian e indicó el cuerpo inerte de Gathalimay.

—Ahora da de comer a tu antepasado —ordenó—. Luego discutiremos algunas cosas que quiero que hagas para mí.

Tithian se metió a Sacha bajo un brazo y se acercó al cadáver del semielfo.

—¿Dónde quieres que lo corte? —preguntó a la cabeza.

—En la garganta —respondió Sacha, ansioso—. Levántale los pies; de ese modo la sangre fluirá mejor.

Tithian colocó la hinchada cabeza cerca del cuello del templario muerto e hizo tal y como le había ordenado su antepasado. Luego depositó la daga sobre el pecho de Gathalimay y se incorporó.

Kalak aprovechó entonces para sujetarlo por el brazo y conducirlo a la base de la pirámide, apretando el codo del sumo templario con terrible fuerza.

—¿Viste el pozo que desciende desde mi arena de combate al interior del túnel?

—Sí, mi señor —asintió Tithian. La férrea mano de Kalak empezaba a producirle dolorosas punzadas en el brazo.

—Bien. Durante los juegos que conmemorarán la finalización del zigurat, debes colocar esta pirámide de obsidiana sobre el pozo por el que pasaste, pero sólo cuando dé comienzo la última competición del día. Haz que parezca parte de la competición.

Tithian estudió la enorme estructura con vistas a encontrar una forma de moverla. Teletransportar la pirámide precisaría de más magia de la que el rey le había otorgado, pero pensó que quizá podría encogerla el tiempo suficiente para moverla.

—¿Y el trono y las bolas? —inquirió—. ¿Debo colocarlos también en la arena, poderoso señor?

—¡No! —siseó Kalak. Sus largas uñas desgarraron la piel de Tithian, haciéndola sangrar—. No toques nada más. ¡Los globos y el trono se quedan aquí conmigo!

—Como ordenéis —respondió Tithian con serenidad—. Perdonad mi pregunta: ¿hay alguna otra cosa?

—Cuando se inicie la última competición, quiero que cierres todas las puertas de mi estadio.

—¿Hasta cuándo?

—No te preocupes de cuándo se volverán a abrir —repuso el rey—. Tendrás que realizar preparativos especiales para evitar que se puedan quemar.

—¿Pero cuánto tiempo las mantendremos cerradas? —insistió Tithian—. No será tarea fácil conseguir comida y agua para cuarenta mil personas.

—No tendrás que alimentarlos —contestó Kalak—. Sólo mantenerlos allí dentro. Tithian arrugó el entrecejo, desconcertado por la inusitada orden.

—Quizás ayudaría si pudierais decirme...

—No necesitas saber nada más, sumo templario —lo atajó Kalak, dirigiéndole una mirada furiosa—. Todo lo que necesitas saber es que quiero las puertas cerradas y a los espectadores dentro.

—Sí, poderoso señor —asintió Tithian, los ojos clavados en el suelo. Estaba claro que Kalak tenía otras cosas en mente para los juegos aparte de celebrar la finalización del zigurat, y sospechó que, fuera lo que fuese, no sería agradable.

—Necesitaremos una fuerza de seguridad para mantener a los espectadores en sus asientos después de que terminen los juegos —continuó Kalak—. He encargado a Larkyn que se ocupe de eso. Te pondrás de acuerdo con él sobre la forma de sellar las puertas, pero no discutas ninguna otra cosa que él quiera que se haga. ¿Está claro?

—Como deseéis —dijo Tithian.

No le hacía nada feliz enterarse de que se había asignado esta tarea concreta a alguien fuera de su área de influencia. Se preguntó qué otras lamentables designaciones similares habría hecho el rey.

Kalak hizo un gesto con una muñeca en dirección a la trampilla, y ésta se abrió con un sonoro chasquido.

—Por lo que oí de la conversación con tu espía, parece que tienes problemas para descubrir el plan que maduran los débiles hechiceros de la Alianza del Velo.

Tithian aspiró con fuerza, antes de responder:

—No desbaratarán los juegos. Tenéis mi palabra, gran señor.

—No quiero tus promesas —declaró Kalak con brusquedad—. Los quiero muertos.

—Sí, mi rey —respondió Tithian con toda la calma de que fue capaz. El corazón le latía con tanta fuerza que no le dejaba oír sus propias palabras.

Kalak estudió a su sirviente durante unos segundos.

—Estos hechiceros son tan cautelosos como los chacales —comentó—. Puede que haya llegado la hora de ofrecerles un cebo que los haga salir a la luz.

—¿Salir a la luz, poderoso señor?

El rey asintió.

—Utiliza a ese senador bobalicón, Agis de Asticles. Eres su amigo, ¿no es verdad? Piensa en algo que la Alianza desee y ofréceselo a través de él.

—Él no tiene ninguna relación con la Alianza del Velo —protestó Tithian.

—No me mientas, Tithian. Agis tiene más relación con Aquellos que Llevan el Velo que cualquier otro que esté a tu alcance. Además, nuestro querido senador tomó parte en una sublevación contra mis hombres —dijo Kalak, entrecerrando los ojos hasta transformarlos en negras rendijas—. ¡Utilízalo o mávalo!

Tithian inclinó la cabeza.

—Sí, mi rey.

Kalak estudió al sumo templario unos momentos más antes de volver a hablar.

—Bien. Ahora, ¿quién más conoce la existencia de mi túnel?

—Sólo el guarda que dejé al otro extremo.

—Haz que vuelva a colocar los ladrillos sobre mi puerta cuando regreses al zigurat —ordenó el rey con una sonrisa.

—Se hará como deseáis —asintió el sumo templario—. Y, una vez que lo haya hecho, lo mataré yo personalmente.

—Sí, Tithian —repuso Kalak, volviendo la cabeza hacia la pirámide de obsidiana con una curiosa sonrisa—. Debemos mantener mi túnel en secreto.

9

Puertas de estaño

Sadira se encontraba bajo un pórtico situado al otro lado de la calle que conducía a la arena de los gladiadores de Tyr. Las altas paredes del inmenso edificio se apoyaban sobre cuatro pisos de arcadas de mármol, de las cuales las situadas a nivel de la calle servían de acceso a unos cortos túneles que conducían al interior del estadio. Aunque apenas hacía unos minutos que el rojo sol había hecho su aparición por la línea del horizonte, estas entradas estaban ya inundadas de esclavos dedicados a la limpieza de las losas como preparación a los próximos juegos que no tardarían en celebrarse. Del interior de los pasadizos surgía el eco del crujir de las poleas y el incesante estruendo de un martilleo estrepitoso, agudo y penetrante.

—¿Puedes decirme al menos por qué hago esto? —inquirió Agis, que se encontraba junto a Sadira acompañado por su criado Caro—. No me gustaría pensar que arriesgo mi vida por una estúpida prueba.

La hechicera sacudió la cabeza, dejando que la rosada luz del amanecer jugueteara sobre sus cabellos.

—No es ésa la forma en que actuamos —respondió con severidad.

Aunque su afirmación era técnicamente cierta, no lo era lo que daba a entender. La Alianza no la había autorizado a tener tratos con el aristócrata; pedir ayuda a Agis había sido idea de Sadira.

—Si no puedes convencer a Tithian para que haga lo que le pides, será mejor que no sepas demasiado.

—¿Mejor para quién? —preguntó Caro en nombre de su amo.

—Mejor para la Alianza del Velo —replicó Sadira—. Si lord Tithian se da cuenta de que Agis intenta influirle mediante la utilización del Sendero de lo Invisible, nada podrá salvar a tu amo.

El arrugado enano levantó los ojos hacia Agis y frunció la pelada frente, deslumbrado por los rojos rayos del sol matutino.

—Merecéis saber por qué arriesgáis la vida —opinó Caro, dedicando una cáustica

mirada a Sadira—. Se está aprovechando de vos.

—Agis dijo que quería ayudar a la rebelión —contestó la semielfa—. Aquí tiene su oportunidad.

—Deberías decirnos el motivo... —insistió el enano meneando la cabeza.

—Ya es suficiente, Caro —interrumpió Agis—. Soy yo quien se arriesga. Si yo no tengo por qué saber el motivo, tampoco tú tienes por qué saberlo.

Caro dirigió a Agis una mirada feroz, pero no volvió a insistir sobre la cuestión.

—Ten cuidado —dijo Sadira, tomando la mano del noble y estrechándola con calor—. Cuando regreses, no te detengas a hablar con nosotros. Sigue calle abajo seis manzanas, y espéranos allí. En cuanto esté segura de que no te han seguido, nos reuniremos allí contigo.

—Eres muy cautelosa, ¿no? —comentó Agis, sonriente, y cruzó la calle sin esperar su respuesta.

Sadira lo observó alejarse, deseando con todas sus fuerzas no estar cometiendo un terrible error. Cuando dos días atrás Agis la había dejado en libertad, la joven había temido que la generosidad del noble fuera en realidad un complot de los templarios para localizar la Alianza. Así pues, en lugar de intentar encontrarse con su contacto, había alquilado una habitación y pasado la noche en blanco esperando que los guardas del rey-hechicero derribaran la puerta en cualquier momento.

El día siguiente, Sadira lo había pasado intentando parecer sospechosa, iniciando conversaciones con completos desconocidos y deslizándose por las puertas traseras de una vertiginosa variedad de tiendas y tabernas. Durante todo este tiempo, no había dejado de estar alerta en busca de la presencia de templarios o de cualquiera que parecía seguirla, pero no había visto a nadie. Finalmente, había llegado a la conclusión de que la oferta de Agis era sincera.

Fue entonces cuando la hechicera tomó su decisión más difícil: no regresaría junto a la Alianza del Velo. Ktandeo la habría hecho salir de la ciudad al momento, dejando totalmente de lado a Rikus y desechando cualquier intento de convencer al mul para que matara a Kalak, de modo que Sadira decidió aceptar la oferta de ayuda del senador.

La hechicera se había puesto en contacto con el noble en nombre de la Alianza, con la esperanza de que éste pudiera utilizar su elevada posición para conseguir que la joven se entrevistase con Rikus sin correr peligro. Por desgracia, enseguida se dio cuenta de que Agis no podía organizar un encuentro sin que Tithian se enterase. No obstante, Sadira le rogó que lo intentase. A menos que consiguiera hablar con Rikus, el plan de la Alianza para asesinar a Kalak jamás llegaría a realizarse.

Una vez en el otro lado de la calle, Agis se detuvo ante la entrada del estadio. Un templario de rostro avinagrado salió al encuentro del noble en la puerta de acceso, con un grueso espadón de acero en las manos.

—No se permite la entrada —declaró, categórico.

—Soy Agis de Asticles —replicó el noble.

—¿Y?

—Tithian..., ejem..., el Sumo Templario de las Obras del Rey... me pidió que me reuniera con él aquí esta mañana.

El guarda arrugó aún más la frente.

—¿Por qué no lo has dicho? —exclamó, echándose a un lado; juego volvió la cabeza y gritó por encima del hombro—: Es éste.

Otro templario, esta vez una mujer de unos treinta años, surgió de entre las sombras.

—Por aquí —ordenó, indicándole con la mano que se adelantara.

Agis penetró bajo la arcada y quedó temporalmente cegado por el severo contraste entre la luz de la mañana y las sombras del estadio. En el aire se percibía con fuerza el olor del carbón quemado, y el ruido de los martillos resonaba por los pasadizos de piedra que se abrían a ambos lados del corredor.

—He dicho por aquí —repitió la mujer templario, agarrando a Agis por el brazo y tirando de él sin contemplaciones.

Salieron a una terraza de adoquines que recorría todo un lado del estadio. Más abajo de la terraza podía verse un enorme terreno cubierto de arena que incluso un mul habría tardado medio minuto en recorrer corriendo a toda velocidad. En uno de los extremos del campo se alzaba el inmenso palacio de Kalak, con el gran balcón que daba sobre la arena; en el otro se elevaba el zigurat multicolor, oculto todavía bajo una telaraña de cuerdas e inundado por todo un ejército de esclavos.

De debajo de la terraza partía una hilera tras otra de bancos que descendían hasta la arena, y detrás de Agis se alzaban aún más tribunas, coronadas con un balcón inmenso. A pesar de que al senador no le gustaba demasiado el tipo de deporte practicado allí, tuvo que admitir que la construcción en sí era una impresionante hazaña arquitectónica.

La acompañante de Agis lo condujo terraza adelante, rodeando varios braseros gigantes llenos de carbones encendidos. Herreros bañados en sudor se dedicaban a calentar lingotes de estaño sobre los carbones mientras otros obreros situados a su lado golpeaban las piezas calientes con sus martillos para convertir el ligero metal en finas láminas.

Nada más dejar atrás a los herreros, la mujer templario se detuvo e indicó a Agis que entrara en una de las aberturas que volvía a conducir a la calle.

—El sumo templario se reunirá contigo aquí.

Agis penetró en el oscuro pasillo. Aunque la luz que penetraba desde la calle perfilaba la silueta de un guarda templario, no se veía ni rastro de Tithian. A ambos lados del pequeño túnel, había una escalerilla de piedra que ascendía a las secciones

interiores del estadio ocultas bajo las tribunas. Por aquellas escaleras descendía tal estruendo de golpes de martillo y restallar de látigos que los oídos empezaron a zumbarle.

Agis se encaminó hacia el guarda, pensando que quizá sabría dónde podía encontrarse Tithian.

Antes de que pudiera llegar junto a él, el ruido de los martillos cesó, se escuchó una orden ahogada por la distancia en la escalera de la izquierda, y luego un estrépito de cadenas resonó por toda la estructura. El templario situado al final del pasillo saltó a la calle, justo a tiempo de evitar verse aplastado por una puerta que descendió del techo y fue a estrellarse sobre el suelo con ensordecedor estruendo, y Agis se encontró cara a cara con un desfigurado reflejo plateado de sí mismo. Se acercó a la puerta. Era tan maciza como un muro, y toda su superficie estaba cubierta de estaño. Las láminas estaban unidas con tanta meticulosidad que le habría sido imposible deslizar la punta de su puñal en el interior de cualquiera de sus juntas.

Se escucharon entonces pasos en la escalera que tenía a su espalda, y Agis se volvió a tiempo de ver a Tithian que salía al túnel acompañado de un grupo de templarios. Los ojillos del sumo templario brillaban de satisfacción, y sus huesudas facciones parecían extrañamente animadas.

Al ver a Agis, Tithian le dedicó una amplia sonrisa y extendió los brazos en señal de bienvenida.

—¡Amigo mío!

El sumo templario se acercó a Agis y lo agarró con fuerza por los hombros, pero, en lugar de abrazarlo, Tithian lo obligó a girar sobre sí mismo para mirar la puerta forrada de estaño.

—¿Qué te parece? —preguntó—. Eso impedirá que puedan arder, ¿no crees?

—Supongo que sí —asintió Agis—. ¿A quién intentas mantener fuera?

—Dentro —lo corrigió Tithian. Detrás del sumo templario, varios de sus subordinados abrieron la boca estupefactos—. Si intentáramos mantener a alguien fuera, ¿no pondríamos acaso el estaño por la parte exterior?

—¡Gran señor! —se atrevió a decir uno de los templarios subalternos—. ¿Es prudente contarle esto a un noble?

Tithian se volvió hacia el hombre, con expresión feroz.

—Yo decido lo que es prudente y lo que no, Orel —gruñó, pasando el brazo sobre los hombros de Agis—. Mi amigo es tan leal al rey como yo.

Agis no pudo por menos que sonreír ante la ironía de esta afirmación.

Tithian hizo un gesto a sus templarios para que volvieran a subir la escalera.

—Id a decirles que vuelvan a subir esta puerta. Agis y yo queremos conversar.

Una vez que los templarios se hubieron marchado, Agis dijo:

—Gracias por recibirme, Tithian.

—Es un placer, viejo amigo —respondió el sumo templario, conduciéndolo hacia la terraza—. ¿Qué puedo hacer por ti? Nuestro último encuentro no resultó muy agradable, y me gustaría compensarte.

Agis se obligó a seguir sonriendo, a pesar de que el recuerdo de la pérdida de sus esclavos lo llenaba de cólera. Decidió entonces pensar en otra cosa y se concentró en la imagen de dos muchachos —él y Tithian treinta años atrás— deslizándose por la plantación de pharo de su padre en una calurosa tarde. Clavó los ojos en su interlocutor y envió ese pensamiento a su mente, sondeando con suavidad para encontrar una abertura que le permitiera penetrar en el subconsciente de Tithian sin que el sumo templario se diera cuenta.

El noble había escogido con cuidado el método de ataque, dándole la forma de un recuerdo agradable que tanto él como Tithian compartían. Esperaba que le sirviera de pantalla, ocultando su presencia mientras conducía los pensamientos del sumo templario en la dirección deseada.

Una leve sonrisa se formó en los labios de Tithian, y Agis supo que había establecido contacto, de modo que dejó de hurgar con la sonda mental para dar tiempo a los pensamientos del sumo templario a adaptarse a su presencia.

—Con todos tus múltiples deberes, debe de resultarte difícil ocuparte de tus tierras —comentó Agis como sin darle importancia.

—Resulta difícil a veces —repuso Tithian.

—Quizá pueda ayudarte.

—¿Cómo? —preguntó Tithian enarcando una ceja.

Dentro de la mente de Tithian, el subconsciente del sumo templario se percató de la presencia del recuerdo que Agis había colocado allí y empezó a facilitar sus propios detalles. Los cabellos castaños del joven Tithian aparecieron de improviso sujetos en una corta cola de caballo, pues acababa de cumplir doce años y obtenido el derecho a acicalarse como más le gustase, mientras que la negra cabellera de Agis estaba rapada casi al ras, mucho más corta de lo que jamás la había lucido, con lo que sus orejas sobresalían de una forma singularmente cómica.

El dulce perfume de las flores del pharo embriagaba el olfato de ambos muchachos; había llovido aquel año y cada una de las espinosas plantas lucía al menos una de las enormes flores rojas. Los dos jóvenes llevaban unas espadas cortas de obsidiana sujetas a las caderas y empuñaban sendas ballestas. Se encontraban cazando varis cerca de la cima de la suave colina que separaba los campos del estanque de irrigación.

Agis contuvo un escalofrío al recordarlo. Sin darse cuenta de lo importantes que eran aquellas babosas cubiertas de escamas para la salud de las plantaciones, su padre lo había enviado a destruir todas las que pudiera encontrar. Resultaba un milagro que quedaran todavía árboles cuando la hacienda pasó a manos de Agis.

El joven Tithian, de pie cerca de la cima de la colina, se dejó caer de repente sobre el estómago e hizo una señal a Agis para que lo imitara.

Para los hombres que se hallaban en el estadio de los gladiadores, todo esto ocurrió en décimas de segundo. Era el momento que Agis había estado aguardando.

—Deja que me ocupe de tus terrenos —dijo el noble a su viejo amigo—. Los volveré tan fértiles como los míos.

Al mismo tiempo, desde detrás de la pantalla que había erigido en la mente de Tithian, envió un único y apremiante mensaje: *«Es una buena sugerencia»*.

El subconsciente de Tithian siguió desarrollando el recuerdo. El joven Agis le preguntó qué era lo que sucedía. Tithian indicó a su amigo que guardara silencio llevándose un dedo a los labios, y miró por encima de la colina en dirección al estanque de regadío.

En este punto, la memoria de Tithian discrepaba ampliamente de lo que Agis recordaba. El noble volvió a verse tendido sobre el vientre en medio del polvo con el ardiente sol cayendo sobre su espalda durante lo que le pareció una eternidad. Había oído un leve movimiento entre las plantas de pharo situadas más allá, pero no había podido ver qué lo había ocasionado; preparó la ballesta para disparar y esperó, preguntándose qué peligro había descubierto su amigo acechando en los campos que tenían delante.

El recuerdo de Tithian era muy diferente. En la mente del sumo templario, éste se veía a sí mismo mirando al otro lado de la colina. Los ojos fijos en la curvilínea hermana de Agis, Tierney, que se bañaba desnuda en el estanque.

El aristócrata no supo si sentirse furioso o divertido ante el recuerdo que descubría en la mente de su amigo. En todos los años transcurridos desde entonces, Tithian jamás le reveló lo que había estado mirando al otro lado de la colina.

En el estadio, el Tithian actual preguntó:

—¿Y qué obtendrás tú a cambio de ocuparte de mis campos?

El tono de la pregunta era amistoso, pero cauteloso. Desde luego, Agis no tenía intención de revelar al sumo templario lo que realmente quería, que era la oportunidad de arreglar una entrevista entre Rikus y Sadira.

—Poder utilizar a tus gladiadores unos días cada semana —respondió—. Aunque fuiste muy amable al dejarme a las mujeres y los niños, éstos no pueden mantener alejados a los carroñeros de mis terrenos. En un día o dos de cada semana, unos cuantos de tus gladiadores podrían matar suficientes ladrones como para eliminar la necesidad de las patrullas, y además resultaría un buen entrenamiento para ellos.

Regresando a la mente de Tithian, el recuerdo se volvió más familiar aunque seguían existiendo discrepancias con lo que Agis recordaba. De repente, tres esqueléticos giths echaron a correr por entre el pharo; cada uno sujetaba con fuerza un saco lleno de agujas robadas en una de sus manos de cuatro dedos, mientras que la

otra empuñaba una enorme lanza. A través de la memoria de Tithian, Agis se vio ponerse en pie de un salto, disparar su ballesta y matar al cabecilla del grupo. El joven Tithian reaccionó más despacio, pues su atención había estado totalmente absorta en la contemplación de la hermosa mujer hasta el mismo instante en que oyó a los carroñeros.

Mientras Tithian luchaba con su ballesta para cargarla, Agis desenvainó la espada y cargó contra el segundo gith que acababa de soltar su saco de agujas. En ese mismo instante, la ballesta de Tithian se disparó sin querer y el dardo voló directamente a la cabeza de su amigo. Entretanto, Agis había alcanzado de lleno a su presa y le había separado la cabeza del cuello de un solo tajo; luego perdió pie por culpa del impulso que llevaba y la saeta de Tithian pasó a toda velocidad por encima de su cabeza. El dardo fue a incrustarse en uno de los saltones ojos del tercer gith.

El recuerdo que el sumo templario guardaba del suceso sorprendió a Agis. Durante los últimos veinticinco años, el senador había creído que debía la vida a un disparo certero y oportuno. No obstante, Agis era lo bastante experto en la utilización del Sendero como para no dejar que las discrepancias interfirieran sus planes. El noble envió el mensaje que había venido a colocar en la cabeza de Tithian: «*Di que sí. Presta Rikus y Neeva a Agis*».

Antes de que su amigo pronunciara las palabras que el noble esperaba escuchar, una mujer templario se acercó a Tithian con un mensaje. Mientras lo susurraba al oído de su superior, Agis intentó escuchar desde detrás de la pantalla de recuerdos. Oyó el débil eco de la voz de la mujer diciendo algo sobre un mensaje urgente. El pensamiento pasó demasiado aprisa para que pudiera captarlo por completo, pero no envió una sonda tras él. Cuanto más activo se mostrara, más posibilidades existían de que Tithian detectara su presencia.

—Tendrás que excusarme un instante, amigo —dijo Tithian, alejándose unos pasos por la terraza. Dialogó con la mujer durante algunos instantes, deteniéndose sólo en una ocasión para mirar a su amigo y hacer un gesto a modo de disculpa.

Agis aguardó pacientemente, manteniendo su presencia en la mente del sumo templario mediante la lenta adición de más recuerdos. Tierney apareciendo en lo alto de la colina, vestida ahora con una túnica de lana y proclamando a los dos muchachos sus salvadores; el joven Agis contándole cómo Tithian había descubierto a los giths desde la cima de la colina, y describiendo cómo su increíble puntería le había salvado la vida.

La mensajera siguió hablando con el sumo templario unos segundos más. La expresión de Tithian adoptó un aire preocupado, pero Agis resistió la tentación de extender su presencia en la mente de su viejo amigo. Era demasiado arriesgado.

Al regresar por fin a su lado, Tithian respondió a la pregunta formulada por su amigo antes de que los interrumpieran.

—Gracias por tu oferta, Agis, pero el encargado de mi granja ha estado conmigo desde que heredé las tierras de los Mericles. No es tan bueno como tú, claro, pero no tengo necesidad de aumentar los beneficios que obtengo de mis campos. Estoy seguro de que lo comprendes. Resultaría una vergüenza echar a un servidor leal.

En el interior de la mente de Tithian, Agis encontró su pantalla de recuerdos aislada por una inmensa planicie de silencioso y blanco vacío. Cualquiera que hubiese sido el mensaje de la mujer, había puesto en alerta al sumo templario, y éste se dedicaba ahora a suprimir con todo cuidado los recuerdos. Por un momento, el noble temió que Tithian hubiera detectado de alguna forma su presencia, pero comprendió que no podía ser. De ser así, docenas de templarios se habrían precipitado ya sobre él para arrestarlo.

—No era mi intención dar a entender que ocuparía el lugar de tu encargado —respondió Agis—. Mi propósito era enseñarle cómo hacer mejor...

Tithian alzó una mano para silenciarlo.

—Es bastante susceptible con respecto a su habilidad —dijo el templario, tomando a Agis del brazo y conduciéndolo en dirección al zigurat—. Haré que envíen a un joven gladiador a tu hacienda como regalo. Él conseguirá mantener a los carroñeros fuera de tus tierras.

Agis clavó los ojos en los del sumo templario.

—Esto no tiene nada que ver con el capataz de tu granja —declaró, variando el planteamiento—. Lo que sucede es que no confías en mí.

Mientras hablaba, envió una negra serpiente de culpabilidad que se deslizó a través de la vacía llanura alrededor de su sonda. Muy pronto, el noble divisó una forma enorme que se alzaba en el horizonte. Se trataba de una pirámide cuya parte superior era plana, con paredes tan negras como la noche y tan lisas como el hielo. Con un sobresalto, Agis se dio cuenta de que la pirámide era algo que Tithian había visto hacía poco tiempo, algo que pesaba con gran fuerza en sus pensamientos.

Unas bolas negras de un material cristalino empezaron a rodar pirámide abajo, amenazando con aplastar la sonda serpiente. Con una mueca de desagrado ante la cantidad de energía que ello requería, Agis agregó alas a la serpiente, y ésta se alzó por encima de la blanca llanura. Durante unos segundos se preguntó si la avalancha no habría sido un contraataque de Tithian, pero, cuando las bolas llegaron al pie de la pirámide, siguieron rodando sin tener en cuenta que habían errado el blanco. Un pozo totalmente negro se abrió de improviso en la planicie, y las bolas rodaron a su interior. Agis hizo descender a la alada serpiente para verlo más de cerca y descubrió que el agujero estaba revestido de ladrillos de obsidiana.

Un recuerdo en forma de masa hirviente salió disparado del pozo, y Agis se encontró cara a cara con los hundidos ojos negros de un hombre pequeño y demacrado que llevaba una diadema de oro: Kalak. Temiendo que Tithian lo hubiera

conducido a una trampa, Agis hizo dar media vuelta a la sonda y la obligó a batir alas con todas las energías que le quedaban.

La serpiente empezó a conducirlo fuera de la mente de Tithian, pero el noble se detuvo al escuchar la voz de Kalak que parecía conversar con alguien.

—¿Viste el pozo de mi túnel?

Agis volvió la sonda en dirección a la pirámide. Allí vio la apergaminada figura del rey de pie junto a la estructura de obsidiana; Kalak acariciaba la brillante superficie con sus nudosos dedos, los ojos fijos en Tithian, que se encontraba ahora frente a él. No se trataba de una trampa, sino de otro recuerdo.

—Sí, mi señor —asintió Tithian.

—Bien. Durante los juegos que conmemorarán la finalización del zigurat, debes colocar esta pirámide de obsidiana sobre el pozo por el que pasaste, pero sólo cuando dé comienzo la última competición del día —dijo Kalak—. Haz que parezca parte de la competición.

—¿Y el trono y las bolas? —preguntó Tithian—. ¿Debo colocarlos también en la arena, poderoso señor?

—¡No! —siseó Kalak, con tal expresión de ferocidad que parecía como si fuera a matar al sumo templario—. No toques nada más. ¡Los globos y el trono se quedan aquí conmigo!

—Como ordenéis —respondió Tithian—. Perdonad mi pregunta: ¿hay alguna otra cosa?

Kalak asintió.

—Cuando se inicie la última competición, quiero que cierres todas las puertas de mi estadio.

—¿Hasta cuándo?

—No te preocupes de cuándo se volverán a abrir...

En el recuerdo, la figura de Kalak dejó de hablar en mitad de la frase y se desvaneció. Tithian se volvió hacia la serpiente voladora de Agis, al tiempo que la negra pirámide se alzaba del blanco suelo y se dirigía hacia él. Totalmente seguro, ahora, de que el sumo templario había descubierto su presencia, Agis transformó la serpiente en una flecha y abandonó la mente de Tithian como un rayo.

Al cabo de unos instantes, rompió todo contacto mental con el templario.

—Una persona en mi posición no puede confiar en nadie, ni siquiera en sus amigos —dijo Tithian, retomando la conversación allí donde la había interrumpido unos momentos antes.

Agis no se encontraba en condiciones de contestarle, agotadas como estaban sus energías después de su estancia en la mente del sumo templario. El noble dio un traspié y estuvo a punto de caer; entonces sintió la poderosa mano de su amigo que lo sujetaba para evitar que cayera sobre las gradas situadas más abajo.

—Cuidado —advirtió Tithian—. No me gustaría que te cayeras.

Agis parpadeó repetidamente.

—Gracias por tu preocupación —dijo, con un ligero tono de sarcasmo; pero, cuando miró a derecha e izquierda, no vio la menor señal de los guardas que había esperado que el sumo templario llamara.

—¿Por qué no me arrestas? —inquirió Agis, apoyado todavía contra la pared que circundaba la terraza.

—¿Por qué tendría que hacerlo? —inquirió a su vez Tithian, dedicando a su amigo una sonrisa indulgente. Luego tiró del noble para apartarlo de la pared, y lo hizo girar con cuidado hasta colocarlo de cara al zigurat—. Dime, Agis, ¿por qué crees que Kalak construye esa cosa?

—Tú eres quien lo construye —repuso Agis con amargura, al recordar a todos sus esclavos confiscados por el sumo templario—. Dímelo tú.

—Si lo supiera, lo haría —aseguró Tithian, encogiéndose de hombros—. El rey ni siquiera me ha dicho para qué es. Te he mostrado todo lo que sé, y la verdad es que me asusta.

Agis puso en blanco los cansados ojos.

—Guarda tu teatro para cualquier otro —dijo—. Te conozco muy bien. La única vida que te preocupa es la tuya propia.

—Incluso para mí, las posibilidades de lo que puede significar el plan de Kalak resultan aterradoras. ¿Para qué quiere a cuarenta mil personas encerradas en el estadio? —replicó Tithian—. Desde luego, si yo no fuera a ser uno de los cuarenta mil, podría resultar menos aterrador, pero eso no tiene mucha importancia ahora. Estoy en esto junto con todos los demás.

—¿Qué intentas decir? —Agis frunció el entrecejo.

Tithian enarcó las cejas con expresión irónica.

—Te considero lo bastante inteligente como para imaginarlo... y si no tú, desde luego que podrán hacerlo esos amigos tuyos a quienes no les gusta mostrar el rostro en público.

Aunque lo conmocionó descubrir que Tithian estaba enterado de su asociación provisional con la Alianza del Velo, intentó no demostrar sorpresa.

—Suponiendo que pudiera conocer a alguien que estuviera interesado en los planes de Kalak, ¿por qué me mostraste la pirámide, y por qué quieres que los enemigos del rey se enteren de su existencia?

Tithian tomó a Agis del brazo.

—Quiero sobrevivir —declaró el sumo templario, conduciendo al noble en dirección a una salida—. Para conseguir esto, deben suceder dos cosas. Primero, Aquellos que Llevan el Velo deben decirme dónde escondieron sus amuletos. Si no encuentro el último pronto, Kalak me matará. Segundo, tienen que impedir lo que sea

que el rey ha planeado para los juegos. Yo también voy a estar allí. No veo ningún motivo para pensar que vaya a tener piedad de sus sumos templarios.

—¿Y qué ofreces a cambio?

—Cualquier cosa que me sea posible sin poner en peligro mi vida —contestó Tithian—. Para empezar, permitiré que Sadira hable con mi esclavo, Rikus..., pero sólo después de que yo haya recuperado los amuletos.

Agis trastabilló. Aunque le costó un gran esfuerzo, se abstuvo de preguntar cómo sabía su amigo lo de Sadira. Era evidente que el sumo templario tenía un espía, o bien cerca de él o entre las altas jerarquías de la Alianza del Velo.

—Al parecer todavía estás fatigado por el ejercicio de tus poderes —comentó el sumo templario, lanzando una risita ante la torpeza de Agis. Se detuvo en la puerta por la que había entrado el noble en el estadio—. ¿Quieres utilizar mi litera para el viaje de regreso a casa?

—No es mi intención ofenderte —replicó Agis—, pero antes me arrastraría a cuatro patas.

Cuando el noble iba a penetrar en el túnel de salida, Tithian lo sujetó por el brazo.

—A propósito —le advirtió—, hay algo que debes saber sobre mi propuesta.

—¿Qué?

—No es una tregua —contestó Tithian, soltándolo—. Ten cuidado.

10

Decisiones y promesas

Oscurecía en el recinto de los animales. Los rayos del agonizante sol caían sobre el techo de piel tensada, iluminando todo el interior con una intensa luz roja. Dentro de sus jaulas, animales de malos instintos paseaban, correteaban, o se arrastraban impacientes de un lado a otro, rugiendo, aullando y haciendo chasquear las mandíbulas a la espera de la cena.

—¡Estaos quietos ahí afuera! —vociferó Rikus, aunque sabía de antemano que su orden no tendría el menor efecto.

No sirve de nada hacer ruido, le informó el gaj. Los alimentadores no vendrán más aprisa por eso.

No me importan los alimentadores, respondió el mul. Todo lo que deseo es un poco de tranquilidad.

Rikus estaba sentado sobre un montón de harapos en un rincón de la jaula, hurgándose con cuidado los oscuros cardenales recibidos horas antes mientras practicaba con Yarig la lucha con garrotes. El enano tampoco había salido mejor parado. Cubierto también de marcas rojas de la cabeza a los pies, estaba sentado en la esquina opuesta de la celda, ocupado en volver a colocar las tiras de cuero que sujetaban la cabeza de su mazo de combate al mango.

El joven templario que había reemplazado a Boaz permitía que sus pupilos conservaran las armas por la noche, comprendiendo que los luchadores que se ocupaban de su propio equipo confiaban más en él. También se daba cuenta de que, si los cuatro gladiadores querían escapar, de poco les servirían las armas contra la magia de los templarios que Tithian había emplazado alrededor del recinto después de la huida de Sadira.

Rikus hizo una mueca de dolor al hundir un dedo en su costado y notar cómo el cartílago se movía entre dos costillas.

—¿Es que intentabas matarme hoy, Yarig? —bromeó el mul.

—¿Por qué querría yo matar a un amigo? —replicó el enano con su acostumbrada

expresión seria—. Eso no tiene sentido.

—No tienes por qué quejarte de la forma de luchar de Yarig —interpuso Neeva, que estaba sentada en el centro de la jaula, utilizando un pedazo curvado de asta para pulir una nueva hoja para la espada corta de Rikus.

Al ver que el mul no contestaba, la mujer continuó:

—Las mozas de las tabernas pelean mejor de lo que tú has estado luchando últimamente. —Apretó la punta del asta contra el borde de obsidiana que afilaba. Un diminuto pedacito se desprendió y fue a caer sobre un montón de restos similares—. Si no te quitas de la cabeza a esa fregona, los dos recibiremos algo más que unos cuantos cardenales durante los juegos.

—Ganaremos nuestro combate —gruñó Rikus—. No te preocupes por eso, Neeva.

El mul no quiso seguir discutiendo. No podía negar que había estado preocupado pensando en Sadira durante los últimos días. Se sentía responsable por lo que le sucediera a la semielfa, a la vez que incapaz de ayudarla. Estas emociones contrapuestas lo llenaban de una sensación de culpabilidad y dificultaban su concentración.

Poco a poco, Rikus advirtió que el estruendo en el recinto de los animales había alcanzado su punto culminante. El creciente tumulto solía anunciar la llegada de los alimentadores, pero aún parecía muy temprano para ello. Al cabo de unos instantes, el mul escuchó el murmullo de unas voces que se acercaban. Los otros tres gladiadores siguieron trabajando, pero él se puso en pie y llegó junto a la reja de hierro justo en el mismo instante en que aparecían seis hombres vestidos con negras sotanas. Rikus sólo reconoció a uno de ellos, un hombre de facciones afiladas con una larga cola de cabello castaño: lord Tithian.

¡No hay comida, Rikus!, se quejó el gaj.

Los alimentadores vendrán más tarde, lo tranquilizó Rikus. Ten paciencia. Deja que hable con esta gente.

El gaj se retiró de la mente del mul y permaneció en silencio.

—No creo que hayáis venido a devolvernos a nuestras celdas —dijo Rikus.

—No bromees. Lo mínimo que puedo hacer por Boaz es mantener su castigo —respondió Tithian—. En realidad he venido a hablar contigo. Mi nuevo preparador me informa que tu actuación ha sido lamentable desde la huida de Sadira.

—Todavía me resiento de la lucha con vuestro gaj —se excusó Rikus, intentando evitar el tema de la joven esclava. Cuanto menos supiera el sumo templario sobre sus sentimientos, mejor—. Estaré perfectamente en uno o dos días.

Neeva dedicó al mul una mirada reprobadora, pero no objetó su afirmación.

—En ese caso, tal vez no estés interesado en saber qué le sucedió a la muchacha —repuso Tithian, sarcástico.

—¡Claro que sí! —exclamó Rikus, y, al darse cuenta de que había revelado a su

adversario un punto flaco, añadió—: Tengo una deuda de honor con ella.

—El honor es una mercancía sobrevalorada —comentó Tithian fríamente.

—Es todo lo que tiene un esclavo, mi señor —intervino Yarig sin moverse de su rincón—. Saber qué ha sido de Sadira podría mejorar la forma de lucha de Rikus.

—Muy bien dicho para ser un enano —replicó Tithian, dando un paso al frente para mirar en dirección a Yarig.

Por la mente de Rikus pasó entonces la idea de que podía alargar los brazos fuera de la jaula y romperle el cuello al sumo templario. La idea resultaba tan agradable que el mul se permitió saborear la hipotética sensación de la columna de su amo partiéndose entre sus manos, pero no hizo el menor movimiento para atacar. Rikus seguía queriendo ganar su libertad en los juegos del zigurat.

La expresión salvaje del mul no pasó inadvertida para Tithian, quien dio un paso atrás.

—Mis guardas te matarían al instante.

—Puede —concedió Rikus, con una sonrisa maliciosa—, y puede que no. ¿Qué le sucedió a Sadira?

El sumo templario lanzó una risita divertida.

—Primero, tienes que decirme qué quiere de ti la Alianza del Velo.

Rikus se acarició la pelada cabeza con una mano.

—No sabía que quisieran nada de mí —aseguró el mul. Una imagen de Sadira apareció espontáneamente en sus pensamientos. ¿Estaba conectada la hechicera a la Alianza del Velo?—. Aquellos que Llevan el Velo no son la clase de gente que amaña juegos —añadió rápidamente.

Tithian miró a uno de sus subordinados, un joven demacrado de saltones ojos castaños.

—¿Dice la verdad?

El joven asintió con la cabeza.

—También sabía que era una hechicera.

Comprendiendo que lo habían engañado, Rikus lanzó el brazo por entre los barrotes de la jaula.

—¡Doblegador de mentes! —siseó el mul, cerrando los dedos sobre la sotana del asombrado joven.

Sin dar tiempo a que nadie reaccionara, tiró del hombre en dirección a la reja y le aplastó el rostro contra los barrotes. Al ver que los otros templarios se adelantaban para ir en su ayuda, Rikus sujetó con su mano libre el cuello del doblgador de mentes.

—Le desgarraré la garganta —amenazó.

El joven templario empezó a temblar.

—No os mováis —suplicó, con voz estrangulada.

Yarig y Neeva se acercaron a Rikus, mientras que Anezka se ocultaba entre las sombras, esperando sin duda poder evitar el castigo que estaba segura seguiría a la temeraria acción de Rikus.

Los otros templarios miraron a Tithian, quien sacó con toda calma un pequeño tarro de su bolsillo. El recipiente contenía una oruga púrpura.

—No lo mates, Rikus.

El mul contempló al gusano, pero no soltó al aterrorizado templario.

—Mantened vuestra parte del trato.

Tithian fingió una expresión de sorpresa.

—¿He roto alguna vez una promesa que te haya hecho? —Como Rikus no contestó, el sumo templario siguió—: No estoy seguro de cómo sucedió, pero la compró un amigo mío. No hay necesidad de temer por ella. Agis de Asticles cuida de sus esclavos de la misma forma que la mayoría de las personas cuidan de sus hijos.

Rikus sonrió; luego dio una palmadita al templario en la mejilla y por fin lo soltó y lo empujó hacia atrás.

—Eres un chico afortunado —le dijo.

Tithian volvió a guardar el tarro en el bolsillo, disponiéndose a abandonar el corral.

—A propósito, el pequeño arranque del mul se convertirá en una semana a media ración para todos vosotros —les hizo saber mientras se alejaba.

Anezka arrojó el asta de desportillar de Neeva contra la cabeza de Rikus, quien lo desvió con el brazo, evitando por poco perder un ojo. El mul empezaba a cansarse de ser atacado por la muda halfling, pero comprendía su enojo.

En cuanto los templarios hubieron desaparecido, el gaj dijo:

Tu hembra..., Sadira..., no está a salvo, Rikus.

El mul aplastó el encallecido puño contra la pared de piedra. Los nudillos empezaron a sangrar abundantemente, pero él apenas les prestó atención.

—¿Mentía Tithian? —preguntó en voz alta.

Tithian no mentía, pero ha dicho sólo parole de lo que pensaba, respondió el gaj. *Agis tiene a tu hembra, pero Tithian tiene un informador en la madriguera de Agis. Busca a sus amigos del velo.*

—¿La Alianza?

—¿De qué estás hablando, Rikus? —quiso saber Neeva.

El mul les repitió lo que el gaj le había dicho.

—¿Sadira en la Alianza del Velo? —se mofó Yarig—. Imposible.

—¿Entonces dónde aprendió hechicería? —inquirió Neeva.

El enano se rascó la calva cabeza.

—Es imposible —repitió, tozudo—. Lo habríamos sabido.

¿Qué es lo que quiere hacer Tithian con Sadira y sus amigos?, preguntó Rikus al gaj.

Matarlos, contestó el animal.

Rikus lanzó un grito de cólera y dio un salto en el aire para agarrarse a las costillas de mekillot que formaban el techo del corral. El esfuerzo le desgarró el magullado cartílago, pero no se soltó. Balanceó las piernas hacia arriba y pateó una de las gruesas costillas, intentando romperla.

—¿Qué haces? —exclamó Yarig.

—Escapar —gruñó Rikus.

¿*Antes de que lleguen los alimentadores?*, inquirió el gaj, incrédulo.

El mul dio una nueva patada al techo.

—¿Qué hay de los juegos? —quiso saber Yarig—. ¡No puedes olvidarlos así por las buenas!

—Esto es más importante —jadeó Rikus, encogiéndose por el dolor que sentía en las costillas.

Bajó las piernas en preparación para asestar una nueva patada, pero Neeva lo sujetó por la cintura.

—Déjame hacerlo —dijo—. Estás tan débil que ni siquiera conseguirías abrirte paso a través de un tejado de paja, y mucho menos a través de uno de costillas de mekillot.

—¿Me vas a ayudar a salvar a Sadira? —se asombró Rikus.

—¿Cambiaría algo si dijera que no?

Como Rikus no contestó, Neeva saltó hacia arriba y se agarró a la reja que formaba la techumbre.

—Es lo que pensé —dijo, balanceando las piernas en dirección al techo. Los pies fueron a estrellarse cada uno contra una costilla, y abrieron un agujero tan grande como los hombros del mul.

Yarig contemplaba sus esfuerzos con expresión perpleja y herida.

Cuando Neeva regresó al suelo de la jaula, Rikus dijo:

—Yarig, ya sabes que tú y Anezka podéis venir con nosotros. En cuanto hayamos avisado a Sadira, nos uniremos a alguna tribu de esclavos allá en el desierto. Seremos libres.

—¿Libres? —repitió el enano. Sus ojos se nublaron, y el mul se dio cuenta de que se enfrentaba a un conflicto interno.

Anezka se colocó junto a su compañero y le tomó la mano. Yarig miró a la luchadora muda.

—¿Es eso lo que quieres, Anezka?

La halfling asintió ansiosa.

Yarig clavó la vista en el suelo y aspiró con fuerza varias veces antes de hablar.

—Marchaos. No puedo ir con vosotros. Simplemente, no puedo.

Los salvajes ojos de Anezka traicionaron su desencanto, pero sacudió la cabeza y

se aferró al brazo del enano.

—¡Ve! —ordenó Yarig—. No hay ningún motivo para que te quedes.

La halfling permaneció junto a su compañero.

Neeva contempló a la pareja con lo más parecido a una expresión comprensiva que Rikus había visto jamás en su rostro.

—Yarig, sólo por esta vez, ¿no puedes cambiar de idea? Si tú no vienes, tampoco vendrá Anezka.

—No puedo evitarlo —respondió Yarig—. Ella es libre para marcharse, pero yo debo participar en los juegos del zigurat. Son el eje de mi existencia.

—¿El eje? —inquirió Neeva.

—Los enanos escogen un propósito para sus vidas —explicó Yarig—. Yo he escogido luchar en los juegos del zigurat. Si abandono este propósito, me convertiré en un muerto viviente cuando muera. —Yarig clavó la mirada en los ojos salvajes de Anezka—. Ve con Rikus y Neeva. Tú eres una halfling, no una enana. Tu destino es ser libre.

Anezka negó con la cabeza y se aferró con más fuerza a Yarig.

Neeva decidió dejar de lado por el momento a la sentimental pareja, y volvió su atención a cosas más prácticas.

—Necesitamos un plan, Rikus. Con todo esto lleno de templarios, no podemos esperar salir de aquí como si nada.

Después de que hayan pasado los alimentadores, os ayudaré, ofreció el gaj, golpeando con furia los barrotes de su celda. *Tenéis que llevarme con vosotros.*

—No —contestó Rikus—. No podemos abrirnos paso luchando, de modo que tendremos que salir sigilosamente. Si vienes con nosotros, no tendremos la menor oportunidad.

Puedo esconderos, replicó el gaj.

Deseando que el gaj pudiera comunicarse con más de una persona a la vez, Rikus transmitió a Neeva la petición del animal. Ésta sacudió la cabeza.

—Haremos esto solos —declaró el mul.

¡No! Llevadme o contaré a los alimentadores adonde vais.

Rikus frunció el entrecejo y comunicó la amenaza a su compañera. Ambos se contemplaron durante varios instantes.

—No tenemos elección —refunfuñó Rikus.

—Necesitamos un plan mejor —se quejó Neeva—. Por las dos lunas que no hay manera de que podamos hacer pasar esa cosa por encima del muro sin que nos vean.

Después de que pasen los alimentadores, ocultaré a todo el mundo, repitió el gaj.

—¿Cómo? —quiso saber Rikus.

Confía en mí.

—No confío en ti —insistió Rikus.

El gaj no respondió, pero Rikus tuvo una idea.

—Un grupo de alimentadores entrará en el recinto de los animales, y un grupo de alimentadores saldrá —explicó el mul—. Utilizaremos el carromato para sacar al gaj del recinto.

Tanto Neeva como Yarig sonrieron.

—Sólo porque no vaya a ir con vosotros no quiere decir que no pueda ayudaros a escapar —dijo el enano.

Neeva utilizó ambas manos para hacer un estribo para Yarig, y lo lanzó hacia arriba con la fuerza suficiente para que pasara a través de la abertura del techo. El enano utilizó la cuerda y las poleas para abrir la reja. Los cuatro gladiadores abandonaron la celda, llevando con ellos el trikal de Neeva y el garrote de Anezka. No se molestaron en recoger la espada de Rikus ni el mazo de combate de Yarig, porque ambas armas estaban en mal estado.

Fuera de la celda, el corral estaba casi a oscuras, con tan sólo unos débiles rayos de pajiza luz de luna filtrándose por el techo de piel. El violento clamor de los impacientes animales sonaba ahora con más fuerza que antes.

—Neeva, tú y Anezka deslizaos hasta la entrada y echad una mirada al exterior —ordenó Rikus—. Mirad a ver si podéis descubrir a los templarios.

Neeva asintió, y ella y Anezka se marcharon pasillo abajo en dirección a la entrada.

Acordaos de mí, exigió el gaj. Dejadme, y contaré a los alimentadores adonde os dirigís.

Rikus sujetó la cuerda que pendía frente a la reja del gaj y empezó a tirar.

—No te vamos a dejar, pero debes hacer lo que te diga.

Sí, lo prometo.

Rikus atisbó por entre los barrotes de hierro. El gaj permanecía acurrucado al otro lado de la reja, dos de sus antenas aplastadas contra la cabeza. En el lugar del que Neeva había arrancado la tercera antena, un nuevo tallo diminuto se agitaba vacilante. El gaj había cerrado las mandíbulas, y sus ojos compuestos estaban fijos en el suelo.

Esperando que el dócil comportamiento de la criatura quisiera decir que se mostraría tan cooperativa como había prometido, Rikus tiró de la cuerda. Una oleada de dolor recorrió su magullada caja torácica y arrancó un gemido de sus labios.

Yarig se acercó a la reja para ayudar, pero, antes de sujetar los barrotes, miró al gaj a través de ellos y ordenó:

—¡Retrocede al otro extremo!

La criatura, obediente, se arrastró rápidamente por el suelo de piedra. Con un sonoro gruñido, el enano ayudó con sus fuertes brazos a levantar la pesada reja.

De improviso, el gaj saltó hacia adelante y atravesó la jaula como un rayo de color rojizo. Fue directo hacia Yarig y cerró las dentadas pinzas alrededor del cuello del

enano antes de que éste pudiera gritar.

Rikus soltó la cuerda, y la pesada reja fue a estrellarse contra el caparazón de la bestia, atrapándola a mitad de camino fuera de la jaula. Las patas tubulares de la criatura arañaron enloquecidas las losas del pasillo.

Sin preocuparse de sus doloridas costillas, Rikus saltó en dirección a la cabeza del gaj. La sangre manaba con fuerza de las perforaciones que las mandíbulas del gaj habían abierto en la garganta de Yarig.

—¡Mentiste! —aulló Rikus, asestando un puñetazo a uno de los ojos del gaj.

La mentira es algo muy útil, respondió el animal, sin que pareciera haberlo afectado el golpe.

Rikus volvió a golpearlo, apuntando a una zona situada justo detrás de las tres antenas. El animal replicó azotando al gladiador con una antena que envió un ramalazo de insoportable dolor por todo el costado izquierdo del mul y le paralizó el brazo derecho. El gladiador le pegó con la mano derecha.

El gaj abofeteó a Rikus con la antena otra vez. Imágenes de un vacío gris flotaron por la mente del mul, y sintió que perdía pie. La bestia le dio entonces un golpe con la mandíbula que lo lanzó al otro lado del corredor.

Semiinconsciente, Rikus vio cómo el gaj envolvía la cabeza de Yarig con sus antenas. Respirando con dificultad, el mul se incorporó.

¡No tiene pensamientos!, exclamó el gaj, desilusionado. *Está muerto*.

Con un ligero capirotazo, el animal arrojó el cuerpo sin vida del enano a un lado y se volvió en dirección a Rikus, mientras impulsaba su cuerpo arriba y abajo en un intento de liberarse de la reja.

Reuniendo todas sus fuerzas, el mul se lanzó contra el gaj. Cuando éste abrió las pinzas, Rikus saltó en el aire, pasó por encima de las enormes mandíbulas y clavó ambos pies en el centro de la cabeza del animal. La patada desatascó al gaj y lo lanzó de nuevo al interior de la jaula. El mul se arrojó a la izquierda y aterrizó sobre el estómago mientras que la reja se estrellaba contra el suelo a pocos centímetros de él.

Rikus se arrastró lejos de allí y se quedó tumbado boca abajo. Sólo le quedaban fuerzas para obligar a sus doloridas costillas a coger aire. Los animales enjaulados empezaron a chillar enloquecidos, frenéticos ante el ruido de la pelea y el olor a sangre.

Por fin, el mul vio la luz de una antorcha que brillaba pasillo abajo. Anezka pasó corriendo junto a él, deteniéndose sólo para dejar caer un fardo de ropa frente a Rikus. La luchadora se arrodilló junto al cuerpo de Yarig y, tras cerrar los ojos sin pestañas del enano, apoyó la frente sobre cada uno de ellos en una especie de muestra halfling de afecto que Rikus no comprendió.

Neeva llegó entonces junto al mul, con una antorcha en una mano y en la otra un par de lanzas y un par de dagas de obsidiana. Llevaba puesta una sotana negra de

templario similar a la que Anezka había dejado caer.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó, depositando las armas a un lado y ayudando a su compañero a ponerse en pie.

—El gaj atacó a Yarig —repuso Rikus, señalando en dirección a la jaula—. Mentía sobre lo de venir con nosotros.

—Un truquillo que aprendería de Tithian —observó Neeva y, llevándose una mano al corazón, la extendió luego en dirección a Yarig en el tradicional saludo de despedida de los gladiadores.

Rikus indicó con la mano los pertrechos traídos por Neeva.

—¿Qué es esto?

—Encontramos a los alimentadores y a un par de templarios de escolta en la puerta —informó—. No duraron mucho.

Rikus tomó una lanza y se encaminó a la jaula del gaj. La bestia permanecía agazapada en el rincón, los ojos y las mortíferas antenas dirigidos hacia la puerta.

—Esto es por Yarig —dijo el mul, enviando la lanza por una abertura.

La alabarda alcanzó al gaj en el centro de la zona ocupada por las antenas. El animal lanzó un agudo chillido y escondió la cabeza bajo el caparazón.

—¿Lo matará eso? —inquirió Neeva, sosteniendo la antorcha ante la reja para poder ver en su interior.

—No durante algunas horas, espero —respondió Rikus.

No me has vencido aún.

Los chillidos no cesaron mientras el gaj emitía su mensaje, pero la criatura levantó el caparazón y dirigió la punta del abdomen contra Rikus y Neeva.

—Hora de marcharse —indicó el mul, apartando de allí a su compañera justo en el momento en que el gaj bañaba el pasillo con un vapor fétido.

Neeva ayudó a Rikus a colocarse la sotana negra que Anezka le había conseguido. Le quedaba un poco ajustada, pero el mul confiaba en que le permitiera llegar hasta la salida. Si alguien se acercaba lo suficiente para darse cuenta de lo justa que le quedaba la túnica, Rikus estaba seguro de poder solucionar cualquier problema que pudiera presentarse.

Cuando estuvieron listos para partir, el mul recogió el cuerpo de Yarig, convencido de que al enano no le habría gustado que lo enterrasen en los fosos de los esclavos de Tithian.

—¿Vienes con nosotros, Anezka?

La halfling asintió.

Los tres gladiadores se pusieron en movimiento en dirección a la entrada. Anezka empuñando la lanza, y Rikus y Neeva llevando sendas dagas de obsidiana en el bolsillo. Abandonaron sus acostumbradas armas en la celda, pues trikals, bastones y mazos de combate habrían llamado la atención sobre el trío.

Al salir del corral, Rikus se echó la capucha de la sotana sobre la cabeza. Aunque todavía era temprano, ninguna de las lunas estaba muy alta en el firmamento, de modo que la noche resultaba relativamente oscura. En cada una de las torres, el mul descubrió las oscuras figuras de un templario y dos guardas.

La carreta de cuatro ruedas de los encargados de la comida se encontraba detenida a un lado de la puerta. Un hedor putrefacto se elevaba de los diferentes animales muertos o medio muertos que contenía el carromato.

—Descarguemos esto —sugirió Rikus—. Será mejor que demos de comer a los animales para que se queden callados.

Realizaron a toda prisa lo sugerido por el mul, arrojando, como mejor les pareció, diferentes clases de comida al interior de las jaulas sin tener en cuenta la clase de inquilino de cada una. A los pocos minutos, la carreta estaba vacía. Tras colocar el cuerpo de Yarig en su interior, Rikus cambió la daga por la lanza que empuñaba Anezka e indicó a la halfling que se tumbara junto al cadáver de su compañero.

Se dirigió entonces a la parte delantera del carromato, a la que estaba uncido un único kank. El dócil animal le llegaba al mul un poco más arriba de la cintura. El cuerpo quitinoso de la criatura estaba dividido en tres secciones: una cabeza en forma de pera coronada por dos tiasas antenas, un tórax alargado sostenido por seis patas delgadas y un abdomen bulboso que colgaba de la parte posterior del tórax.

Aunque Rikus no había conducido jamás una de esas criaturas, sí había ido en carromatos tirados por kanks suficientes veces como para comprender los principios básicos de su conducción. Con la mano libre, tomó una fusta que colgaba de la parte delantera de la carreta y golpeó ligeramente con ella al kank en medio de las antenas. Ante su sorpresa, el animal se puso al trote.

—¿Cuánta atención quieres atraer sobre nosotros? —inquirió Neeva, corriendo para mantenerse a la altura de la carreta—. ¡Haz que vaya más despacio!

—¿Cómo?

La rubia gladiadora le arrebató la fusta y pasó el extremo por encima de las antenas del animal varias veces. Este aflojó el paso al momento para marchar a una velocidad más aceptable.

Avanzaron pesadamente por el sendero, y luego giraron a la derecha para tomar la ancha carretera que conducía a la puerta posterior. Varios guardas de las torres se detuvieron para contemplar con atención el carromato, pero ninguno mostró la menor señal de alarma.

Finalmente, la puerta apareció ante ellos. Se trataba de una enorme puerta de madera encajada entre un par de pequeñas torres. Esa noche, cada torre tenía un centinela, con un único templario para supervisarlos a ambos.

Neeva condujo la carreta directamente hacia la puerta, sin variar la velocidad del kank. Los guardas de las torres y el templario observaron sin el menor comentario la

aproximación de los disfrazados gladiadores. Uno de los centinelas hizo girar una rueda dentro de su torre, y la puerta empezó a abrirse despacio.

Los fugados pasaron por entre las oscuras sombras que proyectaban las torres.

—¡Aguardad! —gritó el templario.

Neeva dirigió una mirada a Rikus, y el mul hizo un gesto con la cabeza para indicar que debían obedecer. La musculosa mujer pasó la fusta por encima de las antenas del kank hasta que la carreta se detuvo.

—¿Son cadáveres lo que he visto aquí dentro? —quiso saber el templario.

—Sí —confirmó Rikus—. Insultaron a Tithian. Los vamos a sacar para que se los coman los raakles.

—Será mejor que eche una mirada —suspiró el templario, descendiendo por la escalera.

Neeva dirigió a Rikus una mirada interrogante. Éste se encogió de hombros y miró por encima del hombro a Anezka. La mujer se hacía la muerta, con un brazo doblado desgarbadamente bajo la espalda.

El templario, un humano con barba de tres días, llegó al suelo y se dirigió a la carreta.

—¿Qué es lo que tenemos aquí? —murmuró el templario, introduciendo el brazo en el interior del carromato para tocar el cuello de Yarig. Al sacar los dedos pegajosos de sangre, lanzó un gruñido de repugnancia y mantuvo la mano lejos del cuerpo como si no supiera qué hacer con ella—. Están muertos.

—Desde luego —respondió Rikus—. Los maté yo mismo.

El templario contempló al mul con una expresión de asco, e hizo un gesto indicando que la carreta podía pasar. Neeva apenas si pudo esperar a que la puerta acabara de abrirse para sacar el pequeño carromato de entre las dos torres.

Una extensa llanura de rocosa aridez, bañada por una luz púrpura y tan silenciosa como la misma muerte, se extendía ante ellos.

—¿Adónde vamos ahora, Rikus? —preguntó Neeva, instando al kank a ponerse al trote.

—A la hacienda de Agis de Asticles —contestó el mul—. Dondequiera que esté.

La ciudad subterránea de Tyr

Ktandeo golpeó el banco con su bastón.

—Sentaos.

Sadira obedeció al instante, pero Agis hizo caso omiso de la orden y permaneció en pie. Los tres se encontraban reunidos alrededor del banco de piedra de la parte trasera de la taberna de El Gigante Borracho, con la reluciente cortina de escamas de reptil corrida para disfrutar de una mayor intimidad.

—Por fin nos encontramos de forma oficial —dijo Agis, manteniendo las palmas de ambas manos vueltas hacia arriba en ceremonioso saludo—. Me llamo Agis de Ast...

—Sé quién eres —lo interrumpió Ktandeo, señalando el banco—. Ahora siéntate.

Sadira tiró de Agis, obligándolo a sentarse junto a ella, ansiosa por no enojar más a su contacto. Ella y el noble habían intentado ver a Ktandeo desde la conversación que Agis había sostenido con Tithian. Después de que la pareja hubo pasado dos días dando la lata en la taberna, el anciano había condescendido finalmente a aparecer.

En cuanto el senador se hubo acomodado sobre la piedra, Ktandeo miró a la hechicera, disgustado.

—Estoy seguro de que sabes lo que has hecho.

Sadira no sabía a ciencia cierta si el anciano se refería a sus esfuerzos por concertar una entrevista con Rikus o al haber conducido a Agis a su punto de encuentro, pero asintió de todos modos. Ante la Alianza del Velo, ambas cosas eran ofensas graves.

—Cuando oigas lo que Agis tiene que decir, te alegrarás de que lo haya hecho.

—Será mejor que sea así —replicó Ktandeo—. De lo contrario...

—Algo terrible está a punto de suceder en Tyr —interrumpió Agis—, y sólo vosotros podéis impedirlo.

Antes de que Ktandeo pudiera responder, el tabernero de la barba roja surgió del otro lado de la cortina con una garrafa de espeso vino negro y tres jarras. Agis sacó de

su bolsa varias monedas, pero el anciano colocó su bastón sobre la muñeca del noble.

—No bebería nada comprado con tu oro —dijo el hechicero.

—Puedes beber lo que Agis te ofrece —le espetó Sadira, posando una mano sobre la musculosa rodilla del senador.

Durante los últimos dos días, la hechicera y el noble no habían estado separados durante más de diez minutos seguidos, y la joven había llegado a conocerlo bien.

—Es mucho mejor que sus congéneres —añadió la hechicera.

—¿He oído bien? —inquirió Ktandeo, introduciendo un grueso dedo en su oreja como para limpiarla—. Podría jurar que he oído a una mujer que mata templarios defendiendo la reputación de un esclavista.

—Los hombres a los que maté eran escoria mezquina y asesina, y habrían seguido siendo lo mismo tanto si eran libres como esclavos —repuso Sadira, enrojeciendo—. Agis es un buen hombre, y haber nacido dentro de una aristocracia corrompida no lo cambia.

—Tanto si es un noble como si es un esclavo todo es lo mismo para mí —declaró el tabernero, extendiendo la mano—. Su dinero es todo lo que importa.

Agis dejó caer unas cuantas monedas en la mano del hombre; éste las examinó por un momento y devolvió un pequeño disco de bronce a Agis.

—Si creéis que voy a aceptar esto en lugar de buenas monedas tyrianas, estáis muy equivocado. Jamás he visto una moneda como ésta.

Agis deslizó el disco en el interior del bolsillo de su túnica con expresión contrariada, y sacó dos monedas de curso legal para reemplazarlo.

—No tengo ni idea de cómo ha ido a parar a mi bolsa. Por favor, aceptad mis disculpas.

Cuando el fornido tabernero se hubo marchado, Ktandeo enarcó una ceja en dirección a Sadira.

—¿No saliste de aquí hecha una fiera la otra noche porque estás enamorada de ese gladiador?

—¿Qué si es así? —replicó Sadira.

Ktandeo agitó su bastón en dirección a Agis.

—Ahora hablas como si también te interesara este otro.

—Podría ser —respondió Sadira, y le dedicó a Agis una sonrisa afectuosa, a la que el noble respondió con una expresión ligeramente angustiada—. ¿Qué hay de malo en ello?

Sadira comprendía bien por qué Agis y su contacto parecían alterados, pero no compartía sus puritanos puntos de vista. La educación recibida no le había enseñado a considerar el idilio como un compromiso en exclusiva. Tithian había utilizado a su madre para procrear, y Catalyna, la mujer que le había enseñado el arte de la seducción, había advertido a la joven hechicera sobre los peligros de sentir demasiado

apego por un solo hombre.

—Quizá podríamos discutir mi visita al sumo templario —sugirió Agis.

—Para eso has venido —refunfuñó Ktandeo, mirando con frialdad a Sadira—. Y espero que sea importante.

Mientras Agis relataba su encuentro con Tithian, Ktandeo no dejó de quejarse de las libertades tomadas por Sadira para reclutar a Tithian en nombre de la Alianza. La miró ceñudo cuando Agis reveló que el sumo templario sabía que la Alianza del Velo quería entrevistarse con Rikus. No obstante, cuando el senador describió la pirámide y las bolas que había visto en la memoria de Tithian, el estado de ánimo de Ktandeo pasó de la irritación a la inquietud.

—Tithian está demasiado informado de lo que vosotros dos habéis estado haciendo —comentó Ktandeo, la mirada clavada pensativamente en el puño de su bastón.

—No hay duda de que Tithian tiene a un espía cerca de uno de nosotros —repuso Agis.

—Es tu criado, Agis. Estoy segura de ello —intervino Sadira.

El noble disimuló la reacción producida por la afirmación de la joven levantando su jarra y tomando un trago de vino. Este era un punto en el que no estaban completamente de acuerdo. Cuando Agis había ido a reunirse con Tithian dos días atrás, Caro se había disculpado bajo pretexto de ir a vaciar su vejiga, y no había regresado hasta momentos antes de salir Agis del estadio. Ya entonces a Sadira le pareció sospechosa la prolongada ausencia del enano, pero, cuando se enteró de la interrupción que había estropeado el asalto a la mente del sumo templario, se sintió totalmente segura de que el enano era un espía y se llevó aparte a Agis para advertirle.

—¿El enano que estaba contigo en la subasta de esclavos? —inquirió Ktandeo.

Agis dejó la jarra a un lado con expresión huraña.

—Si se examina lo que Tithian sabe y lo que Caro puede haberle contado, parece probable —concedió Agis—. Pero todavía me resulta difícil aceptarlo. Caro ha permanecido leal a mi familia durante doscientos años.

—Sobreestimas la solidez de la lealtad de un esclavo —opinó Sadira.

—Quizá, pero el objetivo de la vida de Caro es servir a la familia Asticles. ¿Sabes lo que significaría si me traicionase?

—La condenación eterna parece un precio muy alto para la traición —convino Ktandeo—. De todos modos, Athas está lleno de espíritus de enanos, y no podemos saber qué puede haberle ofrecido Tithian. Espero que hayas tenido el suficiente sentido común como para no decirle a tu criado dónde te encuentras ahora.

Agis asintió.

—Lo envié a casa el mismo día de mi encuentro con Tithian. No nos ha visto desde entonces.

—Confiemos en ello —dijo Ktandeo, clavando los ojos en la empuñadura de su bastón—. Lo que viste en la memoria de Tithian es preocupante. —Miró a Sadira—. Te debo una disculpa, querida. Tenías razón: nada es más importante que matar a Kalak, y lo antes posible.

—¿Por qué? —preguntaron Sadira y Agis al unísono.

Ktandeo alzó una mano y sacudió la cabeza.

—Recemos para que nunca averigüéis la respuesta —contestó, dirigiendo la mirada a Agis—. Bien, ¿qué tienes que decir de la propuesta de Tithian? Desde luego, no pensarás que se puede confiar en el sumo templario...

—Sólo en aquello que le convenga a él —respondió Agis—. Pero sí creo que es sincero en lo de colaborar con vosotros.

—Entonces eres un tonto —declaró Ktandeo.

—Puede que no —replicó Agis—. Kalak ha colocado a Tithian en una situación desesperada. No tiene elección excepto volverse hacia los enemigos del rey en busca de ayuda.

—Al mismo tiempo —añadió Sadira—, advirtió a Agis que tuviera cuidado, de modo que...

De la plaza situada frente a la taberna les llegaron algunos gritos ahogados, que interrumpieron a Sadira. Aunque la cortina permanecía corrida, no era lo bastante gruesa como para sofocar los gritos de pánico. La semielfa empezaba a ponerse en pie para investigar el ruido cuando el tabernero sacó la cabeza por un lado de la cortina. En la mano sujetaba el morral en el que Sadira llevaba su libro de hechizos cuando Radurak la había capturado.

—¡Templarios! —siseó el tabernero. Arrojó el morral a las manos de la joven y desapareció.

Sadira se volvió a Ktandeo.

—¿De dónde ha sacado esto? —exclamó, colgándose al hombro. Estaba tan satisfecha de volver a tenerlo que apenas si se sentía preocupada por la presencia de los templarios.

—De Radurak, desde luego —repuso el anciano con sequedad—. Ahora no hay tiempo para hablar de eso. ¡La oferta de Tithian fue un anzuelo y los dos os lo tragasteis!

El hechicero hizo caer el banco de piedra a un lado. Debajo de él, una escalera llena de telarañas descendía al lóbrego interior de la tierra en un precario ángulo inclinado. A los ojos de elfa de Sadira, los primeros peldaños de piedra aparecieron perfilados de un tono azul emitido por la fría piedra. Más allá, el pasadizo le resultaba tan oscuro a ella como a sus compañeros humanos.

—¿Adónde conduce esto? —quiso saber Agis.

Antes de que nadie pudiera responder, se dejó oír al otro lado de la cortina la voz

áspera e inquisidora de un templario. Sin esperar la orden de Ktandeo, la semielfa tomó la mano de Agis y lo condujo escaleras abajo. El anciano hechicero fue tras ellos y volvió a colocar el banco en su lugar, lo que sumió la escalera en la oscuridad. La fosforescencia roja que producía el calor de los cuerpos de sus compañeros y la fosforescencia azul emanada por la helada piedra facilitaban a Sadira toda la iluminación que necesitaba, pero la joven sabía muy bien que sus amigos humanos se movían completamente a ciegas en aquella oscuridad.

—Puedo conjurar un poco de luz —susurró la joven.

—¡Te lo prohíbo terminantemente! —fue la respuesta del anciano—. ¡Sigue!

La semielfa reanudó el descenso por la escalera, conduciendo a Agis de la mano. Ktandeo los siguió un peldaño por detrás, golpeando silenciosamente con el bastón cada peldaño antes de poner el pie en él. A medida que descendían, los sedosos filamentos de las telarañas acariciaban los hombros desnudos de Sadira como un chal de gasa, provocándole escalofríos por toda la espalda. En más de una ocasión, la joven tuvo que reprimir el impulso de darse una palmada en la espalda, víctima de la impresión de que algo se había deslizado por debajo de su blusón.

Peor que las telarañas era la gruesa capa de polvo que cubría los escalones. A cada paso que daba, pequeñas nubéculas ascendían desde el suelo para cosquillearle en nariz y garganta, causándole unas tremendas ganas de estornudar y toser. El polvo era tan espeso que los bordes de los peldaños resultaban resbaladizos y traicioneros, y Sadira resbaló en varias ocasiones, salvándose de caer rodando por aquel pozo de tinieblas sólo gracias a la fuerte presión de la mano de Agis.

Después de un buen rato de precipitado descenso, alcanzaron el final de la escalera. Allí el pozo se convertía en un pasillo, que terminaba casi de inmediato ante una pared de piedra. Sadira se volvió, consciente de la presencia de un olor mohoso y de la refrescante frialdad del aire subterráneo.

—Estamos en el fondo —musitó.

En la parte alta de la escalera resonó un fuerte golpe. Desde lo alto, un estrecho rayo de luz cayó sobre los peldaños, y un enlutado templario apareció en la entrada.

—Sigue —murmuró Agis.

—Es un callejón sin salida —respondió Sadira.

—Falso —siseó Ktandeo—. Permaneced en silencio mientras me ocupo de nuestros amigos.

El anciano esperó con calma a que los templarios encendieran antorchas e iniciaran el descenso. El calor de las pequeñas llamas desbordó la visión elfa de Sadira con una cegadora luz blanca, pero sus ojos no tardaron en adaptarse.

Cuando el primer templario llegó a la mitad de la escalera, los labios de Ktandeo se curvaron en una maliciosa sonrisa.

—Tapaos los oídos.

El anciano apuntó con la empuñadura de su bastón en dirección a la escalera y pronunció una única palabra: «Nok». Una potente luz roja apareció en el corazón de la brillante empuñadura.

Sadira lanzó una exclamación de sorpresa al sentir un curioso hormigueo en lo más profundo del abdomen, y se llevó las manos a los oídos justo en el momento en que Ktandeo musitaba:

—Fuego espectral.

Una tremenda explosión sacudió el pasadizo. Nubes de polvo y pedazos de piedra cayeron sobre el trío, y la misma onda expansiva los hizo tambalear. Un rayo de nebulosa luz salió disparado escaleras arriba. En un principio, la luz se limitó a bañar a los hombres situados en la escalera, iluminando sus rostros asustados con un envolvente chorro de intensa luz roja. Durante algo más que un segundo, los aturridos templarios permanecieron inmóviles dentro del rojo rayo, boquiabiertos y aferrados a sus cortas espadas.

Poco a poco, el hechizo empezó a desvanecerse. La piel de los que habían sido atrapados por el haz de luz se volvió gris y escamosa. La carne empezó a caer de sus cuerpos en forma de fino polvillo, y la escalera se llenó de gritos de dolor. Algunos intentaron huir escaleras arriba, otros se precipitaron hacia abajo, pero sus esfuerzos no sirvieron de gran cosa, pues, a medida que la luz se iba apagando, sus cabellos, ojos e incluso entrañas se convertían en cenizas. Cuando el hueco de la escalera volvió a quedar sumido en las tinieblas y Sadira volvió a depender de su visión elfa para orientarse, todo lo que quedaba de los templarios era un montón de huesos calcinados que rodaban escaleras abajo con un ruido sordo.

—¡El bastón extrajo la magia de nosotros! —exclamó Agis con asombro.

—¿Qué clase de magia es ésa? —quiso saber Sadira; Ktandeo jamás le había dicho que pudiera extraerse energía mágica de la vida animal.

Ktandeo lanzó un agotado suspiro. Extendió la mano para apoyarse en el hombro de Agis, pero no pudo localizarlo en la oscuridad, de modo que Sadira se apartó del noble y deslizó su hombro bajo el brazo del anciano. A sus ojos, el color que emitía el cuerpo del anciano había pasado del rojo intenso al rosa. Al parecer, el hechizo de Ktandeo había extraído casi toda su energía del cuerpo del hechicero.

Apoyándose en el hombro de Sadira, el hechicero avanzó penosamente hasta el final del pasillo y golpeó una piedra con el bastón.

—Empujad aquí —jadeó.

Con la mano que le quedaba libre, Sadira guio a Agis hacia adelante, y éste dio un empujón a la piedra. Una losa del tamaño de una puerta giró hacia adentro frente a ellos mientras nuevos templarios aparecían en lo alto de la escalera. Los hombres del rey empezaron a descender a toda velocidad, maldiciendo y pateando los huesos de sus colegas muertos.

—¡Cogedlos vivos! —aulló una voz autoritaria.

Sadira empujó a Agis al otro lado de la abertura.

—Deberíamos haber matado a Caro cuando tuvimos la oportunidad.

—Esto no hace más que demostrar que no fue él —protestó Agis—. No sabe dónde estamos.

—¡Silencio! —resolló Ktandeo, empujando para pasar al otro lado.

Una vez al otro lado, Sadira inspeccionó rápidamente la oscuridad que los rodeaba mientras Agis cerraba la puerta. Ante ellos se extendía una cueva silenciosa que olía a humedad y descomposición. La cueva estaba llena de las redondas formas azuladas de unas columnas de roca que se alzaban más de tres metros sobre sus cabezas para desaparecer en el interior de una masa amarillenta de diáfanos filamentos que colgaban del techo.

—Nok —volvió a decir Ktandeo, pronunciando la palabra que activaba el bastón; luego nombró el hechizo que deseaba utilizar—: Luz forestal.

El pomo del bastón empezó a brillar. Sadira parpadeó, y entonces vio que la bola de obsidiana estaba rodeada por un pequeño círculo de fantasmal luz violeta. Un hormigueo le recorrió el estómago, lo que le hizo comprender que el bastón estaba absorbiendo energía de ella.

Se escucharon voces ahogadas al otro lado de la losa de piedra que tenían a la espalda. Ktandeo se puso en marcha para conducirlos lejos de allí, pero avanzaba con tal penosa lentitud que Sadira se dio cuenta de que el anciano jamás conseguiría dejar atrás a los templarios. Por suerte, el trío se había adentrado ya varios metros en el bosque de columnas cuando la puerta secreta empezó a abrirse con un chirrido.

El anciano hechicero pasó la palma de la mano sobre el puño del bastón, y la luz violeta se desvaneció. Detrás de ellos, las figuras de los templarios iluminadas por la luz de las antorchas comenzaron a penetrar en la caverna.

—Tú eres nuestros ojos ahora —susurró Ktandeo, tirando de Sadira para colocarla delante—. Te cogeré de la mano. Agis, tú sujeta mi bastón y vigila lo que sucede a nuestra espalda.

Sadira dirigió una rápida mirada por encima del hombro y vio que el número de templarios reunidos al otro lado de la abertura sobrepasaba ya la docena.

—¿Adónde vamos?

Ktandeo la sujetó por los hombros para orientarla de forma que mirara en la misma dirección que él.

—Recto adelante. Cuenta cincuenta columnas y luego detente.

La semielfa tomó la mano de su maestro y empezó a andar todo lo deprisa que consideró soportable para él.

La voz chillona de un templario resonó en el silencio de la cueva:

—¡Han ido por allí! ¡Diez monedas de plata para todos los que estáis aquí si los

cogemos vivos! ¡Diez latigazos si escapan!

—Agis... —llamó Sadira, sin dejar de avanzar. No volvió la cabeza, porque no quería que el calor de las antorchas de los templarios le afectara la visión elfa.

—Nos siguen de cerca —informó el noble.

—¡Corred! —siseó Ktandeo.

—Pero...

—¡Hacedlo! —ordenó.

Sujetando con fuerza la mano de Ktandeo, Sadira empezó a correr a paso corto, sin que sus pies hicieran el menor ruido al chocar contra el frío suelo de piedra. A su espalda, el anciano hechicero tropezaba y avanzaba a trompicones, con la respiración agitada y desigual. Aunque no podía decirse que avanzaran sin hacer ruido, a la joven semielfa no la preocupó el ruido que producían; sus perseguidores hacían tal ruido que tanto ella como sus amigos podrían haber hablado en voz alta sin temor.

Sadira se detuvo una vez que hubo contado el número exacto de columnas.

—Ésta es —anunció—. ¿A qué distancia se encuentran, Agis?

—A tres manzanas. Puede que menos —respondió éste—. Es difícil de decir.

—¿Con qué nos siguen? —preguntó Sadira—. ¿Cilops?

—No veo ninguna señal de domadores ni de animales —contestó Agis, dando un traspie en el desigual suelo de piedra.

El hechicero alzó su bastón.

—Veamos si puedo hacer que vayan un poco más despacio.

Sadira, temerosa de que Ktandeo estuviera demasiado débil para volver a utilizar el bastón, lo obligó a bajarlo al tiempo que decía:

—Déjame a mí.

La hechicera se arrodilló junto a la base de la columna, sacó un pedazo de carbón del morral en el que guardaba el libro de hechizos, y dibujó una serie de runas en forma de puntiaguda llama al pie de la columna.

—Será mejor que nos demos prisa. Cada vez están más cerca —advirtió Agis—. Casi puedo verles las caras. En estos momentos deben de estar sólo a una o dos manzanas de nosotros.

Sadira extendió una mano en dirección al techo y absorbió la energía que necesitaba para el conjuro. Ante su sorpresa, un gran círculo de diáfanos filamentos que pendía sobre su cabeza se secó y tornó negro. El filamento debía de ser alguna especie de planta. Dando gracias porque Ktandeo no podía ver lo que había hecho, Sadira pronunció su conjuro y se levantó.

—No tardarán en vernos —susurró Agis.

—Estoy lista —dijo Sadira, también con un susurro—. Ahora ¿adónde, Ktandeo?

—Veinte columnas a la derecha —jadeó el anciano.

—¡Pongámonos en marcha! —instó Agis.

Sadira volvió a tomar la mano de Ktandeo y se lo llevó de allí. Tan sólo habían pasado seis columnas cuando un templario gritó:

—¡Los veo!

—Espero que tu hechizo realmente funcione —resopló Ktandeo.

—Te sentirás orgulloso —prometió Sadira, sin detenerse.

A los pocos segundos, un sonoro crujido resonó tras ellos. Sadira miró por encima del hombro y vio cómo una columna de doradas y fluidas llamas consumía al que iba a la cabeza del grupo de templarios. El hombre lanzó un alarido y empezó a girar sobre sí mismo en una agónica danza, arrojando enormes goterones de fuego por doquier.

El capitán de los templarios empezó a gritar órdenes a la retaguardia de la columna para que pasaran delante dando un rodeo. A medida que los templarios obedecían, nuevos chorros de fuego brotaban de la base del pilar y se dirigían directamente al hombre más cercano. Varios otros templarios quedaron envueltos en llamas. En cuestión de segundos, la caverna sólo quedó iluminada con una luz dorada y se llenó de angustiados gritos de dolor. Los templarios huyeron en desbandada.

—Vayámonos —apremió Agis—. La confusión no durará eternamente.

—Esperad un momento —pidió Sadira, indicando a sus compañeros que se ocultasen tras una columna.

Alzó una mano hacia el techo y absorbió la energía que precisaba para un nuevo conjuro. Una vez más, un círculo de la diáfana flora que pendía sobre sus cabezas se marchitó y tornó negro, pero, en esta ocasión, el pequeño esqueleto de algún animal de la caverna muerto hacía mucho tiempo se desprendió del techo y fue a caer a los pies de Ktandeo. La criatura tenía un cráneo plano y circular con cuatro oquedades correspondientes a cuatro ojos y seis patas.

Los ojos de Ktandeo se trasladaron del esqueleto al techo, tras lo cual el anciano regañó con voz jadeante:

—¡Mira lo que has hecho!

Sadira se encogió asustada ante la reprimenda, consciente de que se traduciría en un largo sermón, y se apresuró a lanzar el hechizo. Una tenue luz amarilla, que recordaba a una antorcha lejana, apareció en medio de las columnas a la derecha de los templarios. La luz empezó a alejarse muy despacio.

Durante los segundos que siguieron, Sadira contuvo la respiración mientras deseaba que el sencillo hechizo fuera suficiente para engañar a sus perseguidores. Su intención había sido intensificar el engaño añadiendo voces fantasmales a la antorcha fantasma, pero eso era imposible ahora que Ktandeo había descubierto lo delicada que era la vida vegetal del techo.

Por fin, uno de los templarios descubrió la luz.

—¿Qué es eso? —gritó, consiguiendo con un gran esfuerzo hacerse oír por encima

del clamor general.

Sadira hizo un gesto en dirección a la luz, y ésta empezó a moverse con rapidez como si corriera. Los templarios salieron corriendo tras ella, gritándose órdenes los unos a los otros y abandonando a la muerte a los compañeros envueltos en llamas.

—Ahora podemos seguir —anunció Sadira.

Condujo a sus compañeros adelante hasta haber contado veinte columnas, tal y como había indicado Ktandeo.

—¿Adónde ahora? —preguntó.

Los templarios ya no eran más que lejanas voces confusas, y Sadira volvía a depender de su visión elfa para orientarse en la oscuridad.

—Da medio paso a la izquierda —jadeó Ktandeo, apenas capaz de articular palabra.

—Creo que podemos descansar un minuto —sugirió Agis, sosteniendo al anciano—. Parece que los hemos perdido.

—¿Para qué sirven todas estas extrañas columnas? —inquirió Sadira, inspeccionando la pilastra más cercana. Tenía una textura parecida a la madera, pero el tacto de la roca maciza.

—Doy por sentado que estás mirando los pilones —contestó Agis, volviéndose a ciegas en dirección a la voz de la joven—. Estos pilares son los cimientos de Tyr. Esta es la ciudad subterránea de Tyr.

—¿Tyr está construida sobre columnas? —preguntó Sadira—. ¿Por qué?

—Según la leyenda, Tyr se alzaba antiguamente en medio de una enorme ciénaga...

—Eso es más que una leyenda —lo interrumpió Ktandeo con una voz débil, desprovista de su acostumbrada energía—. Pero tenemos cosas más importantes que discutir... como la destrucción provocada por los conjuros de Sadira.

—¿Qué querías que hiciera, dejar que nos atraparan? —protestó ésta.

—Sí —respondió Ktandeo, clavando los ojos en la oscuridad que se cernía sobre la cabeza de Sadira—. Debes mantener el equilibrio cueste lo que cueste. Si te vuelves como el rey-hechicero y sus secuaces, ya no hay forma de volver a ser como nosotros.

—Pensé que habías dicho que matar a Kalak era más importante que...

Dos hombres de delicadas facciones, con las curvadas cejas y los elegantes rasgos de todos los semielfos, saltaron de detrás de dos columnas a la espalda de Ktandeo. Ambos vestían las gruesas sotanas de los templarios. Uno de ellos era casi tan alto como un elfo puro, y el otro mostraba una corpulencia insólita.

—¡A tu espalda! —aulló Sadira, agarrando a Ktandeo y atrayéndolo hacia sí—. ¡Templarios!

El semielfo más alto lanzó una cuerda sobre la joven, y la cuadrada red cayó sobre sus hombros antes de que pudiera reaccionar. El templario ciñó el nudo corredizo, y

la parte inferior de la red se contrajo, inmovilizándole los brazos contra el cuerpo.

Ktandeo activó la luz violeta de su bastón.

Aunque tenía pocas probabilidades de conseguir soltarse, Sadira no dejó de forcejear, con la esperanza de mantener ocupado al largirucho semielfo.

—¡Comandante! —gritó uno de los templarios—. ¡Por aquí!

Ktandeo levantó los brazos para utilizar su magia, pero el templario corpulento pronunció el nombre del rey y, apuntando al anciano hechicero con un dedo, lanzó su propio conjuro. Las manos de Ktandeo se tornaron rígidas, y el conjuro surgió en una mezcla de frases sin sentido. El hechicero intentó sacudirse de encima la magia del templario, pero todo lo que consiguió fue moverse dos veces más despacio que todos los demás.

Agis desenvainó su daga de acero y dio una patada al templario corpulento que lo hizo retroceder trastabillando; luego fue hacia Sadira y cortó de un tajo la cuerda que la aprisionaba.

El templario de mayor estatura soltó la red y retrocedió antes de que Agis pudiera atacarlo. El noble giró sobre sí mismo y cayó sobre el segundo templario justo cuando éste se recuperaba de la primera patada. La daga de Agis cortó el cuello del hombre antes de que éste pudiera sacar la espada de la vaina.

El hechizo que inmovilizaba a Ktandeo desapareció. El anciano dio dos pasos al frente, tropezó con el templario que Agis acababa de matar, y cayó sobre el cuerpo hecho un ovillo.

Cuando Agis se volvió para enfrentarse de nuevo al semielfo alto, el templario se había perdido ya en la oscuridad. En lugar de perseguirlo, el aristócrata terminó de cortar las ligaduras de la hechicera.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —gimió Ktandeo, incorporándose despacio—. Mirad.

Indicó en la dirección de la que venían, y Sadira alcanzó a ver las antorchas que avanzaban hacia ellos.

—¿Cómo escaparemos? —preguntó.

—Seguidme —dijo Ktandeo.

Respirando entrecortadamente, el anciano empezó a guiarlos a un trotecillo corto, iluminando el camino con el resplandeciente bastón. La áspera voz del jefe de los templarios resonó detrás del trío gritando órdenes a sus subordinados. Cada vez, la voz se oía más cerca.

—Quizá deberías apagar el bastón, Ktandeo —sugirió Sadira—. Les facilita la tarea de seguirnos.

—No es mi bastón lo que han estado siguiendo hasta ahora —resopló el hechicero; apoyó las manos con fuerza sobre las rodillas y miró con atención al frente, al lugar donde finalizaba el bosque de columnas. El terreno descendía allí en un

ángulo muy empinado—. Además, casi estamos a salvo.

Ktandeo aspiró con fuerza y los hizo descender por un terraplén hasta un pequeño patio de adoquines. Aunque la sorprendió encontrar algo así bajo la ciudad, Sadira no tuvo tiempo de intentar descubrir su origen. Mientras cruzaban el patio, su atención se centró casi por completo en mirar por encima del hombro, desviando la mirada al suelo muy de tarde en tarde en busca de posibles obstáculos. Cuando alcanzaron el otro extremo del pequeño patio, se veían ya los primeros templarios en la parte superior del terraplén. Estaban tan cerca que podía distinguir entre los que llevaban bigote o barba y los que no. Muchos de ellos habían interrumpido la persecución y miraban boquiabiertos a un lugar que se encontraba por encima de la cabeza de la joven.

Sadira volvió la cabeza al frente y descubrió el motivo de su sorpresa. El bastón de Ktandeo iluminaba la fachada de un inmenso edificio de bloques de granito, que no se parecía a nada que la joven hubiera visto jamás. Una escalinata enorme conducía a varios pares de ornamentadas puertas, cada una colocada en un pronunciado arco rematado por un porche de gablete. Cada gablete estaba adornado por hermosas ventanas de cristal coloreado que mostraban a un hombre de elevada estatura con la cabeza de un águila, un enorme par de fibrosas alas, y la parte inferior del cuerpo en forma de cola de serpiente enroscada.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó Sadira, atemorizada.

—Es el Santuario Rojo —respondió Ktandeo casi sin resuello, ascendiendo despacio la escalera—. Un templo de los antiguos.

Sadira y Agis se detuvieron en seco, pues se rumoreaba que tales lugares eran el hogar de fantasmas y espectros.

—¿Debajo de Tyr? —inquinó Agis.

—Antes de que Tyr fuera una ciénaga, esto era un bosque sagrado —explicó Ktandeo, sin molestarse en volver la cabeza mientras hablaba—. Eso fue hace dos mil años. La ciudad se construyó alrededor de este templo.

En el otro extremo del patio, el jefe templario ladró:

—¡No perdáis tiempo quedándoos boquiabiertos! ¡Si consiguen llegar al interior, os enviaré tras ellos!

Sadira y Agis se apresuraron a seguir al anciano.

—¿Cómo sabéis todo esto? —quiso saber Agis.

—He hablado con los que habitan en el templo —repuso el hechicero, alcanzando la parte superior de la escalinata.

Cuando Sadira llegó junto a Ktandeo, la luz púrpura del bastón iluminaba ya la pared que se alzaba ante ellos. Cuatro pares de ventanas muy altas y en forma de puñal flanqueaban una estatua que representaba a la figura de cabeza de águila en pleno vuelo. En las ventanas, la figura aparecía también volando y con un recipiente

debajo del brazo con el que rociaba de agua un bosque exuberante. Mientras estudiaba la pared, a Sadira le pareció ver pasar por detrás de una de las ventanas en forma de daga la oscura figura de un hombre. La figura dirigió una mirada a Sadira y a sus compañeros, lo que provocó un vuelco en el corazón de la muchacha.

—¡No pensarás hacernos entrar aquí dentro! —exclamó.

—Los puros de corazón no tienen nada que temer en el Santuario Rojo —contestó Ktandeo.

Agis siguió al hechicero hasta la puerta, pero Sadira no se movió.

—¿Qué quieres decir con «puros de corazón»?

Ktandeo señaló con el bastón a la plazoleta que se extendía a sus pies.

—Puedes enfrentarte a los caballeros rojos o a los doblegadores de mentes de Kalak. La elección es sólo tuya.

Al ver que una docena de los esbirros del rey habían cruzado ya la mitad del patio, Sadira tomó una rápida decisión.

—Me enfrentaré a los caballeros.

Ktandeo hizo una señal a Agis para que abriera las puertas del templo. El noble obedeció y retrocedió casi al instante, asustado.

—¡Por Ral!

En el umbral se encontraba la figura de un espectro cubierto de la cabeza a los pies por una armadura de metal. Tenía el visor abierto, mostrando dos ojos rojos que miraban al exterior desde un fondo de tinieblas. Sobre el peto colgaba una cota nacarada en la que también aparecía la figura de cabeza de águila tan prominentemente representada en la fachada del templo, y de la parte superior del yelmo surgía una fantástica pluma roja. El espectro empuñaba una enorme alabarda, y sus ojos llameantes estaban fijos en Agis.

Detrás del guardián se encontraba una habitación cavernosa iluminada por un millar de velas que parpadeaban con una brillante llama roja. Parecía como si cada centímetro del templo hubiera sido esculpido con bajorrelieves de criaturas fantásticas.

—¡Es sorprendente! —exclamó Agis—. ¿Qué es lo que mantiene encendidas todas esas velas, la magia?

—No hay magia en este templo —aseguró Ktandeo—. La fe mantiene las velas encendidas.

Sadira dirigió una inquieta mirada a su espalda. Los doce templarios habían llegado al pie de la escalinata. En el otro extremo de la plaza, el jefe templario gritaba órdenes al resto de sus hombres, enviándolos a lo largo de la parte superior del terraplén para rodear la zona.

—Si hemos de entrar, hagámoslo ya.

Ktandeo pasó junto al espectro y penetró en el interior del templo. El resplandor

violeta de su bastón se apagó en cuanto traspuso el umbral. La zona situada al otro lado de la puerta quedó entonces en la penumbra pero sin sumirse del todo en la oscuridad; la luz de las velas del santuario iluminaban toda la escalinata.

Agis hizo un gesto a Sadira para que entrara la siguiente, pero la joven negó con la cabeza.

—Tú primero —dijo.

El noble avanzó hacia la puerta con su acostumbrada confianza y apostura, pero, nada más poner un pie en el umbral, el espectro lo golpeó en la frente con el extremo de la alabarda.

—¡No! —Su voz resonó hasta el corazón del bosque de columnas.

Agis soltó un grito de sorpresa, para luego retroceder tambaleante mientras se llevaba la mano a la ensangrentada frente.

—¡Malditos nobles! —masculló Ktandeo, sacando medio cuerpo fuera de la puerta.

—¿Por qué no lo deja entrar? —quiso saber Sadira, dirigiendo su pregunta en parte a su maestro y en parte al fantasmal guardián.

—A lo mejor porque tiene esclavos, o quizá por algún otro vicio —respondió el anciano hechicero, levantando el bastón y apuntando el pomo hacia los doce templarios que subían por las escaleras—. Agachaos, los dos.

Mientras Sadira y Agis obedecían, Ktandeo profirió:

—¡Nok! ¡Tempestad silenciosa!

Sadira sintió cómo su estómago se ponía en tensión. Un rayo de luz blanca surgió del extremo del bastón, e iluminó el rostro del templario más próximo. La antorcha del hombre se apagó, y éste se desplomó en silencio hecho un ovillo. Un segundo rayo de luz brotó del bastón, y Sadira sintió cómo le arrebatában más energía. Un nuevo templario se desplomó sin vida. Un tercer relámpago siguió al segundo, y luego un cuarto y un quinto. Con cada uno se apagaba otra antorcha, otro templario moría, y Sadira se sentía más débil.

Cuando el bastón lanzó el duodécimo rayo de luz, Sadira estaba agotada, tumbada sobre las losas del suelo con la respiración entrecortada e intentando no vomitar. Cuando consiguió por fin volver a levantar la cabeza, vio que Ktandeo seguía en la puerta iluminado por la luz proveniente del interior del templo. El hechicero estaba doblado sobre sí mismo y se aferraba a la puerta para conseguir mantenerse en pie. Agis yacía a la derecha de la joven, sujetándose la sangrante herida de la cabeza y respirando despacio y con dificultad.

—¿Y tú me regañaste por matar un poco de musgo del techo? —jadeó la muchacha.

Ktandeo levantó la cabeza, parecía inconmensurablemente anciano y muy débil. El simple esfuerzo de respirar le sacudía todo el cuerpo.

—No he tomado nada que no pueda reponerse —susurró el hechicero—. Lo que tú hiciste destruyó... —Lo interrumpió un violento acceso de tos; cuando terminó, siguió—: Conoces la diferencia. Ahora ven. Si cerramos la puerta, a lo mejor Agis puede escabullirse en la oscuridad.

—Adelante —asintió Agis—. Empiezo a recuperar las fuerzas. Estaré bien. Incluso aunque me capturen, dudo que Tithian les permita hacerme ningún daño.

—No voy a arriesgarme —insistió Sadira, sintiendo que volvían sus energías—. Hemos de conseguir que el guardián cambie de opinión y deje entrar a Agis.

—El guardián no tiene opinión —explicó Ktandeo con un hilillo de voz—. Todo lo que tiene es fe en las enseñanzas de su dios, y esas enseñanzas prohíben que Agis penetre en el templo.

En el otro extremo del patio, media docena de templarios empezaron a descender por el terraplén. Agis se puso en pie e hizo intención de marcharse, pero Sadira lo sujetó por el brazo.

—¡El dios no puede estar vivo todavía! Kalak jamás toleraría algo así debajo de su propia ciudad —protestó Sadira—. El guardián no tiene nada que perder si hace una excepción.

—No lo comprendes —replicó Ktandeo, irguiéndose por completo con un esfuerzo—. Los dioses de los antiguos no son reyes-hechiceros. Eran mucho más poderosos, y los que los adoraban lo hacían con todo su corazón..., no en la forma en que los templarios adoran a Kalak.

—¿Qué les sucedió a esos antiguos dioses? —preguntó Agis.

Ktandeo sacudió la cabeza.

—Como todas las glorias del pasado, se desvanecieron. Nadie sabe por qué.

Sadira empujó a Agis en dirección a la puerta.

—No me importa el decreto de un dios muerto o la fe ciega que tenga en él un espectro.

Ktandeo les cerró el paso.

—Para dejar entrar a Agis, el guardián tiene que faltar a su fe —dijo el anciano con voz cada vez más llena de energía. Señaló con una mano al interior del santuario—. Cada vez que un caballero rojo falta a su fe, una de las velas se apaga. ¿Os parece que se han apagado muchas velas en los últimos dos mil años?

Sadira no tenía tiempo de estudiar la sala, pero a primera vista no le pareció que hubiera ninguna vela apagada.

—Si crees que debes quedarte con Agis, entonces quédate con él —concluyó Ktandeo, cerrando la puerta hasta dejar sólo una rendija por la que se escapaban unos tenues rayos de luz roja—. Dejarme aquí y marchaos. Estaré a salvo hasta que recupere las fuerzas, y Vosotros dos tendréis más probabilidades de escapar sin mí.

—¿Dónde te volveré a encontrar? —inquirió Sadira.

—Yo te encontraré —aseguró Ktandeo, indicándoles que se fueran. Mantuvo la puerta ligeramente entreabierta para poder observar su marcha.

Sadira cogió a Agis de la mano y ambos bajaron corriendo por el lado izquierdo de la escalinata del templo. Parecía como si la hilera de templarios que tenían delante estuviera muy desparramada, de modo que la joven confió en que pudieran escabullirse por uno de los espacios oscuros situados entre antorcha y antorcha.

De improvviso, se escuchó la voz del jefe de los perseguidores que gritaba desde el otro lado de la plazoleta:

—¡Van por el lado izquierdo de la plaza!

Los seis templarios de la plaza cambiaron de rumbo según lo indicado.

—¿Cómo puede localizarnos desde allí arriba? —rezongó Agis, furioso—. ¡Parece como si nos olfatease!

—¡No nos olfatea, pero nos percibe! —exclamó Sadira, comprendiendo de repente cómo habían conseguido los templarios localizarlos en El Gigante Borracho primero y a través de las oscuras cavernas de la Tyr subterránea después.

—¿Qué? —se asombró Agis—. ¿Qué quieres decir?

—¡Mediante la magia! Perciben dónde estamos utilizando la magia —respondió Sadira—. ¿Todavía llevas encima el disco de bronce que intentaste entregar al tabernero?

—Sí, aquí mismo. —Colocó la ficha en la mano de la joven.

Sadira sonrió en la oscuridad.

—Esto es lo que los guía hasta nosotros —dijo, invirtiendo el rumbo y conduciendo a Agis de nuevo escaleras arriba.

Si no se equivocaba con respecto al disco de bronce, pensaba que casi podría garantizar su huida.

—Caro debe de haberlo introducido en tu bolsa antes de que lo enviaras a casa el otro día —susurró Sadira mientras alcanzaban la parte superior de las escaleras—. Los templarios nos siguieron hasta El Gigante Borracho gracias a él, y luego esperaron a que Ktandeo apareciera antes de cerrar la trampa. Con esta chuchería para ayudarlos a localizarnos, podían permitirse ser pacientes.

Desde el otro extremo de la plaza, el jefe del grupo lanzó una maldición.

—¡Han cambiado de dirección! —gritó—. ¡Se dirigen a las puertas del templo!

Los seis templarios de la plaza regresaron sobre sus pasos en dirección al santuario. Por suerte, el pequeño rodeo que los templarios se habían visto obligados a dar había retrasado su avance, y sólo habían alcanzado la mitad de la explanada.

—Hay docenas de personas que entran en la taberna y salen de ella cada día —objetó Agis—. ¿Cómo podían saber los templarios quién era tu contacto?

—Caro otra vez —contestó Sadira, avanzando hacia el hilillo de luz roja que indicaba que Ktandeo mantenía aún ligeramente entreabierta la puerta del templo—.

Estaba allí cuando me compraste en la subasta de Radurak. Puede haber sido capaz de describir a Ktandeo a partir de ese incidente.

Delante de ellos, el parpadeante resquicio de luz se tornó más amplio a medida que la puerta se abría. Ktandeo sacó la cabeza al exterior.

—Cubriré tu huida, Sadira —susurró el anciano.

A la tenue luz roja que brillaba desde la puerta, la muchacha vio cómo el hechicero apuntaba con el bastón a los seis templarios de la plaza.

—Corred —indicó Ktandeo.

—Espera...

En el mismo instante en que Sadira abría la boca para hablar, Ktandeo activó el bastón y ordenó:

—¡Suelo llameante!

Una gota de gas verde fluorescente salió disparada del bastón y flotó hasta el centro de la plaza. Los templarios se detuvieron al ver la nube que descendía sobre ellos. Las piedras empezaron a chisporrotear, y la reluciente neblina se extendió por toda la plaza como una niebla a ras de suelo; luego, en un abrir y cerrar de ojos, transformó su color en un brillante tono azul. Se produjo un fogonazo cegador, y los templarios lanzaron un grito. Cuando la visión de Sadira volvió a aclararse, la plaza estaba sumida en la oscuridad.

Ktandeo gimió y se agarró al marco de la puerta para no caer al suelo. La hechicera dio un paso al frente para sujetarlo, pero un trueno ensordecedor retumbó por todo el rocoso suelo y techo de la cueva. Un rayo atravesó la explanada de la plaza y se estrelló contra la abierta puerta.

—¡Ktandeo! —chilló Sadira, momentáneamente cegada por la luz.

Cuando recuperó la visión, la hechicera vio que el rayo ni siquiera había chamuscado la puerta del templo, y se atrevió a esperar que Ktandeo no hubiera sufrido ningún daño, pero entonces descubrió la desplomada figura del anciano entre las dos puertas.

Sadira corrió hacia él, recogiendo el bastón del lugar al que había ido a parar, y al arrodillarse junto al anciano vio que la sangre le brotaba de los oídos y boca. Aunque el rayo no había ni chamuscado las puertas del templo, sí había aplastado las costillas de Ktandeo.

La hechicera colocó el bastón en la mano de su maestro.

—¿Servirá esto? —preguntó. Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas para ir a caer sobre el rostro del moribundo.

Ktandeo apartó a un lado el bastón.

—No, esta vara sólo mata. —Lo acometió un violento acceso de tos y escupió un hilillo de un brillante líquido rojo. Cuando por fin recuperó el habla, susurró—: Sadira, tienes que ir a ver a Nok.

—¿Nok? —inquirió ella—. ¿Dónde...?

El anciano le sujetó la muñeca.

—¡Escucha! Coge mi bastón y ve a ver a Nok allá en los bosques halfling. Consigue la lanza y mata a Kalak. Tithian os traicionó, pero el peligro que mostró a Agis es real.

—¿Cuál es ese peligro? —quiso saber Sadira.

—Nok, él...

Volvió a ser presa de un acceso de tos, y Sadira aguardó pacientemente a que remitiera. No intentó sugerir que el anciano podría sobrevivir. Habría sido una mentira evidente para ambos, y no pensaba insultar de esa forma al hombre que le había enseñado todo lo que sabía sobre la magia. Cuando Ktandeo dejó de toser, le indicó con la mano que se acercara más.

—Allí averiguarás la respuesta —le indicó—. Hay otra cosa que también debo decirte, Sadira.

Ella se inclinó sobre sus labios para escuchar sus últimas palabras.

—Sí.

—Ten cuidado. —Señaló el morral que contenía el libro de hechicería de la joven—. Si no hubieran aparecido los templarios, no te lo habría devuelto. Te mueves demasiado cerca del borde del precipicio. Si das un paso en falso, caerás en un abismo en el que nunca volverás a ver la luz.

Dicho esto, lanzó un último estertor y cerró los ojos para siempre.

12

El vino de la casa de Asticles

A Rikus no le gustó demasiado el vino de la casa de Asticles. El pálido color dorado le recordaba a algo que prefería no beber, y su ácido y seco aroma le hacía cosquillas en la nariz. Poseía un sabor sutil y ligero que le dejaba la boca seca, y con cada trago sentía la necesidad de beber algo con más cuerpo y más dulce. De todos modos, comparado con el jarabe de frutas que se repartía en minúsculas raciones en los fosos de los esclavos de Tithian, el vino de los Asticles era, cuando menos, bebible, y muchísimo más fuerte de lo que su acuosa apariencia daba a entender. Por si esto no fuera suficiente, al beberlo el gladiador se sentía como si robara algo a un noble, y le gustaba esa sensación.

El corpulento mul alzó su copa de cristal y pidió:

—¿Qué tal si me pones un poco más?

—Toma todo el que quieras. A mi amo no le importará —respondió Caro, que se había presentado como el ayuda de cámara de Agis de Asticles. El arrugado y anciano enano levantó una garrafa y volvió a llenar las copas de sus invitados.

Rikus, Neeva y Caro se encontraban en el patio occidental de la mansión de los Asticles, sentados en un par de bancos resguardados a la sombra de una parra. El emparrado se alzaba en una pequeña islita a modo de patio situada en el centro de un profundo estanque. Un estrecho puente unía la isla a la columnata de mármol que rodeaba el estanque, y a su vez la columnata estaba rodeada por una pared de granito que la aislaba del exterior.

Enormes hojas de nenúfares cubrían la superficie del estanque. Redondas, con los bordes vueltos hacia arriba, parecían gigantescas bandejas colocadas de forma que flotaran sobre el agua. Entre las hojas flotaban flores de corola rosa y pétalos de una blancura nacarada.

De vez en cuando, una flor se balanceaba una o dos veces, y la encrespada cabeza de Anezka hacía su aparición mientras la gladiadora daba unas cuantas brazadas y volvía a llenar sus pulmones con unas bocanadas de aire. La halfling estaba en el

estanque desde que habían llegado, cuando había dejado boquiabiertos a Caro y a sus compañeros al quitarse las polvorientas ropas y arrojarse al estanque.

Rikus y sus compañeras habían pasado los cuatro días anteriores escondiéndose por el desierto, penetrando furtivamente en los bosques de pharo para solicitar información de esclavos que no tuvieran cerca ningún centinela. Pero la verdad es que no habían tenido mucho éxito, pues la mayoría de las plantaciones estaban desiertas, arrasadas por los carroñeros o quemadas por los merodeadores. En las únicas dos ocasiones en que habían encontrado a alguien, el esclavo los confundió con ladrones y salió huyendo dando gritos de alarma. Finalmente los tres gladiadores decidieron salir a la carretera, donde tendieron una emboscada a un templario. Éste les dijo todo lo que querían saber a cambio de una piadosa muerte rápida. Después de cuatro días de sufrimiento, Rikus estaba tan agotado y sediento que se habría unido a Anezka en el estanque de los nenúfares, de haber sabido nadar.

—¿Qué dirá tu amo cuando sepa que se ha bañado una halfling en su estanque? —preguntó Rikus.

Caro contempló el diminuto cuerpo de Anezka que se deslizaba bajo una hoja de nenúfar, y esbozó una torcida sonrisa.

—No te preocupes por mi amo —respondió el enano—. Si quisiéramos, podríamos bebemos hasta la última gota de su vino y nadar en su estanque durante días. Jamás nos diría nada, lo prometo.

—En ese caso, a la salud de Agis de Asticles. ¡Que le vayan bien los negocios! —propuso Neeva alzando su copa; al ver que Caro no la imitaba, inquirió—: ¿Qué sucede? Lo correcto es brindar por la salud del anfitrión.

—Brindar por él sería como brindar por mi esclavitud —declaró el enano, con rostro inescrutable.

—Existen cosas peores que esta clase de esclavitud —replicó Neeva, indicando con la mano el lujoso patio—. ¡Esto es el paraíso!

—Comparado con nuestros fosos de esclavos, quizá —concedió Rikus, haciendo girar su copa de cristal entre dos mugrientos dedos—. Pero la esclavitud es la esclavitud. Dudo que el amo de Caro lo mire de forma muy diferente a como mira estas columnas o su casa. Todo son propiedades.

—Yo no habría podido explicarlo mejor, amigo mío —asintió Caro.

—Olvidad que he hecho este brindis —se disculpó Neeva, empezando a verter el contenido de su copa en el suelo.

Rikus le sujetó la muñeca.

—¡No desperdicies el vino! —la regañó—. Los esclavos no acostumbran beberlo demasiado a menudo. Lo que tenemos que hacer es pensar en un brindis mejor.

—Por vuestra libertad —dijo Caro, alzando su copa.

Los tres vaciaron sus copas de un solo trago. Tras volver a llenarlas, el enano

arrojó despreocupadamente la garrafa al estanque. El recipiente aterrizó sobre una hoja de nenúfar y fue a reposar en el centro de la enorme hoja.

—¿Habéis pensado adonde iréis cuando os marchéis de aquí? —quiso saber Caro. Rikus asintió con la cabeza.

—En cuanto hayamos encontrado a Sadira, nos uniremos a una tribu de esclavos —repuso el mul.

—Me temo que a lo mejor tendréis que esperar algún tiempo antes de poder hablar con Sadira —contestó Caro—. Está con lord Agis en la ciudad, y no sé cuándo regresarán. Quizá deberíais dejarme a mí el mensaje. Me ocuparé de que lo reciba.

Rikus meneó la cabeza.

—Tendremos que esperar...

—No podemos esperar mucho —lo interrumpió Neeva—. Es probable que los cilops estén ya sobre nuestra pista. Si queremos tener alguna posibilidad de escapar, hemos de seguir moviéndonos... y llegar a las montañas antes de que nos atrapen.

—No es justo cargar a Caro con este mensaje en concreto —protestó Rikus.

Neeva clavó los ojos en los de Rikus con expresión serena.

—El espía de Tithian vigila a Sadira. Si Caro está aquí y Sadira en Tyr, entonces Caro no puede ser el espía, ¿no es así?

—¿Espía? —exclamó Caro, boquiabierto. Al cabo de unos instantes consiguió volver a cerrarla para articular—: ¿Cómo habéis descubierto que hay un espía entre la servidumbre de mi amo?

—Es una larga historia que no vale la pena contar —respondió Rikus, que no sentía el menor interés en sacar a relucir el recuerdo de la muerte de Yarig, hablando del gaj—. Si nos dices dónde están tu amo y Sadira, podremos llegar hasta ella antes de ir a las montañas.

—Me temo que será imposible encontrarlos. La última vez que vi a mi amo y a Sadira, se dirigían a una cita. Jamás regresaron —explicó Caro frunciendo el entrecejo, lo que acentuó las profundas patas de gallo que le rodeaban los ojos—. Temó que algo les haya sucedido.

—¡Hemos llegado demasiado tarde! —aulló Rikus, arrojando su copa por encima del estanque. Esta fue a estrellarse contra el muro exterior con un tintineo de cristales rotos que resonó por toda la columnata.

Neeva reaccionó con más calma.

—¿Cuánto hace de esa cita? —preguntó—. ¿Donde debía realizarse?

—Agis y Sadira desaparecieron hace tres días —relató Caro—. Ninguno quiso decir adonde iban, pero los dos actuaban de una forma bastante inicua en relación con ello. Sospecho que su punto de destino estaba en algún lugar del mercado elfo.

—Ahí es a donde iremos —decidió Rikus poniéndose en pie.

El viejo enano se deslizó fuera del banco y saltó al suelo.

—Tengo algo en la casa que puede ayudaros.

—¿Qué es? —se interesó Neeva.

—Se trata de una sorpresa —sonrió Caro—. Estoy seguro de que la encontraréis muy notable.

Una vez que el enano se hubo marchado, Rikus y Neeva volvieron a tomar las armas que habían robado durante su huida de la hacienda de Tithian y sujetaron las dagas a los cinturones de sus taparrabos. Luego Rikus se arrodilló a la orilla del estanque para llamar la atención de Anezka.

En el mismo instante en que el mul vislumbraba la figura de la mujer nadando hacia él, un estrepitoso sonar de pasos retumbó al otro lado de la columnata. Rikus levantó la cabeza y vio la corpulenta figura de un semigigante cerrando el paso por la arcada de acceso. Los cabellos castaños del ser le colgaban sobre las orejas en largos y grasientos mechones, y bajo la protuberante frente se apreciaban unos ojos semicerrados. El semigigante llevaba una túnica púrpura blasonada con la estrella dorada de Kalak, y en una mano empuñaba un brillante garrote de hueso más grande que un enano. Las pantorrillas del hombre eran tan gruesas como los pilares de la columnata, y tenía que mantenerse encorvado para no golpearse la cabeza con el techo.

—¡En nombre del rey Kalak, quedaos donde estáis! —rugió la criatura.

La voz del guarda retumbó sobre las quietas aguas del estanque y resonó en el otro extremo de la pared que rodeaba la columnata. El hombretón avanzó pesadamente en dirección al puente, y otro semigigante, algo más grueso y bajo que el primero, apareció en la entrada.

Anezka sacó la cabeza unos instantes por entre un par de hojas de nenúfar, pero, al ver la consternada expresión de Rikus y a los semigigantes, volvió a hundirse en el agua y desapareció bajo las hojas.

—¡Neeva! —gritó Rikus, poniéndose en pie—. Pásame la...

El mul reaccionó demasiado tarde. Mientras estiraba el brazo para tomar la lanza, ésta pasó silbando sobre su cabeza para ir a clavarse en las costillas del primer gigante, donde se hundió hasta la mitad. El guarda se desplomó de rodillas y luego cayó de bruces al suelo.

El segundo guarda empezó a pasar por encima del cuerpo del primero; un tercer semigigante apareció en la entrada y, al ver el paso obstruido, dio la vuelta por el otro lado.

Rikus escudriñó la zona situada bajo el emparrado en busca de algo que utilizar como arma. Tanto él como Neeva tenían dagas de obsidiana, pero los cuchillos no parecían armas muy efectivas contra los semigigantes.

Los ojos del mul se posaron sobre el banco, lo que le dio una idea. Tras entregar su daga a Neeva, señaló con la cabeza al semigigante más cercano. Rikus no necesitó

decir una palabra para hacer comprender a su compañera de lucha que deseaba que cubriera el ataque que estaba a punto de realizar.

El segundo semigigante terminó de pasar por encima de su camarada muerto y penetró en el puente. Rikus rodeó el banco con los fornidos brazos y lo levantó, gimiendo por el esfuerzo. Luego se volvió en dirección al puente.

El semigigante cubrió un tercio de la longitud del puente de una zancada, a la vez que ordenaba:

—¡Detente!

Rikus cargó contra él, sosteniendo el banco como si se tratara de un ariete. El semigigante sonrió y alzó su garrote.

La daga de Neeva centelleó por encima de la cabeza del mul como un rayo negro y acertó al guarda en plena frente con la empuñadura. Rebotó sin causarle daño y fue a aterrizar sobre una hoja de nenúfar con un ruido sordo. No obstante, el ataque había cumplido su objetivo: aturdir al semigigante el tiempo suficiente para impedir que pudiera asestar un mazazo a Rikus antes de que éste le hundiera el banco contra el pecho.

Un sonoro chasquido surgió del esternón del semigigante, y un fuerte gemido escapó de sus labios. Hizo girar los brazos, y el garrote se estrelló contra el emparrado. Con un estentóreo rugido, el guarda cayó de espaldas contra uno de los pilares. La columna de mármol se rompió por sus tres secciones, y el semigigante aterrizó en el suelo en medio de los restos, entre maldiciones y juramentos de venganza.

El guarda hizo intención de incorporarse, pero en ese momento el techo se desplomó, y media tonelada de cascotes se descargó sobre su cabeza. Sus gritos de agonía quedaron ahogados por el estruendo.

Rikus dejó caer el banco y giró sobre sí mismo. Descubrió que el tercer gigante había abandonado la idea de cruzar el puente y se acercaba al patio atravesando el estanque. Neeva se disponía ya a plantarle cara. Armada sólo con una daga, avanzaba para ir a su encuentro en el borde de la isla.

Anezka emergió entonces a un lado del puente, el tiempo necesario para hacerse con la daga que había caído sobre el nenúfar. Adivinando que su intención era atacar desde debajo del agua, Rikus recogió el garrote del segundo semigigante y se colocó junto a su compañera. Cuando Neeva levantó el brazo para lanzar el cuchillo que le quedaba, Rikus la detuvo sujetándole la muñeca.

—Todavía no.

—A lo mejor tendré suerte.

El mul no respondió, pero siguió sujetándole el brazo, a la espera del ataque de Anezka, y no lo soltó hasta que el semigigante levantó el garrote para golpear a Neeva.

—¡Muchísimas gracias! —exclamó la rubia gladiadora, preparándose para esquivar el golpe en lugar de lanzar la daga.

El guarda se detuvo con el garrote en alto. Con un grito de dolor, bajó la mirada a sus pies y hundió una mano en el agua detrás de su tobillo.

Adivinando que Anezka le había cortado los tendones del tobillo, Rikus balanceó el garrote que sostenía para golpear la cabeza del semigigante. Le dio de lleno, pero la sacudida lo hizo estremecer de la cabeza a los pies y las manos se le entumecieron por efecto de la vibración. Tuvo la sensación de haber golpeado una columna de mármol en lugar de una cabeza.

Sin embargo, el único efecto que el terrible mazazo tuvo sobre el semigigante fue desviar su atención del dolor que sentía en los pies.

—¡Ahora, Neeva! —aulló Rikus—. ¡Lanza la daga!

El macizo puño del guarda salió disparado del agua y golpeó a Rikus en pleno rostro. El mul rodó por el patio unos diez metros y fue a estrellarse contra uno de los postes que sostenían el emparrado.

Mientras Rikus intentaba despejar su cabeza, Neeva lanzó la daga. La hoja dio en el blanco, abriendo una buena hendidura en la mejilla del guarda, que volvió a rugir y levantó su arma para golpear, mientras Neeva saltaba hacia el lugar donde se encontraba Rikus.

Mientras el garrote se estrellaba sobre las losas del patio, el semigigante lanzó un nuevo aullido de dolor y se inclinó en el agua para sujetar su otro tobillo. Aterrorizado, dio un paso en dirección a las columnas, pero tropezó y cayó en el interior del estanque, rodándolo todo de agua y nenúfares. Rikus lo vio agitar desesperadamente los brazos y aferrarse a las columnas para no ahogarse.

Al cabo de unos instantes, Anezka salió del agua, sujetando la ensangrentada daga entre los dientes, y fue en busca de sus ropas.

* * * * *

13

El paso verde

—¡Levántate! —gritó Rikus, clavando la severa mirada en Agis—. ¡No es hora de descansar!

El apuesto noble contempló al gladiador por unos segundos.

—No necesito tu permiso para sentarme —dijo luego con voz tranquila, apoyando de nuevo la cabeza entre las manos—. Ni para hacer ninguna otra cosa.

Se encontraban ascendiendo por las Montañas Resonantes, avanzando con dificultad por un empinado saliente de roca. A un lado, una espira de granito en forma de cono se alzaba amenazadora varios centenares de metros sobre sus cabezas, y al otro un precipicio cortado a pico caía en vertical más de mil metros. A los pies del precipicio se extendía el valle de Tyr. El objetivo de la penosa marcha se encontraba oculto en algún lugar más adelante: la lanza mágica que Ktando había mencionado a Sadira. Aquella arma, de todas las armas de Athas, era la única que les ofrecía el poder de acabar con el rey-hechicero.

—Nos movemos demasiado despacio —se quejó Rikus, temblando bajo el frío viento de la montaña.

El mul no llevaba más que el acostumbrado taparrabos y un par de resistentes sandalias, habiendo rechazado el caballeroso ofrecimiento de Agis de prestarle algo de más abrigo. En la mano, el gladiador empuñaba el único artículo que había condescendido a tomar prestado, un hacha de hueso con dos hojas gemelas colocadas la una junto a la otra.

Rikus indicó al frente, donde el saliente de roca terminaba al borde de la profunda sima.

—¿Dónde está Anezka? —inquirió—. Si la perdemos ahora, jamás podremos encontrar a Nok ni a la condenada lanza de Sadira.

—Seguro que ella regresará —dijo Agis, frotándose las sienes.

Aunque el noble iba vestido en lo que Rikus consideraba un estilo afectado —botas de marcha que le llegaban hasta la pantorrilla, pantalones de cuero, y un peto

rojizo con una capa de lana a juego—, el mul se veía obligado a admitir que al menos las ropas del noble parecían abrigadas.

Agis dirigió la mirada hacia Sadira y Neeva.

—Las mujeres necesitan descansar —añadió.

Rikus siguió la dirección de su mirada y vio que Sadira se encontraba unos metros detrás del noble, vestida con unos pantalones de cuero y un chal de lana. En algún rincón de la casa de Agis, la joven había descubierto también un sombrero con aspecto de corona con un par de elegantes correas que descendían por su nariz y cruzaban bajo las mejillas a modo de máscara. El mul había visto a mujeres nobles ataviadas con sombreros semejantes, y le molestaba ver cómo Sadira imitaba orgullosa sus necias maneras de vestir.

Detrás de la semielfa apareció Neeva, ascendiendo por la ladera de la montaña con paso pesado pero regular. Desde luego, las únicas ropas que Agis pudo facilitar a una mujer de sus proporciones habían salido de sus recintos de esclavos, pero, de todos modos, se la veía muy cómoda con un par de pantalones de cáñamo y una áspera capa de lana, y totalmente a gusto con el trikal de hoja de metal en la mano. La mujer se había mostrado encantada cuando Agis se lo regaló, y eso preocupaba al mul más incluso que el cariño de Sadira por su nuevo sombrero. Este Agis de Asticles se tomaba demasiadas molestias para ganarse el aprecio de un grupo de esclavos fugados.

—Parece como si a las mujeres les fuera mejor que a ti —observó Rikus, mofándose de la debilidad del noble—. Al menos siguen andando.

A pesar de su inflexible actitud, Rikus sabía lo que le sucedía a Agis. Nada más iniciar la ascensión, todos los miembros del grupo habían sentido una cierta falta de resuello y un peculiar agotamiento, que, a medida que Anezka los conducía más hacia las cumbres de las montañas, se iba acentuando. Sentían unas punzadas insoportables en la cabeza, el mero esfuerzo de respirar hacía que sus pulmones parecieran a punto de estallar, y los músculos de sus piernas estaban como adormecidos por el cansancio. La diferencia entre Agis y sus compañeros era que el noble no estaba acostumbrado a las privaciones y penurias prolongadas, mientras que los otros las habían conocido toda la vida.

Haciendo caso omiso de la pulla del mul, Agis introdujo la mano en su morral y sacó su odre de agua. Estaba medio vacío, ya que no habían encontrado agua potable desde que habían penetrado en las montañas tres días atrás.

El noble abrió el gollete, y Rikus lo detuvo.

—No es hora de beber. Guárdalo para más adelante.

Agis dedicó al mul una mueca despectiva.

—Soy yo quien carga con él, de modo que beberé cuando me plazca.

—Nos estamos quedando sin agua —gruñó Rikus, acercándose al noble.

—Nuestras reservas no están ni mucho menos agotadas —replicó Agis—. Además, he estado en el desierto. Puedo encontrar más agua cuando se nos acabe. — El noble paseó la mirada por las áridas laderas de las montañas que los rodeaban, y luego añadió—: Bueno, al menos, antes de que corramos el peligro de morir. —Volvió a llevarse el odre a los labios.

El mul estiró una mano para coger el odre.

—¡Estas estupideces tuyas van a conseguir que muramos todos!

—¿Qué pretendes? —exclamó Agis, apartando el pellejo.

—¡Protegernos a todos nosotros de ti!

El mul se lanzó de nuevo sobre el odre de agua, y en esta ocasión lo cogió por el abierto gollete.

Agis tiró de él en sentido contrario, con la fuerza suficiente para evitar que el otro se lo arrebatara.

—Rikus, si seguimos así, vamos a derramar el agua que queda —dijo con un suave tono de altivez en la voz.

—¿Qué es lo que hacéis, vosotros dos? —gritó Sadira al llegar cerca de ellos.

Rikus hizo caso omiso de ella.

—No pienso dejar que te la bebas toda —anunció, negándose a ceder ante lo que consideraba una amenaza velada—. Antes la vertería en el suelo.

Agis soltó el odre.

—Eres lo bastante idiota para hacerlo, ¿no?

—Debería partirte la cabeza —replicó Rikus.

Sin dejarse impresionar por la amenaza, Agis se volvió hacia Sadira.

—No creo que Rikus hubiera podido ilustrar mejor mi punto de vista, ¿no te parece?

—No me involucrés en esto —repuso ella, frotándose las sienes—. Es algo entre vosotros dos.

—Si pasarais menos tiempo discutiendo, probablemente ya habríamos llegado al bosque de los halflings —los regañó Neeva, reuniéndose con ellos. En lugar de intentar colocarse junto a Sadira sobre el estrecho saliente, la luchadora se detuvo detrás de la semielfa—. Quizá lo que necesitamos es un jefe.

Rikus dedicó una sonrisa a su compañera de lucha, que se transformó en una mueca petulante al mirar a Agis.

—Buena idea —dijo, volviendo a atar la abertura del odre—. Beberemos cuando yo lo diga.

El noble arrugó la frente.

—Neeva dijo que necesitábamos un jefe, pero no he oído que nadie haya sugerido que seas tú.

—¿Qué otro podría ser? —contestó Rikus, mirando a Agis con desprecio—. Tú

eres demasiado blando.

Los ojos de Agis echaron chispas.

—Pasé más de un año aprendiendo a sobrevivir en el desierto —declaró con voz tensa—. Dudo que tu posición social te haya concedido las mismas oportunidades.

—Estamos en las montañas, no en el desierto —le recordó Rikus, no muy seguro de si el noble había hecho el comentario como una reflexión o como un insulto—. Además, no me importa cuánto tiempo pasaste en el desierto. Todavía eres demasiado blando.

—Y tú eres demasiado simple —objetó Agis con ardor—. Confundes la intimidación con el mando, y el único sistema que conoces para solucionar un problema es matarlo.

Rikus contempló a Agis sin decir palabra. Probablemente había algo de cierto en las palabras del noble, pues no lo habían preparado para ninguna otra cosa que no fuera la lucha. No obstante, la idea no redujo su deseo de agarrar a Agis y arrojarlo por el precipicio.

—Ninguno de los dos debería ser el jefe —intervino Neeva, pasando por delante de Sadira.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Que hemos de obedecerte a ti? —se mofó Rikus—. ¡No me digas que *te unes* a esa conspiración idiota para asesinar a Kalak!

Neeva le sostuvo la mirada sin parpadear.

—¿Qué te parece que hago aquí?

Rikus arrugó el entrecejo, incapaz de responder. Había dado por sentado que Neeva realizaba el viaje sólo porque él lo hacía. No se le había ocurrido que pudiera tener otros motivos.

—Si no estás aquí porque quieres matar a Kalak, ¿por qué insististe en venir? —preguntó Agis volviéndose hacia el mul. Éste señaló a la semielfa.

—Para proteger a Sadira. Salvó mi vida, de modo que tengo una deuda de honor con ella. Debo defender su vida hasta que esa deuda quede saldada.

—En ese caso no hay necesidad de que continúes adelante —declaró el senador con una sonrisa—. Soy perfectamente capaz de defender a la joven...

—Olvídalo —le espetó Rikus, dedicándole una mirada furiosa. No había dicho el auténtico motivo por el que se encontraba aquí: sencillamente quería estar junto a Sadira.

—¿Por qué no regresáis vosotros dos? —insistió Neeva—. Viajaríamos mucho más deprisa si no tuviéramos que detenernos cada pocos kilómetros mientras vosotros dos os peleáis por Sadira.

—Discuten, no pelean —apuntó Sadira—. Además, no hay nada por lo que tengan que luchar. Una mujer puede sentirse atraída por más de un hombre.

Neeva puso los ojos en blanco.

—Lo mismo que Rikus nos quiere a nosotras dos —siguió Sadira—. *Nosotras* no peleamos.

—No somos precisamente amigas —objeto Neeva con frialdad—. Y yo no diría que lo que Rikus siente por mí es amor. —Dicho esto, dirigió la vista al final del saliente—. Ahí está Anezka. Si hemos de llegar hasta Nok, lo mejor será que mantengamos su ritmo. No tardará en cansarse de esperarnos.

Rikus dedicó a Neeva una mirada furiosa, pero no dijo nada. Como de costumbre, su compañera había ido a dar en el quid de la cuestión con unos pocos comentarios sarcásticos.

Al volver la mirada al frente, el mul vio a Anezka de pie en el extremo del saliente contemplándolo a él y a los otros con una expresión enojada. La halfling giró en dirección al pico situado a su derecha y, abandonando el saliente, desapareció de la vista.

El mul la siguió y vio que había pasado del saliente a una pequeña repisa de roca. La repisa era tan estrecha que, a primera vista, no parecía más que una línea oscura que atravesaba la parte en sombras de la cima. Discurría por la ladera de granito hasta desaparecer por el lado opuesto de la montaña.

Rikus se tomó unos momentos para sujetar bien el hacha de dos hojas a su morral, y luego pasó a la repisa. Apenas si era más ancha que sus pies y estaba cubierta de una capa de arena suelta. Sin embargo, Anezka se movía por ella con la misma facilidad que si anduviera por el pasillo que conducía al gran estadio de Tyr. Rikus siguió sus pasos, no muy seguro de que la repisa fuera a aguantar su peso.

Descubrió con sorpresa que el estrecho saliente parecía bastante sólido, pero que la gruesa capa de tierra que lo cubría resultaba una amenaza constante. En dos ocasiones, durante los primeros pasos, las lisas suelas de sus sandalias resbalaron sobre la suelta superficie y estuvo a punto de verse precipitado al negro abismo que se abría a sus pies. Miró por encima del hombro para advertir a quien fuera detrás de él de lo traicionero del terreno, pero se contuvo al ver que esta persona era Agis. Aunque Rikus hubiera querido protegerlo, dudaba que el aristócrata hubiera tomado su advertencia amistosamente.

Rikus se colocó de cara a la montaña para poder utilizar ambas manos para sujetarse, y empezó a moverse muy despacio por la repisa, apartando la tierra con el pie antes de dar cada paso. Siempre había oído decir que no se debía mirar abajo cuando se estaba en un lugar elevado, de modo que intentó mantener la vista fija en la cima de la montaña.

Al cabo de un rato, descubrió que era un terrible error. El interminable cielo que se extendía sobre su cabeza le llenaba la mente de imágenes de un abismo sin fondo a sus pies. Llevaba recorrida casi una cuarta parte del camino cuando una imagen de su cuerpo cayendo a la sima pasó por su cerebro. Se vio rebotando por la escarpada

pared, la musculosa figura volviéndose más pequeña a cada segundo que pasaba mientras el eco de su aterrorizado grito se apagaba en la lejanía. Finalmente, su cuerpo se encogió hasta convertirse en un punto y desapareció en el abismo.

Rikus desechó la visión lo mejor que pudo y siguió el penoso avance por la repisa. A mitad de camino, el mul se imaginó, no su fornida figura cayendo a la sima, sino la de Neeva. La vio rebotar en la pared del precipicio una vez, dos, para luego precipitarse silenciosamente al fondo del abismo. Sacudió la cabeza para aclararla y siguió adelante. Descubrió consternado que los músculos de las rodillas le temblaban.

Cuando ya casi había llegado al final, el pie delantero de Rikus resbaló en el momento en que apoyaba todo el peso del cuerpo sobre él. Lanzó un breve grito, pero consiguió sujetarse a los salientes de roca y evitar la caída. Las piernas le empezaron a temblar; su respiración se volvió entrecortada y rápida, y la visión se le llenó de puntitos blancos. El mul cerró los ojos y se aferró a los salientes con tanta fuerza que le dolieron los antebrazos.

Agis se deslizó hasta Rikus.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Necesitas ayuda?

—¡No! —siseó el otro, manteniendo los ojos cerrados—. Estoy bien. ¿Cómo les va a Neeva y Sadira?

—Mejor que a nosotros, me parece —respondió Agis—. Se han atado la una a la otra.

—¿Qué? Eso es una estupidez —opinó Rikus—. Si una cae, arrastrará a la otra con ella.

El rostro ceñudo de Agis estaba empapado en el frío sudor del miedo. Al igual que el mul, se aferraba a las rocas con tanta fuerza que las venas de sus antebrazos parecían a punto de estallar. Al noble también le temblaban las rodillas, pero no tanto como al otro.

A pesar de que le producía una peligrosa sensación de mareo, Rikus echó la cabeza hacia atrás para poder mirar a las dos mujeres. Se habían atado con una cuerda y avanzaban por la repisa con mucha más tranquilidad que los dos hombres. Primero avanzaba Neeva todo lo que daba de sí la cuerda. Sadira aguardaba en su lugar, observando a la otra mujer con gran atención, lista para lanzar un hechizo que las salvara a ambas de caer. Cuando la cuerda de Neeva quedaba tensa, ésta buscaba un lugar en el que poder apuntalarse, y, mientras Sadira se iba acercando, la gladiadora recogía la cuerda, lista para coger a la menuda hechicera en el momento en que ésta diera un paso en falso.

—No es mala idea —aprobó Rikus.

—Me pregunto si no deberíamos intentar algo parecido —sugirió Agis.

Rikus echó una mirada al morral que llevaba colgado a la espalda; luego miró por entre sus pies a las oscuras profundidades del abismo.

—¿Te crees capaz de sacar la cuerda de tu bolsa?

Agis miró abajo.

—No lo creo.

—Yo tampoco —confesó Rikus—. Tendremos que seguir adelante lo mejor que podamos.

El mul reemprendió el lento avance por la repisa. Al poco rato, Rikus olió una extraña fragancia, un olor terroso que no había percibido nunca antes. Parecía dulce y amargo al mismo tiempo, con un trasfondo de perfume y descomposición. Rikus miró hacia el oeste. Anezka los esperaba no muy lejos, en el lugar en el que la repisa daba la vuelta a la montaña.

Detrás de la halfling, una silueta borrosa ocupaba toda la extensión de la cordillera. Parecía una nube verdosa y turbia posada muy cerca del suelo. En ciertos momentos, las formas que adoptaba le recordaban vagamente a Rikus los escasos árboles vistos en el valle de Tyr, pero jamás había visto un árbol que se retorciese y agitase como éstos parecían hacer.

Al acercarse más, Rikus oyó los salvajes cacareos y chillidos de extrañas criaturas. Además, el viento traía consigo algo que el gladiador jamás había sentido sobre su piel: una neblina fría. En el aire flotaba el perfume de la lluvia recién caída, y el mul pudo ver ahora que la extraña silueta que ocupaba la parte superior de la cordillera era, en realidad, el conjunto formado por las copas de los árboles de un bosque; un bosque que parecía bailar, pero un bosque de todos modos.

El mul no podía contar el número de veces que habían coronado cordilleras o pasos de montaña similares durante los últimos días. En cada ocasión habían esperado ver aparecer ante ellos los enormes bosques de los halflings, para encontrarse sólo con las laderas rocosas de montañas aún más altas ocultas detrás de la que acababan de franquear. Rebosante ahora de alegría y excitación, Rikus volvió la cabeza y dedicó a Agis una amplia sonrisa.

—¡Hemos llegado! —dijo, señalando la cadena de montañas.

El pie del mul resbaló entonces, pasando inesperadamente la mitad del peso de su cuerpo a la mano sujeta todavía a la pared de la montaña. Sus dedos se despegaron del saliente y arañaron la pared intentando aferrarse a cualquier minúscula protuberancia de la superficie rocosa.

Rikus se dobló hacia atrás.

La pared de la montaña pareció apartarse de él, y Rikus se encontró contemplando la inmensa bóveda del cielo azul. La distante cima centelleó ante sus ojos unos segundos, y luego oyó cómo Agis lo llamaba.

Rikus vio cómo los pies le pasaban por encima de la cabeza; luego las marrones profundidades de la sima parecieron precipitarse a su encuentro. A lo lejos escuchó gritar a Neeva y Sadira, e incluso le pareció oír un gorjeo de soprano procedente del

lugar donde se encontraba Anezka. Rikus dio una nueva voltereta y vislumbró a Agis mirándolo con intensa concentración mientras le apuntaba con un largo dedo.

El mul tuvo la impresión de que su corazón dejaba de latir. Una sensación de terror nauseante y vertiginosa se apoderó de su estómago, y sus oídos se llenaron con el sonido de sus propios gritos. Deseó lo único que podía desearse ante tales circunstancias: morir de miedo antes de que su cuerpo estallara en un torrente de sangre al chocar contra las rocas del fondo.

Cuando volvió a girar sobre sí mismo por el impulso de la caída, un círculo de oscuridad apareció bajo su cuerpo y lo envolvió. Una helada ráfaga de viento le arrebató el aire de los pulmones. Mientras atravesaba el negro túnel, Rikus tuvo tiempo de preguntarse de dónde habría salido aquel círculo, pero, antes de hallar la respuesta, su cuerpo fue a chocar contra el suelo.

Se le cortó la respiración, y todo su cuerpo se convirtió en una masa dolorida. El mul se enroscó sobre sí mismo en posición fetal. Para sorpresa suya, el dolor continuó. Se sintió patinar por una empinada ladera y, cuando abrió los ojos, descubrió verdes helechos y un suelo negro y fértil bajo las mejillas.

Unas fuertes manos diminutas lo sujetaron por los hombros y detuvieron su descenso. Rikus levantó los ojos, y ante ellos aparecieron las suaves y familiares facciones de un rostro pequeño de mirada extraviada.

—¿Anezka? —jadeó, descubriendo con gran asombro que todavía respiraba.

La halfling le dedicó una mueca y asintió con la cabeza. Apoyando firmemente los pies a cada lado de los hombros de Rikus, la mujer consiguió tirar de él hasta colocarlo en una posición más o menos sentada. El mul lanzó una ahogada exclamación ante el panorama que se ofreció a sus ojos.

Las montañas de este lado de la cordillera eran más empinadas que las que daban a Tyr. En lugar de desnudas rocas de color amarillo anaranjado, las laderas de este lado estaban cubiertas por un espeso bosque de coníferas de agujas de color añil. Estos gigantescos árboles daban la impresión de estar realizando alguna primitiva danza giratoria; sus rojos troncos estaban segmentados en articulaciones giratorias que crujían y gemían a medida que el fuerte viento los retorció obligándolos a adoptar una interminable sucesión de formas distintas.

Había también árboles más pequeños —al menos Rikus los consideró árboles— con grandes troncos de corteza blanca en forma de bolas. De la parte superior de estos globos surgían torrentes de enormes frondas en forma de corazón.

Largas tiras de musgo colgaban de las ramas de ambas clases de árboles, de cuyos adamascados mechones brotaba una sorprendente y colorida colección de hongos, la mayoría en forma de campanas, cuya circunferencia era tan grande como el puño de Rikus. Sobre el suelo florecía una abultada y ondulante masa de maleza amarilla. A lo lejos, ante los ojos de Rikus, se alzaban más de una docena de empinadas cadenas

cubiertas con la misma abundante vegetación.

Una nube enorme cubría la base de las montañas como una inmensa manta de algodón, despidiendo unos destellos rosáceos bajo la luz del sol poniente. Esa misma nube enviaba zarcillos de espesa neblina al interior de cada uno de los profundos valles situados entre las montañas que tenía delante.

Rikus apenas si se dio cuenta cuando Agis apareció a su espalda.

—Disculpa por el accidentado aterrizaje.

El mul no prestó atención a la disculpa.

—Es una suerte que Anezka viniera con nosotros —dijo, indicando el enorme bosque que tenían más abajo—. Sin ella, jamás podríamos encontrar a Nok en medio de todos esos árboles.

14

Cantarina

Una peculiar serenata de dulces gorjeos, subrayada por el suave repiqueteo de una mansa lluvia, despertó a Agis. Sin abrir los ojos, el noble se giró en su lecho de hongos-nube —el nombre que habían dado al manto de abultados y blandos hongos que cubría el suelo del bosque— y bostezó. Con gesto lánguido extendió los brazos para abrazar a Sadira, pero, en lugar de su suave piel, tocó algo regordete y caliente, cubierto de ásperas cerdas. El gorjeo se tornó más suave y melodioso.

—¿Quién está ahí? —preguntó Agis. A medida que se iba despejando, recordó que, para reducir en el grupo la tensión producida por los celos, todos habían estado de acuerdo en dormir solos.

El noble abrió los ojos y, a la pálida luz del alba, se encontró con una hilera de seis ojos de color zafiro que lo contemplaban. Bajo los relucientes globos, un par de colmillos flexibles se encontraban ocupados en arrancar un puñado de hongos-nube del suelo e introducirlos en una boca peluda. Mientras comía, la criatura frotaba entre sí dos pares de relucientes patas delanteras, produciendo la serenata que lo había despertado. Otras cuatro patas sostenían el cuerpo en forma de bidón sobre el que descansaba su mano, y un enorme abdomen de color amarillo limón colgaba de sus cuartos traseros.

Con una ahogada exclamación de sorpresa, Agis apartó la mano y desenvainó la espada. La enorme araña reaccionó ascendiendo rápidamente por una cuerda de seda que salía de su abdomen hasta una blanca telaraña suspendida en lo alto. Permaneció allí, colgando cabeza abajo y frotando las patas delanteras para producir una música dulce y tranquilizadora.

El noble se sentó, sin dejar de observar con gran atención a la cantarina araña. Lo asombró descubrir que, mientras dormía, la criatura había tejido en lo alto una sólida telaraña en forma de tienda de campaña, sujetándola a los troncos articulados de cuatro coníferas danzantes. Aunque la telaraña se balanceaba y ondulaba a medida que el viento daba formas diferentes a los árboles, Agis no podía quejarse del refugio

ofrecido por la obra de la araña. Fuera de la especie de tienda caía una llovizna persistente, pero él estaba tan seco como si hubiera estado durmiendo bajo el techo de su propia mansión.

Se veían una docena de baldaquines semejantes en la zona. Debajo de cada uno, una araña gorjeante se dedicaba a alimentarse de hongos-nube. Tanto Sadira como Neeva y Rikus se encontraban protegidos por una de aquellas telarañas; sólo Anezka yacía expuesta a la lluvia, hecha un ovillo empapado y temblando de frío. Al parecer, la halfling se había dormido durante la guardia, pues estaba tumbada en el suelo a cierta distancia de su cama.

La araña colgada sobre la cabeza de Agis lanzó un gorjeo vacilante y estiró dos patas en dirección al suelo. Riendo entre dientes de su instintiva aversión por la criatura, el noble guardó la espada. Ante su sorpresa, la araña descendió por una gruesa hebra de seda y aterrizó a su lado. El animal reemprendió el interrumpido desayuno, trinando en un tono satisfecho que hizo apreciar a Agis lo pacífica que era la mañana en el bosque. En contraste con los llameantes amaneceres del valle de Tyr, aquí la luz del amanecer era suave, con el cruel sol oculto tras una espesa niebla matinal.

Meditabundo, el noble contempló a sus dormidos compañeros. Sus cuerpos estaban tensos e inquietos, como si incluso en sueños se encogieran bajo el látigo... o, lo más probable, como si soñaran con el día en que matarían a aquellos que los mantenían esclavos.

—¿Qué es lo que hago aquí, *Cantarina*? —inquirió Agis, dando un nombre al arácnido. De improviso se sentía muy consciente de las grandes diferencias que lo separaban de sus acompañantes—. Mis antepasados me considerarían un loco por arriesgar las tierras de los Asticles y su nombre por unos esclavos.

La araña lanzó unas cuantas notas festivas y, acercándose más a Agis, restregó el erizado cuerpo contra su pierna. El noble adivinó que la criatura quería que le frotase la espalda, pero le era imposible volver a tocarla. No dejaba de contrariarlo el que la apariencia de la araña lo intimidara, pero, por muy amistoso que fuera el animal, seguía resultando repugnante.

En lugar de tocarla, Agis siguió hablando.

—De todos modos, sabemos qué es lo correcto, ¿no es así? Si mis antepasados hubieran actuado siguiendo sus principios en lugar de su miedo, quizá no tendríamos que preocuparnos de lo que Kalak esté planeando para los juegos.

Mientras Agis hablaba, una cortina de musgo se hizo a un lado al otro extremo del campamento, y apareció una pareja de halflings que se acercaron sigilosamente a la tienda de telaraña más cercana, sus pasos ahogados por el repiqueteo de la lluvia. Se parecían a Anezka en tamaño y aspecto, excepto que los dos eran hombres y se cubrían sólo con unos peludos taparrabos. La lluvia dejaba largos chorretones de

negro barro sobre sus cuerpos al arrastrar con ella parte de la mugre que los cubría. Ambos hombres empuñaban lanzas de punta de pedernal, y de sus cinturones colgaban cortos cuchillos de afilado hueso.

El noble iba a despertar a sus amigos cuando los dos halflings depositaron con sumo cuidado las lanzas sobre el suelo y se precipitaron hacia la araña a la que se habían estado aproximando. No quebraron ni una rama ni produjeron ningún ruido que Agis pudiera percibir, y ni siquiera su víctima parecía haberse percatado de su presencia.

Tomando su espada, el noble se arrastró hacia la abertura de su tienda. *Cantarina* giró sobre sí misma para mirar en la dirección a la que él se dirigía; gorjeó lo que parecía una nota inquisitiva y lo siguió, pero ni ella ni los demás miembros de su especie prestaron la menor atención a la presencia de los halflings. Agis se detuvo, preguntándose por qué la araña que lo acompañaba no parecía asustada. O bien no podía ver a tanta distancia, o los de su especie eran algo así como una mascota o ganado de los halflings.

No tardó en obtener una respuesta. La criatura a la que se dirigían los halflings giró en redondo para enfrentarse a sus atacantes. Los gorjeos del animal se transformaron en un único chillido de alarma; luego se quedó silencioso e intentó desesperadamente subir hasta su tela. Al mismo tiempo, *Cantarina* y todas las demás arañas ascendieron precipitadamente a las respectivas telas, sin dejar de trinar excitadas.

La presa de los halflings no fue lo bastante rápida en alcanzar su tela y sus atacantes la agarraron. Mientras los hombrecillos luchaban con el animal para inmovilizarlo en el suelo, Agis salió a la fría lluvia y preguntó a gritos:

—¿Qué estáis haciendo?

Los halflings, que habían sacado ya las dagas de afilado hueso, miraron en dirección a Agis. El noble señaló el morral que colgaba a su espalda.

—Si tenéis hambre, tenemos comida suficiente para compartirla.

Aunque Agis se dirigió a ellos en tono amistoso, los halflings tomaron sin duda las palabras del extranjero por una amenaza y salieron huyendo por la abertura trasera de la tienda de su presa. Desaparecieron en el interior del bosque tan silenciosa y rápidamente como habían llegado, dejando las lanzas abandonadas en su huida.

Detrás de Agis, Rikus lanzó un juramento, y se oyó una exclamación de Neeva.

—¡Apártate, bestia peluda!

Sadira fue al parecer la última en despertar y ver las arañas. Lanzó un agudo chillido para luego preguntar:

—¿De dónde han salido *estas cosas*?

Agis no contestó, ocupado todavía en intentar localizar a los halflings. Por desgracia, no parecía que fuera a ser muy fácil. Ni una rama se movía para marcar el

lugar por el que habían pasado. La única señal de su estancia en el campamento era la araña a la que habían atacado, que había ascendido a su tela y trinaba enojada desde allí. Las otras arañas se tranquilizaron y empezaron a frotar las patas entre sí entonando alegres y animadas canciones.

Rikus fue el primero en llegar junto al noble.

—¿A qué viene todo ese ruido, Agis? —quiso saber, el hacha doble de hueso en una mano y la bolsa en la otra—. ¿No estarás asustado de una pequeña araña? —Señaló con la mano en dirección a una tienda cercana, en la que la araña había vuelto a deslizarse al suelo mediante su hilo de seda.

—Las arañas y yo nos llevamos muy bien, en especial porque me gusta dormir seco —respondió Agis, extendiendo una mano con la palma hacia arriba en medio de la helada lluvia que lo empapaba ahora—. He hecho huir a un par de halflings.

—¿Halflings? —inquirió Neeva, llegando junto a ellos.

Antes de que Agis pudiera contestar, Sadira se les unió, el morral colgado ya del hombro y el bastón de Ktando en una mano; con la mano libre intentaba alisarse los cabellos y limpiarse los hombros.

—Puedes dejar de acicalarte —le indicó Neeva—. Después de unos minutos bajo esta llovizna, vas a tener tan mal aspecto como todos nosotros.

Sadira los contempló a todos con un aire de animosidad.

—Lo soportaré, supongo. No tengo ninguna telaraña encima, ¿verdad? —preguntó—. No soporto las telarañas.

Neeva puso los ojos en blanco, pero hizo girar a la semielfa para poder inspeccionarle los hombros.

—No hay telarañas.

—Estupendo —dijo Sadira con un suspiro de alivio—. Bien, ¿qué es eso de unos halflings?

—Estaban ahí —explicó Agis—. Los ahuyenté, pero quizá podemos convencerlos para que regresen.

—Los halflings son demasiado asustadizos para eso —gruñó Rikus—. Anezka tendrá una mejor...

El mul se vio interrumpido por otro chillido de araña, esta vez procedente del lugar donde había dormido Agis. Éste se volvió y vio a Anezka debajo de su baldaquín de seda, luchando con *Cantarina*.

—¡Anezka, no! —gritó Agis, corriendo en dirección a la diminuta mujer.

Llegó demasiado tarde. La mujer levantó la daga de acero que él le había dado y la hundió en el abdomen de la araña. *Cantarina* dejó de luchar, pero siguió frotando las patas emitiendo unas notas quejumbrosas y agonizantes.

Cuando Agis se acercó, vio que la araña estaba tumbada de espaldas, con Anezka sentada a horcajadas sobre su tórax, después de haberle abierto una profunda herida

en su abdomen. *Cantarina* intentaba sacarse de encima a la halfling empujándola con las cuatro patas más próximas a ella, mientras seguía gorjeando su agonía.

Anezka hundió el brazo en el tajo abierto en el abdomen de la araña, rebuscó en su interior por unos instantes y, dando un brusco tirón, sacó un puñado de huevos cubiertos de espuma. Las patas de *Cantarina* se movieron con renovado frenesí, llenando el aire con un sonoro aullido. También las otras arañas respondieron con entristecidas melodías.

Agis agarró a la halfling por los hombros.

—¿Qué estás haciendo?

Los brazos de Anezka estaban cubiertos de un limo verde procedente del abdomen de la araña. La halfling le dedicó una mueca amenazadora y, a modo de explicación, empezó a comer los huevos.

Esto era más de lo que el noble podía soportar. Agarró a la halfling de nuevo y la arrojó al suelo tan lejos como le permitieron las fuerzas, sin preocuparse de adónde fuera a aterrizar. Después, se volvió hacia la araña que entonaba ahora una afligida melodía. Dispuesto a acabar con el sufrimiento de *Cantarina*, desenvainó la espada... pero advirtió que no tenía ni idea de cómo matar a la araña de forma rápida e indolora.

—¡Agis, a tu espalda! —gritó Rikus.

El noble giró en redondo y vio cómo Anezka levantaba su daga para arrojársela. Rikus saltó junto a la halfling y le golpeó el brazo en el mismo instante en que lanzaba el arma. El cuchillo fue a hundirse en el suelo a los pies de Agis.

El noble paseó la mirada de la daga a Rikus.

—Gracias.

—Sólo te devuelvo lo que hiciste por mí en las montañas. Ahora estamos en paz —contestó el mul con brusquedad, al tiempo que sujetaba a la halfling para evitar que intentara un nuevo ataque. La mujer gruñó incoherentemente y se debatió para soltarse de Rikus.

—No es muy elegante arrojar por los aires a nuestra guía —dijo Neeva, clavando los ojos en el rostro de Agis—. Además, ¿qué es lo que te molesta tanto? No es mas que una araña.

—Arañas o no, son criaturas amistosas —respondió Agis, señalando los baldaquines suspendidos sobre sus cabezas—. Les habría resultado igual de fácil tejer sus telas en otro sitio, y entonces habríamos pasado una noche húmeda y fría.

—Supongo que sí —concedió Sadira, reuniéndose con ellos—. Pero lo que menos necesitamos son nuevos motivos de resentimiento en este grupo. Si Anezka quiere comer araña, déjala. Después de todo se trata de su bosque.

Agis se dio cuenta, una vez más, de las diferencias existentes entre él y sus cuatro compañeros. Los gladiadores habían pasado toda su vida luchando para divertir a

otros, de modo que para ellos la agonía de la araña debía de parecer una nimiedad. Sin duda, incluso Sadira había visto —o incluso sufrido— cosas mucho peores en la hacienda de Tithian. No era extraño, pues, que contemplaran el dolor del animal con indiferencia, mientras que el noble, que había evitado deliberadamente siempre tener que enfrentarse a cosas tan desagradables, lo viera con horror y repulsión.

Pero, incluso considerando las diferentes educaciones recibidas, Agis se sentía irritado por la crueldad de la halfling. Tener a alguien en su grupo que se comportase de una forma tan insensible lo hacía sentir de la misma forma en que pensaba se sentía Tithian: haciendo simplemente lo que era necesario para sobrevivir. Si iba a arriesgar vida, propiedades y nombre, el noble estaba decidido a hacerlo por principios, no por un espíritu práctico.

—No me importa si Anezka es nuestro guía —declaró—. No permitiré la tortura innecesaria, ni a ella ni a nadie.

—Si te hace sentir mejor, pídele que mate su desayuno antes de devorarlo, pero no inicies una pelea por ello —aconsejó Neeva; luego, señalando al centro del cuerpo de *Cantarina*, indicó—: Si quieres que esta araña deje de sufrir, húndela aquí... hasta el fondo.

Agis hizo lo que le sugería. En cuanto la espada se hundió en el cuerpo de la araña, ésta dejó de retorcer las patas y murió al momento.

—Gracias —dijo, limpiando la espada en los hongos-nube—. ¿Cómo sabías dónde debía hundirla?

—En el estadio hemos luchado a menudo con arañas de una clase u otra —explicó ella, volviéndose hacia el lugar donde había dejado su morral—. Sigamos nuestro camino.

Agis recogió la daga que le había arrojado Anezka y fue hasta donde Rikus seguía sujetando a la halfling.

—Estando conmigo, agradecería que fueses más selectiva sobre lo que comes y cómo —dijo a la menuda mujer.

Rikus hizo una mueca burlona.

—Sólo un noble sería tan blando como para preocuparse porque alguien se come una araña.

—Puede —respondió Agis, sin apartar los ojos de Anezka—. Pero lo he dicho en serio.

El noble guardó la daga de la halfling en su morral. Su intención había sido devolvérsela a Anezka como señal de buena fe, pero por la forma en que ella lo había mirado supo que la halfling la habría utilizado para atacarlo en cuanto le volviera la espalda.

En cuanto Agis volvió a colgarse el morral al hombro, Rikus soltó a la halfling. Anezka recogió sus cosas furiosa, y luego condujo al grupo montaña abajo,

moviéndose por el bosque con tanta facilidad y silencio como si anduviera por un terreno seco y llano. Detrás de ella, Rikus y Neeva se abrían paso por entre los árboles con toda la gracia de un par de rocas rodando por la ladera de una colina. Sadira seguía a los gladiadores, sosteniendo el bastón de Ktandeo en una mano y agarrándose al follaje de los árboles con la otra, mientras intentaba no perder el equilibrio. Agis cerraba la marcha, sopesando cuidadosamente dónde ponía el pie, pero maldiciendo en voz baja al resbalar cada cinco o seis pasos que daba.

Descendieron por la cima de la fangosa cadena durante más de una hora antes de que el camino quedara cortado por un abrupto precipicio. Sin detenerse, Anezka se limitó a cambiar de dirección para evitar la sima. Tras escoger uno de los lados de la montaña, descendió por las empinadas laderas con la gracia de un leopardo de las montañas. Los demás la siguieron con más trabajo, acompañando el blando tamborileo de la lluvia con los ruidos de su marcha: ramitas rotas, rocas desprendidas y algún que otro grito asustado cuando resbalaban y caían al suelo.

Al cabo de un rato, escucharon un débil siseo procedente del barranco que se abría al pie de la cordillera. Rikus y Neeva empuñaron las armas y las sujetaron en posición de ataque. Agis desenvainó la espada, y Sadira se dedicó a considerar en silencio todos los conjuros que le acudieron a la memoria en aquel momento.

Anezka se rio de ellos y siguió montaña abajo. El siseo aumentó en intensidad, cambiando a un continuado y sonoro chisporroteo que resonaba en los árboles. Agis intentó imaginar qué clase de criatura podría hacer tal ruido, pero jamás había oído nada como aquello y no se le ocurrió ninguna posibilidad.

Por fin llegaron a un claro entre la maleza. Rikus y Neeva se detuvieron en seco. Sadira y Agis se desviaron rápidamente cada uno a un lado de los dos gladiadores y también se detuvieron, los ojos casi a punto de salirseles de las órbitas.

Una faja de agua de seis metros de anchura les cortaba el paso, lanzando destellos plateados y blancos mientras corría por un estrecho canal rocoso. Agis se acercó a la orilla del río, escuchando cómo rugía y borboteaba mientras seguía su embrollado curso. Anezka penetró en el agua y empezó a beber.

—¿De dónde sale todo esto? —preguntó Rikus, quitándose el morral para poder sacar su odre y llenarlo.

—De la lluvia —contestó Agis, sacando también su odre.

—Hay demasiada agua para eso —intervino Neeva—. Tendría que llover cada día para mantener lleno este barranco.

—¿Qué te hace pensar que no es así? —inquirió Sadira, indicando con ambas manos el espeso bosque que los rodeaba—. Las plantas necesitan agua. Toda esta cantidad de plantas debe de necesitar mucha agua.

—¿Lluvia cada día? —se burló Rikus—. Eso es imposible. He visto cinco tormentas en toda mi vida, y eso es mucho para alguien de mi edad.

—Puede que la lluvia sea atraída por medio de magia —sugirió Agis mientras su mente luchaba por encontrar una respuesta al problema de cómo podía existir algo tan maravilloso como un bosque—. Si los hechiceros extraen su magia de las plantas, quizá las plantas puedan hacer magia que produzca la lluvia.

—No hay duda que hay algo de mágico en todo esto —asintió Sadira—. Pero, ¿quién puede decir el qué? Podría ser el mismo bosque, o alguna otra cosa. No estoy segura de que lo lleguemos a comprender... y a lo mejor tampoco tendríamos que hacerlo.

—No, en eso te equivocas —replicó Agis—. Si el bosque puede existir en las montañas, entonces también puede existir en otras partes de Athas. Para que eso suceda, primero tenemos que averiguar qué es lo que hace que crezca.

Rikus terminó de llenar su odre.

—El noble tiene la cabeza tan mal como el cuerpo —farfulló el mul.

—No sé qué decir —terció Neeva—. ¿Viste sus plantaciones de pharo? Si alguien puede hacer crecer un bosque, creo que esa persona es Agis.

—Gracias, Neeva —dijo Agis, animado por su apoyo—. Si pudiera vivir en el bosque durante un año...

—Lo que sea que Kalak planea para Tyr estará hecho y olvidado —lo interrumpió Sadira—. Quizá podremos reverdecer Athas con árboles algún día, pero no ahora. —Señaló con la mano río abajo. Anezka los había dejado y les llevaba ya mucha delantera, avanzando en silencio por la orilla—. Intentemos no perderla. Me temo que no volvería a buscarnos.

Tras cerrar rápidamente los odres de agua, echaron a correr por el barranco en pos de la halfling. Finalmente, la hondonada los condujo al interior de un profundo cañón de paredes casi verticales, y la corriente se transformó en las efervescentes aguas de un tumultuoso río. Todo el cañón se estremecía bajo la fuerza de la poderosa corriente de agua, y el tronar de sus torrentes ahogaba cualquier otro sonido en el interior del valle.

Aunque la llovizna había cesado por fin y el sol achicharraba la rocosa orilla, Anezka seguía adelante sin permitir que el grupo se detuviera para admirar el río. La halfling los condujo orilla adelante, y al fin llegaron a un sendero sobre el que pendían ramas de árboles cubiertas de musgo.

Nada más penetrar en el sendero, Agis observó por el rabillo del ojo una rama que se agitaba, y entrevió la silueta de un halfling oculta detrás del mismo árbol. El halfling apuntaba un pequeño arco a la espalda de Rikus.

—¡Rikus, al suelo! —gritó Agis.

El mul obedeció justo antes de que se escuchara un sonoro chasquido procedente del escondite del hombrecillo. Una pequeña flecha de treinta centímetros de longitud pasó volando por encima de la cabeza de Rikus y fue a clavarse en el bulboso tronco

de un árbol de frondoso ramaje. Cuando Agis volvió a mirar al lugar donde había descubierto al atacante, el halfling ya no estaba allí. Neeva y Sadira giraron en redondo con las armas en la mano. En el momento en que Agis desenvainaba la espada, Anezka desapareció entre los árboles del otro lado del sendero.

—¿Dónde están? —exclamó Rikus, volviendo a ponerse en pie.

—Sólo vi a uno y desapareció —informó Agis.

—¿Lo perdiste? —le espetó el mul, enojado.

—Tú ni siquiera lo viste —hizo notar Agis, sus ojos escudriñando todavía los árboles.

Neeva arrancó la flecha de la blanca corteza del árbol.

—No van a hacer mucho daño con esto.

Rikus le arrebató la flecha de la mano y estudió la punta.

—Estaba cubierta con algo —observó—. Todavía se ven restos en el extremo.

Los tres llegaron a la misma conclusión a la vez:

—¡Veneno!

Un nuevo chasquido sonó desde el borde del camino. Esta vez, la flecha acertó a Neeva en el muslo. La mujer lanzó un grito de temor y se la arrancó de la pierna de una palmada. Con la otra mano, apuntó su trikal a un grupo de temblorosas ramas de conífera.

—Ahí está —dijo, avanzando en la dirección que indicaba.

Las rodillas se le doblaron al dar el segundo paso, y cayó de bruces al suelo. Sadira se arrodilló a su lado. Rikus lanzó un grito de cólera y saltó por encima de las dos mujeres. Sin hacer caso de los frenéticos gritos de Agis y Sadira para que tuviera cuidado, el mul desapareció entre las sombras del bosque.

Agis hizo intención de seguirlo, pero casi al momento Rikus aulló:

—¡Ya he pescado al pequeño bastardo!

Se escuchó un fuerte golpe, y el mul apareció en el sendero sujetando con una mano el cuerpo de un halfling inconsciente.

—A lo mejor un rehén los desanimará...

Un nuevo chasquido surgió del otro lado del sendero, y una flecha se alojó en el pecho desnudo del mul. Rikus se la quitó con un rápido movimiento de la mano, y luego arrojó al inconsciente halfling contra su atacante. Cargó contra la maleza una vez más, maldiciendo y lanzando juramentos, pero se desplomó antes de abandonar el sendero.

Sadira apuntó su bastón por encima de la cabeza del mul, pero Agis le gritó:

—¡No!

Sin dar más explicaciones, dirigió una mano a cada lado del sendero y cerró los ojos. Tras abrir una brecha de energía desde su nexo a ambos brazos, el noble imaginó una cuerda invisible que corría desde lo más profundo de su ser hasta la punta de sus

dedos. Al cabo de un instante, sintió en las manos el hormigueo del poder paranormal.

Como recordaba la predilección de los halflings por las arañas gigantes, Agis decidió utilizar un par de creaciones mentales para buscar venganza en nombre de *Cantarina*. Imaginó que cada una de sus manos tomaba la forma de una araña gigantesca, pero no del tipo cantarín que a Anezka y a sus compatriotas les gustaba comer; éstas eran negras y brillantes, con enormes cuerpos bulbosos y caparazones tan duros como la piedra.

Estas arañas carecían de existencia física, pues no vivían más que en la mente del noble. No obstante, en cuanto los halflings volvieran su atención a Agis, las arañas parecerían tan reales a los pequeños guerreros como cualquier otro elemento del bosque.

Dando por sentado que en aquellos momentos los guerreros lo contemplaban ya, Agis visualizó las falsas arañas saltando de los extremos de sus brazos. Cuando aterrizaron sobre el suelo, cada una era ya tan grande como Rikus. Las dos criaturas corrieron al interior del bosque sobre ocho gruesas patas equipadas con zarpas tan afiladas como las uñas de un leopardo de las montañas y tan largas como un cuchillo.

Al fijar su atención en Agis, los halflings habían creado un débil contacto mental entre ellos y el noble; las enormes arañas localizaron uno de estos tenues hilos y lo siguieron como si se tratara de hebras de una telaraña hasta su punto de origen. A través de los ojos de sus arañas, el noble vio alzar los arcos a los dos halflings que lo vigilaban. Cada uno ajustó una flecha de punta negra en la cuerda del arco.

Justo en el momento en que apuntaban, los cazadores de Agis penetraron en sus mentes; los dos halflings lanzaron un grito de terror y soltaron las cuerdas de sus arcos, con lo que las pequeñas flechas fueron a clavarse en el suelo. Dejando caer los arcos, echaron mano a las dagas, totalmente convencidos de que las criaturas eran reales. Agis visualizó los colmillos de las arañas que goteaban veneno, e hizo que las dos bestias atacaran. Los desconcertados halflings gritaron y se aferraron a los enormes colmillos que creían estaban atravesando sus cuerpos. Se debatieron unos instantes, agitando los brazos con frenesí mientras intentaban liberarse. Finalmente, los guerreros quedaron como aletargados y callaron, convencidos de que los habían matado.

Agis sabía que esa creencia no duraría, ya que no había penetrado en las mentes de sus víctimas tan profundamente como para persuadirlas de que estaban realmente muertas. Hacerlo habría requerido un tiempo y una energía muy valiosos. Además, matar a los pequeños guerreros no habría sido muy sensato, teniendo en cuenta que los halflings poseían la lanza que él y sus amigos necesitaban.

Cuando los dos halflings dejaron de debatirse, el noble permitió a sus cazadores que deambularan por el bosque un poco más, esperando a que otros emboscados

concentraran sus pensamientos en él. Al cabo de unos momentos, se sintió bastante seguro de haber eliminado a todos los emboscados que quedaban.

Tras cortar el flujo de energía que alimentaba las arañas, Agis posó las manos sobre las rodillas y respiró con fuerza. El ataque había sido uno de los más potentes que conocía, y había supuesto una tensión considerable para su cuerpo.

—Estamos a salvo... por ahora —resopló.

Sadira lo contempló dudosa.

—¿Qué quieres decir?

—El Sendero —se limitó a explicar Agis—. ¿Cómo están Neeva y Rikus?

—Todavía respiran. No parecen estar en peligro de morir.

—¿Puedes despertarlos?

Sadira lo intentó sacudiéndolos, pegándoles y gritándoles, pero nada funcionó.

—Tendremos que esperar hasta que recobren el conocimiento.

—No podemos —repuso Agis, meneando la cabeza—. Los halflings se recuperarán dentro de una hora más o menos.

Sadira observó a los dos gladiadores.

—¿Por qué no nos habrá sucedido esto a nosotros en lugar de a ellos? —se quejó—. Jamás los moveremos.

—¿No puedes hacer nada? —preguntó Agis, recuperando por fin la respiración.

Sadira negó con la cabeza.

—No conozco ningún conjuro para transportar gente.

—¿De qué sirve la magia? —suspiró Agis, acercándose al cuerpo inerte de Rikus—. A ver si puedes encontrar a Anezka.

—No vale la pena intentarlo —respondió Sadira—. La vi corriendo sendero abajo cuando Rikus cayó.

Agis cerró los ojos y soltó un largo suspiro de desilusión.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Sadira se encogió de hombros e indicó el sendero.

—Debe de conducir a alguna parte. Tenemos las mismas posibilidades de encontrar a Nok ahí que en cualquier otro sitio.

Con la ayuda de Sadira, Agis hizo rodar a los inconscientes gladiadores sobre sus espaldas hasta colocarlos uno al lado del otro, y sujetó sus armas bajo sus cinturones. Agarró a cada uno por una muñeca y cerró los ojos; luego abrió un sendero desde su centro de poder al interior de sus cuerpos. Los imaginó convirtiéndose en nubes y alzándose del suelo por sí mismos.

En cuanto los gladiadores empezaron a flotar en el aire, Agis se incorporó. Con mucho cuidado de no perder el contacto con sus cuerpos, bajó los ojos hacia el camino y anunció:

—Pongámonos en marcha, y deprisa. No creo que pueda mantenerlos así más de

unas cuantas horas. Además, debemos estar lo más lejos posible de aquí cuando despierten los halflings.

Con Sadira a la cabeza, anduvieron hasta media tarde sin incidentes. Finalmente el valle se ensanchó para convertirse en una amplia cuenca y el sendero dejó de discurrir junto al tumultuoso río.

La semielfa se detuvo de improviso y miró a sus pies.

—Es hora de que descansemos —jadeó Agis, agradecido—. Estoy tan cansado que apenas puedo distinguir el sendero del bosque.

—No me detuve para descansar —replicó Sadira, indicando una pequeña tira de cordel marrón que cruzaba el sendero—. Nuestros amigos nos han preparado una sorpresa.

Hizo intención de pasar por encima del cordel, pero Agis la contuvo.

—¡Espera! —Señaló con la cabeza en dirección al trikal de Neeva—. Comprueba el suelo al otro lado. Esta cuerda resulta demasiado evidente.

La semielfa enarcó una ceja.

—Vaya, eres muy desconfiado, ¿no?

No obstante, tomó el trikal e hizo lo que le sugería Agis. Una alfombra de ramas entretejidas, cubiertas por una fina capa de tierra, se hundió y fue a caer al fondo de un profundo pozo con un ruido ahogado.

Sadira tragó saliva y se volvió hacia Agis.

—Ya no parece seguro seguir por este camino.

Agis estaba a punto de contestar cuando un halfling apareció en el sendero detrás de Sadira.

—¡Cuidado! —gritó.

El noble soltó las muñecas de los gladiadores y tiró de Sadira. Mientras la echaba a un lado, escuchó el chasquido de la cuerda de un arco y algo punzante se le incrustó en el cuello.

En ese mismo instante, la aturdida hechicera tropezó con la cuerda tendida sobre el sendero. Sonó un fuerte crujido sobre sus cabezas y al instante un tronco cayó de los árboles y se abalanzó sobre ellos.

El noble dio un paso al frente, intentando empujar a Sadira fuera de la zona de peligro, pero las rodillas se le doblaron. Mientras caía, se giró y vio cómo el tronco golpeaba a la joven en la cabeza. Extendió una mano, pero se encontró cayendo de espaldas muy despacio, casi como si el aire se hubiera espesado. Agis comprendió que el veneno le había afectado el cerebro y que estaba cayendo en el pozo que habían descubierto. Lo último que vio antes de desaparecer bajo tierra fue el cuerpo inanimado de Sadira cayendo sobre la maleza.

El puente animado

A Sadira le martilleaba la cabeza como si tuviera una docena de tamborileros en su interior, todos ellos tocando la misma melodía primitiva. Le zumbaban los oídos, sentía punzadas en las sienes, e incluso le dolían los dientes. Tenía los ojos demasiado doloridos para abrirlos, y sentía una especie de nudo en el estómago. Se encontraba tan mareada que no creyó que debiera ponerse en pie todavía; sin embargo, ante su sorpresa, eso era exactamente lo que al parecer estaba haciendo: estar de pie.

La hechicera intentó llevarse una mano a la dolorida cabeza y descubrió que le era imposible. Por alguna razón que no comprendía, no podía mover el brazo derecho. Lo intentó con la izquierda y descubrió que también este brazo estaba inmovilizado. Sentía un terrible dolor punzante en ambas muñecas.

Temiendo estar paralizada, Sadira abrió los ojos. A medida que su visión se aclaraba, descubrió que el ruido de tambores provenía de fuera de su cabeza, no de dentro. Ante ella se extendía un pequeño prado cubierto de blando musgo, teñido de rosa por la luz del sol de la tarde. En los extremos del claro había una docena de hombres halflings ataviados con calzones, los ojos bien abiertos y vidriosos mientras tocaban un ritmo salvaje sobre unos altos tambores.

Un montículo se alzaba hacia el cielo en medio del prado. Sadira echó una ojeada a la estructura y, a pesar de su turbia visión, vio que la habían construido totalmente de enormes bloques de piedra gris. Una escalinata empinada ascendía por su parte central, pero aparte de esto la estructura era perfectamente lisa, con sólo unas diminutas rendijas allí donde encajaban los bloques.

Sobre el montículo había una pequeña casa de mármol blanco, con un humeante brasero de cobre frente a la puerta. Junto al brasero estaban depositadas las armas y los morrales que Sadira y sus amigos habían llevado consigo al bosque. Frente al montón se encontraba Anezka y un hombre halfling de mirada salvaje. El hombre estaba cubierto de pintura verde, y una corona de ramas tejidas le rodeaba la enmarañada melena; en las diminutas manos, el hombre sostenía el bastón de

Ktandeo.

A Sadira se le cayó el alma a los pies. Después de utilizar el bastón en la hacienda de Agis, había comprendido que era mucho más peligroso de lo que había sospechado. Con todo, no le hacía ninguna gracia verlo en manos de un salvaje del bosque; ella y sus compañeros lo necesitarían para combatir a Kalak.

Al mirar a la base del montículo, descubrió que allí crecía un solitario roble. El majestuoso árbol parecía extrañamente fuera de lugar en un prado rodeado de danzarinas coníferas, pero su aislamiento no le había impedido crecer recto y fuerte.

Distribuidos alrededor del tronco del roble se veían docenas de hombres y mujeres halflings, todos ellos sosteniendo cuencos de madera. Algunos se habían adornado los brazos o piernas con plumas de brillantes colores, pero aparte de eso ninguno de ellos llevaba encima otra cosa que escuetos taparrabos. Todos miraban con aire expectante en dirección a la parte superior del montículo.

—Estás despierta. —La voz sonó a la izquierda de Sadira.

—Me siento como si estuviera muerta —respondió Sadira con voz temblorosa, volviendo la dolorida cabeza hacia Agis.

El noble estaba colgado unos pocos metros más allá de una losa de piedra colocada verticalmente sobre el suelo. Sus manos y pies estaban sujetos por unas tiras de cuero pasadas por unos agujeros especiales. Al pie de la losa había una especie de sumidero, teñido de sangre seca.

—¿Qué sucedió? —inquirió Sadira. La cabeza se le había despejado al fin, y se dio cuenta de que colgaba de una piedra similar. El dolor de las muñecas lo causaban las ataduras.

Agis le relató su captura y le explicó cómo ella había tropezado con la cuerda cuando él intentaba salvarla de la flecha envenenada.

—Lamento el golpe en la cabeza —concluyó.

—Está viva y consciente —dijo una voz femenina—. Ninguno de vosotros tiene la culpa de esto.

Sadira volvió dolorida la cabeza a su derecha y vio a Rikus y a Neeva colgados también de losas de piedra.

—Fue Anezka quien nos condujo a la emboscada, no Agis —estuvo de acuerdo Rikus—. A lo mejor lo hizo por lo de la araña...

—Y a lo mejor no —interrumpió Neeva—. Dudo que lo lleguemos a averiguar, pero ahora no es el momento de preocuparse por eso. —Inclinó la barbilla en dirección al montículo de granito—. Creo que por fin vamos a conocer al que nos ha capturado.

Sadira miró en la dirección indicada por Neeva. El halfling pintado de verde dio un paso fuera del montículo y quedó suspendido en el aire. Pero, en lugar de caer, empezó a flotar lentamente hacia el suelo en dirección a la hechicera y sus amigos.

Sostenía el bastón de Ktandeo entre ambas manos, de la misma forma en que un hombre de tamaño normal empuñaría un garrote de combate.

Detrás de él, Anezka descendió del montículo por la empinada escalinata. Al llegar abajo se le unieron media docena de halflings con brazaletes de plumas alrededor de los brazos. Uno de ellos le entregó un cuenco de madera, y luego se dirigieron hacia Sadira y los otros.

Cuando el flotante halfling se posó en el suelo frente a Sadira, la esclava vio que llevaba un enorme aro de oro colgado de la aguileña nariz. Tiras de plata batida le rodeaban las orejas, y una gran bola de obsidiana colgaba de una cadena alrededor de su cuello.

El halfling contempló a Sadira con aire indignado.

—¿Dónde conseguiste este bastón? —inquirió.

—¿Quién quiere saberlo? —respondió Sadira.

El halfling la miró amenazador, evidentemente sorprendido de que se atreviera a desafiar su autoridad. Cuando Sadira le sostuvo la mirada sin parpadear, contestó:

—Soy el Árbol Universal, cuyas raíces producen fruto para que mi pueblo pueda comer. Soy el Pájaro de la Lluvia, cuyas alas riegan la tierra de agua para que mi pueblo pueda beber. Soy la Serpiente del Tiempo, cuya cola es el pasado y cuya cabeza es el futuro, de modo que mi pueblo pueda vivir para siempre. Soy Nok, el bosque.

Nok levantó el bastón.

—Ahora, dime cómo has conseguido este bastón.

—Un hombre llamado Ktandeo me lo entregó.

Nok entrecerró los ojos.

—Yo lo hice para Ktandeo. No se lo habría entregado a una joven insolente.

—Lo hizo antes de morir —respondió Sadira, contemplando al halfling bajo una nueva perspectiva. Cualquiera capaz de crear algo así no era un salvaje corriente—. Me dio el bastón para que tú supieras que veníamos en su nombre.

La actitud del halfling se tornó menos amenazadora, y éste cerró los ojos.

—Ahora ya sé por qué las lunas han estado llorando. Ktandeo era un valioso amigo del bosque —dijo. Soltó el bastón y se llevó una mano al aro de oro de la nariz y la otra a una de las bandas de plata que le rodeaban las orejas—. Siempre trajo buenas ofrendas.

Anezka llegó en aquel momento con los seis halflings que llevaban los brazaletes de plumas. Se colocaron detrás de Nok, sosteniendo pacientemente los cuencos en ambas manos. Rikus y Neeva dirigieron una mirada furiosa a Anezka, pero no dijeron nada. Agis también permaneció en silencio, estudiando a Nok con expresión pensativa.

—Ktandeo nos envió en busca de la lanza mágica —explicó Sadira.

—He estado cultivando una lanza —repuso el halfling, clavando en los ojos de

Sadira una mirada más afectuosa—. No puedo dároslo.

—¿Por qué no? —preguntó la hechicera—. ¿No está lista?

Nok miró por encima del hombro al roble.

—Está lista... pero no eres digna de ella.

Pensando que se refería a que ella no era lo bastante fuerte para lanzarla, Sadira indicó con la barbilla en dirección a Rikus.

—Él es quien utilizará la lanza, no yo.

Nok contempló al mul con ojo crítico, pero sacudió la cabeza.

—Se necesita más que fuerza para arrojar la lanza —declaró—. El tiro debe ser certero, el corazón sincero. Sin Ktandeo para guiar su mano, la criatura sin pelo errará el tiro.

—¿Qué quieres decir? —se encolerizó Rikus—. No se ha construido todavía la lanza que yo no pueda manejar.

—¡No puedes empuñar ésta! —le espetó Nok.

—No lo has visto luchar. ¿Cómo puedes saberlo? —protestó Sadira.

—Porque colgáis de las Piedras de la Celebración —contestó el halfling, recogiendo el bastón y golpeando ligeramente con él el sumidero a los pies de Sadira—. Si fuerais dignos de la Lanza de Corazón de Árbol, no estaríais aquí. Vuestra sangre no ansiaría llenar estos depósitos.

—¡Piedras de la Celebración! —exclamó Rikus, tirando de sus ligaduras.

—Hemos venido como amigos —protestó Agis.

—Os convertiréis en parte del bosque. ¿Qué mejor regalo para un amigo? —inquirió Nok, con una sincera sonrisa.

—¡Anezka no nos trajo aquí para que nos comieran! —rugió Neeva.

—Claro que sí —replicó Nok—. Sois su ofrenda.

—¡Ofrenda! —gritó Rikus, mirando a Anezka—. No es para eso para lo que nos trajiste aquí, ¿verdad?

Anezka asintió, dedicando al mul una tranquilizadora sonrisa.

—Nok, mis amigos y yo... nos sentiríamos muy honrados de pasar a formar parte de Vuestro bosque —mintió la hechicera—. Por desgracia, Ktandeo nos envió en busca de la lanza porque la necesidad en Tyr es muy grande.

—¿Qué necesidad?

—Kalak tiene una pequeña pirámide hecha de obsidiana —explicó Agis, los ojos clavados en el colgante del halfling—. También tiene muchas bolas de obsidiana, y un túnel recubierto de ladrillos de obsidiana. ¿Sabes lo que eso significa?

Nok abrió desmesuradamente los ojos.

—Es demasiado pronto —repuso, sacudiendo la cabeza con tristeza.

Agis pasó entonces a contarle los recuerdos que había visto en la mente de Tithian y los planes del rey de sellar el estadio durante los juegos de los gladiadores.

Cuando el noble terminó, Sadira volvió a preguntar:

—¿Nos darás ahora la lanza?

Nok sacudió la cabeza.

—No pudisteis llegar hasta mí sin que os capturaran —dijo—. ¿Cómo pensáis detener a un dragón?

—¡Dragón! —profirió Sadira. Sus compañeros se hicieron también eco de su sorpresa—. Hablamos de Kalak, no del... —Se interrumpió, al sentir la implicación de la pregunta de Nok con la fuerza del garrote de un semigigante—. ¿Kalak es el dragón? —jadeó.

—No. Existen muchos dragones por el mundo —respondió el halfling—. Kalak no es todavía uno de ellos.

—Pero está a punto de convertirse en uno —insistió Sadira, su cerebro trabajando febril al empezar a comprender la perversa naturaleza del plan de Kalak—. Para eso es el zigurat.

—Sí —asintió Nok—. Lo necesita para su transformación.

—¡El momento de atacar es antes de que se transforme! —exclamó Neeva—. ¡Danos la lanza antes de que sea demasiado tarde!

Nok contempló a la mujer pensativo.

—No puedo confiar la Lanza de Corazón de Árbol a alguien que no sea digno.

—¡Nosotros somos dignos de ella! —rugió Rikus—. He ganado más de cien combates.

Nok permaneció inmovible. Sadira buscó en vano en su cerebro alguna otra forma de abordar la cuestión que obligara al halfling a escuchar. Cuanto más averiguaba sobre Kalak, más aterrorizada se sentía y más decidida estaba a detenerlo.

—Si estabas dispuesto a ayudar a Ktandeo a acabar con el rey-hechicero de Tyr —intervino Agis—, debía de ser porque temías por tu bosque.

El halfling asintió.

—Un dragón..., ese al que vosotros llamáis estúpidamente el dragón, como si sólo existiera uno..., reclama ya para sí la ciudad de Tyr, de igual modo que reclama todo lo que se encuentra desde Urik a Balic. Cuando haga su aparición otro dragón, uno de los dos se verá forzado a cruzar las Montañas Resonantes.

—¿Y qué significa eso para el bosque? —inquirió Agis.

—Lo mismo que para Tyr: la aniquilación —respondió Nok—. El dragón que pase por estas montañas devorará todo lo que encuentre a su paso: plantas, animales, personas. No permitirá que nada se le escape.

—¿Por qué? —quiso saber Sadira.

—Los dragones se vuelven más poderosos cuando matan. Y los dragones ambicionan el poder por encima de cualquier otra cosa, o no serían dragones.

Los cuatro camaradas permanecieron silenciosos durante unos instantes. Nok

también permaneció en silencio, estudiándolos pacientemente como esperando que realizaran algún acostumbrado acto de obediencia. Por fin, Agis miró en dirección a la parte superior del montículo, donde estaban amontonadas las propiedades del grupo, y dijo:

—Pedimos disculpas si nuestros anteriores regalos no eran dignos, y te rogamos que nos los devuelvas. A cambio de ellos, ofrecemos nuestras vidas en defensa del bosque.

—*Detendremos* a Kalak antes de que cruce las montañas —añadió Sadira.

Nok meditó el ofrecimiento antes de hablar.

—Sigo sin estar seguro de que vuestra ofrenda es digna de la Lanza de Corazón de Árbol, pero lo comprobaremos.

Se volvió hacia los halflings que aguardaban detrás de él y les dijo unas pocas palabras en su propia lengua. Con expresiones alicaídas, las menudas criaturas depositaron los cuencos de madera sobre el suelo y se colocaron detrás de las Piedras de la Celebración para desatar las ligaduras.

En cuanto los cuatro camaradas quedaron libres, Nok los condujo a todos hasta el montículo de granito. Los halflings allí situados se hicieron a un lado para dejarlos pasar, farfullando entre ellos con unas peculiares palabras nasales intercaladas con chillidos y graznidos parecidos a los de un ave. Nok no les prestó atención hasta que se encontró junto al árbol, pero una vez allí los hizo callar a todos con una áspera orden.

Cuando todo el prado quedó en silencio, Nok apoyó el bastón de Ktandeo en uno de sus brazos y alargó la mano del otro para tocar el roble, al tiempo que pronunciaba unas cuantas frases en su lengua. El árbol se estremeció, y los dedos de Nok se fundieron con la corteza. Muy despacio hundió la mano en el interior, hasta que desapareció también el brazo hasta la altura del hombro.

Nok cerró los ojos y permaneció junto al roble en silencio con los labios apretados y las comisuras dobladas hacia abajo, lo que le confería una expresión estoica y ligeramente arrepentida. No se movía en absoluto, y Sadira se preguntó si no habría cambiado de opinión. Por fin, el jefe de los halflings abrió los ojos, miró al árbol y se dirigió a él en tono conciliador.

Un nuevo estremecimiento recorrió las ramas del roble, y un crujido terrible y sonoro surgió de sus profundidades. Una lluvia de hojas cayó sobre los reunidos, y Sadira tuvo la impresión de que la corteza del árbol palidecía hasta adoptar un leve tono grisáceo. Nok se apartó poco a poco, sacando el brazo del árbol a medida que retrocedía.

La mano del halfling sostenía una gruesa lanza de un profundo color borgoña. El asta tenía ambas puntas afiladas, con una textura tan fina que apenas si era visible. En un principio, Sadira pensó que el arma vibraba llena de energía mágica, pero, cuando

la miró con más atención, esa impresión se desvaneció. No parecía más que una lanza normal, primorosamente tallada.

Nok se alejó del roble y envió a unos cuantos halflings en busca de las pertenencias del grupo. Haciendo una indicación a sus prisioneros para que lo siguieran, los condujo a un pequeño sendero que serpenteaba hasta las oscuras profundidades del bosque. A medida que recorrían el camino, Sadira se dio cuenta de que los halflings los habían transportado a una distancia considerable del lugar donde había caído Agis. Además de las danzarinas coníferas y las frondas de troncos bulbosos, el sendero estaba bordeado de inmensos e inclinados árboles de madera dura. Estos árboles tenían hojas cerosas de color rubí y frutos maduros en forma de dagas de olor dulzón y color zafiro. El zumbido constante de los insectos se sumaba a los agudos silbidos y gorjeos de las aves del bosque, y las sombras eran tan espesas que, por momentos, Sadira tenía la impresión de andar por la Tyr subterránea. Al cabo, el fragor de un río cercano empezó a ahogar el bullicio de insectos y aves.

Por fin, salieron del bosque. Ante ellos, un estrecho puente colgante cruzaba una garganta rocosa tan ancha que Rikus no habría conseguido lanzar su hacha al otro lado. El puente estaba hecho de enredaderas en flor entretejidas de modo que formaran un túnel en forma de uve. Una tupida cuerda trenzada hecha de la misma planta leñosa servía de pasarela, dos cuerdas más finas de pasamanos, y una plétora de enredaderas cubiertas de flores formaban una red que hacía las veces de paredes. Una roca enorme y redonda cerraba el paso al otro lado, de modo que era imposible saber si el sendero continuaba al otro lado del cañón. Toda la escena estaba iluminada por una fantasmagórica luz rojiza, pues el sol poniente quedaba en línea con el desfiladero y lo bañaba con sus llameantes rayos.

Nok se detuvo a la entrada del puente. Sin dejar de sostener el bastón de Ktandeo, levantó la Lanza de Corazón de Árbol y la lanzó. Un grito de inquietud escapó de los labios de Sadira, pero la lanza cruzó la quebrada como transportada por un cojín de aire, para clavarse hasta más de la mitad del asta; en un árbol de hojas de color rubí que crecía detrás de la roca, al otro extremo del puente.

Nok se volvió hacia los cuatro camaradas y utilizó el bastón de Ktandeo para señalar al otro lado del barranco.

—Ahí está la lanza que buscáis. Para demostrar que sois dignos de ella, debéis arrancarla del árbol.

—Esta cosa no me parece muy resistente —opinó Rikus tras estudiar el puente con suma atención—. Quizá deberíamos cruzarlo de uno en uno.

—No lo veo así —disintió Agis—. Esta prueba es algo más que cruzar un puente con cuidado. Kalak está rodeado por guardas tan fuertes como tú. No me sorprendería que él o algunos de sus hombres fueran maestros en el arte del Sendero y de la hechicería. Para derrotarlo, tendremos que trabajar juntos.

—Cuatro personas no pueden arrojar una lanza —objetó Rikus.

—Cierto —intervino Sadira—. Pero la lanza no dará en el blanco a menos que coordinemos nuestros esfuerzos para vencer las defensas de Kalak. Creo que Agis tiene razón: Nok quiere poner a prueba nuestra capacidad para trabajar en equipo.

El mul contempló el puente de enredaderas con desconfianza; luego hizo un gesto de asentimiento y bajó los ojos hacia el jefe halfling.

—Necesitamos nuestras armas y algo de cuerda —dijo, señalando a los guerreros que habían transportado sus cosas.

—Os daré cuerda —repuso Nok—. No necesitaréis armas.

Rikus no pareció muy convencido, pero aceptó la cuerda sin protestar.

—Yo iré delante —anunció, atándose un extremo de la cuerda alrededor de la cintura y pasando el otro a Sadira—. Sadira y Agis irán detrás, y Neeva cerrará la marcha.

—Rikus, yo soy poco vulnerable, y puede que sea mejor tener mis habilidades delante —replicó Agis, dando un paso al frente—. Yo iré primero.

Sadira sujetó al noble del brazo, temerosa de que la discusión terminara en una pelea.

—Rikus tiene razón. Si estás en el centro, nos puedes proteger a todos. Si vas delante, te sería imposible protegernos de un ataque por la retaguardia.

De mala gana, Agis asintió y retrocedió hasta su lugar. En cuanto los cuatro se hubieron atado en fila, Rikus inició la marcha hasta el puente. Sadira lo seguía, con Agis y Neeva detrás. Avanzaron despacio y con cuidado, sujetándose a las cuerdas que hacían de pasamanos y con los ojos puestos en las enredaderas bajo sus pies. Aunque el puente oscilaba y temblaba a cada paso que daban, no mostraba la menor señal de ir a ceder bajo su peso.

Llevaban recorrido un tercio del camino cuando Rikus se detuvo de improviso. Clavó los ojos en la pasarela, sujetando las cuerdas laterales con tanta fuerza que sus nudillos palidecieron.

—¿Qué sucede?

No bien había efectuado Agis la pregunta, todos pudieron ver por qué se había detenido Rikus. Las enredaderas se retorcían a sus pies y se reorganizaban formando un dibujo diferente. El puente no se desmoronaba; se reformaba dividiéndose en dos plataformas, cada una de las cuales conducía en una dirección ligeramente distinta.

Sin soltar el pasamanos, Rikus tanteó con un pie; éste se hundió a través de la convulsionada masa de enredaderas. Sólo la fuerza con que se aferraba al pasamanos lo salvó de precipitarse al río que serpenteaba como una línea plateada en el fondo del barranco.

—¡No te muevas! —gritó Agis—. ¡El puente no está cambiando! Es una ilusión producto de fuerzas paranormales.

—¿De dónde viene? —inquirió Sadira, mirando por encima del hombro.

No necesitó una respuesta, pues el noble se había vuelto ya para mirar a Nok. Los dos hombres habían entrecruzado las miradas y se contemplaban el uno al otro como gladiadores en una lucha a muerte. Agis se aferró al pasamanos con los puños fuertemente apretados, pero sus piernas temblaban y el sudor le corría por el rostro hasta el cuello. Al otro lado del noble, Neeva contemplaba el suelo con creciente horror.

Sadira bajó la mirada. Ahora había ya tres puentes diferentes bajo sus pies.

—No te des la vuelta, Rikus —indicó la semielfa—. Neeva, cuando te lo diga, tapa los ojos de Agis y cierra los tuyos.

La hechicera arrancó un puñado de capullos de las enredaderas que formaban la pared, y dirigió la mano al bosque situado detrás de Nok para obtener la energía que necesitaba para el hechizo. Apenas había abierto la mano cuando sintió cómo el increíble poder de los árboles se precipitaba al interior de su cuerpo. Por primera vez en su vida, se vio obligada a cerrar la mano y cortar el flujo de energía antes de que éste acabara con ella.

Recuperándose de su sobresalto, exclamó:

—¡Ahora, Neeva!

La gladiadora cubrió el rostro de Agis con una mano y cerró los ojos. Sadira arrojó los capullos a Nok y pronunció el conjuro que daría forma a su hechizo.

Los capullos se desvanecieron en el aire, y una lluvia de brillantes colores apareció ante los ojos del halfling. Se trataba del mismo hechizo que había utilizado para salvar a Rikus del gaj, pero, con la energía del bosque, los efectos resultaron mucho más espectaculares. Los fuertes y deslumbrantes colores competían entre sí en esplendor e hipnotizaban con su resplandor. Los ojos de Nok se vidriaron, y, a pesar de que Sadira no había dirigido el ataque a los halflings situados detrás del jefe, incluso éstos parecieron afectados.

El hechizo se desvaneció casi de inmediato, pero Nok y los otros halflings continuaron aturdidos. Tardarían al menos unos instantes en recuperarse de sus efectos.

En el mismo momento en que su mente se vio liberada del combate, las rodillas de Agis se doblaron. Neeva abrió los ojos y lo sujetó.

—¿Estás bien? —preguntó.

Agis sujetó con fuerza la cuerda que les servía de barandilla y asintió.

—Gracias a Sadira. ¡Jamás me había enfrentado a una mente tan poderosa!

—La de Kalak aún lo será más —advirtió Neeva.

Desde la cabeza de la fila, Rikus gritó:

—¡Vuelvo a ver sólo un puente! ¡Sigamos!

Siguieron adelante, más deprisa que antes, pero también con más aprensión. A

cada paso, Sadira esperaba que Nok se recobrase y volviera a actuar, pero, cuando llegaron a la mitad del puente sin ser atacados, decidió echar una mirada por encima del hombro. El jefe halfling se encontraba de pie al otro extremo. Su mirada volvía a estar clara, y estudiaba al grupo con aire de despreocupado interés.

—¡Preparaos! —aulló Rikus entonces—. ¡Tenemos problemas!

Sadira volvió la cabeza al frente. El peso del grupo había creado tal presión sobre el puente que éste se hundía por el centro creando una empinada pendiente entre éste y los extremos. A causa de esta inclinación, la bola de granito del extremo opuesto del puente había abandonado su lugar, y rodaba ahora por el pasillo, ganando velocidad a medida que corría. Rikus se preparó para recogerla.

—¡Al suelo, Rikus! —gritó Agis.

El mul le dedicó una furiosa mirada por encima del hombro.

—¿Estás loco?

—¡Hazlo! —instó Sadira.

Rikus volvió a mirar la roca. Corría por el pasillo a una velocidad estremecedora. Tragando saliva con fuerza, se dejó caer sobre el estómago y rodeó con sus brazos la pasarela. Sadira hizo lo mismo, estirando el cuello para observar a Agis.

El noble cerró los ojos y extendió un brazo como si pensara dejar que la roca subiera por él. Ahuecando la palma, la hizo girar hacia un lado del puente.

La hechicera volvió a mirar al frente. La bola estaba casi sobre ellos. Rikus se encogió aterrado y hundió el rostro en las enredaderas, chillando:

—¡No hay que confiar jamás en un noble!

La bola se elevó por los aires y pasó justo por encima de la calva del mul, para seguir elevándose. Describió un amplio arco antes de saltar por encima del pasamanos y precipitarse al fondo del barranco.

Durante unos instantes, Sadira permaneció completamente inmóvil, intentando dominar los violentos latidos de su corazón.

—¿Qué decías sobre confiar en los nobles, Rikus? —preguntó Agis. Aunque su voz era débil a causa del agotamiento, su rostro mostraba una mueca burlona.

Rikus volvió la cabeza por encima del hombro.

—Te tomaste tu tiempo para...

Se interrumpió a mitad de la frase. Sadira escuchó el aleteo de unas poderosas alas en el aire, y entonces el mul gritó:

—¡Agachaos!

Dos libélulas gigantescas pasaron en vuelo rasante por encima de sus cabezas, las engaritadas patas acuchillando el aire. La hechicera se arrodilló y atisbó por encima del pasamanos. Los dos insectos ya se habían alejado, pero de todos modos pudo ver que detrás de los brillantes ojos compuestos de cada animal se sentaba un halfling. Los jinetes hicieron girar casi en redondo a sus monturas.

—¡Gatea, Rikus! —aulló Agis.

El mul empezó a avanzar obediente sobre rodillas y manos. Los demás lo siguieron de cerca, manteniendo las cabezas por debajo de la altura del pasamanos. Los dos insectos volvieron a pasar rozándolos, con las semitransparentes alas reluciendo bajo la roja luz del atardecer.

Sadira obligó a todos a detenerse mientras atisbaba por un lado del puente. Los halflings volvían a hacer girar sus monturas, pero, por desgracia, esta vez los jinetes extendían las palmas en dirección al bosque, absorbiendo la energía necesaria para lanzar un hechizo.

—¡Magia! —siseó la muchacha.

Reanudaron la marcha, arrastrándose tan deprisa como les fue posible.

—¡Los oigo a mis espaldas! —gritó Neeva, mirando atemorizada por encima del hombro.

Sin embargo, no se veía a las libélulas ni a sus jinetes por ninguna parte. Al cabo de unos instantes, Sadira escuchó el batir de alas detrás de ellos.

—¡Oh, no! —exclamó la hechicera—. ¡Se han vuelto invisibles!

Una de las libélulas apareció encima de Neeva, el hechizo que la ocultaba a la vista cancelado por la brusquedad de su ataque. El halfling que montaba la criatura gritó una serie de órdenes estridentes, a las que la bestia contestó cayendo sobre la mujer y cerrando las seis patas alrededor de su cuerpo.

—¡Ayudadme! —gritó Neeva, luchando para darse la vuelta de modo que Agis pudiera atacar al insecto gigante o a su jinete.

Tras formar un corto lazo con el flojo pedazo de cuerda que lo unía a Neeva, el noble se arrastró detrás de la larga cola de la libélula, y arrojó el lazo sobre la cabeza del jinete. Derribado de su montura, el halfling aterrizó en el pasamanos entre chillidos de pánico, y Agis lo arrojó al abismo de un empujón.

La libélula agitó entonces las cuatro alas y consiguió derribar al noble, para luego elevarse por los aires con Neeva todavía bien sujeta entre sus garras. La mujer se debatió ferozmente intentando liberarse.

—¡Ayudadla! —aulló Rikus.

Agis agarró las piernas de la gladiadora y sujetó sus propios pies entre las enredaderas que formaban el pasamanos para no salir volando.

Sadira rebuscó en un bolsillo y sacó un pedazo de seda. Extendiendo la mano libre en dirección a los árboles, arrojó el retal al insecto al tiempo que recitaba su conjuro. El pedacito desapareció, y una tela de araña pegajosa se materializó sobre las alas del animal. La libélula intentó romper la tela con un violento aleteo, pero no le sirvió de nada. La criatura y Neeva se precipitaron al fondo.

Sujetándose con fuerza al pasamanos, Agis se preparó para frenar la caída de la mujer. Neeva cayó todo lo que daba de sí la cuerda que la unía a Agis y la violencia del

tirón arrancó un gemido de dolor al noble.

Sadira se dejó caer sobre la pasarela y se agarró a las enredaderas con brazos y piernas. La gruesa maraña de hojas del suelo no le permitía ver lo que sucedía entre Neeva y el insecto gigante, pero no quería verse arrastrada al abismo.

Rikus pasó sobre su cuerpo, extendiendo los brazos para sujetar al noble. Fue en ese preciso momento cuando hizo su aparición la segunda libélula, justo encima de la cabeza de Agis. Su jinete se inclinó para lanzar un hechizo. Sadira dio un grito de advertencia, pero llegó demasiado tarde. La cabeza de Agis cayó hacia atrás, y el noble quedó prendido en un sopor mágico.

Perdida la fuerza para sujetarse al puente, Agis cayó por encima del borde y se precipitó tras Neeva. La cuerda que lo unía a Sadira se hundió profundamente en la carne de ésta al tensarse. Una terrible punzada de dolor atravesó el abdomen de la muchacha, y, aunque el impacto amenazó con arrancarla también a ella del puente, la hechicera se aferró con todas sus fuerzas a la pasarela de enredaderas y rezó para tener las fuerzas necesarias para mantenerse así.

Rikus agarró a la libélula que flotaba sobre sus cabezas por una de las alas. Se escuchó un sonoro crujido seguido de un sonido parecido al de un pedazo de tela al desgarrarse. El mul arrancó el ala del cuerpo de la criatura y la arrojó por encima del puente.

Mientras el insecto chillaba de dolor, el jinete desenvainó su daga para atacar, pero Rikus lo dejó inconsciente de un simple puñetazo, que le hizo trizas la nariz. La libélula arañó el pecho del gladiador con las garras, pero el mul se limitó a apretar los dientes con rabia y le arrancó otra ala.

Tras lanzar a jinete y montura por encima del puente, Rikus agarró la cuerda y subió a Agis. Pasó el noble, todavía bajo los efectos del hechizo del halfling, a Sadira. La hechicera depositó la cabeza de Agis sobre su regazo y empezó a gritarle. Cuando esto no funcionó, lo azotó con fuerza en ambas mejillas. Agis siguió dormido.

—Típico de un noble —refunfuñó Rikus.

Subió a Neeva, quien apareció cubierta de una sustancia negra de la cabeza a los pies. En la mano sujetaba una cabeza de libélula. No se veía ni rastro del cuerpo.

—¿Estás herida? —preguntó Sadira.

La gladiadora se limpió la sangre del insecto de los ojos.

—No; sólo unos cuantos arañazos —respondió.

Rikus ayudó a Neeva a ponerse en pie, y luego tomó a Agis de los brazos de Sadira.

—Estupendo. Tú llevarás al noble —dijo, colocando al dormido Agis en los brazos de la luchadora.

El mul se colocó delante de Sadira y empezó a andar con cuidado. Aunque no dejaron de estar ojo avizor por si Nok volvía a enviarles otra de sus pruebas, llegaron

al otro lado del puente sin nuevos incidentes. Rikus se dirigió de inmediato al árbol y extendió la mano para coger la lanza.

—Espera —lo detuvo Neeva, dejando caer el cuerpo de Agis al suelo—. Viene Nok.

Sadira y el mul se dieron la vuelta para mirar al otro lado de la garganta. El jefe halfling cruzaba el bamboleante puente como si avanzara por un sendero en tierra firme, sin molestarse siquiera en sujetarse al pasamanos. Detrás de él, avanzando con algo más de cautela, iban dos docenas de guerreros halflings. Ninguno de ellos parecía muy alegre.

—Ya hemos pasado demasiadas pruebas —gruñó Rikus.

El mul dio un fuerte tirón a la lanza, pero ésta se deslizó fuera del árbol con tanta facilidad, que el gladiador dio un traspié y estuvo a punto de caer al suelo. Se quedó de pie inmóvil con el arma en la mano, contemplando su simetría y forma con admiración.

—Siento su poder —dijo al fin—. ¡Hay un hormigueo en mis manos!

Nok abandonó el puente, con el bastón de Ktando reposando en sus brazos, y observó al mul con expresión de desprecio, como si Rikus lo hubiera ofendido. El gladiador le pagó con la misma moneda.

—La Lanza de Corazón de Árbol atravesará cualquier armadura —declaró Nok—. Os defenderá de las energías del cuerpo y de las del mundo, del Sendero de lo Invisible y de la magia. Ahora que poseéis esta arma maravillosa, ¿qué haréis con ella?

—Matar a Kalak —contestó Neeva, tomando la lanza de las manos del mul.

Los halflings situados detrás de Nok empuñaron sus dagas significativamente. Sintiendo que ni ella ni sus compañeros habían pasado aún la prueba más importante de Nok, Sadira tomó la Lanza de Corazón de Árbol de las manos de Neeva.

—Juramos ofrecer nuestros cuerpos y espíritus al bosque —prometió, volviéndose hacia el jefe halfling—. No somos nosotros quienes debemos decidir lo que debe hacerse para defenderlo. —Entregó la lanza a Nok, añadiendo—: Por favor, acepta esta ofrenda.

El halfling sonrió y tocó la lanza con una mano.

—Ahora sí que sois dignos de la Lanza de Corazón de Árbol —manifestó—. Es vuestra para que la utilicéis en servicio del bosque.

Sadira pasó la lanza a Rikus, y luego clavó los ojos en el bastón que Nok acunaba en el brazo.

—Si somos dignos de la lanza, quizá también seamos dignos del bastón de Ktando.

—Fuiste tú quien dijo que se necesitaría algo más que fuerza para arrojar la lanza —añadió rápidamente Rikus.

—Si es un arma que podemos utilizar para derrotar a Kalak y defender el bosque,

dánosla por favor —rogó Neeva—. Hemos pasado tu prueba, pero seguimos necesitando toda la ayuda que nos puedas proporcionar para acabar con el rey-hechicero.

Nok contempló pensativo a los dos gladiadores. Al cabo de un momento, entregó el bastón a Sadira.

—Confío esto a tu cuidado para que puedas proteger el bosque tal y como has jurado —dijo—. Matad a Kalak. Hecho esto, debéis devolverme estas armas.

—No fracasaremos —aseguró Sadira, cogiendo el bastón—. Lo prometo.

16

El final de la partida

Rikus y sus tres compañeros se encontraban en el callejón que iba a salir frente al gran estadio de Tyr, escuchando cómo el clamor del público resonaba por encima de las altas paredes. Dos templarios montaban guardia en cada una de las salidas del edificio, la alabarda bien sujeta en una mano y la corta espada colgando sobre la cadera. En el exterior, cientos de hombres y mujeres, vencidos por la bebida, el calor o la excitación, estaban sentados en las calles, agitando abanicos ante sus rostros o con la cabeza hundida entre las manos. Habría sido mejor para ellos regresar a sus hogares, pero el mul sospechaba que esperaban recuperarse a tiempo de presenciar el gran final de la jornada. Rikus los consideró unos locos... y no precisamente la clase de personas por las que quería morir.

El mul se volvió a sus extenuados compañeros. Después de cuatro agotadores días de trayecto, habían conseguido llegar a Tyr la noche anterior, para encontrarse con que el zigurat estaba acabado y los juegos programados para iniciarse por la mañana.

—Esto no saldrá bien —dijo Rikus, mirando a los guardas del estadio.

—¿Tienes alguna idea mejor? —inquirió Sadira.

La semielfa iba vestida como si fuera una mujer de la nobleza, con un aro de plata ciñendo los ambarinos cabellos y un manto de seda sobre los hombros. En los dedos lucía anillos de plata, oro y cobre, y las tiras de sus sandalias estaban tachonadas de turmalinas. Según el plan que habían preparado, la joven tenía que buscar un buen lugar en las graderías de los nobles desde el que pudiera ver tanto a Rikus como el palco real. Justo antes de que el mul arrojase la Lanza de Corazón de Árbol, ella utilizaría el bastón de Ktandeo para destruir el escudo mágico que daban por sentado protegería a Kalak.

—No se me ha ocurrido nada mejor... todavía —admitió Rikus de mala gana.

—No tenemos mucho tiempo, Rikus —recordó Agis, que se sentía nervioso e incómodo vestido con la sotana de un templario—. Podrían cerrar el estadio en cualquier momento.

—¡Que lo hagan! Tithian jamás se nos unirá. —Rikus inclinó la lanza en dirección al estadio—. Si atravesamos esas puertas, nos matarán a todos antes de que podamos asesinar a nadie.

—No necesitamos que Tithian se nos *una* —replicó Agis—. Todo lo que necesitamos es que nos deje tranquilos. Eso al menos ya nos lo ha prometido. Gracias a los esfuerzos de Sadira, averiguó dónde se escondían los amuletos. Hasta ahora, ha mantenido su palabra.

Rikus se vio forzado a admitir que era cierto. La noche anterior, Agis y Sadira se habían dedicado a preguntar por ahí si la gente todavía esperaba que el mul y su compañera combatieran en el estadio. Ante su sorpresa, todo el mundo daba por sentado que Rikus y Neeva formarían parte del gran final. Al parecer, Tithian había cumplido su promesa y mantenido en secreto la huida de sus dos mejores gladiadores.

No obstante, el mul no se sentía demasiado entusiasmado por el papel tan crucial que el sumo templario tenía en sus planes.

—Agis, pides de Tithian que te permita atacar a Kalak desde la tribuna de los sumos templarios. Si eso no es ayudar, no sé lo que es.

—Tienes razón —asintió el noble—, eso es ayudar. De todos modos no importa. Tithian cooperará. Dejádmelo a mí.

Rikus sacudió la cabeza, tozudo.

—No se puede confiar en él, no importa lo íntimos amigos que fuerais de niños. Tiene que existir alguna otra forma.

Esta parte del plan era lo que ponía más nervioso al mul. Cuando Rikus tirara la lanza, Agis atacaría al mismo tiempo a Kalak con una andanada de poderes paranormales. Desgraciadamente, para poder realizar este ataque, el noble necesitaba ver el rostro del rey, y el único lugar desde donde podía hacerlo era la tribuna de los sumos templarios. Por este motivo, Agis se había vestido con una sotana de templario. Su intención era convencer a Tithian de que lo dejara pasar por un funcionario menor y le permitiera presenciar el combate desde la tribuna.

Neeva sentía los mismos temores que Rikus.

—Agis, si te equivocas con respecto a Tithian, en cuanto Rikus y yo salgamos a la arena, nos hará matar... y Kalak sobrevivirá. Me sentiría mejor si supiera por qué estás tan seguro de que el Sumo Templario de los Juegos va a cooperar.

—Porque Tithian no quiere morir —explicó Agis con una sonrisa—. Cuando se entere de que Kalak quiere convertirse en un dragón, y lo que eso significará para Tyr, el sumo templario comprenderá que su mejor posibilidad de supervivencia sólo está en nuestro éxito.

—¿Cómo sabes que Tithian te creerá? —argumentó Neeva—. ¿O que no pensará que Kalak lo va a dejar a él con vida?

—No necesitamos convencer a Tithian de nada —replicó Agis—. Ya se asustó

cuando el rey le ordenó que cerrase el estadio. Se sentirá mucho más aterrorizado cuando le cuente el motivo.

Antes de que abandonaran el bosque, Nok les había revelado todo lo que sabía sobre dragones. Una de las cosas que mencionó fue que la incubación de Kalak precisaría de la energía vital de decenas de personas. Desde luego, enseguida habían comprendido que ése era el motivo por el que el rey quería que el estadio quedase sellado.

—Además —continuó Agis—, existen otras dos buenas razones para que yo me encuentre cerca de Tithian. Primero, si intenta dar la alarma cuando tú y Rikus entréis en la arena, lo mataré. Incluso si nos traiciona, eso puede daros tiempo suficiente para acabar con Kalak.

—Antes de que los templarios nos maten —añadió Rikus—. Sigue sin gustarme este plan. Estoy aquí para ayudar a Sadira y Neeva. No me importan en absoluto toda una multitud de ciudadanos que están aquí porque disfrutan viendo cómo unos esclavos se despedazan entre ellos. Por lo que a mí concierne, esta chusma se merece lo que sea que Kalak les vaya a hacer.

—¿Y qué sucede con el resto de Tyr? —inquirió Neeva—. Ya oíste a Nok. En cuanto Kalak se transforme en un dragón, no va a detenerse una vez que abandone el estadio. Aniquilará Tyr y probablemente también todo el valle.

—No salvaremos ninguna vida si morimos antes de tener una oportunidad de atacar al rey —repuso Rikus—. Por otra parte, seguro que salvaríamos miles de vidas si nos pasamos la tarde advirtiendo a aquellos que no han ido a presenciar los juegos.

—Rikus, se trata de algo más que de salvar vidas —le recordó Agis—. Se trata de libertad...

—Nosotros ya tenemos nuestra libertad —contestó el mul—. Eso es lo importante para mí.

—Esto tampoco tiene que ver con la libertad —interrumpió Sadira—. Tiene que ver con las fuerzas del mal. Si alguien hubiera detenido a los reyes-hechiceros hace miles de años, Athas no sería el lugar terrible que es hoy en día. Si no detenemos a Kalak ahora, ¿quién sabe qué clase de mundo vamos a encontrar mañana?

—Eso lo comprendo —respondió Rikus—, pero tú y Neeva... e incluso Agis, supongo, sois más importantes para mí que todo Tyr. Os ayudaré a luchar contra Kalak, pero no quiero parte alguna en hacer que maten a cualquiera de vosotros.

—A lo mejor eso no llegará a suceder —dijo Agis—. Esa es la otra razón por la que quiero estar cerca de Tithian cuando atacemos. Si alguien puede salvarnos después de muerto Kalak, ése es él.

—Resulta una idea agradable, pero no veo por qué tendría que hacerlo —intervino Neeva, meneando la cabeza—. Una vez muerto Kalak, puede que Tithian desee ocultar su colaboración en el asesinato. Irá en su propio interés asegurarse de

que muera toda aquel que esté enterado de su participación.

—Motivo por el cual yo estaré cerca —replicó Agis—. La amenaza de una muerte inmediata y dolorosa convencerá a Tithian de dejarnos escapar. Eso al menos lo puedo asegurar.

—Es mejor que cualquiera de las cosas que se me han ocurrido —admitió Rikus.

—Bien —concluyó Sadira—. Ahora que todos nos sentimos felices, pongámonos en marcha. —Echó a andar hacia el estadio antes de que nadie pudiera seguir discutiendo la cuestión.

—Yo no dije que estuviera contento —refunfuñó Rikus, apoyando la lanza sobre su hombro y poniéndose en marcha tras ella.

Agis se colocó a su lado.

—Os ayudaré a Neeva y a ti a entrar en el estadio —ofreció—. Co..., como esclavos podéis tener dificultades...

—Me parece que somos bastante conocidos aquí —contestó el mul con una sonrisa de orgullo.

El mul hizo una señal a Neeva, y cruzó la calle en dirección a la entrada más cercana. Cuando la pareja de famosos gladiadores penetraron en el oscuro pasillo, los guardas se hicieron a un lado e inclinaron las armas en señal de saludo.

* * * * *

17

El dragón

El estadio permaneció tenso, pero en calma. La mayoría del público siguió en sus asientos, demasiado asustado o demasiado aturrido para moverse, llenando el aire con el ininterrumpido murmullo de sus consternadas voces. Grupos de nobles encolerizados se encararon con templarios impasibles, intentando en vano convencerlos para que abrieran las selladas puertas. Semigigantes de mirada llameante empezaron a recorrer terrazas y pasillos, los enormes garrotes apoyados sobre el hombro y los enrojecidos ojos escudriñando al público.

No era la reacción esperada por Agis. El noble había imaginado un tumulto atronador, el amotinamiento del público, la enloquecida muchedumbre saltando al terreno. Nada de esto sucedía. Los espectadores estaban demasiado aturridos para reaccionar como el noble había esperado, y los semigigantes de Larkyn eran demasiado eficientes para permitirselo.

La reacción del público no era la única cosa que no había salido como imaginó Agis. La coordinación del ataque había sido perfecta, pero en aquel punto había finalizado su éxito. A pesar de lo poderoso y preciso que había sido el lanzamiento de Rikus, la lanza no había matado al rey. Desde la tribuna de los sumos templarios, el noble había visto a Kalak gesticulando enfurecido mientras sus semigigantes lo ayudaban a abandonar el palco real y entrar en la Torre Dorada.

Agis devolvió su atención a la arena, donde un enjambre de templarios y semigigantes rodeaban a Rikus y Neeva. Los dos gladiadores no oponían ninguna resistencia a ser conducidos a la tribuna de Tithian. Agis sospechó que su mansedumbre se debía a su fe en su influencia sobre el sumo templario, pues sabía que Rikus y Neeva habrían preferido morir luchando que sufrir la afrenta de una ejecución.

Cuando el revoltijo de guardas se detuvo bajo la tribuna, Tithian se acercó al borde del palco y contempló a la pareja con una mirada malévol. Rikus y Neeva le respondieron con la misma mirada y una expresión de desconfianza y odio al sumo

templario reflejada en el rostro. Agis se adelantó, de modo que ya no quedara oculto entre las sombras creadas por el dosel. Las apretadas mandíbulas de Neeva se aflojaron, pero la expresión de Rikus se limitó a pasar del odio al desafío.

—Trae a tus prisioneros a la tribuna —ordenó Tithian, dirigiéndose al hombre que había asumido el mando del grupo.

El hombre pareció inquieto.

—Estamos asignados directamente a las órdenes del Sumo Templario para la Seguridad del Rey —replicó—. Larkyn nos ha ordenado no aceptar más órdenes que las suyas.

Tithian dirigió una rápida mirada al asiento donde se encontraba el cuerpo desplomado de Larkyn. Aunque los ojos del hombre estaban cerrados y no se movía en absoluto, éstas eran las únicas señales visibles de su muerte. Si alguno de los ocupantes de las gradas podía ver más allá de las sombras que rodeaban la tribuna, Agis esperaba que esta persona tuviera la impresión de que el sumo templario estaba simplemente dormido en su silla.

—Me temo que el ataque efectuado contra nuestro rey ha dejado a Larkyn algo indispuerto —dijo Tithian, volviendo de nuevo la cabeza en dirección a la arena—. Tráele los prisioneros aquí, y se ocupará de ellos desde su asiento.

El templario siguió sin mostrarse muy complacido, pero asintió con la cabeza y empujó a los dos prisioneros en dirección al extremo de la arena.

Tithian retrocedió a las sombras del dosel.

—¿Ahora qué? —inquirió el sumo templario, mirando al palco del rey—. Kalak tiene mil años. Dudo que nos haga la merced de morir a causa de su herida.

Agis no pudo hacer otra cosa que encogerse de hombros. Empezaba a pensar que Rikus había estado en lo cierto al no querer atacar sin un plan mejor.

Un mensajero introdujo la cabeza en el palco.

—Gran señor, una mujer de la nobleza insiste en veros.

—¿Qué quiere? —preguntó Tithian. Miró detrás del guarda y contempló ceñudo la partición que separaba el palco de la tribuna de gradas situada detrás de él—. ¿Quién es?

—Se llama Sadira de Asticles —respondió el mensajero—. De...

—Hazla subir —lo interrumpió Tithian. Se volvió a Agis y repitió con una mueca burlona—: ¿Sadira de *Asticles*?

Agis sintió que la sangre se le agolpaba en las mejillas.

—No... de una manera oficial, amigo mío —repuso, pensando en las implicaciones del título elegido por la hechicera.

Al cabo de un momento, Sadira penetró en el palco, con la respiración visiblemente alterada. Su capa de seda estaba hecha jirones y sucia, y había perdido el aro de plata que le adornaba la cabeza. Agis fue junto a ella y la tomó del brazo.

—¿Qué sucede? ¿Estás herida?

—La muchedumbre empieza a ponerse desagradable —explicó ella sin aliento. Se detuvo justo debajo del dosel, apoyándose en el bastón de Ktandeo.

Agis miró por la parte frontal del palco. Al otro lado del terreno de lucha, la multitud inundaba ya los pasillos en dirección a las puertas. En más de una docena de lugares se habían iniciado peleas, la mayoría de las disputas estaban relacionadas con espectadores que intentaban abrirse paso a través de los obstruidos pasillos de salida. Fuera de la tribuna de los sumos templarios, cientos de voces exigían la apertura de las puertas y la liberación de Rikus y Neeva.

Sin hacer caso del tumulto que empezaba a estallar en las gradas, Tithian se colocó junto a Agis. Con una sonrisa sarcástica, tomó la mano de Sadira y saludó:

—*Lady Asticles*, no sé cómo decirlo lo que me agrada volver a veros.

Hizo intención de besarle la mano, pero Sadira la retiró con brusquedad.

—Doy por sentado que estás con nosotros —le espetó—. Agis ya te habría matado si hubieras apoyado a Kalak.

Tithian dedicó a Agis una melodramática mirada dolida, pero no pareció sorprendido ni enojado. Luego se volvió a Sadira.

—En este momento, chica, no estoy en contra tuya —aseguró.

—Abre las puertas —exigió Sadira.

Con la mano señaló a las graderías situadas al otro lado de la arena, donde los semigigantes de Larkyn intentaban limpiar las salidas por el procedimiento de aplastar a los espectadores con sus pesados garrotes de hueso.

—No podemos levantar las puertas de nuevo —contestó Tithian—. Kalak hizo cortar las cadenas.

Antes de que Sadira pudiera responder, Rikus y Neeva aparecieron en la escalera. Los seguían dos de los templarios de Larkyn que mantenían las puntas de sus cortas espadas apretadas contra las espaldas de los gladiadores. Pese a que Neeva avanzaba despacio y con cuidado, parecía haber recobrado ya gran parte de las energías perdidas en el combate con el gaj.

Agis se inclinó sobre Sadira y musitó:

—Ten la daga dispuesta y sigue mis indicaciones.

Aunque pareció algo confundida, la hechicera introdujo una mano debajo de su capa y asintió.

Tithian condujo a los dos gladiadores y a sus guardianes a la parte delantera del palco. Agis y Sadira los siguieron, teniendo buen cuidado de colocarse detrás de los hombres de Larkyn.

El templario que parecía el jefe miró por encima del hombro de Rikus al derrumbado cuerpo de su comandante.

—¿Gran señor?

—Está muerto —le informó Tithian.

Manteniendo las dagas ocultas bajo sus ropas por si alguien de fuera de la umbría tribuna podía ver lo que sucedía en el interior, Agis y Sadira se colocaron justo detrás de los dos templarios y apretaron las puntas de sus armas contra sus espaldas.

—Tenéis una elección muy simple: permanecer en silencio y seguir viviendo, o dar la alarma y morir —dijo Tithian.

—El rey os...

—Probablemente nos matará a todos —lo interrumpió Tithian—. Eso no tiene nada que ver con vuestra elección. Tirad las armas o moriréis. —Cuando ambos templarios dejaron que sus armas chocaran contra el suelo, el sumo templario añadió —: Una decisión sensata. Por si cambiáis de opinión, recordad que acabo de dar a Rikus y a Neeva su libertad. Si hacéis un solo movimiento, os matarán en un abrir y cerrar de ojos, y, teniendo en cuenta el caos que reina en las gradas, dudo que nadie se dé cuenta.

Tithian indicó con la mano a los dos templarios que se colocaran junto a la barandilla del palco, donde se los podía vigilar con facilidad. Una vez que los templarios hubieron obedecido, Neeva preguntó:

—Agis, ¿qué es todo esto de Larkyn? Pensaba que era Tithian el encargado de la organización de los juegos.

Agis explicó la complicación acaecida cuando pidió a Tithian que asegurase su huida, y relató cómo habían improvisado una solución atrayendo a Larkyn al interior del palco y asesinándolo.

—En estos momentos —dijo Tithian cuando el noble terminó de hablar—, Larkyn no es precisamente el problema. ¿Qué vais a hacer con Kalak? Dudo que vuestro leve pinchazo le impida seguir adelante con sus planes.

—Tendremos que localizarlo y acabar con él —declaró Rikus con frialdad.

Neeva contempló al mul, sorprendida.

—¿Es éste el mismo hombre que declaró que no quería tomar parte en nada que condujera a la muerte a sus amigos?

—Siempre termino lo que empiezo. Ya lo sabes —contestó Rikus—. Además, si no destruimos a Kalak ahora, él no descansará hasta matarnos. Vamos.

—La Torre Dorada es un edificio muy grande —dijo Tithian—. Quizás ayudaría si sabéis dónde encontrar al rey antes de que entréis.

—Claro que sí —coincidió Agis—. ¿Quiere eso decir que nos vas a ayudar?

El sumo templario asintió.

—Querré algo a cambio.

—¿No es suficiente seguir viviendo? —le espetó Sadira—. Ayúdanos o muere, es así de sencillo.

Tithian le dedicó una sonrisa afectada.

—Nada es nunca así de sencillo.

—Sí lo es en esta ocasión —intervino Rikus, avanzando hacia el sumo templario

—. Ninguna oruga de color púrpura impedirá ahora que te mate.

Agis se colocó entre el mul y Tithian.

—Escuchémoslo.

Rikus sacudió la cabeza y empezó a girar en torno al noble, pero Neeva lo detuvo posándole la mano sobre el pecho.

—¿Qué es lo que quieres, Tithian? —preguntó la mujer, sin dejar de vigilar a los hombres de Larkyn por el rabillo del ojo.

—No voy a pedir mucho —repuso, sonriente, el sumo templario—, pero se me ocurre que, después de que matéis a Kalak, Tyr necesitará un nuevo rey.

—¡Jamás! —exclamó Sadira.

Rikus y Neeva añadieron sus protestas en forma de enojados gruñidos. Cuando callaron, Agis preguntó:

—¿Por qué íbamos a cambiar un tirano por otro?

—Porque, sin un rey, Tyr se sumirá en el caos —aseguró el sumo templario, sin dejarse amedrentar por las objeciones—. Alguien tendrá que gobernar la ciudad. De lo contrario se convertirá en una ruina igual que si Kalak se convierte en un dragón. ¿Quién mejor que asumir el cargo que un templario? Llevamos gobernando la ciudad desde hace mil años...

—¡Y todos sabemos en qué la habéis convertido! —protestó Agis.

—Entonces ayudadme a mejorarla —instó Tithian. Sus palabras casi parecieron sinceras.

De improviso, Agis sintió el familiar hormigueo que indicaba que se extraía energía vital de su cuerpo. Volvió los ojos a Sadira.

—Yo también lo siento —dijo ella—. Algo está absorbiendo nuestra energía.

Un griterío de pánico estalló en el estadio. Agis fue hacia la parte posterior del palco y apartó a un lado una de las pesadas cortinas que ocultaban el palco de las gradas.

En diferentes lugares, hombres y mujeres de edad se llevaban las manos al pecho y caían al suelo jadeando. Otros espectadores más fuertes gritaban enfurecidos, atacando a los semigigantes y templarios con piedras o asientos arrancados de las terrazas. Estos hombres y mujeres intentaban abrirse paso a empujones hasta los túneles de salida, tratando en vano de derribar las puertas, pero todo lo que conseguía la muchedumbre enloquecida era aplastar a aquellos que ya habían entrado en los túneles. En muchos sitios, los guardas de Larkyn habían organizado contraataques contra la multitud, y los templarios lanzaban rayos mortíferos mientras los semigigantes aplastaban con sus garrotes a todo el que se les ponía por delante.

En medio de toda esta confusión, unas cuantas manos se elevaron en el aire

señalando la parte superior del zigurat. Un pequeño geiser de llamas de color borgoña surgía como un chorro de la cima de la estructura. Al cabo de un momento, una gruesa nube de humo amarillo sustituyó a la columna de fuego.

—¿Qué sucede? —inquirieron al unísono Rikus y Neeva.

—Kalak ha iniciado la incubación —explicó Sadira, indicando en dirección a la pirámide de obsidiana—. Está absorbiendo la vida de los espectadores.

Agis miró en la dirección indicada por la hechicera. El aire alrededor de la pirámide relucía con una aureola de energía, y olas de luz blanquecina centelleaban por encima de la vítrea superficie de la estructura. En lo más profundo de la negra construcción brillaba una uniforme luz dorada que fue aumentando su fulgor mientras el senador la contemplaba.

—¿Bien? —inquirió Tithian—. Cuanto más lo pospongamos, más nos debilitamos y más fuerte se vuelve Kalak.

—*Tendrás* que convertir a Tyr en un lugar mejor —declaró Agis—. La primera cosa será libertar a los esclavos.

—Desde luego —asintió Tithian—. Tenéis mi palabra.

* * * * *